

CONVERSACIONES TEOSÓFICAS DE ADYAR

(PRIMERA SERIE)

LA VIDA INTERNA

POR

C. W. LEADBEATER

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

M. S. T.



BIBLIOTECA ORIENTALISTA

R. MAYNADÉ

Princesa, 14. — BARCELONA (ESPAÑA)

1919

PREFACIO

NUESTRAS vespertinas *Conversaciones* en la Residencia Central de Adyar han llegado a ser por completo una institución, y de las nuevas investigaciones, motivadas a veces por las preguntas de los estudiantes, resultaron gran copia de informes dados en este círculo de íntima amistad. Nuestro buen vicepresidente, sir S. Subramania Iyer, recibió tanta ayuda e iluminación de estas *Conversaciones*, que vivamente deseoso de compartir su placer con los hermanos del mundo externo, subvencionó la publicación de esta obra. Yo corroboro cordialmente el concepto que de la valía didáctica de ella tiene el subvencionante y la recomiendo al asiduo estudio de todos nuestros miembros.

ANNIE BESANT.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

DURANTE la ausencia de la Presidente, que el año último dió una vuelta por Inglaterra y los Estados Unidos, recayó en mí la obligación de dirigir en Adyar las reuniones de estudiantes, a quienes respondí centenares de preguntas, dándoles varias explicaciones sueltas que tomadas taquigráficamente han servido para componer esta obra. Sucedió algunas veces que lo dicho en la conversación se publicó después en forma de artículo en *The Theosophist* o en *The Adyar Bulletin*, y en tales casos preferí reproducir el artículo a valerme de las notas taquigráficas, pues tenía la ventaja de estar corregido y ampliado.

Forzosamente ha de ser fragmentaria una obra de esta índole y por necesidad ha de contener no pocas repeticiones, aunque hemos procurado eliminarlas en todo lo posible.

Muchos de los temas en ella tratados los traté ya en mis primeras obras; pero lo en esta escrito es siempre el resultado de las últimas indagaciones sobre el asunto.

C. W. LEADBEATER.

Adyar, Julio de 1910.

PRIMERA SECCIÓN

LOS GRANDES SERES Y EL CAMINO HACIA ELLOS

LOS GRANDES SERES

Los estudiantes de ocultismo, aun los que llevan muchos años de estudio, suelen no comprender a los Maestros tales como verdaderamente son. Hay quienes los conceptúan una especie de ángeles o devas, tan lejanos de nosotros por su grandeza, que apenas nos pueden prestar ayuda. Su grandeza es indiscutible, y desde este punto de vista se abre un abismo de incalculable profundidad entre Ellos y nosotros; pero desde otro punto de vista están muy cerca de nosotros, de modo que su simpatía y ayuda son inmediatas y reales. A fin de tener clara idea del asunto, hemos de definir primeramente con toda exactitud lo que entendemos por un Maestro.

Por Maestro significamos siempre un miembro de la Gran Fraternidad Blanca, situado en tal nivel que pueda aceptar discípulos bajo su dirección. Ahora bien; la Gran Fraternidad Blanca es una organización sin semejante en el mundo, por lo que ha sido frecuentemente mal entendida. Algunas veces se ha dicho que es la Fraternidad de los Himalayas o del Tibet, o bien una corporación de ascetas indos residentes comunalmente en una fortaleza inaccesible sita en una ingente montaña. Tal vez haya derivado este concepto de que los

dos Hermanos principalmente relacionados con la fundación y la obra de la Sociedad Teosófica vivan hoy en el Tibet, encarnados en cuerpos indos. Para comprender este caso, será mejor considerado desde otro punto de vista.

La mayor parte de nuestros estudiantes están familiarizados con la idea de las cuatro etapas del Sendero de Santidad y saben que quien ha pasado por ellos hasta alcanzar el nivel *Asekha* terminó la tarea señalada a la humanidad durante la actual cadena planetaria y está por consiguiente exento de reencarnar por necesidad en este ni en ningún otro planeta. Ante él se abren entonces siete senderos entre los cuales debe escoger. La mayor parte se alejan de la tierra en pos de más amplia esfera de actividad, probablemente relacionada con el conjunto del sistema solar, por lo que la gran mayoría de los individuos de nuestra humanidad que alcanzaron ya aquella meta han desaparecido por completo de nuestra percepción.

El corto número de los que todavía actúan directamente en nuestro favor, pueden dividirse en dos clases: los que conservan sus cuerpos físicos y los que no. A estos últimos se les suele denominar *Nirmânakâyas*, que por decirlo así se mantienen suspendidos entre este mundo y el Nirvana y dedican todo su tiempo y energías a engendrar fuerza espiritual que debe ayudar a la humanidad. La fuerza que de Ellos dimana puede concebirse como un depósito del que Maestros y discípulos extraen la necesaria para realizar Su obra entre los hombres. A causa de que el *Nirmânakâya* se mantiene en contacto con los mundos inferiores se le ha llamado «candidato a la miseria o al dolor»; pero este concepto es erróneo, pues

sólo significa que no goza de la obra elevadísima de los *niveles* nirvánicos, y ha preferido permanecer junto a las regiones inferiores para auxiliar a quienes todavía están sufriendo. No cabe duda de que renunciar a la vida superior para *volver* a este mundo es como salir de un puro, fresco y luminoso ambiente para sumirse en una mazmorra; pero quien esto hace con intento de ayudar a *los* que en *la* mazmorra gimen no es infeliz y miserable mientras en *ella* está, sino que por *completo* se goza en auxiliar, no obstante *la* magnitud del contraste y *el terrible* sentimiento de esclavitud y opresión. Verdaderamente, el hombre que rechazara la oportunidad que de prestar auxilio se le ofreciese, sentiría después mucho más *dolor* en forma de remordimiento, porque cuando vemos la miseria espiritual del mundo y *la* situación de *los* necesitados de ayuda, no podemos permanecer incuriosos o indiferentes como *los* que todavía no *la* han visto.

Afortunadamente, quienes de nosotros han visto y comprobado *la* miseria espiritual del mundo, disponemos de un medio de prestar eficaz y verdadera ayuda, y por débiles que sean nuestros esfuerzos en comparación *del esplendente flujo* de fuerza de un Nirmânakâya, podemos añadir también nuestras gotitas *al* gran *caudal* de fuerza almacenada en el depósito. Todo efluvio de afecto o devoción produce doble efecto, pues no *sólo* beneficia al individuo a quien va dirigido sino asimismo al que lo *envía*; pero si el afecto o devoción se manifiestan sin el más leve egoísmo, produce un tercer resultado. Los afectos ordinarios, por muy *elevados* que sean, se mueven en una curva cerrada, a veces de mucha longitud, y

su resultado recae en quien los envía; pero la devoción o el afecto del verdaderamente inegoísta se mueven en una curva abierta, y aunque algunos de sus efectos recaigan inevitablemente en quien los envía, la mayor y más noble porción de su fuerza asciende hasta el mismo Logos y la magnificante respuesta de bendición que al punto fluye de El cae en el depósito para auxilio de la humanidad.

Por lo tanto, todos, aun los más débiles y pobres, podemos ayudar al mundo de esta hermosísima manera, es decir, añadiendo fuerza espiritual al depósito. En esto se funda la enseñanza católica de las obras de supererrogación.⁽¹⁾

El todavía más limitado número de adeptos que conservan cuerpos físicos están en aún más cercano contacto con nosotros, a fin de desempeñar ciertos oficios y cumplir ciertas obras necesarias para nuestra evolución, y a éstos se les han solido dar los nombres de *Gran Fraternidad Blanca* y *Jerarquía Oculta*. Son un muy corto número de hombres sumamente evolucionados, que no pertenecen a determinada nación, sino al mundo en general. En la tierra no viven juntos, aunque como es natural están en continua comunicación en los mundos superiores. Como quiera que ya no necesitan renacer, cuando se les gasta un cuerpo toman otro en donde mejor les conviene para la obra que han de realizar, por lo cual no hemos de dar ninguna importancia a la nacionalidad de los cuerpos que lleven en determinada época. Precisamente ahora, algunos de estos cuerpos son

(1) Las obras piadosas, devocionales, benéficas y caritativas que se practican voluntariamente y sin segundas intenciones, además de las que por obligación y deber corresponden a cada cual según su estado. -N. del T.

indos, uno tibetano, otro chino, dos al menos, ingleses, uno italiano, otro húngaro, otro sirio y otro de la isla de Chipre. Según acabamos de decir, no tiene importancia la nacionalidad de estos cuerpos y sólo los menciono para demostrar que sería lamentable error creer que la Jerarquía gobernadora pertenece exclusivamente a una raza.

La reverencia nos veda decir mucho del gran Jefe de esta Jerarquía en cuyas manos está el destino de los continentes y en cuyo nombre se confieren todas las iniciaciones. Es uno de los poquísimos que aún permanecen en la tierra de aquellos Señores de la Llama, de los Hijos de la Ignea Neblina, de los Grandes Seres que hace unos diez y ocho millones de años descendieron de Venus para conducir y auxiliar la evolución de la humanidad en nuestra cadena. Estos Seres no tomaron cuerpos de nuestra a la sazón enteramente infantil humanidad, sino que se los formaron con la fuerza de su voluntad, a modo de permanente materialización, análogos a los cuerpos que poseemos actualmente. Durante aquel periodo y largo tiempo después, no hubo en nuestra humanidad individuo alguno lo suficientemente desarrollado para desempeñar ninguno de los elevados oficios de esta Jerarquía, y por lo tanto necesitamos y recibimos aquella ayuda externa. Poco a poco, según fue desenvolviéndose la humanidad, pudo valerse de más en más por sí misma y los Grandes Señores de la Llama quedaron libres para ir en auxilio de otras evoluciones; pero uno de ellos ejerce todavía la suprema dignidad de REY y gobierna y rige toda la evolución de la tierra, no solamente la humana y sus inferiores la animal, vegetal, mineral y elemental, sino tam-

bién la de los grandes reinos extrahumanos de los espíritus de la naturaleza y de los devas, algunos de los cuales son muy superiores al reino humano.

A las órdenes del Rey, están varios Jefes de Departamento o Ministros cuyas tareas nos son más comprensibles en líneas generales que la de Aquél. Aunque los pormenores trasciendan a nuestro alcance, nos cabe formar ligera idea de las múltiples actividades y responsabilidades del Manú de una raza raiz, y podemos imaginarnos hasta cierto punto los deberes del Ministro de Religión que las levanta una tras otra, adecuadas todas a las necesidades espirituales de determinado tipo de gentes, según la época de la historia en que cada religión aparece. Unas veces encarga a uno de sus subordinados que funde la nueva religión, y otras veces se encarna El mismo a tal fin, si lo considera conveniente. Al Ministro de la Religión se le llama en Oriente el *Bodhisattva* o sea el que está próximo a llegar a BUDDHA. El último que ejerció este elevado cargo fue el Señor Gautama. La dignidad del budado no estriba tan solo en el logro de la iluminación, sino que también consiste en recibir la suprema y definida iniciación, de suerte que quien llega a este nivel ya no puede reencarnar en la tierra, sino que transfiere su tarea a su Sucesor y por lo general queda ya enteramente desligado de toda relación con la tierra.

Sin embargo, el Señor Gautama permanece todavía hasta cierto punto en contacto con la tierra, a fin de ayudarla, y una vez al año, se manifiesta a la Fraternidad de Adeptos y derrama sobre Ellos su bendición para que la difundan por el mundo

entero. Todavía pueden llegar hasta el Señor Gautama quienes conocen los medios y el camino.

En una de sus recientes obras nos dice la señora Besant que Gautama encarnó una y otra vez como Gran Instructor de las primeras subrazas de la raza aria, y que fue Hermes, el fundador de los Misterios en Egipto, y también fue el primero y mayor Zoroastro, que instituyó el culto del sol y del fuego; y después fue Orfeo, el fundador de los Misterios en Grecia. Por supuesto, que no sólo encarnó en estos personajes, pues en nuestras investigaciones del pasado le vemos fundar otras religiones.

La afirmación sentada en alguna de las primeras obras teosóficas, de que encarnó en la personalidad de Shankarâchârya es errónea, pues desde el punto de vista oculto ambos Grandes Instructores siguieron caminos del todo distintos. Sin embargo, la afirmación tenía visos de fundamento en que alguno de los vehículos preparados por uno de ellos los utilizó el otro, según explicó Blavatsky en el tercer volumen de *La Doctrina Secreta*.

La profunda reverencia y firmísimo afecto en que al Señor Gautama tiene todo el Oriente se debe a dos causas: que fue el primero de nuestra humanidad que alcanzó la estupenda cumbre del budismo y por lo tanto se le puede considerar como la primicia y conductor de nuestra raza; ⁽¹⁾ y que para apresurar el progreso de la humanidad tomó a su cargo ciertas tareas suplementarias de pasmosísima índole cuya naturaleza es imposible de comprender.

(1) Todos los Buddhas anteriores pertenecieron a otras humanidades que habían evolucionado en precedentes cadenas planetarias.

Se afirma que al llegar el tiempo en que la humanidad pudiera proporcionar alguien capaz de ejercer el altísimo oficio de Buddha, no había nadie idóneo para él, pues pocos individuos de la humanidad terrestre alcanzaban por entonces las etapas superiores del adepto y los delanteros de entre ellos eran dos amigos y hermanos de igual desarrollo: el Señor Gautama y el Señor Maitreya. En su gran amor hacia el género humano se prestó el primero a realizar voluntariamente el tremendo esfuerzo necesario para ponerse en condiciones de cumplir la obra requerida, mientras que su amigo y hermano resolvió seguirle para sucederle miles de años después en el oficio.

En aquellos remotísimos tiempos, el Señor Gautama rigió la religión y educación del mundo; pero ahora ha transferido este alto oficio al Señor Maitreya, llamado el Cristo en Occidente, quien tomó el cuerpo de su discípulo Jesús durante los tres últimos años de su vida en la tierra; y quienes lo saben nos dicen que no tardará mucho en volver a fundar otra religión.

Quien tenga la mente lo bastante abierta para recibir este magnificante concepto de la espléndida realidad, echará de ver al punto cuán perjudicial e inútil es defender una religión en contra de otra, convertir a los fieles de una en otra y comparar despectivamente a los fundadores religiosos. Esto último resulta en verdad ridículo, porque los dos fundadores comparados son o bien dos discípulos de una misma escuela o dos encarnaciones de una misma individualidad, perfectamente de acuerdo en los principios fundamentales, aunque durante algún tiempo expongan

distintos aspectos de la verdad acomodados a las necesidades de las gentes con que tratan. Las enseñanzas son esencialmente las mismas, por más que varíe muy mucho su exposición.

El Señor Maitreya encarnó varias veces antes de llegar al oficio que actualmente desempeña; pero aun entonces parece que fue instructor o sumo sacerdote.

Se sabe hoy que los dos Maestros más íntimamente relacionados con la fundación y la obra de la Sociedad Teosófica serán respectivamente legislador e instructor de la sexta raza raíz que ha de aparecer dentro de siete siglos. El Manú o guía temporal es un monarca autócrata ⁽¹⁾ que gobierna todo lo relativo a la vida de la nueva raza en el plano físico y procura por todos los medios posibles que sea esta vida conforme al modelo dado por el Logos. El Instructor espiritual tendrá a su cargo los diversos aspectos religiosos de la nueva raza y también la educación de los niños.

Es evidente que uno de los principales objetos de la Sociedad Teosófica fue que estos dos Maestros pudieran rodearse de un número de hombres inteligentes capaces de cooperar voluntariamente a su magna obra, en la que más cercanamente les ayudarán otros hombres, hoy día discípulos de ambos Maestros, pero que dentro de siete siglos habrán conseguido ya el adeptado.

Por lo tanto, debemos forjarnos por ideal el privilegio de que nos elijan para servirles en la

(1) Conviene distinguir entre autócrata y déspota o tirano, términos que por abuso o desconocimiento del idioma suelen tomarse por sinónimos. El autócrata es un monarca que según su *voluntad* dicta de por sí leyes y gobierna con arreglo a justicia para el bien y felicidad de sus súbditos. El déspota y el tirano no gobiernan, porque son la anarquía y la violencia entronizadas por el *capricho* y el *deseo* apoyados en la fuerza bruta. -N. del T.

admirable obra que en beneficio del mundo les aguarda. Habrá amplias ocasiones de desplegar toda clase de talentos porque la obra será de variadísimo carácter. Algunos de nosotros nos veremos inclinados a un aspecto de ella y otros a otro, según nuestra predominante simpatía con uno u otro de los supremos caudillos. Se ha dicho repetidamente que a uno le caracteriza el poder y al otro el amor y la compasión, y aunque esto es muy verdad, podría llevar a error si no se comprendiera debidamente. Uno de los Maestros a que nos referimos ha sido gobernante en muchas encarnaciones, aun en las primitivas, y de su actitud y mirada emana indudablemente un aire de poderosa majestad, así como del rostro de su hermano irradia copioso flujo de amor y compasión. Son de distintos rayos o tipos y llegaron por diferentes caminos a su actual nivel, de modo que no pueden por menos de mostrar esta circunstancia; pero caeríamos en deplorable error si creyéramos que el primero tiene un grado menos de amor y compasión que su hermano, o que a éste le falta algo del poder propio del primero. Intervendrán otros Maestros en esta obra, y cabe presumir que alguno de nosotros también intervenga por mediación de alguno de ellos.

Es probable que los Maestros mejor conocidos de nombre por vosotros no os sean tan reales, claros y bien definidos como los son a quienes de nosotros han tenido el privilegio de hablarles cara a cara y verles constantemente en el transcurso de nuestra actuación. Sin embargo, debeis procurar por medio de la lectura y la meditación sobre ellos adquirir el convencimiento definido de su presencia, de suerte que no sean para vosotros

ideales vagos, sino hombres vivientes, tan hombres como nosotros en cuanto a organización física, aunque enormemente más adelantados en todos conceptos; pero como en ellos no hay mácula alguna, nos parecen dioses por el poder, amor y compasión que de ellos irradia. Es muy significativo que a pesar del pavoroso sentimiento infundido por su formidable poder, nadie queda humillado ni cohibido, sino siempre alentado en su presencia.

Quien permanece ante uno de ellos no puede por menos de sentir la más profunda humildad por contraste entre sí mismo y la grandeza del Maestro; y no obstante esta humildad, siente firme confianza en sí mismo, puesto que si el Maestro, que también es un *hombre*, ha triunfado, igualmente triunfará él. En su presencia todo parece posible y aun fácil, y se recuerdan las tribulaciones pasadas sin comprender por qué habían de ocasionar tanta agitación y desaliento. Entonces siente el hombre que nunca más quedará atribulado, pues ha visto las cosas en sus verdaderas proporciones. Entonces no volverá a olvidar que por negras que sean las nubes, está brillando el sol tras ellas. Las vibraciones de los Maestros son tan intensas que sólo pueden evocar en nosotros las que armonicen con ellas, de modo que sintamos la más completa confianza y amor con el anhelo de estar siempre en su presencia. No quiere decir esto que desaparezcan vuestras malas cualidades, sino que os veis entonces capaces de vencerlas, y no os importa que él las conozca, pues tenéis la seguridad de que las comprende perfectamente, y comprenderlo todo equivale a perdonarlo todo.

Nos haremos cargo del aspecto humano de nuestros Maestros si recordamos que en épocas relativamente recientes han sido algunos de ellos personajes históricos. Por ejemplo, el Maestro K. H. fue el filósofo Pitágoras, y anteriormente había sido el sacerdote egipcio Sarthon, y otra vez fue el sumo sacerdote de un templo de Agadé, en el Asia Menor, donde pereció en la general matanza de los habitantes por una horda de bárbaros que irrumpieron desde las montañas. En aquella ocasión tomó inmediatamente el cuerpo de un pescador griego que se había ahogado en la fuga, y en este cuerpo se marchó a Persia en donde prestó valioso auxilio al último Zoroastro en la obra de establecer la moderna forma de la religión mazdeísta. Posteriormente fue flamen ⁽¹⁾ del templo de Júpiter en Roma, y más tarde todavía, el insigne instructor budhista Nagârjuna. En nuestras indagaciones de las vidas pasadas de algunos miembros de nuestro grupo, le hemos encontrado muchas veces, pero casi siempre como sacerdote o instructor. ⁽²⁾ Por otra parte, en estas mismas indagaciones hemos hallado frecuentemente al discípulo Jesús, que en Palestina tuvo el privilegio de ceder su cuerpo a Cristo. A consecuencia de este acto, encarnó en la personalidad de Apolonio de Tyana, y en el siglo XI apareció en India en la persona del instructor Râmânujâchâria que restauró hasta muy alto nivel el sentimiento devoto del induísmo.

(1) Sacerdote romano que iba revestido de un velo de color de fuego, por el estilo de los beneficiados de las parroquias de nuestra época que llevan las vueltas encarnadas por ser doctores en teología. -N. del T.

(2) Se refiere a la obra *Las últimas treinta vidas de Alcione*, publicada en español por la Biblioteca Orientalista.

Indudablemente alguno de vosotros habrá oído decir mucho de otros Maestros además de los dos principales encargados de la obra teosófica. Así, por ejemplo, otro Maestro dictó para nuestra enseñanza la *Luz en el Sendero* y *El Idilio del Loto blanco*, mientras que otro tomó a su cargo gran parte de la obra en Europa y ha escrito para nosotros algunas de las más hermosas obras literarias. Además, el que un tiempo fue discípulo Jesús cuida de las diversas actividades de las iglesias cristianas, y otro vigila especialmente la obra en la India.

Así vemos que la evolución del mundo no está en modo alguno dejada a sí misma para que prosiga al acaso, como algunos suponen temerariamente, sino que por el contrario está cuidadosamente gobernada y dirigida por la Jerarquía de Adeptos, aunque sin menoscabo del libre albedrío de los hombres. Los miembros de la Fraternidad influyen de continuo por medio de sus agentes en las personas de mayor suposición en el mundo y los aconsejan y sugestionan mentalmente para inducirlos a constituir la futura Confraternidad universal cuando hayan desaparecido las guerras. Pero conviene advertir que se ha de respetar y tener en cuenta el karma de pueblos e individuos, pues si bien fuera fácil que el mundo progresara más rápidamente, no resultaría de ello mayor ventaja para las gentes. El Maestro K. H. me dijo en una carta que de él recibí: "Por supuesto, que yo podría fácilmente decirte con toda exactitud lo que hacer, y por consiguiente lo harías; pero entonces el karma de la acción sería mío y no tuyo, y tan sólo obtendrías el karma de la pronta obediencia». Los hombres han de aprender a ser algo

más que servidores inteligentes; han de aprender a ser cooperadores, porque algún día habrán de hacer de por sí la misma obra, y para ser capaces de mayores responsabilidades en el futuro, han de asumir las menores en el presente. Verdad es que puede ofrecérsenos ocasión de una responsabilidad de importancia mundial, pero esto ocurrirá una vez en centenares de vidas. Cuando la ocasión se ofrezca, en nuestra mano estará aprovecharla o desperdiciarla según hayamos o no contraído el hábito de aprovechar las mínimas ocasiones de la vida diaria, a fin de que al llegar el momento crítico estemos acostumbrados automáticamente a obrar en justicia. Nuestras ocasiones de beneficiar o dañar son por lo general muy leves con relación al mundo; pero cuando hemos aprendido a proceder invariable y automáticamente en justicia en estos mínimos asuntos, la Gran Fraternidad estará segura al confiarnos tareas de mayor importancia.

Cierto es que la comprensión de estos Grandes Seres, no ha de ser simple tema de curiosidad o de interés egoísta, sino con el propósito de conocerlos tales como son, pues son hombres como nosotros con tanta variedad entre ellos como la que hay entre nosotros, aunque en mucho más elevado nivel. Todos ellos tienen la misma medida de sabiduría, poder y amor, y sin embargo no son en modo alguno todos iguales. Son individuales como nosotros. Están en la cima de la escala de la humanidad; pero no olvidemos que si bien nosotros nos hallamos en los peldaños inferiores, algún día alcanzaremos su nivel y estaremos en donde ellos están. Importa considerar que una de las características de los Maestros es su integral

y ponderado desarrollo. Si nos examinamos a nosotros mismos, echaremos de ver con toda seguridad nuestro desproporcionado desarrollo unilateral en algunos aspectos. Hay quienes poseen poderoso entendimiento y están faltos de devoción y compasión, al paso que otros tienen profundo espíritu devocional, pero son flacos de entendimiento. Un Maestro es perfecto en todas las modalidades de su ser, como cabe advertir al considerar el potente talento de Pitágoras hermanado con el amor y compasión del Maestro K. H.

Pero no debemos interpretar torcidamente el maravilloso conocimiento de los Maestros. Para llegar al adeptado hubieron de quebrantar entre otras las ligaduras de Avidya (ignorancia) y suele decirse que al vencer la ignorancia se adquiere la omnisciencia. Sin embargo, la personal relación con los Maestros nos ha dado a entender que no sucede así en el literal sentido de la palabra, pues hay Maestros que no conocen todos los idiomas, otros que no son artistas ni músicos y así los demás. A mí me parece que vencer la ignorancia significa la adquisición de un poder por cuyo medio dominan el conocimiento de cualquier materia, asunto o tema que les convenga estudiar. Desde luego que no tienen todos los hechos almacenados en su cerebro físico; pero también es cierto que pueden obtener fácilmente cualquier conocimiento que necesiten. Así, por ejemplo, en lo referente a idiomas, si un Maestro desea escribir una carta en idioma que desconozca, se valdrá del cerebro de un discípulo que lo conozca, sugiriéndole las ideas y empleando las palabras en que las ve envueltas. Si alguien le habla en idioma desconocido, puede instantáneamente asir en el

mundo mental el pensamiento subyacente en las incomprensidas palabras.

Se pregunta a menudo si un hombre vulgar reconocería desde luego a un Maestro si lo encontrara en el mundo físico. No veo la razón de que pudiera reconocerlo. Sin duda se percataría de la nobleza, dignidad, serenidad y aun santidad del Adepto, y no podría por menos de comprender que está en presencia de un hombre superior; mas para asegurarse de que es un Maestro, fuera necesario verle el cuerpo causal, que el hombre vulgar no puede ver. Este cuerpo causal denotaría el desarrollo del Adepto por su gran tamaño y la especial disposición de los colores, que difieren en cada Maestro según el tipo o rayo a que pertenece; pero todo esto se halla fuera del alcance del hombre vulgar.

Los Maestros no tienen ninguna señalada peculiaridad externa por la que se les pueda reconocer, aunque todos ellos poseen gran serenidad y benevolencia y en sus rostros se refleja un gozo tranquilo y una paz superiores a toda comprensión. La mayoría de ellos son de hermosa apostura, por lo perfecto de sus cuerpos, pues viven con arreglo a principios de absoluta higiene y no los conturba cosa alguna. Casi todos nosotros hemos de agotar todavía mucho karma de varias clases; y esto, aparte de otras circunstancias, modifica el aspecto de nuestros cuerpos físicos; pero ellos hace ya largo tiempo que agotaron el karma, y por consiguiente el cuerpo físico es la perfecta expresión en el mundo físico del *Augoeides* o glorificado cuerpo del Ego. Por lo tanto, no sólo es espléndidamente hermoso el cuerpo de un Maestro, sino también cualquier

otro cuerpo que tome en sucesivas encarnaciones será exacta reproducción del gastado, porque nada ha de alterar en él.

Otra circunstancia notable es que pueden conservar sus cuerpos físicos durante mucho más tiempo que nosotros, a causa sin duda de la perfecta salud y carencia de inquietudes a que antes nos referimos. Casi todos los Maestros a quienes conozco tienen la fuerza de la virilidad, aunque en muchos casos hay testimonio de que sus cuerpos físicos han transpuesto la ordinaria edad del hombre. Recuerdo haberle oído decir a Blavatsky, que su Maestro no parecía tener la última vez que lo vio ni un día más de cuando en su niñez lo viera sesenta años antes. Únicamente en el caso de un Maestro que había conseguido poco ha el adeptado en el mismo cuerpo que todavía llevaba, se notó cierta rudeza de semblante, como resultado sin duda de algún residuo kármico traído a la actual encarnación, aunque cabe la seguridad de que cuando tome otro cuerpo no persistirá esta característica.

Son los Maestros más silentes que la mayoría de los hombres, pues no hablan mucho quienes están muy atareados, y Ellos son sin comparación los más ocupados entre todas las gentes del mundo. Su discípula Blavatsky era la persona de más amena y copiosa conversación que he conocido; pero nunca habló por gusto de hablar. Así sucede con los Maestros. Nunca hablan sin propósito definido, que siempre es el de alentar, socorrer o advertir. Hablan suavemente y con grandísima amabilidad, aunque emplean algo de donosa jocosidad que, lejos de herir ni lastimar, regocija los ánimos atribulados o adulciga las re-

convenciones que necesitan hacer. Seguramente que quien carezca del sentimiento de buen humor no progresará gran cosa en ocultismo.

El número de Adeptos que ayudan en cuerpo físico a la evolución del mundo no pasa de cincuenta o sesenta; pero conviene advertir que por la mayor parte no admiten discípulos, porque están empleados en muy distinta labor. Blavatsky empleó impropriamente la palabra Adepto, pues en unos pasajes nos habla de Adeptos iniciados y en otros de Adeptos no iniciados. En nuestras últimas obras hemos contraído el título de «*iniciado*» a quienes han transpuesto por lo menos el primero de las cuatro grandes etapas del Sendero de Santidad, y hemos reservado el título de «Adepto» para quienes llegaron al nivel *Asekha* y terminaron la evolución señalada a la humanidad en la presente cadena planetaria.

La conciencia del *Asekha* actúa normalmente en el mundo átmico o nirvánico mientras su cuerpo físico está en vigilia. Pero de entre los que ya han conseguido el adeptado, únicamente los cincuenta o sesenta a que antes nos referimos retienen cuerpo físico para permanecer en contacto con la tierra y ayudar a la humanidad; y aun de este número sólo unos pocos aceptan discípulos bajo determinadas condiciones. A estos últimos, que son los menos, les damos el título de Maestros. Sin embargo, por pocos que sean tiene su oficio incalculable importancia, pues sin su ayuda le será imposible al hombre atravesar los portales de la Iniciación.

LA OBRA DEL CRISTO

ME preguntais sobre el Gran Ser a quien llamamos el Cristo, el Señor Maitreya, y sobre su obra en el pasado y en el futuro. El tema es muy amplio y muy difícil de tratar con entera libertad a causa de las restricciones que nos cercan. Será conveniente decir que en el gobierno oculto del mundo hay un departamento o ministerio encargado de la instrucción religiosa de las gentes y del establecimiento e inspiración de nuevas religiones.

El Cristo está al frente de este ministerio, y unas veces aparece en la tierra para fundar por sí mismo una gran religión, y otras veces confía esta obra a uno de sus más adelantados discípulos. Hemos de considerar que el Cristo ejerce ocultamente una firme presión cuya fuerza fluye automáticamente por cuantos canales se abren a ella doquiera que sea, y así actúa a un mismo tiempo en todas las religiones para aprovechar de cada una de ellas lo que ofrecen de bueno, sea en devoción o espíritu de sacrificio.

Muy deplorable es que estas religiones malgasten sus energías en recriminarse unas a otras en el mundo físico, aunque esto no impide que el Cristo utilice lo que de bueno hay en el fondo de cada religión. Así sucede en todas las institucio-

nes mundanas, cuyos buenos elementos sirven de canales de energía, mientras que los malos desperdician lamentablemente gran cantidad de fuerza que pudiera aprovecharse si las gentes fuesen más receptivas. La sección de «La Doctrina Secreta» titulada *El Misterio del Buddha* da copiosa enseñanza acerca de las relaciones entre los Jefes de este departamento de Religión y también insinúa algo de provecho respecto al Cristo. Este es un tema de extraordinario interés para los miembros de la Sociedad Teosófica, pues uno de nuestros Maestros está en estrecha relación con dicho departamento.

En cuanto a la próxima venida del Cristo y a la obra que ha de realizar, os remito al libro publicado por la señora Besant con el título de *El Mundo cambiante*. La época de su advenimiento no está lejana y el cuerpo que tomará ha nacido ya entre nosotros.

Todo esto fue resuelto hace muchos miles de años, y algunos puntos se determinaron muy al pormenor, aunque en otros cabe amplio margen de flexibilidad. La absoluta certeza con que los Grandes Seres trazan sus planes miles de años antes de realizarlos es uno de los más admirables aspectos de su obra. A veces, quienes de nosotros han sido capaces de desarrollar las facultades de los mundos superiores, vislumbran algo de los potentes proyectos de los Maestros y levantan una tenue punta del velo que encubre el porvenir. Otras veces vislumbramos sus planes de distinto modo, pues al retrollevarnos a los anales del remoto pasado, les vemos profetizar acontecimientos que están cumpliéndose ahora ante nuestro testimonio.

No conozco nada más conmovedor ni más profundamente interesante que uno de estos vislumbres. El esplendor, la colosal magnitud de sus planes le deja a uno suspenso; y sin embargo, aun es todavía más emocionante la serena dignidad y absoluta certeza con que los proyectan. No solamente los individuos, sino también las naciones son los elementos de sus planes, aunque ni naciones ni individuos están forzados a desempeñar señalada parte, sino que tan sólo se les ofrece la oportunidad del desempeño; pero la aprovechen o no, se realizará el plan, pues el instrumento poco importa con relación al progreso colectivo del mundo. Hace 1900 años, la Fraternidad Blanca confirió a Apolonio de Tyana una misión que tenía por uno de sus principales objetos crear centros magnéticos en varios países. Se le dieron talismanes que había de enterrar en los parajes elegidos, a fin de que la fuerza irradiada de ellos los dispusiera para ser centros de señalados acontecimientos futuros. Algunos de estos centros se han utilizado ya, y otros todavía no, pero se utilizarán en el cercano porvenir en relación con la obra del advinente Cristo. Así es que muchos pormenores de esta su obra fueron definitivamente planeados hace unos dos mil años, y aun se llevaron a cabo preparativos para ella en el mundo físico. Cuando echamos de ver esta absoluta certeza de la realización de los planes de los Maestros, se desvanecen las dudas, vacilaciones, ansiedades e inquietudes y disfrutamos de perfecta satisfacción y paz, con plenísima confianza en las Potestades que gobiernan el mundo.

LA OBRA DE LOS MAESTROS

No es fácil comprender la obra de los Maestros en sus planos respectivos, aunque cabe presumir que han de desplegar formidable actividad. Muy corto es el número de adeptos que retienen cuerpo físico, y sin embargo en sus manos está el cuidado de todas las evoluciones que se efectúan en este globo. Por lo tocante a la humanidad, parece que dividen el mundo en distritos, que son otros tantos continentes a cargo de un adepto. La Sociedad Teosófica tiene más bien el carácter de una misión irradiada desde la Residencia Central de Adyar, de modo que cuantos toman parte en sus actividades no trabajan en beneficio de determinado distrito ni de tal o cual forma de religión, sino en el de la humanidad en conjunto, sobre la que actúan principalmente los Maestros, quienes tienen un departamento destinado a sugerir justas acciones a los más conspicuos personajes del mundo, inclinar hacia la paz el ánimo de los reyes y de los estadistas, infundir ideas liberales en los predicadores y pedagogos y realizar los conceptos de los artistas, a fin de que por su medio pueda ser algo mejor y más dichoso el mundo.

Pero esta obra la encomiendan principalmente

a sus discípulos y ellos se dedican a influir en los cuerpos causales de los egos, sobre los que derraman su influencia espiritual, como el sol irradia sobre las flores, y evocan en ellos las más nobles y óptimas cualidades. Algunas gentes notan estas alentadoras influencias, aunque no aciertan a conocer su origen, pues el cuerpo causal del hombre ordinario casi no tiene conciencia de nada extraño a él en su propio mundo y está como polluelo dentro del huevo que desconoce en absoluto la procedencia del calor que favorece su crecimiento. Cuando el individuo llega, por decirlo así, a romper el cascarón y es capaz de responder de algún modo a la recibida influencia, el proceso varía y se apresura en extraordinarias proporciones. Aun las mismas almas-grupos de los animales en la porción inferior del mundo mental quedan sumamente afectadas y asistidas por dicha influencia; porque, como luz solar, inunda todo el mundo mental y en mayor o menor grado a todo cuanto entra en su esfera de influencia.

Al emitir esta fuerza, los Maestros aprovechan las ocasiones y lugares en donde hay algún poderoso centro magnético, como, por ejemplo, los sitios en que vivió y murió un santo varón y sus reliquias engendran una atmósfera a propósito. Se aprovechan de estas condiciones y conducen su fuerza por los canales preparados de antemano. Cuando una numerosa peregrinación acude a dichos lugares en receptiva actitud, también aprovechan la coyuntura para derramar sus fuerzas sobre los peregrinos por los canales u objetos de devoción de que las gentes esperan recibir espiritual auxilio. Gracias a la asistencia de esta índole que se nos da desde lo alto, ha progresado

la humanidad hasta llegar a su actual situación. Todavía estamos en la cuarta ronda cuyo fin es desarrollar el deseo y la emoción, y sin embargo, ya ha comenzado el desarrollo de la inteligencia, que será la peculiar característica de la quinta ronda. Sucede así por el formidable estímulo que dio a nuestra evolución el descenso de los Señores de la Llama, del planeta Venus, y por obra de los adeptos que mantuvieron en nuestro beneficio la recibida influencia y se sacrificaron sin vacilar a fin de que progresáramos en el mayor grado posible.

Quienes conozcan algo de la obra de los Maestros, y más particularmente quienes hayan tenido el privilegio de vérsela realizar, no pensarán jamás ni por un momento en interrumpirla pidiéndoles para sí algún beneficio personal. La vasta importancia de la obra que llevan entre manos y su enorme cuantía imposibilitan de todo punto que se dediquen a obras personales con los individuos. Siempre que es necesaria una tarea de esta índole la delegan en sus discípulos o se valen de elementales y de espíritus de la naturaleza. Por lo tanto, tiene el estudiante el imperioso deber de capacitarse para efectuar alguna de estas tareas subalternas, pues de lo contrario quedarán por hacer, ya que a los Maestros les es enteramente imposible distraerse de su magna obra mundial para atender a los casos individuales. La obra de los protectores invisibles en el mundo astral no podría efectuarse si no hubiera discípulos cuyo estado de evolución no les capacita para otra más elevada, pues en cuanto tengan aptitud para superiores empleos seguramente que se les confiarán con preferencia a los inferiores.

Hay quien pregunta por qué los Maestros se valen tan a menudo de instrumentos imperfectos, y es porque no tienen tiempo de realizar ciertas tareas por sí mismos, y por lo tanto han de valerse de los instrumentos de que disponen o dejar de hacerlas. Pongamos por caso la composición de libros para auxilio de la humanidad. Desde luego que los Maestros podrían componerlos muchísimo mejor que cualquiera de sus discípulos y evitarían gran número de posibles errores o inexactitudes; pero como no tienen tiempo de dedicarse a esta clase de tareas, quedarán sin hacer si no las emprenden los discípulos. Además, si los Maestros las llevaran a cabo por sí mismos, quitarían la ocasión de crear buen karma a quienes pueden cumplirlas, si no tan bien como ellos, lo bastante para aleccionamiento de quienes saben mucho menos. Conviene recordar que cada Maestro dispone tan sólo de determinada cantidad de fuerza, que por enorme que nos parezca tiene su límite, y por lo tanto están obligados a emplearla con la mayor ventaja posible en auxilio de la humanidad. Si no fuese irreverencia diríamos que harían mal en consumir esta fuerza en cosas inferiores a las muy altas a que pueden llegar o destinarla a casos individuales, por meritorios que fuesen, en vez de aplicarla con mucha mayor ventaja en beneficio del linaje humano.

MAESTROS Y DISCÍPULOS

YA hemos dicho que entre el relativamente exiguo número de adeptos que retienen cuerpo físico y desempeñan los oficios propios de la administración del mundo, bajo la Gran Jerarquía, hay un todavía menor número que aceptan discípulos, y a quienes por lo tanto damos el nombre de Maestros. Veamos que significa ser discípulo de uno de estos Maestros y qué se espera de quien aspira a tal estado y qué obra ha de realizar.

Ante todo conviene tener muy presente que los Maestros se han dedicado en absoluto al servicio de la humanidad en cuya obra están absortos con entera independencia de toda otra consideración. Al hablaros en otro capítulo de este asunto, dije que un Maestro dispone de determinada cantidad de fuerza que aunque parezca incalculable es limitada y ha de emplearla con la mayor ventaja posible. Desde luego que al tomar a su cargo la instrucción de un discípulo ha de consumir tiempo y energía; y como quiera que el Maestro lo mira todo desde el punto de vista del provecho de la evolución humana, no gastad tiempo y energía en un hombre a menos que los dé en él por bien empleados.

El Maestro tomará a un hombre por discípulo o mejor diríamos por aprendiz, cuando eche de ver que el tiempo y energía invertidos en aleccionarle resultarán tan provechosos como si les diera cualquiera otra aplicación; pero *nunca en caso contrario*. Así, por ejemplo, un hombre puede reunir muchas cualidades que le capaciten provechosamente para ayudar al Maestro, y al propio tiempo tener un grave defecto que entorpezca constantemente su camino e invalide gran cantidad del bien que de otro modo pudiera cumplir. Ningún Maestro aceptaría por discípulo a un hombre de esta índole, aunque pudiera decirle: «Vence y domina ese peculiar vicio y cuando lo hayas subyugado te tomaré por ayudante y completaré tu educación.»

Muchos de nuestros más ardorosos estudiantes están llenos de benévolos y altruistas sentimientos y se diputan por muy diferentes de la mayoría de los hombres, por lo que suelen preguntarse: «Yo ansío vivamente trabajar en beneficio de la humanidad; ¿por qué no me ha de probar y enseñar el Maestro? »

Examinemos resueltamente la cuestión. No los toma el Maestro a su cargo porque todavía están llenos de leves imperfecciones. No cabe duda de que su benevolencia, afabilidad y vehemente deseo de servir exceden de mucho a las imperfecciones; pero han de advertir que hay miles de gentes bondadosas y de apacible índole de las cuales sólo difieren los aspirantes al discipulado en algún mayor conocimiento que les permite dar a sus cualidades más útil aplicación. Si la bondad de carácter y el anhelo de servir fuesen las únicas cualidades requeridas para el discipulado,

cada Maestro podría tener miles de discípulos en cuya enseñanza hubiera de invertir todo su tiempo y eliminar de ellos los defectos en los mundos astral y físico, mientras que se vería precisado a descuidar del todo su espléndida obra con los egos en los mundos superiores.

Por consiguiente, ser discípulo de un Maestro significa ante todo que debe amoldar su conducta como el Maestro amolda la suya, es decir, a lo más conveniente para el progreso del mundo. El discípulo ha de estar *en absoluto* dispuesto a olvidarse de sí mismo, a abatir *enteramente* su personalidad (y conviene saber que esto no es una figura retórica sino exacta expresión de la idea) a renunciar a todos sus deseos personales y ordenar su conducta con arreglo a la obra que haya de cumplir. ¿Cuántos de nosotros ansían de todo corazón dar este primer paso hacia el discipulado? Pensad en lo que significa ser discípulo. Cuando un hombre se ofrezca a serlo, el Maestro le dirá si lo considera o no apto para entrar en la etapa probatoria. Si el candidato reúne o poco menos las necesarias cualidades, el Maestro lo tomará a prueba; esto es, que durante algunos años lo someterá a rigurosa observación. El período regular de prueba son siete años; pero puede prolongarse indefinidamente si el candidato no satisface al Maestro, o por el contrario, acortarse si ve que su conducta se ajusta en todo y por todo al propósito. Casos hubo en que el período probatorio se prolongó hasta treinta años, y otros en que se redujo a cinco y tres, y aun en un caso excepcional a cinco meses.

Durante el período probatorio, el discípulo no está en modo alguno en directa comunicación con

el Maestro y apenas le ve ni oye. Por regla general, no se le interpone ninguna dificultad en el camino ni se le somete a pruebas extraordinarias, pues tan sólo se le vigila cuidadosamente en su actitud respecto a las comunes inquietudes de la vida. Para observarlo más cómodamente forma el Maestro lo que se llama una «viviente imagen» del candidato, es decir un duplicado exacto de sus cuerpos emocional y mental, y guarda la imagen en sitio donde pueda fácilmente alcanzarla poniéndola en *relación magnética* con el candidato, de modo que toda variación emotiva o mental de éste se reproduzca fielmente en la imagen. El Maestro la examina todos los días y así obtiene sin gran molestia un exacto registro de los pensamientos y deseos del candidato, para determinar cuando podrá entrar en relaciones más estrechas y admitirlo en el segundo estado, este es, el de discípulo aceptado.

Recordemos que el Maestro es un canal para la distribución de las fuerzas del Logos, y no un canal inconsciente, sino un sutil e inteligente cooperador, puesto que es parte consciente del Logos. De la propia suerte, aunque en mucho menor nivel, el discípulo aceptado es un canal de las fuerzas del Maestro; pero no debe serlo inconscientemente sino que ha de ser un inteligente cooperador y por lo tanto debe virtualmente formar parte de la conciencia del Maestro.

En tal medida se identifica un discípulo aceptado con la conciencia del Maestro, que éste sabe cuanto aquel ve y oye, aunque no necesariamente en el mismo instante de verlo u oírlo, (por más que así ocurre algunas veces) sino que todo se imprime en la memoria del Maestro exactamente

como está en la memoria del discípulo; todo cuanto éste siente o piensa está en los cuerpos emocional y mental de su Maestro. Al hacernos cargo de cuanto todo esto significa, vemos claramente por qué le es al Maestro de todo punto imposible aceptar un discípulo hasta que los deseos y pensamientos de éste sean tales como los que alimenta el Maestro. Si desgraciadamente ocurre que el discípulo tiene algún pensamiento incompatible con la mente del Maestro, levanta éste en cuanto lo nota una barrera que le separe de la nociva vibración; mas para ello divierte por un momento la atención de su otra obra y emplea cierta cantidad de energía. De nuevo vemos claramente que le fuera imposible a un Maestro establecer una tan estrecha relación con quien cediese a menudo a pensamientos incompatibles con los suyos y haber de distraerse frecuentemente de su obra para rechazarlos, perdiendo en ello tiempo y energías. No por falta de compasión o paciencia se niega un Maestro a encargarse de un candidato inepto, sino porque le impediría invertir provechosamente fuerzas y tiempo cual es su primordial deber. Si un hombre se conceptúa merecedor de que por discípulo lo acepte el Maestro, y sin embargo no se le ha concedido todavía tan señalado privilegio, examínese cuidadosamente durante un solo día y observe si tuvo algún pensamiento o deseo indigno del Maestro, recordando que no sólo son indignos los pensamientos y deseos concretamente impuros, sino los frívolos, los de ira e impaciencia, y sobre todo los egoístas. ¿Quien de nosotros está libre de ellos?

El Maestro procura por medio de su admirable comunicación con un discípulo armonizar y ento-

nar los vehículos de éste, o sea el mismo resultado que todo maestro o profesor procura obtener de sus discípulos en su ambiente exclusivamente físico. Cualquiera que sea la materia de estudio y el procedimiento de enseñanza, el principal efecto resultante en el discípulo no se obtiene de los ejercicios didácticos sino de la constante presencia del instructor.

Los diferentes vehículos del discípulo vibran en su acostumbrada tonalidad, y cada uno de ellos a distintas tonalidades por la influencia de pasajeras emociones y errantes pensamientos de toda índole, por lo que la primera y más difícil tarea del discípulo es ordenar este caos, eliminar todo interés de orden inferior, y someter los pensamientos fluctuantes por medio de una firme presión de la voluntad ejercida sobre todos sus vehículos durante largos años.

Mientras vive en el mundo, la dificultad de este dominio se centuplica por la incesante presión de las perturbadoras oleadas mentales y emotivas que no le dan punto de reposo ni le dejan concentrar sus energías para hacer un positivo esfuerzo. Por esta razón, los indos que desean alcanzar la vida superior suelen retirarse al yermo, pues en todos los países y en todas las épocas hubo hombres deseosos de vivir eremíticamente en lugares apartados del mundanal bullicio donde la soledad les permita ordenar sus pensamientos, y libres de impedimentos exteriores recibir auxilio de la solemne calma de la naturaleza.

Pero quien constantemente vive en presencia de un Maestro tiene todavía mayor ventaja que en la soledad del yermo, pues el Maestro ha calmado ya sus vehículos y los ha acostumbrado

a vibrar en rítmica y suave tonalidad en vez de conmoverlos en tumultuoso frenesí. La rítmica tonalidad de los vehículos del Maestro es vigorosa al par que firme, y día y noche influye en los vehículos del discípulo, tanto en vigilia como en sueño, y gradualmente los va poniendo a tono con la vibración del Maestro. Este resultado sólo puede obtenerse con el tiempo y la continuidad de estrecha relación, aunque no con cualquiera sino con los capaces de tonalizarse.

Muchos Maestros no revelan sus especiales métodos de desarrollo oculto hasta después de obtener dicho resultado, al menos en gran parte, a fin de que no sean peligrosos en caso de mala aplicación, porque los Instructores necesitan que el candidato esté preparado para recibir sus enseñanzas y bien sometido a su influencia para sostenerle en el recto camino cuando sobrevenga la dificultad. Muchísimas son las ventajas de quienes pueden estar en contacto íntimo con su Maestro.

Por consiguiente, ser discípulo aceptado de un Maestro significa que este discípulo se ha convertido en una especie de centinela avanzado de la conciencia del Maestro, en un canal por el que se derrame sobre el mundo la influencia de los Grandes Seres. El discípulo aceptado está en tan íntimo contacto con la mente del Maestro, que en cualquier instante sabe cómo piensa respecto a determinado asunto y no incurre en error. Por su parte, el Maestro puede siempre que convenga transmitir un pensamiento a su discípulo, en forma de sugestión o de mensaje. Si, por ejemplo, el discípulo escribe una carta o da una conferencia, el Maestro lo echa de ver subconscientemente y puede infundirle al discípulo una frase

para interpolarla en la carta o una apropiada insinuación para la conferencia. Al principio el discípulo no nota esta actuación del Maestro y supone que las ideas brotan de su propia mente; pero no tarda en reconocer el pensamiento del Maestro. En verdad es sumamente necesario que así lo reconozca, porque en los mundos astral y mental hay muchas otras entidades dispuestas con los mejores propósitos y la más amigable actitud a dar análogas insinuaciones, por lo que conviene que el discípulo aprenda a distinguir su procedencia.

Sin embargo, no confundamos el uso que un Maestro hace del cuerpo de su discípulo con la mediumnidad, que frecuentemente hemos calificado de vituperable. Por ejemplo, en alguna ocasión habló un Maestro por boca de la señora Besant y quienes la oyeron notaron señalada mudanza en la inflexión de voz, ademanes y aun fisonomía de la oradora; pero en tales casos no dejó nunca ésta de conservar su plena conciencia y saber exactamente lo que decía y por qué lo decía. Esta condición es tan distinta de la llamada mediumnidad, que fuera de todo punto impropio darle el mismo nombre. No cabe poner reparo alguno a dicha utilización por el Maestro del cuerpo del discípulo, y aun así son muy raros los casos en que los Maestros han usado este medio.

Cuando el Maestro habla por boca de la señora Besant, conserva ésta, como en circunstancias normales, la plena actividad de su cerebro físico; pero en vez de usar directamente sus órganos vocales, se limita a escuchar lo que el Maestro dice por medio de ellos. El Maestro piensa con su propio cerebro y transmite el pensamiento al

de la señora Besant, y sin embargo, puede ella seguir usando su cerebro en las intelectuales operaciones de escuchar, comprender y admirar, aunque le sería imposible en aquel momento componer ni la más sencilla frase sobre cualquier tema distinto. Supongo que la forma más elevada de los guías espiritistas debe aproximarse a esto, pero rarísimamente se puede llegar a tanto.

Es tan poderosa la influencia de un Maestro, que irradia en una extensión casi ilimitada, *de modo que*, al hablar ante un auditorio por boca del discípulo, puede ocurrir que algún oyente muy receptivo note la presencia del Maestro y vea sus facciones y oiga su voz en vez de las del discípulo, pero no hay ninguna mudanza física perceptible por los oyentes no receptivos. En las comunicaciones espiritistas he presenciado casos en que se alteraron la voz, ademanes y aun las facciones del médium; pero esto supone siempre la completa incautación del Ego del médium por la entidad que de él se vale para hablar, lo cual es de todo punto distinto del procedimiento empleado por los Maestros.

Hay una tercera etapa de todavía más íntima unión, cuando el discípulo llega a ser lo que se llama el «hijo» del Maestro, luego que éste ha comprobado por larga experiencia las cualidades de su aceptado discípulo y tiene la seguridad de que nada se levantará en sus cuerpos emocional y mental que sea necesario repudiar. La capital diferencia entre el discípulo aceptado y el «hijo» es que el primero, aunque se identifica con la conciencia del Maestro, puede quedar temporáneamente separado de ella en algunos casos, mientras que el «hijo» está en unión tan íntima y

sagrada que ni aun el mismo poder del Maestro sería capaz de interrumpirla una vez establecida.

Por lo tanto, vemos que hay tres etapas o estados de relación entre el Maestro y el discípulo. Primero, el período de prueba durante el cual no es verdadero discípulo. Segundo, el período de discípulo aceptado. Tercero, el período de filiación.

Desde luego se comprende que estas relaciones nada tienen que ver con las iniciaciones o etapas del Sendero cuya categoría es de todo punto distinta, pues son las señales de relación del hombre no con su Maestro sino con la Gran Fraternidad Blanca y su augusto Jefe. Como apropiado símil de estas respectivas relaciones, podemos señalar la situación en que se halla un estudiante con el director del colegio en que aprende las asignaturas de su carrera y con la universidad en que ha de recibir los títulos académicos. La universidad le exige exámenes comprobatorios de suficiencia sin importarle nada los métodos y procedimientos de estudio. La universidad y no el director del colegio formula los programas de examen y confiere los grados, pues la tarea del director del colegio se contrae a que el estudiante esté debidamente preparado. Sin embargo, durante esta preparación, el director del colegio puede establecer con el estudiante las relaciones privadas de índole social que estime convenientes y con las cuales nada tenga que ver la universidad.

De la propia suerte, la Gran Fraternidad Blanca no se preocupa en modo alguno de las relaciones entre el Maestro y discípulo, que se dejan a la privada consideración del mismo Maestro, quien

cuando cree que el discípulo está dispuesto a la iniciación lo notifica a la Gran Fraternidad Blanca y presenta al discípulo para recibirla, sin que la Fraternidad exija otra condición que la aptitud y nada pregunte respecto a las relaciones entre el discípulo y el Maestro.

Pero como al candidato a la iniciación deben proponerlo dos miembros de la Fraternidad que hayan alcanzado el nivel de adepto, cabe afirmar que el Maestro no propondrá al discípulo para la prueba de iniciación si no está segurísimo de su aptitud, y esta seguridad solo puede dimanar de la íntima identificación de la conciencia del discípulo con la del Maestro. Cuando un estudiante oye hablar de estas cosas, acude a sus labios la siguiente pregunta: «¿Cómo podré ser discípulo de un Maestro? ¿Qué haré para llamarle la atención?» En verdad no es necesario que nos esforcemos en llamar la atención de los Maestros, porque siempre andan en busca de quienes puedan serles útiles en la magna obra que tienen a su cargo, y por lo tanto no hemos de recelar en lo más mínimo que prescindan de nosotros si merecemos su atención.

Recuerdo muy bien un incidente de mis primeras relaciones con los Grandes Seres hace veinticinco años. Encontré en el mundo físico a un hombre muy entusiasta y de carácter irrepreensible, que creía firmemente en la existencia de los Maestros y dedicaba su vida al exclusivo objeto de ponerse en condiciones de servirles. Me pareció en todos sus aspectos un hombre tan a propósito para el discipulado y tan evidentemente superior a mí en muchos conceptos, que no podía yo comprender por qué no estaba ya aceptado,

y en consecuencia, con toda mi novicia ignorancia de la índole de la obra, mencioné humildemente con mucho encomio ante el Maestro el nombre de aquel aspirante, diciendo que tal vez sería un buen instrumento. El Maestro sonrióse al oírme y afablemente me dijo:

«No temas que tu amigo quede preterido. A nadie podemos preterir. Pero en este caso es necesario que tu amigo agote algunos residuos kármicos, y así es imposible por el momento aceptar tu insinuación. Pronto saldrá tu amigo del mundo físico, muy luego volverá para la expiación completa, y entonces se realizará el deseo que sientes por él.»

Dicho esto, con la gentil amabilidad que le caracteriza sobremanera, el Maestro entrefundió íntimamente su conciencia con la mía, y alzándose a un nivel mucho más elevado del que yo por entonces podía alcanzar, me enseñó cómo los Maestros vigilan el mundo. La tierra entera estaba ante nosotros con sus millones de almas, en su mayor parte de atrasada evolución y en consecuencia vulgares; pero por doquiera que entre aquella innumerable multitud había un alma que aunque a mucha distancia aún, se acercaba al punto en que pudiera ser útil para el servicio, se distinguía entre las otras como un faro entre las tinieblas de la noche. El Maestro dijo: «Ya ves cuán imposible es que nadie quede imperceptible, pues distinguimos aun a quienes están muy lejos de la posibilidad de ponerlos a prueba. »

Lo único que nos cabe hacer por nuestra parte es trabajar firmemente en el perfeccionamiento de nuestro carácter y procurar por todos los medios posibles, por el estudio de las obras teosóficas,

por el propio desarrollo y por nuestra abnegada devoción al interés del prójimo, capacitarnos para recibir el anhelado honor, con la absoluta seguridad de que vendrá la aceptación tan pronto como la merezcamos. Lo único que podemos hacer es predisponernos y confiar en que se nos aceptará en cuanto estemos a punto, porque hay grandísima necesidad de auxiliares. Pero hasta que podamos ser provechosamente útiles, es decir, hasta que la energía empleada en nosotros dé un rendimiento superior al que daría empleada de otro modo, faltaría el Maestro a su deber si no nos ligara en estrecha relación con él.

Podemos tener la completa seguridad de que no hay excepciones en esta regla, aunque a veces nos parezca ver alguna. Un hombre puede entrar en el período probatorio, por más que tenga notorios defectos; pero en este caso seguramente poseerá en su interior cualidades compensadoras en exceso de los vicios superficiales.

También conviene advertir, que los Maestros de Sabiduría tienen como nosotros muchas vidas tras ellos y establecieron lazos kármicos, de los que resulta a veces que ciertos individuos alegan sobre ellos el pago de un servicio prestado en remotos tiempos. En nuestras indagaciones de vidas pasadas hemos encontrado algunos ejemplos de estos lazos kármicos, y uno de ellos es el de cierto individuo que, cuando fue un poderoso noble en Egipto hace seis mil años, influyó en las autoridades de uno de los principales templos para que admitiesen como estudiante distinguido a un joven que denotaba vehementísimo interés en las ciencias ocultas. El joven estudiante se aplicó arduamente a ellas e hizo admirables

progresos, de modo que en vidas sucesivas continuó los estudios comenzados en aquel antiguo templo. De entonces acá, el estudiante ha conseguido el adeptado, adelantando con ello en mucho al noble que en aquella lejana ocasión le favoreció con su influencia, y como en la obra que tiene a su cargo actualmente necesitara de alguien para exponer al mundo ciertas verdades cuya publicación era ya oportuna, vio que su antiguo amigo y valedor de seis mil años atrás estaba en condiciones de ser instrumento útil para el caso y le otorgó en recompensa el privilegio de transmitir la verdad al mundo.

Numerosos son los casos análogos. Todos sabemos que en tiempos mucho más recientes todavía, uno de los fundadores de la Sociedad Teosófica salvó la vida del otro que a la sazón era el hijo mayor de quien ahora es Maestro de ambos, y así estableció un derecho kármico que desde entonces puso a los tres en íntima relación. Además, en otra coyuntura del remoto pasado, la señora Besant salvó a su actual Maestro de la conspiración tramada contra su vida; y en otro caso, uno que acaba de transponer el portal de la iniciación salvó la vida del Bodhisattva, del gran Señor Maitreya.

Todos estos son indudablemente lazos kármicos y constituyen deudas que se han de pagar en todo y por todo. Así puede suceder que alguno de nosotros estuviera íntimamente relacionado en pasadas vidas con un hoy Maestro y que le prestara algún ligero servicio, y en este caso sería el comienzo de una relación que diera por madura consecuencia el discipulado por nuestra parte.

Suele ocurrir que algunos individuos se sienten

atraídos por un común interés en el estudio del ocultismo, y en vidas posteriores, cuando alguno de ellos está mucho más adelantado que los demás, establece relaciones de instructor con los que un tiempo fueron sus compañeros de estudio.

Seguramente que el hombre puede llamar de diversos modos la atención de los Maestros. Puede acercarse a las puertas de la iniciación, relacionándose con quienes estén más adelantados que él, o bien por la potencia del puro y firme pensamiento, por devoción o por el ardoroso esfuerzo en las buenas obras; pero todos estos medios son divisiones del Sendero único, pues denotan todos que el hombre se está capacitando para una u otra modalidad de la tarea que se ha de llevar a cabo. Y así, cuando por alguno de estos métodos llega a cierto nivel, inevitablemente llama la atención de los Maestros de Sabiduría y de un modo u otro se relaciona con ellos, aunque probablemente no en el mundo físico. Por lo general, el Maestro lo relaciona con uno de sus más sobresalientes discípulos, y este es el mejor medio, puesto que las personas vulgares no pueden asegurarse por sí mismas del valor exacto de las comunicaciones astrales, a menos que hayan tenido muy amplias experiencias mediumnísticas, ya que en el mundo astral actúan numerosas entidades ordinarias de poca evolución que arden en deseos de figurar como instructores del mundo. Comunmente, estos suplantadores están movidos por buena intención y creen que han de dar al mundo enseñanzas capaces de salvarlo. La muerte física les ha convencido de la futilidad de los objetos mundanos y piensan de buena fe que si pudieran transmitir al género humano sus nuevas modalidades de pen-

samiento, sería el mundo muy distinto de lo que es. También están plenamente convencidos de que les bastaría publicar sus ideas en el mundo físico para que las gentes asistieran a ellas, y así escogen a una mujer muy receptiva y la sugestionan con la idea de que la han escogido para revelar una sorprendente novedad. Desde luego que es muy lisonjero para una persona vulgar verse escogida como la única capaz de servir de medio de comunicación de una poderosa entidad y el único canal para transmitir enseñanzas transcendentales y aunque la entidad comunicante no alardee de grandeza (lo cual es raro) el médium lo atribuye a excesiva modestia por parte de la entidad y la disputa al menos por un arcángel cuando no por directa manifestación de la Divinidad. Pero la tal entidad comunicante olvida que, cuando vivía en la tierra, otras entidades astrales se comunicaban análogamente por diversos médiums y que entonces no prestaba la menor atención a las comunicaciones, porque estaba engolfado en los negocios del mundo; y que de la propia suerte, las gentes que ahora viven en el mundo físico no harán ningún caso de lo que él desea comunicarles.

Estas entidades suelen apropiarse nombres famosos, en lo que les cabe disculpa, porque conocen la condición humana y saben que si un Juan García o un Pedro López viniese a revelar a los vivos en la tierra determinadas enseñanzas, tendría pocas probabilidades de aceptación por verdadera y excelente que fuese, mientras que la misma comunicación dado por Jorge Washington, Julio César o el arcángel Miguel merecería por lo menos respeto y acaso la aceptarían ciegamente las gentes.

Toda entidad consciente en el plano astral tiene

cierta clarividencia de los pensamientos y emociones de aquellos con quienes trata; y por lo tanto, no es extraño que al relacionarse con los teósofos y notar la profunda reverencia que éstos sienten por los Maestros de Sabiduría, se finjan tales para obtener más fácil aceptación de las ideas que desean comunicar.

Conviene tener asimismo en cuenta que algunas entidades astrales miran maliciosamente a nuestros Maestros y procuran perjudicarlos en lo que les cabe; pero como no pueden directamente, se ceban en los discípulos predilectos. Uno de los más fáciles medios que de dañar tienen estas entidades es asumir la forma del Maestro profundamente reverenciado por el discípulo a quien escogen como víctima, y a veces imitan con tal perfección el aspecto físico del Maestro suplantado, que parecería él mismo a no ser por la imposibilidad en que está el suplantador de remedar la verdadera expresión de la mirada. Quien haya educado la vista de los mundos superiores no será víctima de la superchería, pues las entidades astrales no pueden imitar ni por asomo el cuerpo causal del Maestro.

Por lo tanto, haremos muy bien en escuchar el sabio precepto de *La Voz del Silencio*: «No busques a tu Guru en aquellas mayávicas regiones.» No aceptéis nada de cuanto proceda de un supuesto instructor del plano astral, sino recibid estas comunicaciones y avisos con la misma prevención con que las recibiríais de un desconocido en el mundo físico. Tomadlas por lo que en sí valgan y aceptad o rechazad la insinuación según os dicte la conciencia sin preocuparos de su supuesto origen. Buscad más bien enseñanzas que satisfagan vuestra inteligencia y aplicad siempre

la prueba de vuestra mente y de vuestra conciencia a todo cuanto de este modo se os exponga.

No olvidemos que nuestras líneas de desarrollo no son las únicas. Los dos Maestros más íntimamente relacionados con la obra de la Sociedad Teosófica pertenecen a dos diferentes rayos o modalidades de enseñanza, pero todavía hay otros. Todas las escuelas de enseñanza superior dan lecciones preparatorias de purificación del carácter; pero las enseñanzas y ejercicios particulares difieren según el tipo del instructor, aunque todos los pertenecientes a la Gran Fraternidad Blanca insisten en que el nivel superior sólo puede alcanzarse por medio del Sendero de Santidad y la extinción del deseo, venciénolo y no halagándolo. El Maestro puede emplear al discípulo en diversidad de servicios. A unos los destinan a las tareas señaladas en *Protectores invisibles*, y a otros se les ordena que ayuden personalmente al Maestro en alguna obra que trae entre manos. Algunos reciben el encargo de dar astralmente conferencias a gentes poco evolucionadas o de ayudar y enseñar a los que durante el sueño se trasladan al mundo astral o a los que en él residen después de la muerte. Cuando un discípulo duerme por la noche, se relaciona con su Maestro, quien le informa entonces de si hay alguna tarea especial de que pueda encargarse, y en caso de no haberla, continuará su acostumbrada obra nocturna cualquiera que sea.

A cada protector invisible se le asignan determinado número de casos o sujetos, análogamente como los médicos están encargados de cierto número de enfermos en los hospitales del mundo físico; y cuando no tienen especial tarea, hacen

el servicio de ronda para vigilar los casos con que tropiecen. Así es que nunca les falta en que ocuparse si no se necesita su concreto auxilio como ocurre cuando alguna súbita catástrofe lanza simultáneamente gran número de almas en el mundo astral presas de terror. La enseñanza que los discípulos noveles necesitan para esta obra la reciben de los más antiguos discípulos del Maestro.

Si conviene que el discípulo tome a su cargo un especial sistema de desarrollo psíquico en el mundo físico, el Maestro se lo indicará directamente o bien por medio de uno de sus discípulos aceptados, según el carácter y las necesidades del aprendiz, por lo que es mejor para éste esperar instrucciones concretas antes de acometer tareas de tal índole, y al recibirlas valdrá más que se las reserve para sí y no las discuta con otros a quienes seguramente no les convendrían.

Los maestros menores de la India tienen sus peculiares métodos didácticos cuya diferencia depende en parte de la escuela filosófica a que pertenecen y en parte de sus distintos puntos de vista sobre una misma materia; pero todos los mantienen muy secretos a fin de no cargar con la responsabilidad del erróneo empleo. El daño que puede ocasionar la indiscreta publicación de estos métodos se ha evidenciado en los Estados Unidos, donde logró profusa circulación un libro escrito por un maestro indo que mencionaba cautelosamente ciertas prácticas y advertía en el prefacio la necesidad de prepararse a ellas por la educación del carácter. Sin embargo el libro ocasionó acerbos sufrimientos porque la mayoría de lectores menospreciaron la advertencia y se lanzaron imprudentemente a las prácticas descritas,

cuyo resultado fue inutilizarlos físicamente. Unos enloquecieron otros cayeron presa de trastornos nerviosos y algunos quedaron obsesos por entidades maléficas. Para la absoluta seguridad de estas prácticas es indispensable realizarlas (como actualmente se realizan en la India) en presencia de un instructor que vigile el resultado e intervenga al ver que es perjudicial. En la India es costumbre que el discípulo se mantenga en contacto físico con su instructor, pues allí todos saben que la primera y principal tarea de un instructor es armonizar con la suya el aura del discípulo y anular las ordinarias condiciones de turbación que prevalecen en el mundo, enseñándole a desprenderse de ellas y vivir en absoluta calma. Uno de nuestros Maestros dijo en una de sus primeras cartas: «Ven de tu mundo al nuestro», y esto se refiere no a un cambio de lugar sino de estado de ánimo.

Recordad que todo aquel que medita en el Maestro establece un definido lazo con él que al clarividente se le muestra como una línea de luz, cuyo contacto nota subconscientemente el Maestro y en respuesta envía por ella una corriente magnética que prosigue actuando mucho después de acabada la meditación. El regular ejercicio de esta meditación concentrada sirve de muchísimo auxilio al aspirante, y la regularidad es uno de los más importantes factores del resultado. Así es que debe practicarse todos los días a la misma hora y perseverar firmemente en ella aunque de pronto no advirtamos ningún efecto definido. En este caso conviene evitar toda depresión de ánimo que dificultaría el acceso de la influencia del Maestro y al propio tiempo denotaría que más que en él pensamos en nosotros mismos.

EL SENDERO DE PROGRESO

CUANDO exponemos como principio fundamental que toda evolución dimana de Dios y que somos chispas de la divina llama con la que un día hemos de reunimos, suelen hacernos las gentes no sin motivo, dos preguntas: 1. »¿Por qué ha de emanarnos Dios de su seno, puesto que siendo partes de él ya éramos divinos desde un principio? ¿Por qué había de manifestarse el Logos en la materia si desde un principio era perfecto, glorioso y omnisciente?» 2. «Si emanamos de Dios ¿por qué caímos en maldad y cómo es posible que el hombre surgido de tan pura fuente se haya degradado hasta el punto que continuamente vemos en nuestro alrededor?» Vale la pena de considerar el modo de responder a unas preguntas que tan lógicas parecen y tan a menudo se formulan.

La causa de la manifestación del Logos no entra en nuestras indagaciones, pues nos basta saber que quiso manifestarse, que formamos parte de su plan y que por lo tanto debemos estudiarlo y comprenderlo en lo posible para ajustarnos a él. Pero si alguien deseara especular sobre el misterio de la manifestación del Logos, no le cabría mejor punto de apoyo que el dado por los doctores gnósticos, quienes dicen:

«Dios es amor; pero el amor no puede ser perfecto sin tener sobre quien derramarse y quien a él corresponda. Por lo tanto, Dios se manifestó en la materia y limitó su gloria para que por natural y lenta evolución surgiéramos a la existencia y de acuerdo con su voluntad fuéramos progresando hasta llegar a su propio nivel. Entonces el amor de Dios será más perfecto, porque se derramará en sus propios hijos quienes a él corresponderán al comprenderlo plenamente, De este modo se llevará a cabo el gran plan de DIOS y se cumplirá su voluntad».

Respecto a por qué la emanación se efectuó de este modo particular, tampoco entra en nuestro alcance, porque únicamente nos incumben los *hechos* de la evolución y no sus razones, sin embargo no parece difícil bosquejar una respuesta.

El hombre es en verdad una emanación de la substancia divina; pero conviene advertir que al emanar la substancia está indiferenciada e inconsciente desde el punto de vista humano, es decir, que más bien es potencialmente consciente que consciente en el sentido que solemos dar a esta palabra.

Al descender a la materia, va la emanada substancia rodeándose de la materia de los diferentes planos por que atraviesa, y cuando llega al ínfimo punto de su involución en el reino mineral, se convierte a la evolución o sea que se dirige hacia el nivel de donde descendiera y entonces comienza a desenvolver lo que llamamos conciencia. Por esta razón empieza el hombre a desenvolver su conciencia en el plano físico, y hasta que no la ha desarrollado del todo en este plano no empieza a desarrollarla en los astral y mental.

No cabe duda de que por un acto de su propia voluntad hubiera podido Dios crear al hombre perfecto y obediente a la ley; pero ¿no es evidente que un hombre tal hubiera sido un mero autómatas y que la voluntad operante en él fuera la voluntad de Dios y no *la suya*. El Logos deseaba evocar a la existencia, de su propia substancia, seres semejantes a él en poder y gloria, libres en absoluto de elección, y sin embargo absolutamente seguros de elegir el bien y no el mal, porque además del perfecto poder tuvieran perfecto conocimiento y perfecto amor.

Mas para llegar a este resultado final no cabe admitir otro medio que el adoptado, o sea dejar al hombre libre y por lo tanto sujeto a error, a fin de que por sus mismos errores adquiriera la experiencia necesaria. Aunque en este plan haya de existir inevitablemente el mal y por lo tanto tristeza y sufrimiento, cuando se comprende debidamente el oficio de estos factores en la evolución humana, echamos de ver cuán acertado está el proverbio chino al decir que el mal es la tenebrosa sombra del bien. Por muy densas que sean las nubes vistas desde la tierra, tras ellas refulge el potente sol que ha de disiparlas, y así resulta justificada la antigua sentencia de que *todas* las cosas, aun las de peor apariencia cooperan en realidad al bien. ⁽¹⁾ Todos cuantos han progresado algo reconocen por propia experiencia que esto es absolutamente cierto; y aun cuando no logren demostrárselo a quienes todavía no han pasado por las mismas pruebas, al menos pueden atestiguarlo

(1). Esta misma verdad expresa el apóstol Pablo cuando dice: «Y sabemos que todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios»; Romanos 8:28. -N. del T.

con segura vos, y este testimonio no dejará de tener valor para quienes aún se esfuerzan en caminar hacia la luz.

Tocante a la segunda pregunta, nos parece que abarca demasiado, pues no es cierto que el hombre se vea hundido en la maldad y la degradación. En realidad, nosotros no hemos sido emanados en completo, porque las cosas han sucedido de muy distinta manera.

El Logos pone en manifestación la corriente de energía que podemos considerar como parte de Sí mismo o de Su envoltura. Esta corriente contiene potencialmente numerosa hueste de mónadas cada una de las cuales llegará a ser un Logos cuando esté plenamente evolucionada. Para esta evolución es necesario que la mónada se vaya manifestando en diversos grados de materia para la lenta y sucesiva formación de la individualidad en que se actualicen las cualidades potenciales. Tal es el proceso de la evolución a cuyo cumplimiento cooperan las leyes todas del universo. En las primeras etapas de manifestación está la mónada enteramente gobernada por las leyes del universo, pues todavía no tiene individualidad autónoma, ni un alma que propiamente le pertenezca. Pero llega una etapa en que logra la individualidad y entonces empieza a desarrollarse la voluntad. El plan del Logos es dejar al hombre en relativa libertad (muy poca al principio) en el uso de esta incipiente voluntad, y entonces se incline tan pronto al bien como al mal, aunque casi siempre tiene Instructores procedentes de anteriores evoluciones que le enseñan el camino por donde debe ir.

Cuando el hombre usa su voluntad erróneamente o sea en sentido opuesto a la corriente de

evolución, la ley de naturaleza le inflige sufrimiento en consecuencia de su error, y como este resultado se repite siempre que el hombre hace mal uso de su voluntad, aprende al fin por experiencia que debe obedecer las sabias instrucciones recibidas, y tan pronto como ha contraído este hábito de obediencia y lo ha incorporado a la naturaleza de su ser, se abre ante él un amplio campo de libertad y de acción.

En este nuevo campo obrará unas veces bien y otras mal; pero siempre le resultará sufrimiento de los errores en que incurra o de las malas acciones que cometa. Por lo tanto, toda «maldad y degradación» que pueda existir es forzosamente el resultado de las acciones del hombre que hizo mal uso de su voluntad y está en camino de aprender a usarla rectamente, y tan luego como todos los hombres hayan aprendido esta lección desaparecerá el mal de la tierra. Así tenemos que el mal hoy existente en el mundo es de índole transitoria y consecuencia de las acciones del hombre. Por muy horrible y profundamente arraigado que nos parezca el mal en este mundo, no es posible que dure perpetuamente, puesto que es un efecto que desaparecerá en cuanto se elimine su causa. De la existencia del mal mientras dure no hemos de inculpar a la Causa Primera sino a nosotros mismos que entorpecemos su establecido plan.

Exhortamos a las gentes a seguir el camino recto y no el tortuoso; pero a mi modo de ver todo hombre sigue de su propia voluntad el recto camino cuando verdaderamente lo conoce. La dificultad está en que las enseñanzas elevadas suelen parecerles vagas y quiméricas a muchas gentes, y aunque aparenten creerlas o se figuren que las

creen, lo cierto es que cuando han de ponerlas en práctica no acomodan a ellas su conducta.

Así, por ejemplo, muchos que se jactan de muy religiosos se afanan por honores y riquezas, lo cual estaría muy en su punto si fuesen materialistas y no creyeran en otra vida superior; pero resulta paradójico el hombre que de religioso se precia entregado de lleno a los objetos mundanos, porque en realidad no cree sinceramente en la religión que dice profesar ni está convencido de sus verdades, pues si lo estuviera no se afanaría tras los bienes terrenales. Este hombre busca lo de que está seguro sin la más leve reserva mental, es decir, el dinero y el poderío material. Sabe que necesita estas cosas, cree que con ellas será dichoso y por lo tanto dedica todo su tiempo y energías a su adquisición. Sin embargo, conviene advertir que mientras así obra vigoriza su voluntad y fortalece la perseverancia. Ahora bien; si de algún modo pudiéramos convencer a este hombre del valor de las cosas superiores con tanta seguridad como lo está del valor del dinero, aplicaría su voluntad y perseverancia al desenvolvimiento espiritual y buscaría las realidades tan vehementemente como ahora persigue a las sombras. Esto es precisamente lo que obtendrá del estudio de la Teosofía. Quien debidamente comprende las enseñanzas teosóficas sabe que está en el mundo con determinado propósito cuya realización ha de ser su principal tarea, y convencido de que hay cosas de mayor estima e ideales más elevados se consagra a ellos con el mismo afán que anteriormente desplegara en la adquisición de honores y riquezas.

Mas para esto no basta un vago interés ni la

lectura de unos cuantos libros. Es indispensable creer en las enseñanzas teosóficas y estar plenamente convencidos de su verdad; y el único medio de lograr este convencimiento es comprobar por sí mismo y de primera mano algunas siquiera pocas de dichas enseñanzas. Desde luego que cabe convencerse por argumentación lógica al ver que ninguna otra doctrina es razonablemente posible; pero pocos son capaces de adquirir esta convicción mental sobre cosas más allá de su alcance, y así la mayor parte de las gentes necesitan ver y conocer concretamente algo al menos de las enseñanzas.

Los que fuimos los primeros estudiantes de Teosofía sentimos esta necesidad de experimentación tan hondamente como puedan sentirla los estudiantes del día, y cuando hace treinta y cinco o treinta y siete años le preguntábamos a Blavatsky si había posibilidad de que comprobáramos personalmente algo de lo que se nos enseñaba, respondía siempre afirmativamente, diciéndonos que si nos tomábamos el trabajo de desenvolver las requeridas facultades, comprobaríamos por nosotros mismos la verdad de gran parte de las enseñanzas; aunque el camino era largo y escabroso sin que nadie pudiera predecir el tiempo que tardaríamos en recorrerlo. Pero por otra parte nos consolaba diciendo que el resultado era absolutamente seguro, pues todos cuantos acometieran la empresa habían de realizarla si no en esta vida en la venidera.

Esto nos alentaba en cierto modo y nos atemorizaba por otro; pero algunos de nosotros confiamos en la palabra de Blavatsky y resolvimos de todo corazón vivir según nos prescribía y em-

prender la tarea que nos señalaba. No todos obtuvimos iguales resultados, aunque sí el suficiente para evidenciar la verdad de las enseñanzas, y si alguno no lo alcanzó en el grado que esperaba fue por culpa de él mismo y no de los instructores.

Sin embargo, hubo de entre nosotros quienes comprobaron personalmente gran número de las afirmaciones de los Maestros respecto a nuestros vehículos, nuestras posibilidades y al mundo astral que inmediatamente nos rodea; y más adelante, por continuados y pacientes esfuerzos desenvolvimos las facultades del cuerpo mental y por vez primera experimentamos lo que se nos había dicho de la vida celeste. Hasta entonces nada de esto habíamos logrado comprender porque nuestras facultades no lo alcanzaban; pero cuando por un vigoroso esfuerzo las elevamos al nivel de la mente superior o cuerpo causal, se abrió ante nosotros el mundo de las realidades, y fuimos capaces de leer los registros del pasado que nos dieron la absoluta seguridad de la lenta prosecución del plan del Logos por medio de sucesivos nacimientos presididos por las capitales leyes de la evolución y causalidad. Entonces vimos claramente que formábamos parte de este plan y por lo tanto era a la vez nuestro deber, nuestra prerrogativa y nuestro privilegio cooperar inteligentemente a su cumplimiento.

No nos cupo ya duda de la evolución del porvenir de la humanidad, porque vimos claro que habíamos ascendido desde los reinos inferiores y habíamos de ascender aún a los superiores. Las diversas etapas de la humana vida estaban dispuestas para nosotros como peldaños de escalera que desde el punto en que nos hallábamos se ex-

tendían hacia arriba y hacia abajo con seres vivientes en cada peldaño.

Los Maestros, situados en lo alto de la escalera, nos aseguraban que eran hombres como nosotros y que habían pasado por los rellanos en donde a la sazón estábamos, sin que entre ellos y nosotros hubiese abismo de separación, porque todos los peldaños estaban ocupados y veíamos como pasaban de uno a otro los que se hallaban más arriba de nosotros. Cuando nuestra vista se acostumbra a la deslumbrante luz de los planos superiores, vimos que aún más allá del eminente nivel ocupado por los Maestros culminaban más excelsas cumbres en que estaban los Manús, Cristos, Budas, Lipikas, Devas superiores, Dhyanes Choanes y muchas otras entidades de quienes sólo sabíamos que existían y que no obstante su inefable elevación forman parte de la misma inmensa cadena.

Todo el pasado se extiende ante nosotros mostrándonos las altiplanicies del sendero con los vericuetos que de él arrancan, y por lo tanto es justa nuestra confianza de que algún día estaremos en donde hoy están los Grandes Seres. Al convencernos de lo inevitable de nuestro destino comprendimos la inutilidad de resistirnos a él. Estamos sujetos a la ley de progreso y únicamente en el progreso tenemos nuestra dicha y seguridad.

En cuanto al progreso que hemos de realizar en la actual cadena planetaria, la mayoría de nosotros no estamos aún lo que se llama en términos corrientes «seguros» o «salvos», pues sólo alcanzaremos tan anhelada situación cuando después de la primera gran iniciación del *Sotâpatti* o *Srotaapâna* (el que entra en la corriente) seamos

miembros de la Gran Fraternidad que perdura de una eternidad a otra.

Quienes llegan a este nivel han conseguido el resultado más importante y transpuesto el punto más crítico de toda la evolución humana, en cuyo transcurso hay tres señaladísimas estaciones. La primera es la individualización o entrada en el reino humano, cuando la mónada adquiere cuerpo causal y se constituye en ego definitivamente autónomo. El logro de la individualidad fue el objetivo de la evolución de la mónada en el reino animal y su fin es formar un vigoroso centro individual por el que eventualmente pueda fluir la energía del Logos. En un principio este ego individual es todavía infantil, débil e impreciso, y para que se defina y vigorice lo ha de empalmar el intenso egoísmo del salvaje. Durante muchas vidas ha de mantenerse erecta la recia cerca del egoísmo para que en su interior vaya definiéndose más y más el centro individual.

Podemos considerar el egoísmo como una especie de andamio indispensable para construir el edificio, pero que debemos derribar luego de concluida la obra si ésta ha de servir al objeto de su edificación. El andamiaje es cosa fea, y si lo dejáramos después de levantado el edificio no sería éste habitable; y sin embargo, no fuera posible construirlo sin él.

El objeto de la formación del centro individual es que la energía del Logos irradie sobre el mundo, y esta irradiación sería imposible si persistiera el egoísmo; y sin embargo, jamás podría formarse el centro individual sin el egoísmo. Vemos, por lo tanto, que la más innoble cualidad tiene su lugar señalado en la evolución; pero ya

no ha de ser útil para nosotros y debemos desecharla. Así es inútil airarnos contra el egoísta, pues tan solo significa que la condición necesaria y aun virtuosa durante la etapa salvaje, persiste en el estado de civilización. Realmente, el hombre egoísta es un anacronismo, una supervivencia de la salvajería prehistórica y está muy atrasado respecto de su tiempo.

¿Cómo podrá entonces un hombre así desechar su egoísmo e incorporarse a la progresiva corriente de evolución? Muchos y muy variados métodos emplea la naturaleza para lograr este fin, aunque todos pueden reducirse fundamentalmente a *uno* solo. En primer lugar es necesario que el hombre se convenza de la unidad de todas las cosas. Suele hacerlo gradualmente al dilatar el concepto de unidad que antes concentraba en sí mismo, a la familia para la cual trabaja y en cuyos límites ya no es egoísta. Después extiende la idea de unidad a la tribu o poblado a que pertenece y deja de ser egoísta en cuanto a los suyos se refiere, aunque sigue siéndolo con la agravante muchas veces de la depredación respecto a los extraños, a quienes mira como enemigos. Más tarde incluye en el concepto de unidad a su nación, y en esta etapa se halla actualmente la mayoría de la humanidad, aunque en los intereses subalternos el hombre vulgar todavía lucha en pro de su familia contra los intereses de otras familias, y únicamente en algunas cuestiones de orden colectivo comprende que sus intereses son idénticos a los de las demás familias ciudadanas. En estas cuestiones que suelen llamarse de público interés, vigoriza el hombre vulgar lo que denomina patriotismo y sentimiento nacional; pero sigue siendo egoísta aun en dichas

cuestiones respecto de las gentes que hablan distinto idioma o han nacido en diferentes climas. Día vendrá en que la generalidad de las gentes dilate su concepto de la unidad a todo el linaje humano y entonces podremos decir que poco a poco llegó el hombre a ser inegoísta.

Mientras así aprende el hombre a ampliar sus relaciones con los demás, aprende también algo respecto a sí mismo. Primero advierte que no es él su cuerpo físico; después que tampoco son él sus emociones; y más tarde que ni aun son él sus pensamientos. Esto le lleva al convencimiento de que es el ego individual, y todavía más tarde echa de ver que este ego está aparentemente separado de los demás egos y que hay entre todos ellos una trascendental unidad.

Así el hombre recorre la fatigosa ronda de setecientas setenta y siete encarnaciones durante las cuales progresa lenta y vacilantemente hasta que al fin de estas luchas e incertidumbres entra en la corriente que lo «salva» para siempre. Este es el segundo punto culminante de su evolución.

Pero antes de llegar a él debe haber aprendido a cooperar con la naturaleza y cuidar por sí mismo de su propia evolución. El conocimiento de la unidad que del egoísmo le desprende, le despierta también el anhelo de ser útil, le mueve al estudio y al perfeccionamiento individual, de suerte que pueda razonar sus actos y aquilatar sus sentimientos, así como la valía de todo cuanto con él se relacione.

¿Cuándo debe el hombre emprender la obra del propio perfeccionamiento? Desde luego que ante todo debe extirpar la maleza, es decir, eliminar uno tras uno los vicios y substituirlos por las vir-

tudes contrarias. Debe también ejercitarse en el auxilio al prójimo, aunque por de pronto sea inhábil por falta de costumbre en esta obra. La formación del carácter es tarea muy lenta y enojosa para el que la emprende, pues contrarían su empeño muchas fuerzas que él mismo movilizó en el pasado. Durante muchos años estuvo cediendo al influjo de las siniestras cualidades que adquirieron sobre él poderoso ascendiente.

Pongamos, por ejemplo, el vicio de la irascibilidad. El hombre que en el pasado cedió fácilmente a los arrebatos de ira, dificultaba cada vez la posibilidad de dominarse en nueva ocasión y así fue acumulando un gran caudal de energía que arraigó el hábito de irascibilidad. Esta acumulación no se opera en el ego como cualidad viciosa a él peculiar, sino en el permanente átomo astral, y cuando advierte la malicia de la ira y quiere revolversse contra ella ha de habérselas con el cúmulo de energía que él mismo almacenó en el pasado. Desde luego que esta labor le resulta al hombre muy difícil y tropieza con muchos desalientos y fracasos; pero ha de tener en cuenta que por muchos que sean los fracasos, acabará por vencer con toda seguridad si persevera en el empeño.

Porque la energía acumulada en el vicio no es inagotable, y a cada esfuerzo que haga por vencerla irá disminuyendo su cantidad, al paso que la energía de que dispone para el esfuerzo es infinita con tal de que tenga voluntad lo bastante recia para proseguir la lucha, aunque sean necesarias muchas vidas en que renueve firmemente la benéfica energía con que combate el mal, seguro de que tras de sus esfuerzos está la infinita

energía del mismo Logos con cuya voluntad de acuerdo actúa.

Hasta que el hombre no se forma verdadero concepto de la unidad no tiene adecuado motivo para emprender la dura e ingrata tarea de edificar su carácter; pero en cuanto comprende la necesidad de esta labor, el motivo que a ella le impulsa es tan válido después de mil fracasos como lo era en un principio. Por muchos fracasos con que tropiece, no se intimida el hombre que comprende el plan de evolución, pues sabe que no obstante lo porfiado de la lucha, están de su parte las infinitas fuerzas y no puede fracasar decisivamente.

Para recordar de una a otra vida este su firmísimo propósito de perfeccionamiento del carácter ha de levantar su conciencia hasta el ego; y mientras no pueda llegar a tanta altura, podrá, sin embargo, imprimir dicho propósito en los átomos permanentes que lo transmitirán de una a otra vida. Si el hombre alcanza el nivel del ego, renacerá con el conocimiento del propósito inherente en él; y si tan sólo le cupo impresionar los átomos permanentes no formará el propósito parte de las ideas innatas, pero en cuanto se le presente en una u otra forma externa reconocerá inmediatamente su verdad y obrará de acuerdo con él. Este firme ejercicio de la virtud y este persistente aflujo de conocimiento le conducirán seguramente a la puerta del sendero probatorio y por él a la gran iniciación de que hemos hablado.

Después de esta iniciación o segundo punto culminante del proceso evolutivo del hombre, llega el tercero que consiste en alcanzar la orilla opuesta de la corriente, el adeptado, cuando el

hombre deja de serlo en el sentido ordinario y entra en la evolución superhumana. Se nos enseña que luego de entrar en la corriente ha de reencarnar el hombre unas siete veces para llegar a la cuarta etapa o sea el nivel de arhat, el noble, el venerable, el perfecto. Este período suele prolongarse más bien que acortarse, y las vidas carecen de devakán, pues por lo general sólo a los hombres de este grado evolutivo se les permite que renuncien al devakán o se les exceptúa de él.

Sin embargo, también necesitan muchas encarnaciones sucesivas sin intervalos celestes quienes han tenido la dicha de participar en la noble tarea que los Maestros están preparándonos, esto es, el desenvolvimiento de la sexta raza raíz bajo la dirección del Manú. Pero esta renuncia al devakán sólo se consiente cuando el hombre ha desarrollado ya en otro tiempo la conciencia devakánica, pues no se contrae a la mera renuncia de una recompensa, sino que ha de estar el hombre lo suficientemente avanzado para exceptuarlo de aquella parte de evolución que la mayoría de los egos alcanzan en el mundo celeste.

Cuando el hombre llega a la etapa del arhatado puede decirse que está a mitad de camino entre la primera iniciación y el adeptado, porque entonces ha roto ya cinco de las diez ligaduras que le impiden alcanzar el nirvana. Le faltan romper las otras cinco, y para ello necesita por término medio siete encarnaciones, aunque este número no es regla, porque hay quienes necesitan más y otros las reducen a fuerza de resolución y perseverancia. Se conoce un caso en que por la diligencia y empeño con que emprendió la tarea logró un hombre recibir las cuatro grandes iniciaciones en una sola

existencia; pero este es un caso excepcional que ni uno entre diez mil fueran capaces de emular.

Conviene advertir que el arhat puede utilizar plenamente el vehículo búddhico y que entonces se desvanece el causal sin necesidad de rehacerlo. Por consiguiente, las siete vidas por que ha de pasar antes de obtener el adeptado no exigen en modo alguno el descenso al mundo físico y no deben llamarse propiamente encarnaciones. Sin embargo, en la mayoría de los casos encarnan en el mundo físico porque han de trabajar en él en pro de la Gran Fraternidad.

El candidato emplea estas catorce vidas en recorrer las diferentes etapas del Sendero de Santidad para adquirir las cualidades que al pormenor se describen en los últimos capítulos de *Protectores Invisibles*. (1) El discípulo de uno de nuestros Maestros no elige nunca el sendero de la egoísta liberación que le exime de nuevos nacimientos por haber agotado el karma y vencido el deseo, sino que elige el sendero de renunciación por haber comprendido el plan del Logos y coopera a su realización auxiliando el progreso de la humanidad.

Este sendero se llama también *El Sendero de Dolor* por la constante abnegación y sacrificio que exige; pero tal denominación es algún tanto inadecuada, porque si bien hay sufrimiento es de índole superior y no inferior, y si el discípulo dejara perezosa o desidiosamente la obra que hubiese podido hacer, sufriría muchísimo más en forma de remordimiento. El discípulo sufre en el sendero de renunciación porque se esfuerza en

(1) Véase la obra de Leadbeater, titulada: *Protectores Invisibles*. -Biblioteca Orientalista.-Barcelona.

realizar en la cuarta ronda lo que será fácil y natural en la séptima. Entonces todos nuestros vehículos estarán más desarrollados y aun su materia constituyente será de muy distinta condición, pues el átomo físico tendrá en actividad las siete espirillas en vez de las cuatro que ahora tiene. Por lo tanto, es necesario grandísimo esfuerzo, del que deriva el correspondiente sufrimiento, para forzar a nuestros indeseñados vehículos a que realicen una obra que será relativamente fácil dentro de millones de años, cuando ya estén dichos vehículos plenamente desarrollados.

Sucede en esto cosa parecida al sufrimiento y privaciones a que gozosamente se somete un atleta cuando se predispone a tomar parte en una porfía deportiva y ha de exigir de su cuerpo un esfuerzo superior al ordinario, por lo que le ha de negar muchos gustos y apetitos cuya privación ocasiona molestias y a veces sufrimientos que, sin embargo, el atleta soporta gozoso en espera del placer del triunfo deportivo. Verdaderamente que si por no privarse de aquellos gustos corporales dejara de tomar parte en la porfía atlética fuera mucho mayor su sufrimiento al ver que otro atleta logra la ambicionada victoria.

Así el discípulo que se apartara del sendero de renunciación por temor a las penalidades y sufrimientos que le aguardan, sentiría intenso remordimiento al ver desvalidos y miserables a los prójimos a quienes hubiera podido ayudar de no ceder a su egoísmo.

El Yo no sufre jamás, porque el sufrimiento se contrae a los vehículos inferiores cuando no están prematuramente adaptados. Un símil apropiado tenemos en el crecimiento de los cangrejos

y otros crustáceos cuyo esqueleto óseo está en forma de caparazón que el animal ha de romper cuando crece y esperar a que se le forme otro antes de proseguir el crecimiento, lo cual es un procedimiento a la par molesto y penoso. De la propia suerte, en el proceso de nuestro desarrollo nos formamos una especie de caparazón mental con los pensamientos habituales, y cuando este caparazón es demasiado pequeño para contener las nuevas modalidades de nuestro progreso mental, no tenemos más remedio que romperlo penosamente. Esto es inevitable y no cabe enojarnos con el karma ni con las inmutables leyes de la naturaleza, porque nosotros mismos formamos el caparazón en otro tiempo y a nosotros nos corresponde romperlo, pues si no lo rompiéramos por la pena que esto nos causa, sufriríamos mucho más al notar que no hemos realizado progreso alguno. Muchas gentes temen alterar su modalidad mental, sobre todo, en materias de fe religiosa, y dimana este temor no solamente de los heredados prejuicios sino también de la duda que impide a la mente afirmarse en bases sólidas. Muchos hombres son incapaces de defender razonadamente sus creencias religiosas ni resolver los problemas que inevitablemente se relacionan con ellas, y sin embargo, temen abandonarlas; pero pronto o tarde habrán de rectificar su pensamiento aunque les ocasione dolor. Verdaderamente no sufriríamos si no hubiésemos de romper nuestros caparazones; mas en cambio no progresaríamos ni un solo paso.

La vida del discípulo está henchida de gozo, pero no es vida regalona. La obra que ha de realizar es muy penosa y la lucha que ha de soste-

ner muy porfiada. No es floja tarea que digamos la de concentrar en unas cuantas vidas la evolución correspondiente a millones de años que en natural proceso necesitaría tres rondas y media. La señora Besant dice: «Los discípulos son los crisoles de la naturaleza en donde se disocian los ingredientes nocivos para volverse a combinar en compuestos adecuados al bien general.»

Sin embargo, no es *necesario* que todos los hombres lleguen a ser tales crisoles; antes bien pudiera decirse que el serlo es una distinción ardientemente anhelada, o mejor dicho todavía, que cuando un hombre *ha visto* el gran sacrificio del Logos, no le cabe otro remedio que asociarse a él y participar en él y cooperar a él a costa de su naturaleza inferior. Pero esto no es juego de niños y forzosamente entraña tremendo esfuerzo.

Sin embargo, todo ardoroso estudiante comprenderá que un hombre puede amar de tal manera su obra y gozarse tan plenamente en ella, que no encuentre fuera de ella placer apetecible, aunque sea superior a las facultades de sus vehículos físico, astral y mental.

Conviene advertir que cuando esta obra haya de realizarla la humanidad en conjunto para completar su evolución, estará mucho mejor capacitada para el esfuerzo que los hombres excepcionales que tratan ahora de seguir un más corto y áspero camino. La mayor parte de las dificultades con que estos hombres tropiezan, derivan de que con cuerpos de la cuarta ronda han de realizar la misma tarea que la humanidad en general cumplirá con los espléndidos vehículos de la séptima ronda. Desde luego que para adquirir estos gloriosos vehículos habrán de hacer las hoy almas

débiles la misma obra que actualmente están llevando a cabo los discípulos; pero no resulta tan intensa al diluirse en millares de encarnaciones.

Pero sobre las luchas en que se empeña mantiene el discípulo un gozo, una paz y serenidad que nada terreno puede conturbar. Si no las mantuviese dejaría de ser siervo fiel del Maestro porque la turbación de los vehículos le impediría la percepción del interno Yo y se identificaría con lo inferior en vez de con lo superior. Por lo tanto, algo hay de ridículo en llamar de dolor al Sendero de renunciación, cuando resulta evidente que mucho más doloroso fuera para el candidato no elegirlo. En verdad, el hombre que cumple con su deber no conoce la tristeza: «Quien en justicia obra ¡oh mi bien amado! jamás huella el sendero de la angustia.» (1)

Esto con relación a la vida interna del discípulo. Pero si consideramos lo que le sucede en el mundo físico, no es en modo alguno inadecuada la denominación de Sendero de dolor, por lo menos si ha de hacer alguna obra de carácter público para auxiliar al mundo. Ruysbroek, místico holandés del siglo XIV, dice de los que entran en el Sendero: «Algunas veces estos infelices quedan privados de los bienes terrenales, de sus parientes y amigos y todos los abandonan. Nadie cree en su santidad y cuantos les rodean rechazan y desdeñan sus obras que atribuyen a malignos propósitos. A veces padecen graves enfermedades.»

Blavatsky dice por su parte: «Doquiera hallamos en la historia que cuando un Mesías mayor o menor, iniciado o neófito, tomó a su cargo ense-

(1) Bhagavad Gîtâ. -Estancia VI.-40.

ñar alguna verdad hasta entonces oculta, fue crucificado y puesto en la picota por los sayones de la envidia, la malicia y la ignorancia. Tal es la terrible ley oculta. Así, quien no se sienta con corazón de león para menospreciar los bárbaros aullidos y con alma de paloma para perdonar las locuras de los ignorantes, que no emprenda el estudio de la Sagrada Ciencia.» (1)

Generalmente el mundo empieza por ridiculizar una nueva verdad y después se irrita contra ella hasta que por ultimo la acepta y pretende que siempre la sostuvo. Entretanto, el primer expositor murió en el patíbulo o abrumado de dolor.

En el transcurso del Sendero de renunciación pasa la conciencia del discípulo por los tres vestíbulos con que *La Voz del Silencio* designa los tres mundos inferiores. El primero, el vestíbulo de la ignorancia, es el mundo físico en que nacemos, vivimos y morimos; y se llama apropiadamente vestíbulo de la ignorancia porque en él sólo conocemos el aspecto externo de las cosas. El segundo, el vestíbulo de la enseñanza, es el mundo astral, el lugar de enseñanza probatoria, porque con los centros astrales vemos allí las cosas mucho más ampliamente que en el mundo físico, hasta el punto de parecernos al principio verlas en su totalidad, aunque después nos demuestra el ulterior desarrollo que no es así.

Pero *La Voz del Silencio* nos advierte que por muy hermosas que parezcan las flores de esta región, encubren la enroscada serpiente del bajo deseo que el aspirante ha de sofocar para desenvolver el deseo elevado a que llamamos aspira-

(1) *La Doctrina Secreta*. III- 81.-Ed. española.

ción. Así es preciso trascender los afectos inferiores, egoístas y codiciosos; pero no los nobles, puros y desinteresados, porque son característicos del Logos y necesarios para progresar en el Sendero. El amor desechable es el que exige correspondencia y compensación. El amor apetecible es el que olvidándose enteramente de sí mismo sólo busca ocasiones de derramarse a los pies del ser amado.

Al mundo astral se le suele llamar mundo de ilusión; y sin embargo, es una etapa, aunque muy larga, que nos acerca a la verdad de las cosas vistas en el mundo físico. Sucede frecuentemente que los hombres se ilusionan en el mundo astral porque están en situación análoga a la del recién nacido que carece del sentido de las distancias y no puede andar. Conviene tener en cuenta que normalmente los que entran en el mundo astral tardan bastante en despertar a la realidad, tanto como el niño a las del mundo físico; pero quienes deliberada y, por decirlo así, prematuramente entran en el Sendero desarrollan de un modo anormal dicho conocimiento y están en consecuencia más expuestos a error.

En el transcurso de sus experimentos les pueden sobrevenir daños y perjuicios, aunque por el mero hecho de esforzarse en educir las facultades astrales por autoeducación, los guían y auxilian quienes ya están habituados al mundo astral. Tal es la razón de las diversas pruebas a que siempre queda sometido quien desea actuar en los mundos superiores, y por esto mismo se le muestran al neófito horribles visiones a fin de que las conozca y se acostumbre a ellas, pues de lo contrario, al encontrarse de repente ante una de ellas podría

recibir tan violenta conmoción que lo rechazara a su cuerpo físico impidiéndole no sólo realizar provechosa obra sino también dañar al cuerpo. Las ilusiones que sufre el neófito en el mundo astral son culpa suya y no del lugar, por que el error proviene de su desconocimiento del ambiente.

El tercer vestíbulo es el mundo mental o vestíbulo de Sabiduría. Tan pronto como el hombre se desliga de las cosas astral es puede trascender la etapa probatoria de su aprendizaje y adquirir reales y positivos conocimientos. Más allá todavía se dilata el imperecedero mundo búddhico, en el que el hombre aprende por vez primera la verdadera unidad de todo cuanto la visión inferior parecía separar.

Se ha dicho: «No podrás andar por el Sendero hasta que no te hayas convertido en el Sendero mismo.» Mientras sólo sea un Sendero para nosotros y lo sigamos según las instrucciones recibidas o porque lo hayamos visto y escogido inteligentemente, no entraremos de veras en él. Es tan sólo una etapa conducente a la condición en que el hombre sea por sí mismo la Ley y el Sendero y satisfaga sus requisitos instintivamente, haciendo el bien por amor al bien y porque es inconcebible que pueda hacer otra cosa. Entonces se *convierte* en el Sendero.

Nadie puede trepar si no lo intenta, y si no trepa tampoco se expondrá a caídas. El hombre esforzado comete a menudo graves errores; pero la misma fuerza que le pone en condición de errar, le capacita para progresar rápidamente cuando está aplicada en la debida dirección. El progreso rápido influye en el organismo entero y lo con-

mueve enérgicamente, de modo que inevitablemente descubre los puntos débiles del hombre. El plan de la Jerarquía se llevará a cabo con nuestro concurso o sin él, porque somos como peones del formidable juego que se está efectuando; pero si somos peones inteligentes y cooperamos voluntariamente al resultado, no tendrán tanto trabajo los directores del juego ni tampoco nosotros.

¿En qué acabará todo esto? En el logro de la perfección. Sin embargo, aun este fin es relativo y no absoluto, porque cuando hayamos alcanzado plenamente la conciencia del Logos de nuestro sistema e identificándonos con él, todavía se abrirá ante nosotros otro Sendero que nos conduzca a la unión con superiores Potestades. Una insigne autoridad nos ha dicho que al término de una de las etapas de evolución ulteriores al adeptado, el hombre perfecto será *décuple*, con un cuerpo en cada uno de los subplanos del íntimo plano cósmico y tendrá por Yo el trino Logos independiente del tiempo y del espacio. Así constará de *diez* principios; pero esta consumada perfección no será posible hasta que el hombre se pueda formar por sí mismo un cuerpo para cada uno de dichos siete subplanos.

Se nos ha enseñado que del total número de egos pertenecientes a la presente evolución, sólo una quinta parte llegarán al nivel *asekha* antes de terminar la séptima ronda. Otra quinta parte habrá conseguido por entonces el arhatado, y casi otros tantos estarán en las etapas inferiores del Sendero, mientras que casi todos los de las restantes dos quintas partes habrán fracasado y sido eliminados de la actual evolución en el período crítico del promedio de la quinta ronda.

Todos cuantos no hayan llegado a la meta señalada para la evolución en la presente cadena habrán de reasumirla en la próxima y triunfarán por fin aunque hayan fracasado en la quinta ronda de la cadena actual. De la propia suerte, no es improbable que algunos adeptos y Maestros de hoy fracasaran en la cadena lunar, es decir, que pertenecieran a la humanidad de esta cadena, pero quedaran eliminados de su evolución por no haber alcanzado la señalada meta, y se pusieran en la delantera de la humanidad terrestre, a modo del estudiante que suspenso en un curso es el primero de la clase en el siguiente.

Recordemos que precisamente ahora acabamos de transponer el promedio de la actual evolución catenaria, y por ello hay tan pocos que han conseguido ya el adeptado, de la propia suerte que a mitad de curso son raros los estudiantes capaces de salir airoso del examen. Asimismo son contados los animales próximos a la individualización, porque el animal que la alcanza está tan adelantado respecto a sus congéneres como el hombre que logra el adeptado, respecto de la generalidad de sus prójimos. Unos y otros han realizado en el promedio de la evolución lo que de ellos se esperaba únicamente al fin normal de la misma. Quienes hayan de triunfar al término de la séptima ronda, que es la meta señalada, se irán acercando tan gradualmente a ella que poca o ninguna lucha necesitarán para alcanzarla.

Indudablemente que el triunfo es así mucho más fácil para el candidato; pero tiene el tremendo menoscabo de que no ha sido capaz de ayudar a sus semejantes, sino que por el contrario hubo de recibir ayuda. Recuerdo de los días de mi

niñez un himno cristiano que expresa muy hermosamente esta idea. Supone que un alma fue al cielo y anduvo por él muy gozosa durante algún tiempo, hasta que echó de ver que su corona no era tan brillante como la de los demás, de lo cual se sorprendió en extremo. Por fin encontró a Cristo y atrevióse a preguntarle la razón de aquella diferencia. Cristo le respondió: «Sé que has creído en mí y que tuya es la vida por medio de mí; pero ¿en dónde están las gloriosas joyas que debían brillar en tu corona? ¿Ves aquella brillante hueste con el rostro esmaltado de estrellas? Cada estrella es un alma que condujeron a Mí.»

Así dice el profeta Daniel: «Y los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan justicia a la multitud como las estrellas a perpetua eternidad.» (Daniel 12-3).

Cuando nos esforzamos en progresar podemos ayudar a otros y debemos hacerlo así no por el propio provecho (aunque éste es inevitable) sino con el fin de auxiliar al mundo. El hombre que se deja arrastrar por la corriente marchará con ella; pero cuando sepa nadar podrá invertir en el auxilio de los demás, independientemente de la que para sí necesita, la energía que de otro modo hubiera tenido que emplear para él solo.

El adepto exime al hombre del renacimiento y esta victoria entraña la liberación de energías utilizables en auxilio ajeno. El que sólo anhela para sí la liberación puede agotar perfectamente su karma y vencer el deseo de tal modo que la ley no le obligue al renacimiento; pero aunque así se ponga en ajuste con la ley kármica no elude la de evolución, y puede agotar el karma mucho antes de caer bajo la influencia de la ley de evo-

lución, porque por haber vencido el deseo ha de estar muy adelantado respecto de la humanidad en general, y cuando el lento y firme progreso de la evolución le alcance en el punto donde se halla, su irresistible empuje le sacará de la egoísta bienaventuranza obligándole a renacer otra vez y verse de nuevo en la rueda de que había esperado escapar.

Suele preguntarse cómo es posible substraer de la curiosidad de quienes saben leer el pensamiento, los secretos revelados en la iniciación. Sin embargo, no hay el menor peligro de que de este modo se descubran los secretos, porque al propio tiempo que se le comunican al iniciado se le enseñan los medios de resguardarlos. Y aun en el caso de que un iniciado fuera capaz de traicionar lo que se le confió, tampoco habría ningún peligro, porque son tan estrechas las relaciones entre los miembros de la Fraternidad con quienes está en contacto, que le conocerían al punto su aviesa intención y antes de que pudiera revelar ni una sola palabra perjura se las habrían borrado por completo de la memoria. Nada hay terrible en estos secretos; excepto el poder que los acompaña si fuera torcidamente empleado. Los iniciados se conocen todos unos a otros análogamente a como se conocen los masones, y a la usanza de éstos cualquiera de ellos puede ocultar sus secretos a los que les son inferiores, pero en modo alguno a los superiores.

Por muy necesitada que de auxiliares esté la Fraternidad, nadie puede recibir la iniciación hasta que haya perfeccionado el carácter en la medida conveniente; y del mismo modo, cuando alguien se ha elevado por sí mismo al nivel de la

iniciación no hay poder capaz de negársela. Sin embargo, sucede muy a menudo que un hombre reúne todas las condiciones exigidas para la iniciación menos una, y este defecto le mantiene rezagado por largo tiempo hasta que adquiere la condición que le falta, y entre tanto puede desarrollar las otras más allá de la medida necesaria. Así no hemos de suponer que todos los iniciados que están en el mismo nivel sean iguales en todos sus aspectos. Los que el mundo llama grandes hombres no están precisamente del todo dispuestos a la iniciación; y por otra parte, en este punto es inconcebible cuanto tenga visos de favoritismo o preterición. Nadie puede en esta materia dar a otro lo que no haya ganado ni nadie puede negarle lo que ganó.

LOS MISTERIOS ANTIGUOS

Lo que pueda deciros acerca de los Misterios antiguos no está entresacado de viejos manuscritos ni de la historia de este asunto. En otra vida nací yo en la Grecia antigua y fui iniciado en algunos Misterios y, por lo tanto, juré no revelar lo que había visto, juramento que me liga aunque fuera dado en una precedente encarnación; pero aquellos que presidían los Misterios creen hoy conveniente comunicar al mundo gran parte de lo que entonces se enseñaba bajo voto de secreto y me han relevado de la promesa en cuanto a las enseñanzas de aquel tiempo se refiere. Así es que no quebranto juramento al enseñaros algo de las instrucciones dadas en los antiguos Misterios. Sin embargo, otras hay que no me es lícito nombrar porque todavía no las han publicado los Grandes Seres.

En primer término, conviene advertir que todos los pueblos y todas las religiones incluso la cristiana, tuvieron sus Misterios. He oído decir con frecuencia a las gentes que, por lo menos la religión cristiana, no tenía nada oculto, sino todas sus enseñanzas abiertas a los pobres y a los ignorantes; pero quien esto diga, desconoce la historia de la iglesia cristiana, pues aunque hoy enseña

todo cuanto sabe es porque ha olvidado los Misterios que en principio mantuvo ocultos. Si estudiáis la primitiva historia de la Iglesia, hallaréis que los autores antiguos hablan concretamente de los Misterios, que solo se enseñaban a los perfectos o miembros plenamente admitidos en su seno. Había muchos puntos sobre los cuales nada se enseñaba a los catecúmenos ni a los neófitos.

Huellas más anteriores de este aserto se descubren en los Evangelios cuyo texto dice que Cristo comunicaba a sus discípulos muchas cosas que sólo daba a la multitud en parábolas. ⁽¹⁾

Pero una de las causas del fracaso de la iglesia cristiana en retener en su seno a sus más inteligentes hijos, como debiera haber hecho, estriba en que ha olvidado y perdido los filosóficos y sobrenaturales Misterios que fueron base de sus dogmas. Para descubrir algo del aspecto oculto de sus enseñanzas no hay más que leer las obras

⁽¹⁾ «Entonces, llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Y él respondiendo, les dijo: Porque a nosotros es concedido saber los *Misterios* del reino de los cielos: mas a ellos no es concedido.» (Mateo 13: 10, 11.)

«Todo esto habló Jesús por parábolas a las gentes, y sin parábolas no les hablaba.» (Mateo 13: 34.)

«Por eso les habló por parábolas; porque *viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.*» Mateo 13: 13.)

«Y con muchas tales parábolas les hablaba la palabra, *conforme a lo que podían oír.* Y sin parábola no les hablaba; *mas a sus discípulos en particular declaraba todo.*» (Marcos 4 : 33, 34.)

«Y él dijo: A vosotros es dado conocer los *Misterios* del reino de Dios; mas a los otros por parábolas, para que *viendo no vean y oyendo no entiendan.*» (Lucas 8 : 10.)

«Estas cosas os he dicho en parábolas; pero *la hora viene* en que *no hablaré más en parábolas, sino que os manifestaré abiertamente* las cosas de mi Padre.» (Juan 16: 25.)

«Mas hablamos *sabiduría de Dios en Misterio, la sabiduría oculta*, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.» (San Pablo, Epístola primera a los Corintios 2 : 7.)

Después de leídos estos pasajes no es ya posible rebatir las afirmaciones del autor. (Nota del Traductor.)

de los autores gnósticos, y si de ellas tomamos este oculto aspecto como la esotérica doctrina para los eruditos y la presente forma de religión cristiana para los indoctos, veremos en el enlace de ambos aspectos la perfecta expresión de la Sabiduría antigua; pero si tomamos aisladamente una de estas enseñanzas y condenamos la otra por herética, solo tendremos un aspecto unilateral de la verdad. Así toda religión tiene enseñanzas a propósito para quienes no ven ni van más allá de la forma exotérica, y otras enseñanzas de mayor profundidad y sentido para los capaces de penetrar la esencia de las cosas.

Sin embargo, cuando hablamos de los antiguos Misterios nos referimos concretamente a los de la gran religión de Grecia. Solo quedan unos cuantos libros sobre el asunto. Hay uno de Jámblico, que estuvo iniciado en los Misterios, otro del neoplatónico inglés Tomás Taylor y otro del francés Foncart; y aunque los tres muy interesantes contienen escasa información positiva. La mayor parte de lo que los eruditos del día se figuran conocer de los Misterios (por supuesto exotéricamente) procede de obras escritas por sus detractores.

La iglesia cristiana ha tenido la costumbre (tal vez justificable desde su peculiar punto de vista) de quemar todo libro contrario a la llamada ortodoxia, y así resulta que cuanto sabemos acerca de los primeros tiempos del cristianismo nos vino de manos de los monjes medievales, únicas gentes cultas de aquellos tiempos, a cuyo cargo estuvo la copia de manuscritos. Tenían muy rígidas opiniones acerca de lo que era y no era conveniente copiar, y así solo transcribieron con redo-

blado énfasis lo que les pareció de acuerdo con su criterio y eliminaron cuanto tuvieron por heterodoxo. Pero la mayor parte de las noticias de índole exotérica relativas a los Misterios se encuentran en las obras de los Padres de la Iglesia que eran hostiles a ellos, y sin ánimo de inculpar a estos autores de deliberada tergiversación al describirlos, cabe inferir con plena certidumbre de que ante todo procuraron robustecer sus peculiares opiniones. Aun hoy día, si deseamos saber la verdad acerca de la doctrina de alguna comunión protestante, no la encontraremos en autores católicos, ni quien deseara verídicas explicaciones acerca del catolicismo las hallaría en el Ejército de Salvación. Análogamente, aunque mucho peor, ocurre con lo relativo a los Misterios, a causa de las muchas y acerbadas contiendas entre los afiliados a la antigua religión y sus Misterios y los Padres de la iglesia cristiana. Así es que sólo con mucha reserva y mayor prudencia cabe aceptar lo que estos Padres dicen sobre el asunto, como, por ejemplo, cuando afirman que en los antiguos Misterios había no pocas ceremonias inmorales y aun obscenas; pero yo he investigado clarivamente con escrupulosa atención los Misterios de Grecia, en los que además estuve iniciado en una vida pretérita, y puedo decir con absoluta certeza que no hay ni sombra de verdad en semejantes imputaciones. Hubo, sí, otra clase de Misterios relacionados con el culto de Baco y las festividades populares, que en los últimos tiempos del paganismo degeneraron licenciosamente, pero que nada en absoluto tenían que ver con los Misterios de Eleusis como no fuese un mezquino y de todo punto exotérico remedo.

Debido al poco tiempo disponible solo podré dar un incompleto bosquejo de los Misterios griegos y de lo que se enseñaba a sus iniciados. Sabido es que se mencionan los Misterios mayores y los menores. En aquel tiempo todas las gentes estaban enteradas de la existencia de los Misterios menores y el número de los iniciados en ellos era muy crecido en proporción del de habitantes. Algunos tratados exotéricos afirman que se reunían a veces treinta mil iniciados, lo cual demuestra que no era necesario mantener secreta la iniciación en los Misterios menores, pues todo el mundo conocía públicamente a los iniciados. Quiero decir con esto que aunque se guardaran secretas determinadas enseñanzas de los Misterios, el público griego y romano conocía la existencia de los Misterios mayores y menores y más o menos quiénes pertenecían a ellos.

Pero además de estos dos grados de pública notoriedad hubo en todo tiempo Misterios realmente secretos, desconocidos del público. La razón de este tercer grado se echa de ver fácilmente al considerar las condiciones sociales de aquellos tiempos, pues los emperadores romanos se empeñaban en ser iniciados en los Misterios menores y mayores, y el mismo empeño hubieran mostrado, sin posibilidad de negativa, si conocieran la existencia de los Misterios secretos, con la agravante de que el carácter personal de la mayor parte de los emperadores no era el más a propósito para confiarles cargos importantes en una corporación religiosa. Nadie hubiera osado contradecir al dueño de treinta legiones, y de seguro condenara el emperador a muerte a quien se hubiese interpuesto en el camino de sus deseos. Era, por lo

tanto, necesario que permaneciese desconocido de las gentes este tercer grado y que a nadie se le revelase antes de conceptuarlo digno de conocerlo. Sus enseñanzas no se dieron nunca a la publicidad ni se darán jamás, así como en los Misterios mayores y menores había muchas cosas de general conocimiento. En primer lugar se enseñaban algunas sentencias o apotegmas de vigoroso sentido cuya índole puede inferirse si citamos la más conocida: «Muerte es vida y vida es muerte.» Esto demuestra que los antiguos no desconocían la vida superior de ultratumba. Otra sentencia era: «Quien busque la verdad en esta vida, también la buscará después de la muerte, y el que busque cosas ilusorias en esta vida también las buscará después de la muerte.» Una de sus capitales enseñanzas era que el alma había descendido de las esferas superiores al mundo material. También conocían la doctrina de la reencarnación que no constaba en los dogmas exotéricos de las religiones de Grecia y Roma; pero en cambio se la ve alentar en la mitología clásica, como, por ejemplo, cuando Proserpina fue arrebatada a los infiernos o mundo inferior mientras cogía la flor del narciso. A este propósito recordaremos que Narciso era un joven muy hermoso, enamorado de sí mismo, cuya imagen contemplaba con deleite en el espejo de las aguas, por lo que fue transformado en flor. No se necesita estar muy al corriente de Teosofía para comprender el significado de este mito. Sabemos por *La Doctrina Secreta* que el Ego se refleja y mira en las aguas del plano astral y del mundo inferior, en el espejo de su personalidad, de la cual se enamora y con ella se identifica, por lo que

queda atado a la tierra como arraigada flor. Así Proserpina, mientras coge esta flor es arrebatada al infierno y pasa la mitad de su vida en la tierra y la mitad bajo la tierra, es decir mitad en el cuerpo material y mitad fuera de dicho cuerpo. Hay otros muchos mitos muy interesantes explicados a la luz de la Teosofía.

En las enseñanzas de los antiguos Misterios, el minotauro simbolizaba la personalidad o naturaleza inferior, que es semihumana y semianimal. Teseo, que mató al minotauro, simboliza el Ego o individualidad que ha ido robusteciéndose gradualmente hasta tener fuerzas bastantes para esgrimir la espada de su divino Padre, el Espíritu. Guiado a través del laberinto de ilusión de los mundos inferiores por el hilo de Ariadna símbolo de la intuición, el Yo mata al yo, esto es, la individualidad vence a la personalidad y escapa de las redes de ilusión. Sin embargo todavía le amaga el peligro de que, orgulloso de su potencia mental, menosprecie la intuición como Teseo desdeñó a Ariadna, y fracase temporáneamente en la realización de sus más altos destinos. Los Misterios menores de la Grecia antigua se celebraban en un lugar llamado Agrae, y a los iniciados en ellos se les daba el nombre de *mystae*, cuyo traje de ceremonia y distintivo de categoría era la piel de gamuza, que en la mitología helénica representaba el cuerpo astral, y sus manchas los vanados colores del aura. Llevaban los iniciados en los Misterios menores este traje simbólico porque las enseñanzas recibidas en ellos se referían principalmente al mundo astral y a la vida en él después de la muerte física. Mucho tiempo se invertía en mostrar, tanto por medio de ejem-

plos como por enseñanza oral, los resultados que en el mundo astral obtendría el hombre según hubiere sido su vida en la tierra. Los ejemplos consistían en representaciones escénicas celebradas en los templos, cuyo dramático argumento explicaba lo que sería en el mundo astral la vida de un hombre avaro o lujurioso en el físico. En los primeros tiempos de los Misterios, cuando sus directores eran adeptos o discípulos, estas representaciones tenían carácter parecido a una materialización, esto es, que el instructor formaba por su propio poder con materia astral o etérea las imágenes de los personajes que aparecían reales a la vista de los espectadores. Pero andando el tiempo, y según los sucesivos instructores fueron siendo menos capaces de producir este fenómeno, representaron las enseñanzas por otros medios y en algunos casos por dramas o autos religiosos. ⁽¹⁾ Los sacerdotes se encargaban de desempeñar los personajes del drama, y a veces se valían de maniquíes movidos mecánicamente a estilo de los modernos polichinelas.

Además de las enseñanzas relativas al plano astral, se daban por los mismos medios otras referentes al sistema de la evolución del mundo, demostrando a los alumnos cómo vino a la existencia nuestro sistema solar, que se representaba por la materialización de las nebulosas y de los globos, y cuando ya no fue esto posible, por medio

⁽¹⁾ En el siglo XVI había en España reminiscencias de estas representaciones religiosas a que se llamaban autos y eran escenas en que intervenían personajes bíblicos o alegóricos. Cuando el argumento era en loor de la Eucaristía se denominaban autos sacramentales, de los que compuso buen número Calderón de la Barca. No cabe duda de que las representaciones escénicas de los antiguos misterios y los autos del teatro español son derivados de una misma idea originaria. -N. del T.

de una reproducción mecánica del sistema planetario en esfera armilar.

Uno de los puntos más importantes en relación con los Misterios era que explicaban la exotérica religión del pueblo en forma muy distinta a la de las enseñanzas vulgares. Quien conozca algún tanto de la religión de Grecia antigua comprenderá que muchas de sus creencias necesitan explicación exotérica, pues tal como se exponían no parecen muy elevadas ni muy razonables. El propósito de los sacerdotes fue que el vulgo aprendiese y recordase las narraciones o fábulas constitutivas de las enseñanzas exotéricas, algunas de las cuales eran muy maravillosas, y tuviera unos pocos, sencillos y claros conceptos de la religión; pero todos los ganosos de superior doctrina se afiliaban a los Misterios menores y aprendían en ellos el verdadero significado de las narraciones que, una vez interpretadas, mudaban completamente el aspecto de la religión.

Veamos de esclarecer este punto con algún ejemplo. Ya hemos dicho que el objeto de los Misterios menores era enseñar a los alumnos el resultado que el hombre obtenía en el plano astral según la conducta que hubiese observado en la vida terrena. El lector conocerá, sin duda, el mito de Tántalo, condenado a sufrir en el infierno perpetua sed con el agua delante, pero a la que no podía llegar por apartarse de él al acercar los labios. El significado de este mito no es difícil de comprender una vez sabido lo que es la vida astral. Todo el que deja el mundo físico en pleno apetito sensual, de cualquiera clase que sea, se encuentra en el plano astral en la misma condición que Tántalo. Fue alimentando en la vida

física el terrible deseo que domina todo su ser. Si ponemos, por caso, el de un beodo, sabemos cuán poderoso es este vicio, que degrada a su víctima y sofoca todo sentimiento de honor, dignidad y decoro, hasta el punto de que por nutrirlo robará el dinero de su propia mujer e hijos y aun empeñaría ropas y muebles con tal de halagar su mal deseo.

Recordemos que al morir el hombre no muda súbitamente la naturaleza de su ser, y los deseos que en vida le dominaban siguen tan violentos como antes; pero entonces le es imposible satisfacerlos porque carece del cuerpo físico, por cuyo medio lograba la satisfacción. Así tenemos, si bien miramos, el Tántalo presa de terrible deseo que de continuo intenta satisfacer sin conseguirlo.

Otro ejemplo es el de Prometeo encadenado a la roca y expuesto a la voracidad de los buitres que le roían el hígado y cuanto más en él se cebaban más voluminosa crecía esta entraña. Significa este mito el resultado de ceder a un mal deseo, que cuanto más se le halaga mayor predominio adquiere y deja al hombre encadenado al remordimiento de las malas acciones cometidas en la tierra.

También nos da ejemplo, acaso más vivo, de esta condición, el mito de Sísifo, condenado a empujar una piedra hasta la cima de una montaña, y cuando ya estaba a punto de lograrlo, se desprendía la piedra y bajaba rodando hasta el pie de la montaña de donde nuevamente había de empujarla hasta la cumbre con perpetuo fracaso. Tal es, después de la muerte, la condición del ambicioso, que pasó la vida proyectando planes egoístas para alcanzar gloria y honor. En este

caso, la muerte no altera su carácter y en el plano astral prosigue forjando proyectos, los lleva a cabo en su mente hasta el punto que a él le parecen de positiva realización, y entonces se da cuenta de que no posee cuerpo físico y que todo ha sido sueño de su ambición. Recomienza de nuevo la tarea hasta que por fin se convence de la inutilidad de sus deseos y que debe matar la ambición. Así va Sísifo empujando la piedra de sus proyectos hasta la cumbre y por último aprende que no la ha de volver a empujar, es decir, que ha de matar el deseo y nacer sin él en la nueva existencia, aunque nazca con la debilidad de carácter que lo engendrara.

De esta suerte vemos que tan terribles condiciones son resultado en el mundo astral de la mala conducta seguida en el terrestre. Este es el procedimiento de que la naturaleza se vale para transmutar el mal en bien. El hombre ha de sufrir; pero sus sufrimientos no son ni más ni menos que la consecuencia de sus propias acciones. No son el castigo infligido externamente sino el acarreado por él mismo.

Pero esto no es todo. El sufrimiento que ha de sobrellevar es el único medio de dirigir sus cualidades por la recta vía para su evolución y progreso en otra existencia. Sobre este punto se insistía vigorosamente en las enseñanzas de los Misterios.

Respecto a los Misterios mayores, se celebraban generalmente en el gran templo de Eleusis, no lejos de Atenas. A los iniciados se les llamaba *epoptai* que significa «los de ojos abiertos.» Era su emblema el vellocino de oro de Jason, símbolo del cuerpo mental, porque como saben los clarividentes, el color amarillo en el aura humana

indica inteligencia. En este grado de iniciación se proseguían las enseñanzas del anterior. Ya dijimos que en los Misterios menores se enseñaban los resultados producidos en el mundo astral por la conducta durante la vida terrena. En los Misterios mayores se le mostraba al discípulo cuáles serían en el mundo celeste los efectos de determinado género de vida, estudio y aspiraciones en la tierra, así como también se le explicaba el profundo aspecto de la evolución del mundo y del hombre. Se empleaban los mismos métodos de representación que en el primer grado, aunque era mucho más difícil de representar en el plano físico lo que pertenecía al mental.

Tanto en los Misterios mayores como en los menores había una sección o escuela interna que enseñaba los procedimientos prácticos de desarrollo a quienes se conceptuaba dispuestos a ello. En los Misterios menores se daban conocimientos teóricos sobre el plano astral; pero los instructores vigilaban cuidadosamente a los alumnos, y cuando advertían en alguno que su carácter ofrecía completa seguridad para el desarrollo psíquico, le invitaban a ingresar en la sección interna donde se le enseñaba a actuar conscientemente en el cuerpo astral. Cuando este alumno de sección interna pasaba a los Misterios mayores, no sólo recibía la ordinaria enseñanza respecto a las condiciones del plano mental, sino también instrucciones privadas sobre el modo de desarrollar su cuerpo mental como vehículo.

Sin embargo, a los alumnos internos de los Misterios se les decía al fin de las enseñanzas que todo cuanto acababan de aprender, por mucho que valiese, era tan solo exotérico en preparación

a los verdaderos Misterios iniciáticos que los conducirían a los pies de los Maestros de Sabiduría y los admitirían en la Gran Fraternidad que gobierna el mundo.

Ahora puedo dar algunas explicaciones suplementarias respecto al significado de algunos símbolos empleados en los Misterios. Tenemos en primer lugar el tirso o vara terminada en piña. En la India encontramos el mismo símbolo, pero en vez de vara es una rama de bambú con siete nudos. En algunas modalidades de los Misterios se empleaba en vez de tirso una varilla hueca de hierro en cuyo interior se dice que había fuego. Tampoco es difícil para el estudiante de ocultismo comprender el significado de este símbolo. La rama de bambú con siete nudos simboliza la columna vertebral con los siete centros de que hablan los libros indos. El fuego oculto es el *Kundalini* a que alude *La Doctrina Secreta*. Pero el tirso no solo era un símbolo, sino además un objeto de uso práctico, un muy poderoso instrumento magnético de que los iniciados se valían para desprenderse del cuerpo físico cuando pasaban a actuar con plena conciencia en el astral. El sacerdote que había magnetizado el tirso lo aplicaba coincidentemente a la espina dorsal del candidato y le transmitía algo de su propio magnetismo, para ayudarle en aquella difícil experiencia y en los esfuerzos que había de hacer en el mundo astral. En relación con estos misterios se habla de cierta serie de objetos, llamados los juguetes de Baco, entre los que hay algunos muy notables.

Mientras el niño Baco (el *Logos*) se solaza con sus juguetes llegan los titanes y lo despedazan; pero más tarde se juntan los miembros y recons-

tituyen el cuerpo entero. Por extravagante que este nos parezca es sin duda la alegoría del descenso del Uno que se convierte en varios, y la reunión de los varios en Uno a través del sufrimiento y del sacrificio, ¿Qué representan los juguetes con que se solaza el niño Baco al caer en la materia y convertirse en varios? En primer lugar vemos que juega con dados, pero no de los ordinarios sino en forma de los cinco sólidos platónicos o poliedros regulares únicos posibles en geometría, que son el tetraedro, el exaedro o cubo, el octaedro, el dodecaedro y el icosaedro dispuestos en series fijas correspondientes a los distintos planos del sistema solar. Cada uno de los cinco poliedros indica, no la configuración de los átomos de los diversos planos, sino la dirección en que actúa la fuerza que circunda dichos átomos. Si en un extremo de la serie de los cinco poliedros colocamos el punto y en el otro extremo la esfera, tendremos siete figuras geométricas correspondientes al número de planos de nuestro sistema solar.

Sabemos que alguna de las antiguas escuelas filosóficas tenía este Tema,: «No entre nadie que ignore matemáticas.» ¿Qué significaba esto? No lo que ahora llamamos matemáticas, sino las matemáticas que abarcaban el conocimiento de los mundos superiores, de sus mutuas relaciones y el medio de construcción del conjunto por voluntad de Dios. Dice Platón que «Dios geometriza» y es seguramente verdad. Las formas poliédricas no son concepción de humanos cerebros, sino verdades de los mundos superiores. El estudio de los postulados de Euclides, según las escuelas profanas, se contrae a la ciencia por la ciencia sin que sirva de camino a un más elevado conoci-

miento. En cambio, los antiguos filósofos encomiaban el estudio de la geometría porque les guiaba a la comprensión de la verdadera ciencia de la vida. Los científicos modernos han perdido de vista la enseñanza substancial y en la mayoría de los casos solo ven la forma sin la vida.

Otro de los juguetes de Baco era el trompo, símbolo del torbellinante átomo que se describe en *Química oculta*. También jugaba con una pelota que representa la Tierra o sea el punto de la cadena planetaria en donde el Logos concentraba su pensamiento en aquel instante. Asimismo juega Baco con un espejo, símbolo de la luz astral en que se reflejan y materializan las ideas arquetípicas. Vemos, por lo tanto, que cada uno de estos juguetes simboliza una parte esencial de la evolución de un sistema solar.

Algo diremos acerca de los distintos procedimientos que empleaban las diversas escuelas para preparar a los alumnos al estudio de los Misterios. Por ejemplo, en la escuela pitagórica, a la cual pertencí, estaban divididos los alumnos en tres clases. La primera se llamaba de los *akustikoi* o sean oyentes que escuchaban y aprendían las lecciones, pero que durante dos años debían guardar absoluto silencio sin preguntar palabra.

Parece que esta regla la considerarían depresiva muchos de los que hoy ingresan en la Sociedad Teosófica, pero en aquellos tiempos, no solo los hombres sino también las mujeres se sometían gustosos a esta condición. Además del silencio absoluto les estaba prescrito a los oyentes pertenecientes a la clase de los *akustikoi* el no adelantarse a dar enseñanzas a nadie, sino seguir aprendiendo, y bueno fuera que prescribiese lo

mismo la Sociedad Teosófica porque a veces sucede que algunos miembros insuficientemente versados quieren enseñar a otros en sentido no siempre conforme a la doctrina teosófica.

La segunda clase de la escuela pitagórica era la de los matemáticos (*mathematikoi*) que estudiaban geometría, aritmética y música, científicamente relacionadas, unas con otras y establecían las notabilísimas relaciones existentes entre el color y el sonido.

Veamos ahora un ejemplo demostrativo de que nuestro mundo es un todo armónico en que están relacionadas las partes en apariencia más incoherentes. Saben los entendidos en música, que en los instrumentos de cuerda hay una definida proporción entre la longitud de la cuerda y el tono del sonido; y que es posible afinar un piano acordándolo con un sistema de quintas, de suerte que la relación entre unos y otros tonos puede expresarse por el número de vibraciones de cada tono, lo que permite ecuacionar la cuerda armónica con el número. Esta relación se descubrió primero por experiencia; pero más tarde los matemáticos calcularon cual debía ser científicamente dicha relación y la experiencia corroboró la exactitud de sus cálculos. Sin embargo, lo notable está en que los números correspondientes a las cuerdas armónicas tienen entre sí la misma relación que los sólidos platónicos o poliedros regulares. ⁽¹⁾ Es muy curioso que nuestra escala musical, tan diferente de la griega antigua, que solo constaba de cinco tonos, pueda derivarse de los cinco poliedros estudiados hace miles de años en

⁽¹⁾ Hace tiempo publicó un organista inglés un artículo sobre este asunto en la *Theosophical Review*.

Grecia, y así vemos que entre la música y las matemáticas hay un íntimo enlace que las constituye partes de un mismo todo aunque a primera vista parezcan de todo punto disimilares.

La tercera clase de la escuela pitagórica era la de los *phisikoi* o físicos ⁽¹⁾ que estudiaban la verdad concerniente al hombre, los fenómenos de la naturaleza y su íntima relación con la metafísica, el sistema del universo y Dios, hasta el punto en que esto era posible.

Los alumnos de los Misterios habían de observar una conducta por todos conceptos, irrepreensible. Los de la escuela pitagórica pasaban por cinco períodos análogos a las cinco etapas del sendero preparatorio de los indos. ⁽²⁾

Aunque hace ya mucho tiempo que desaparecieron los Misterios de Grecia, Roma, Egipto y Caldea, nunca ha quedado el mundo sin sendas de aproximación al interno santuario. Aun entre las densas tinieblas medievales, los rosacruces y otras sociedades secretas estaban prontos a enseñar la verdad a quienes desinteresadamente quisieran aprenderla; y ahora, en nuestros días de agitación y materialismo, la Sociedad Teosófica mantiene todavía izada la bandera del verdadero

⁽¹⁾ Esta palabra tenía entonces una acepción muy distinta de la que hoy tiene entre los científicos, pues se designaba con ella a los que después se llamaron filósofos naturales o sea los que en distinción de los filósofos morales se dedicaban al estudio de la naturaleza en general y de sus fenómenos en relación con la mecánica del universo y la metafísica. -N. del T.

⁽²⁾ Es notable en extremo esta analogía entre los períodos de la vida escolar de los alumnos pitagóricos y las etapas del sendero de iniciación, tal como las describen Leadbeater en *Protectores invisibles* y Besant en *El Sendero del Discipulado*. También llama la atención del hombre reflexivo que casi todos los símbolos y formulismos de la religión cristiana deriven de los Misterios egipcios. Así, por ejemplo, todo el simbolismo atribuido a la cruz latina y al descenso y sacrificio del Logos está tomado de los Misterios egipcios. Véase a este propósito *El Credo Cristiano* de Leadbeater.

conocimiento y sirve de pasadera por donde quienes verdaderamente lo anhelan puedan llegar a los pies de los Maestros de Sabiduría. En la Sección Esotérica de la Sociedad tenemos nuestros grados, lo mismo que los había en los Misterios, y tras nosotros, como un día tras ellos, están constantemente los dignatarios de la Gran Fraternidad Blanca cuyas manos guardan la clave de la verdadera iniciación.

Conviene advertir que muchas de las enseñanzas mantenidas secretas en aquellos tiempos, se han dado hoy al mundo por medio de la Sociedad Teosófica. Años enteros pasaron hombres de extraordinario talento y bondadoso carácter ocupados en inquirir las verdades hoy expuestas sencilla y claramente en unos cuantos libros. A nosotros puede aplicarse con toda exactitud lo que dice la Biblia: "Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.» (Lucas 10 : 24).

Pero si este honor se nos confiere y esta oportunidad se nos depara, también somos estrictamente responsables de esforzarnos en merecer el don. Nuestro buen karma nos puso en condiciones de recibirlo; pero si lo rechazamos o no estimamos debidamente su valía, no se nos ofrecerá nueva ocasión hasta de aquí a miles de años. Si el lector supiese, como yo sé, las dificultades con que hubimos de luchar en un principio para aprender cuanto hoy se extiende ante nosotros, tal vez estimaría en más la ocasión que se le depara. Procuremos aprovecharla con todas nuestras fuerzas y mostrarnos dignos del privilegio que nos concede la Teosofía.

SEGUNDA SECCIÓN



RELIGIÓN

EL LOGOS

El Logos de nuestro sistema solar puede conceptuarse como la entidad más semejante al Dios personal o mejor dicho individual que muchas gentes tienen por único Dios, pues al Logos cabe atribuir cuantas excelencias se han predicado de una divinidad personal. No podemos imputarle parcialidad, injusticia, envidia ni crueldad, y quienes deseen estos atributos en su Deidad han de buscarlos en otra parte.

En cuanto se refiere al sistema que gobierna, el Logos tiene omnisciencia, y el amor, el poder, la sabiduría y la gloria están en El sin medida. Con todo, es una potente Individualidad, trino y uno y Dios verdadero, aunque ignoramos cuánto dista todavía del Absoluto, del Incognoscible, ante quien los sistemas solares no son más que átomos del polvo cósmico. No *creo* que podamos formar de El la menor imagen. El sol es Su principal manifestación en el plano físico, y esto nos ayudará a reconocer alguna de Sus cualidades y a comprobar que de El proceden todas las cosas.

El sol puede considerarse como una especie de centro de fuerza del Logos, comparable al corazón del hombre, es decir, como la externa manifestación del principal centro de Su cuerpo.

Aunque el sistema solar en conjunto es Su cuerpo físico, las diferentes actividades del Logos fuera de este sistema son enormemente mayores que las internas. A mi entender, en vez de tratar de forjarnos una imagen del Logos, es preferible contemplarlo penetrando todas las cosas, de suerte que todos *los* seres están en El y en realidad nada hay sino Dios. Pero si *todo* cuanto vemos es una manifestación del Logos, el sistema solar, que tan estupendo nos parece, *no* pasa de ser una partícula de El, pues fuera del sistema y sobre *todo* el sistema existe el Logos con inimaginable gloria y esplendor. *Por lo* tanto, aunque aceptemos *con los* panteístas que todo es Dios, nuestro concepto es mucho más amplio, porque creemos y advertimos que tiene mayor existencia por encima y más allá de Su universo. «Después de formar el universo entero con un átomo de mi ser, sigo existiendo» (Bhagavad Gitâ 10: 42).

No hay palabras capaces de expresar cómo estamos unidos al Logos. En cierto sentido podemos considerarnos *como* células, de Su cuerpo, pero seguramente que somos algo más que células, porque Su vida y poder se manifiestan en nosotros, respecto a la vida espiritual, de un *modo* incomparablemente superior a *como* puedan manifestarse a través de las células de nuestro cuerpo. En la manifestación del Logos en el inferior plano cósmico, podemos considerar que Su primer aspecto está en el nivel superior, el segundo en el inmediatamente por debajo de éste y el tercero en la parte superior del plano nirvánico, de *modo* que cuando un adepto va elevando su conciencia plano tras plano, alcanza primero el tercer aspecto *con* el que realiza su unidad, hasta que des-

pués de largos intervalos llega a la plena unión con los segundo y primero.

Por mi parte puedo decir que una vez vi al Logos en forma distinta de la de Su sistema. Esto trasciende a todas las ordinarias experiencias y nada tiene de común con los planos inferiores. Para mí fue posible, mediante el atrevido experimento de entrefundir por un instante los distintos rayos o tipos de egos, alcanzando de esta suerte momentáneamente un nivel muchísimo más alto que el que hubiera podido alcanzar un ego solo.

El Logos existe por encima de su sistema *como* en un trono de loto. Es por decirlo así, la apoteosis de la humanidad, y sin embargo infinitamente superior a la humanidad. Imaginemos el Augoeides elevándose cada vez hacia el infinito. *No* sé si esta forma es permanente o sólo puede verse en determinado nivel ¿quién será capaz de decirlo? Pero sé que es una prodigiosa realidad, y una vez vista jamás se puede olvidar.

Mencionaré otro toque de experiencia superior, aunque con dificultad será posible describirlo fielmente. Cuando un hombre eleva su conciencia a la subdivisión superior de su cuerpo causal y la enfoca exclusivamente en la materia atómica del plano mental, se le ofrecen tres posibilidades de actualizar esta conciencia, que corresponden en algún modo a las tres dimensiones del espacio. Puede actualizarla hacia abajo en el segundo subplano del mental o hacia arriba en el subplano inferior del búddhico, si ha desarrollado suficientemente el cuerpo búddhico para que le sirva de vehículo.

La segunda posibilidad de actualización es por el atajo existente entre los subplanos atómicos

de todos los planos, de modo que, sin necesidad de atravesar los intermedios, puede la conciencia ir hacia abajo desde el subplano atómico del mental hasta el atómico del astral, o bien hacia arriba desde el atómico del mental hasta el atómico del búddhico, en el supuesto de que ya esté desarrollado por completo este último cuerpo.

A fin de mejor comprender en qué consiste el atajo entre los subplanos atómicos, podemos imaginárnoslos como si estuvieran paralelamente unos junto a otros a lo largo de una varilla mientras que los demás subplanos pendieran de ella a manera de alamares o colgantillos, como si un pedazo de cordel se arrollara flojamente alrededor de la varilla. Así es que para pasar de un subplano atómico a otro puede ir la conciencia por el corto y derecho camino trazado a lo largo de la varilla, o bien recorrer los alamares o colgantillos que simbolizan los subplanos inferiores.

Pero aún hay una tercera posibilidad que no lo es tanto de actualizar o mover la conciencia a lo largo de otra línea en ángulo recto con las otras dos, sino más bien la posibilidad de mirar dicha línea como si un hombre mirara desde el fondo de un pozo una estrella del firmamento. Porque hay una línea directa de comunicación entre el subplano atómico mental del plano cósmico inferior y el correspondiente subplano atómico mental del plano mental cósmico. Estamos todavía infinitamente lejos de ascender por esta línea; pero cabe la posibilidad de mirarla siquiera una vez por un momento. Lo que entonces se ve no hay quien lo describa, pues la palabra humana no puede dar la menor idea de ello; pero con inquebrantable certidumbre sabemos entonces que la conciencia e

inteligencia que diputábamos por nuestras son del Logos, y no están en nosotros como reflejo, sino como parte de Su conciencia y de Su inteligencia. Aunque parece incomprensible es de todo punto cierto. Al meditar decimos comunmente: «Yo soy El y El es Yo»; pero verlo, conocerlo y sentirlo es algo muy distinto de la verbal recitación.

Del Logos dimana toda la vida en las sucesivas oleadas o mejor dicho efluvios que se describen en los libros teosóficos. La primera oleada procede del tercer aspecto del Logos e infunde en los previamente existentes átomos el poder de agregarse en elementos químicos. Es la acción descrita en las Escrituras cristianas diciendo que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas.

Cuando en etapa ulterior están definitivamente establecidos los reinos de la naturaleza, dimana del segundo aspecto del Logos la segunda oleada de vida, que forma las almas-grupos de los minerales, plantas y animales. Es el descenso del Cristo a la materia, la Encarnación del Verbo que hace posible nuestra existencia. Pero en el reino humano, el Ego es una manifestación de la tercera oleada de vida dimanante del primer aspecto del Logos, el Padre eterno que es todo amor.

Todas las estrellas fijas son soles como el nuestro y cada una es parcial expresión de un Logos.

BUDDHISMO

El Señor *Buddha* es algo más que el mero fundador de una religión. Es un alto dignatario de la Jerarquía Oculta, el mayor de todos, excepto uno, y fundador en anteriores existencias de muchas religiones precedentes a la que ahora lleva su nombre. Porque fue el Vyasa que tanto hizo por la religión induista; fue Hermes, el gran fundador de los Misterios egipcios; fue el primer Zoroastro, que estableció el culto del sol y del fuego; fue también Orfeo, el insigne bardo de los griegos.

En el último de sus muchos nacimientos, cuando llegó a ser el Señor Gautama, no parece que desde luego tuviera intento de fundar una nueva religión, sino que fue simplemente un reformador del Induismo, religión antiquísima que había decaído muchísimo de su originaria forma, como les sucede a todas las religiones. Estaba el Induismo rígidamente dogmatizado en varios conceptos, y aun era mucho menos flexible de lo que es ahora, pues todos sabemos cuán rigurosamente trazadas están todavía las líneas entre las castas y cuán férrea es la rigidez de los formalismos y ceremonias. Sabemos que aun hoy no admite

conversos el Induismo, y el único medio de profesar esta fe es haber nacido en ella.

Imaginemos una condición todavía más rígida, con mayor intensidad de sentimiento, en que las ideas de conducta individual habían cambiado muchísimo desde los días de los primitivos inmigrantes arios, cuando era una religión gozosa y llena de esperanzas para todos sus fieles.

Poco antes de la época del Buddha, la general opinión de las gentes era de que únicamente los brahamanes tenían probabilidades de salvarse, y como el número de brahamanes ha sido siempre pequeño, y aun ahora es de unos trece millones entre los trescientos millones de habitantes de la India, resultaba una religión de muy pocas esperanzas para la mayoría de las gentes, pues les indicaba que habían de esforzarse durante muchas vidas antes de lograr la admisión en la exigua y exclusivista casta brahamánica, y de substraerse a la rueda de nacimientos y muertes.

Entonces vino al mundo el Señor Buddha, cuyas enseñanzas abrieron de par en par las puertas de la dulce ley de justicia, porque enseñó que los hombres se habían desviado por completo de la antigua religión. Repetidamente afirmó que si un brahamán no vivía según deben vivir los brahamanes no era digno de respeto ni estaba en camino de salvación, mientras que si un hombre de las demás castas vivía como un verdadero brahamán, por tal había de tenerse y contaba con las mismas posibilidades que si hubiese nacido en la sagrada casta.

Las gentes vulgares, influidas por las enseñanzas induistas que tan indefinidamente aplazaban la esperanza de final salvación, eran escépticas y de-

sidiosas, al paso que no gustaban de la austeridad de los brahamanes cuya vida entera se ocupa en ceremonias y meditaciones inasequibles a la masa popular. Pero el Buddha aconsejó a las gentes que siguieran el que llamaba camino intermedio, diciéndoles que si bien no era para ellos la austera vida consagrada por entero a la religión, no *por* esto habían de caer en desidia y mala conducta. Les enseñaba que aun en este mundo puede alcanzar el hombre una vida superior, y aunque *no* fuesen capaces de ocuparse en sutilezas metafísicas, les sería posible comprender los capitales principios de la evolución lo suficientemente para guiar su conducta. Declaró que todos los extremos son igualmente erróneos; y que si *por* una parte era insensata y defectuosa la conducta del hombre mundano, engolfado en sus negocios y codicioso de riqueza y poderío, sin parar mientes en lo verdaderamente digno de consideración, también era *por* otra parte insensato el extremado ascetismo que, apartándose completamente del mundo, se esforzaba *con* exclusivista egoísmo en substraerse de él.

Afirmaba el Buddha que el intermedio camino de verdad y belleza es el mejor y más seguro, pues si bien la vida consagrada *por* completo a la espiritualidad es Superior a todas para quienes a ella están dispuestos, también hay una verdadera y buena vida espiritual para quienes mantienen su lugar y cumplen su labor en el mundo.

Fundaba sus enseñanzas en la razón y el sentido común. Exhortaba a las gentes a que *no* creyeran nada por fe ciega, sino que abrieran los ojos y miraran a su alrededor. Decía que a pesar de la tristeza y miseria del mundo, el plan

de que el hombre forma parte es un plan de eterna justicia, y que la ley que gobierna nuestra vida es una ley sabia sin otra condición que *comprenderla* y obedecerla. Enseñaba que en toda vida hay sufrimiento; pero que el hombre causa su propia tribulación *por* ceder continuamente al deseo de adquirir lo que *no* posee, cuando la dicha y el contento pueden lograrse más bien por la restricción de los deseos que *por* el incremento de las posesiones.

A este fin encuadró admirablemente sus enseñanzas, ordenándolas en diversos aforismos que pueden recordarse sin dificultad porque constituyen un cuidadosamente graduado sistema mnemotécnico, tan sencillo en sus líneas generales que cualquier niño recuerda y comprende sus cuatro verdades capitales, su noble sendero óctuple y las normas de conducta que sugieren. Sin embargo, está dispuesto con tanto esmero que es realmente un sistema filosófico capaz de proporcionar vitalicia materia de estudio al hombre más sabio y darle cada vez más luz sobre los problemas de la vida.

Analizó Buddha minuciosamente todos los objetos de sus enseñanzas, como lo demuestra el estudio de los doce nidânas y la enumeración de las etapas comprendidas entre el pensamiento y la acción. Cada una de sus cuatro nobles verdades está expresada por una sola palabra que sugiere copiosas ideas aun a quienes oyen por vez primera la exposición del sistema. Lo mismo cabe decir de las palabras significativas de las etapas del noble óctuple sendero y de las «grandes perfecciones» de que nos habla *La Voz del Silencio*, las cuales son sencillamente distintas

modalidades de sabiduría, poder y amor. Algunas veces se dice que estas «grandes perfecciones» son seis, pero generalmente se distribuyen en diez. Las seis son: caridad, moralidad, paciencia, energía, verdad y sabiduría, todas ellas en grado perfecto. Las otras cuatro que a las diez suelen añadirse son: resignación, resolución, bondad y abnegación perfectas.

El buddhismo ha desaparecido casi por completo de la India; y sin embargo, dejó perdurables sedimentos, pues en todo el país hay profundas huellas de las enseñanzas buddhistas. Antes de la venida de Buddha se celebraban sin restricción alguna los sacrificios cruentos, y aunque todavía subsisten son relativamente raros porque enseñó que la sangre vertida no podía ser grata a ninguna noble divinidad, y que Dios prefería el sacrificio de una vida santa.

Vemos en los anales akashicos que en aquella época casi siempre predicó Buddha en campo abierto, al aire libre, sentado al pie de un árbol con los oyentes en el suelo a su alrededor o bien recostados en el tronco de los árboles en grupos de ambos sexos, mientras los pequeñuelos corrían y jugaban por las inmediaciones.

El insigne instructor tenía una voz maravillosa, robusta y sonora, y su aspecto cautivaba instantáneamente la atención de cuantos le escuchaban y rendía sus corazones aun en los raros casos de aquellos que no estaban de acuerdo con sus enseñanzas. El auditorio quedaba conmovido de profundo fervor religioso y por vía de aplauso exclamaba: *¡Sâdhu, Sâdhu!* levantando las manos juntas en actitud de salutación y aplauso cuando le emocionaba algún período de la plática.

Una parte al menos de esta influencia dimanaba de las vehementísimas vibraciones del aura de Buddha, tan vasta, que los oyentes estaban dentro de su esfera de su acción y se armonizaban con ella mientras escuchaban el discurso. Indescriptible era el efecto magnético de esta aura, y mientras el auditorio estaba sujeto a su influjo, aun el menos inteligente comprendía perfectamente lo que él decía, por más que una vez cesaba la influencia les costaba trabajo retener la comprensión de lo que habían oído.

A esta maravillosa influencia se debe también el fenómeno, tan frecuentemente descrito en los libros budhistas, de que gran número de los oyentes alcanzasen el arhatado. Es muy común leer en las Escrituras budhistas que después de un sermón del Buddha centenares y aun miles de oyentes llegaban al arhatado. Esto parece increíble, si se tiene en cuenta el altísimo logro que significa, y cabe suponer que fuese una de tantas exageraciones orientales; pero ulteriores y más detenidos estudios del asunto han demostrado la exactitud del relato. Tan notable resultado nos incitó a investigar sus causas y encontramos que para comprenderlas era necesario tomar en cuenta no sólo aquella vida actual sino el esfuerzo de las encarnaciones anteriores de algunos de sus oyentes.

Conviene recordar que el Señor Gautama es el Buddha de la cuarta raza raíz, aunque la última encarnación tuvo efecto en la quinta raza. Había nacido muchas veces en varias razas de la Atlántida y siempre como gran Instructor. En cada una de estas vidas había congregado a su alrededor numerosos discípulos que gradualmente se

fueron elevando a más altos niveles de pensamiento y conducta, y cuando vino a la India en aquel último y culminante nacimiento preparó de tal modo las circunstancias, que consiguió encarnaran todos los que habían sido discípulos suyos en la misma época que él. Así sus auditorios estaban, por la mayor parte, compuestos de oyentes debidamente preparados, cuyas almas especializadas, por decirlo así, en alto grado, al sentir la influencia del extraordinariamente poderoso magnetismo de Buddha comprendían todas sus palabras e imprimían maravilloso estímulo sobre sus Egos, de suerte que gran número se elevaban muy luego a tan vertiginosas alturas.

El tomo tercero de la *Doctrina Secreta* incluye una interesantísima y sugestiva sección titulada: *El Misterio de Buddha*, referente a que el Buddha preparó sus cuerpos internos con muy superiores grados de materia en, que estaban plenamente desarrolladas las espirillas. Sus cuerpos búddhico, causal y mental se conservan para que los utilicen otros Grandes Seres, en vista de la suma dificultad de formar otros iguales. Cristo los usó con el cuerpo físico de Jesús mientras este Ego esperaba en los planos superiores con sus propios vehículos. Sankarâchárya también se sirvió de los mismos cuerpos, de donde proviene la equivocada idea de que fue una reencarnación de Buddha. El advinente Cristo empleará también estos vehículos conjuntándolos con otro cuerpo físico que actualmente se le está preparando.

El buddhismo cuenta todavía con mayor número de fieles que cualquiera otra religión del mundo y tiene vívida eficacia en la conducta de millones de nuestros prójimos. Sería impropio

juzgar el buddhismo por lo que de él han escrito los orientalistas europeos. Cuando estuve en Ceilán y Birmania comparé estos relatos con la interpretación dada a las doctrinas budistas por los actuales fieles de esta religión. Los eruditos monjes buddhistas tratan este asunto con una exactitud de conocimiento igual, por lo menos, a la de los más sabios orientalistas; pero su interpretación de las doctrinas es mucho más vívida y precisa. Las obras escritas en inglés que dan mejor idea de la religión buddhista tal, como hoy se practica, son *La Luz de Asia*, de Sir Edwin Arnold, y *El alma de un pueblo* de H. Fielding Hall. Algunos críticos dicen que Arnold transpone un tanto el estricto sentido literal de las palabras del texto y quiere descubrir en ellas ideas cristianas. No lo creo así, y me parece que expresa más fielmente que otro autor alguno el sentimiento y actitud de los buddhistas.

El buddhismo está hoy dividido en dos grandes iglesias: la del Norte y la del Sur ambas derivadas de las originarias enseñanzas del Buddha, aunque en distintas direcciones. La religión buddhista es tan sencilla y rectilínea y de tan sentido común, que cualquiera puede adaptarse fácilmente a ella sin necesidad de renunciar a las creencias y prácticas de otras fes. En consecuencia vemos en la iglesia del Norte una forma de buddhismo con gran número de superposiciones, pues parece haber absorbido muchas ceremonias y creencias de la primitiva religión aborígen a que suplantó. Así, en el Tibet vemos toda una jerarquía de dioses menores, devas y demonios enteramente desconocidos en el plan religioso del Buddha. Por otra parte, la iglesia del Sur ha per-

dido algo de las genuinas enseñanzas budhistas en vez de adulterarlas, pero ha intensificado los aspectos material y abstracto de la filosofía. Enseña que únicamente el karma pasa de una vida a otra y que no es permanente el Ego del hombre sino que en el próximo nacimiento es un individuo de todo punto nuevo como resultado del karma de su vida anterior, y en apoyo de esta opinión citan los budhistas meridionales varias sentencias de Buddha. Ciertamente es que habló a menudo muy concretamente contra la persistencia de la personalidad, y que una y otra vez aseguraba a sus oyentes que nada de cuanto se relacionaba con un hombre podía transferirse a otro nacimiento; pero nunca negó la individualidad y muchas de sus sentencias la afirman en absoluto. Pongamos, por ejemplo, un texto que se lee en el *Sâmaññaphalasutta* del *Dîgha-Nikâya*. Al mencionar la condición y adiestramiento de mente necesarios para el éxito en el progreso espiritual, describe Buddha cómo puede un hombre recordar sus vidas pasadas y ver con los ojos de la mente las sucesivas escenas en que intervino. Dice así: «Si un hombre pasa de su ciudad a otra y después a otra, para regresar a la primera, podrá pensar: «Fui de mi ciudad a otra en donde hice tal y tal cosa. Después pasé a otra ciudad e hice lo mismo. El mismo «yo soy yo» regresó a la ciudad natal. De la propia suerte ¡oh! Rey, conoce sus precedentes nacimientos el asceta de mente pura, y piensa: «En tal sitio tuve tal nombre. Nací en tal familia y casta; comí esto o lo otro; y de talo cual modo experimenté placer y dolor. Después mi vida se trasladó a otro lugar en donde me vi en tales o cuales condiciones. El mismo «Yo» ha nacido ahora aquí.»

Este texto denota evidentemente cual era la doctrina de Buddha respecto al Ego reencarnante. En el mismo *Sutta* expone la manera como un asceta puede conocer las pasadas vidas de los demás y verlos morir en un sitio, y después de las tristezas y alegrías del infierno y el cielo nacer en cualquiera otra parte. Verdad es que en el *Brahmajâla Sutta* menciona los diversos aspectos del alma y dice que no existe en *absoluto*, porque su existencia depende del «contacto», es decir, de relación. Pero al negar así la *absoluta* realidad del alma, admite con otros insignes instructores indios que la existencia, no solo del alma sino aun la del mismo Logos, es relativa.

Los entendimientos incultos tergiversan frecuentemente estas ideas; pero el cuidadoso estudiante del pensamiento oriental no dejará de comprender su significado y advertir que la enseñanza de Buddha sobre el particular es exactamente la misma que hoy da la Teosofía.

No es difícil ver cómo estos diversos textos pueden exagerarse o torcerse de modo que parezcan contradictorios, y la iglesia budhista del Sur ha preferido negar la permanencia de la personalidad a afirmar la persistencia de la individualidad, así como los cristianos han adquirido el hábito de apoyarse en determinados textos sin conocer otros que los contradicen.

También se echa de ver análoga tergiversación de las enseñanzas de Buddha en la tan repetida afirmación de que el nirvana equivale a aniquilamiento. El mismo Max Müller, el famoso sanscritista de Oxford, estuvo durante muchos años en este error, que por fin reconoció después de ulteriores estudios en los últimos años de su vida. La

descripción que del nirvana da el Señor Buddha está tan por encima de la comprensión de los intelectuales ordinarios, que no es extraño que la hayan mal entendido por de pronto los orientalistas europeos; pero nadie que haya vivido en Oriente entre budhistas puede suponer ni por un momento, que sea la aniquilación el fin que se esfuerzan en lograr. Verdaderamente, el nirvana implica la completa aniquilación del aspecto inferior del hombre, que es todo cuanto conocemos de él hoy día. La personalidad, como todo lo relacionado con los vehículos inferiores, es transitoria y desaparecerá. Si nos esforzamos en imaginar lo que sería un hombre desprovisto de su naturaleza inferior, difícilmente advertiremos qué puede quedar de él, pues nuestro actual estado de evolución *no* alcanza a comprenderlo; y sin embargo, verdad es que *todo* queda, pues en el glorificado espíritu entonces existente, se concentra la esencia de todas las cualidades desarrolladas en supremo grado durante siglos de lucha y esfuerzo en las encarnaciones terrestres. El hombre ha llegado a ser sobrehumano, pues está ya en el dintel de lo Divino, y aunque con mucho más amplia individualidad continúa siendo *él mismo*.

Muchas definiciones se han dado del nirvana y ninguna satisfactoria. Tal vez la mejor sea la de «paz en la omnisciencia.» Hace años, cuando yo preparaba un catecismo para los niños budhistas, el sumo sacerdote Sumangala me sugirió como más apropiada definición del nirvana que era un estado de paz y bienaventuranza tan superior a nuestro actual estado que no cabía comprenderlo. Seguramente que esta definición está muy lejos de la idea de aniquilamiento. En el nir-

vana desaparece todo cuanto ahora llamamos hombre; pero no por aniquilación de la individualidad sino por haberse entrefundido con la divinidad.

Buddha dijo: «El nirvana no es el ser; pero tampoco es el no ser.»

Otra diferencia entre la iglesia budhista del Norte y la del Sur es que adoptan diferentes versiones de las Escrituras. La del Norte adopta el *Mâhâyana* y la del Sur el *Hinayâna*; pero más exacto fuera decir que la diversidad depende del matiz dado a la significación de una muy discutida palabra. *Yâna* quiere decir vehículo y se aplica al *dhamma* o ley, como si fuese la nave que a través del mar de la vida nos conduce al nirvana. Sin embargo, hay al menos cinco teorías acerca del exacto sentido que se le debe dar a la palabra.

1. *Yâna* se refiere simplemente al idioma en que está escrita la ley, y según esta hipótesis, el sánscrito sería el vehículo mayor y el pali el vehículo menor. Esta hipótesis me parece insostenible. Ciertamente es que la iglesia del Norte emplea la versión sánscrita, mientras que las Escrituras del Sur están en pali, o sea el idioma hablado por el Señor Buddha cuando vivió en la tierra. Se afirma que las actuales Escrituras pali no son las primitivas, pues los textos originales (en Ceilán al menos) fueron destruidos enteramente por los invasores tamiles, y las Escrituras de hoy son una transcripción en pali de una copia hecha en idioma elu, que entonces era el nativo de Ceilán.

2. *Hîna* puede significar *medio* ordinario, fácil o pequeño indistintamente. Una interpretación de la palabra *Hînayâna* dice que significa el camino

inferior o fácil de la liberación y esto es, el irreducible mínimo de conocimiento y conducta requeridos para alcanzarla, mientras que el *Mahâyâna* es la más completa y filosófica doctrina que incluye muchos conocimientos tradicionales sobre los reinos superiores de la naturaleza. No hay necesidad de añadir que esta interpretación proviene de fuente mahâyânica.

3. El Buddhismo, en su inquebrantable tolerancia hacia las demás religiones, las acepta todas como senderos de liberación, aunque considera el método enseñado por su fundador como el más corto y seguro. Según este criterio, el Buddhismo sería el Mahâyâna, y el Brahmanismo, Zoroatrismo, Jainismo y todas las demás religiones existentes cuando se dio la definición, serían el *Hînayâna*.

4. Ambas doctrinas son sencillamente dos modalidades o grados de una misma doctrina: El *Hînayâna* para los *shrâvakas* (oyentes), y el *Mahâyâna* para los estudiantes más adelantados.

5. Que la palabra *Yâna* no se ha de entender exactamente en su primitiva acepción de «vehículo» sino en su segunda acepción, equivalente a «carrera». Según esta interpretación, el *Nahâyâna* ofrece al hombre la «gran carrera» de llegar a ser Bodhisattva y consagrarse al beneficio del mundo, mientras que el *Hînayâna* le ofrece tan sólo la «carrera menor» para vivir de modo que alcance para sí mismo el nirvana.

También se ha discutido mucho el exacto significado de las palabras *Adi- Buddha* y *Avalokiteshwara*. Por mi parte no he estudiado estos términos desde el punto de vista filosófico; pero por las ideas que pude recoger entre los mejor

calificados expositores budhistas que discutían el asunto, *Adi-Buddha* es el punto culminante de una de las grandes líneas de la evolución superhumana, o sea lo que pudiéramos llamar el abstracto principio de todos los Buddhas. *Avalokiteshwara* es un término peculiar de la iglesia del Norte, que expresa el concepto budhista del Logos. Los eruditos europeos lo traducen por «el Señor que mira abajo desde arriba»; pero esta interpretación no parece exacta, porque se refiere al Logos manifestado; unas veces al de un sistema solar y otras a otro superior, aunque siempre manifestado.

No debemos olvidar que los fundadores de las grandes religiones tienen claro y exacto concepto de las cosas a que dan nombre, mientras que sus prosélitos no le tienen, sino que únicamente juegan con el vocablo como si fuesen bolas malabares y les asignan inexactos y deleznable conceptos.

El Buddhismo de la iglesia del Sur, que comprende Ceilán, Birmania, Siam y Cambodge, se ha preservado de las superposiciones tan abundantes en la iglesia del Norte que abarca Japón, China y Tibet. En los templos de Birmania sólo se ve la imagen de Buddha, aunque en grandísimo número, de distintos materiales y diversas posiciones, donadas todas por los fieles. En Ceilán parece que se hicieron algunas concesiones al sentimiento popular o más bien a un gobierno extranjero durante la dinastía tamil, porque suelen verse en los templos algunas divinidades induistas, aunque siempre en lugar subalterno y consideradas como especie de sirvientes de Buddha. Sin embargo, no debemos vituperar gran cosa a los tibetanos por haber dejado deslizar supersticiones en su buddhismo, pues igual ha ocurrido en todos los países y en

todas las religiones con el rodar de los tiempos. Así por ejemplo, en Italia, muchos montañeses profesan la que llaman religión vieja y continúan adorando a Baco bajo un nombre etrusco anterior a la época del imperio romano. Los sacerdotes católico-romanos conocen la existencia de esta antiquísima fe y en vano se revuelven contra ella.

En el Buddhismo meridional hay pocas ceremonias y ninguna que corresponda a las del culto cristiano. Cuando los fieles concurren al templo por la mañana, llaman a los monjes para que reciten las tres guías y los cinco preceptos que ellos van repitiendo sucesivamente; pero esto no se puede calificar de culto público, porque no rezan todos los fieles a una voz sino por grupos, según van llegando al templo.

Hay otra ceremonia llamada *paritta* o *pirit* (equivalente a «bendición») que no se efectúa en el mismo templo ni a determinadas horas, sino que por parte de los seglares se considera una buena obra celebrar algún acontecimiento especial por medio de un *pirit*, es decir, por la erección de un templete circunstancial primorosamente ornamentado en donde se efectúa la ceremonia, que consiste en versículos de las Escrituras, que hablen de bendición, cantados durante unos quince días por monjes que de hora en hora se relevan en turnos sucesivos. Algunas veces, cuando enferma un creyente, se celebra un *pirit* con intento de que recobre la salud. Es una ceremonia mesmérica, porque los monjes se colocan en círculo, con una cuerda que pasa por sus manos, y al recitar los versículos han de concentrar el pensamiento para bendecir al fiel en cuyo beneficio se practica la ceremonia.

La cuerda se magnetiza enérgicamente a medida que adelanta la ceremonia, y unos cordelitos que penden de ella penetran en un hondo cubo de agua que también queda poderosamente magnetizada. Al terminar la ceremonia, se distribuye esta agua entre los fieles, y si el enfermo está presente sostiene uno de los cordeles pendientes de la cuerda.

Los budhistas del Sur enumeran cinco potencias o facultades físicas que puede adquirir el hombre que progresa por el Sendero, a saber:

1. La de cruzar por los aires, atravesar cuerpos sólidos y visitar en vida el mundo celeste.

Sin embargo, es posible que con esto se quiera dar a entender tan sólo la facultad de actuar libremente en el cuerpo astral, porque es muy verosímil que al hablar del mundo celeste no se refieran al plano mental, sino tan sólo a los niveles superiores del astral.

2. La clariaudiencia divina; Esta debe ser, desde luego, la facultad de clariaudiencia astral.

3. Comprender y simpatizar con todo cuanto pasa por la mente de los demás. Esto parece ser la lectura del pensamiento o acaso la telepatía.

4. Recordar las vidas pasadas.

5. La clara visión divina. Esto es, la clarividencia.

Algunos expositores añaden a estas cinco facultades la de liberación por sabiduría, lo cual debe de significar seguramente la liberación de la necesidad de nuevos nacimientos; pero como no es de la misma índole que las demás facultades, forma categoría aparte.

Dícese que Ananda fue el discípulo predilecto del Señor Buddha, como se dice que el apóstol

Juan fue el discípulo bien amado de Cristo; y no cabe duda de que en ambos casos la intimidad derivó de sus personales relaciones en vidas precedentes. Ananda no recibió la predilección de Buddha por ser el discípulo más adelantado, pues después de la muerte del Maestro, al reunirse el primer concilio general que se celebró en una caverna abierta en la peña viva, se puso por condición que únicamente pudieran tomar parte en él quienes fuesen capaces de pasar a través de la peña, y Ananda quedó excluido porque aún no había alcanzado esta facultad. Pero dicen que fue tan honda su pena al verse privado de servir a su Maestro en aquella ocasión, que por un supremo esfuerzo de voluntad logró adquirir entonces mismo la facultad que le faltaba y reunirse, aunque algo tardíamente, con sus compañeros.

Esto nos demuestra que aun los seres que van a la cabeza de la humanidad tienen sus amistades predilectas, y que por lo tanto no es improcedente amar a una persona más que a otra. Verdad que el afecto que ahora sentimos por nuestros parientes, amigos y allegados lo hemos de sentir con el tiempo por la humanidad entera; pero entonces será mil veces mayor nuestro cariño hacia los amigos íntimos. Nunca será nuestro amor el mismo para todos aunque en él incluyamos a todos. Es imposible que sintamos hacia los demás el mismo afecto que sentimos hacia nuestro Maestro, porque cuando éste llegue a ser un Logos, formaremos parte de su sistema, y cuando muchísimo después seamos Logos, también seguiremos formando parte de El, porque entonces gobernará un sistema muy superior al nuestro. Aunque amemos siempre más a unos que a otros, ayudaremos a los que ama-

mos menos tan plenamente como a los que amamos más. Siempre haremos por todos cuanto podamos, como el médico cuida por igual a todos los enfermos sin reparar en amigos o adversarios, porque la aversión y el odio se habrán ya desvanecido muchos siglos antes sin dejar rastro.

En la época del Señor Buddha vinieron al mundo algunos otros Instructores espirituales, como Laotse, Confucio y Pitágoras, quienes actuaron cada cual en su esfera. El estupendo efluvio de energía espiritual se aprovechó para enviar Instructores a diversas partes del mundo.

CRISTIANISMO

Nada hay en los principios de la Teosofía en oposición al verdadero Cristianismo primitivo, aunque algunas afirmaciones teosóficas no concuerden con los errores de la moderna teología vulgar que da inmensa importancia a la letra de los textos y aun parece que toda ella se apoya en uno o dos textos, interpretados a su antojo y a menudo en abierta contradicción con otros textos de la misma Biblia.

Desde luego que puede haber contradicciones en las Escrituras cristianas como necesariamente ha de haberlas en un libro de este tamaño, cuyas diversas partes se escribieron en épocas distanciadísimas unas de otras y por autores de tan desiguales conocimientos y civilización.

Es imposible que todas las aserciones de la Biblia sean literalmente verdaderas, pero podemos escudriñarlas para descubrir su sentido oculto y averiguar lo que el instructor original quiso exponer a sus discípulos. ⁽¹⁾

⁽¹⁾ La opinión de Leadbeater está corroborada o mejor dicho tiene sólido fundamento en las mismas palabras de Jesús cuando les dijo a sus discípulos: «Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (S. Juan 5: 39), Desde luego que *escudriñar* equivale a investigar, interpretar, comentar y

Desde el momento en que hay diversas interpretaciones y no pocas contradicciones en la Biblia, todo cristiano pensador debe compulsar cuidadosamente las distintas versiones de su religión y elegir la más acorde con su propia razón y buen sentido, decidiéndose por una de las muchas sectas cristianas, aunque todas pretendan poseer el genuino timbre del Cristianismo y apoyen esta pretensión en los textos de las Escrituras.

Pero ¿cómo se decide el cristiano seglar por una de tantas modalidades del Cristianismo? O bien acepta ciegamente la fe recibida de sus padres sin cuidarse de las demás, o bien las examina todas y resuelve según su propio juicio.

En este último caso sería absurdo e inconveniente si no examinara *todos* los textos y se contrajera a basar sus creencias en dos o tres. Si examina imparcialmente todos los textos encontrará con seguridad muchos en apoyo de las verdades teosóficas y también que tan sólo la Teosofía explica racionalmente todos los credos religiosos. Además, para comparar con probabilidades de acierto los diferentes sistemas le será

de ningún modo cabe restringir su significado a *leer*. Así lo comprueba el mismo Evangelio en el pasaje que relata la aparición de Cristo resucitado a los apóstoles y dice que *les abrió el sentido para que entendieran las Escrituras* (S. Lucas 24: 45). No cabe duda de que hubiera sido innecesario abrir el sentido para entender las Escrituras si el significado pudiera inferirse de la simple lectura del texto.

También puede tomarse la palabra *escudriñar* en la significación de cotejar unos pasajes de las Escrituras con otros para inferir del cotejo el verdadero sentido de algunas frases. Así, por ejemplo, cuando leemos en el versículo 1 del cap. 17 del «Apocalipsis» que «la gran ramera está sentada sobre muchas aguas» no ha de entenderse la palabra *aguas* en su sentido literal, pues el versículo 15 del mismo capítulo da la significación de la palabra *aguas* diciendo: «Las aguas que has visto donde la ramera se sienta son *pueblos y muchedumbres y naciones y lenguas*». Análogamente, si *escudriñamos* las Escrituras cristianas, encontraremos la explicación de todos sus símbolos, alegorías y metáforas.-N. del T.

necesario estudiar la historia de su religión y ser cómo el Cristianismo llegó a ser lo que es.

Entonces sabrá que en la primitiva iglesia cristiana había tres grados o categorías de fieles. El primero y principal era el de los doctores gnósticos, llamados también instructores; varones de gran cultura y sabiduría, quienes afirmaban que el sistema filosófico del Cristianismo era de la misma índole que los sistemas de Grecia y Roma a la sazón existentes. Decían que este sistema, aunque muy amplio y hermoso, era de difícil comprensión y por lo tanto no convenía su estudio al vulgo ignorante. Lo llamaban *gnosis*, que significa conocimiento, y se refería al conocimiento poseído por los miembros definitivamente admitidos en la iglesia y no comunicado en modo alguno al público mundano ni a los catecúmenos que aún no habían recibido los sacramentos.

El segundo grado estaba compuesto de gentes de regular cultura, pertenecientes a la clase media de la sociedad, que no querían preocuparse de los problemas filosóficos y se contentaban con que las palabras de Cristo les sirviesen de norma de conducta. Tenían por libro sagrado una colección de las parábolas y enseñanzas de Cristo, del cual libro han descubierto recientemente algunas hojas los investigadores arqueólogos.

El tercer grado estaba constituido por la gran masa de gentes incultas y turbulentas que, sin el más ligero vislumbre de la doctrina cristiana, se habían afiliado a la iglesia tan sólo por la esperanza de los mejores tiempos profetizados por Cristo.

En efecto, había sentido el fundador del Cristianismo mucha compasión por los sufrimientos de los pobres y les había alentado en sus ense-

ñanzas diciéndoles que si el pobre sobrellevaba con valerosa paciencia las penalidades de esta vida, tendría en el porvenir mejor posición y adelantaría más rápidamente que el rico desdeñoso de las oportunidades de obrar bien. Fácilmente se ve cómo esta doctrina, predicada a gentes de supina ignorancia, podía tomarse en sentido unilateral, teniendo tan sólo en cuenta las promesas y no las condiciones necesarias para alcanzarlas. Así podían figurarse que los buenos tiempos significaban que les llegaría la vez de convertirse de opresos en opresores y prevalecer contra los ricos, lo cual jamás predicó Cristo.

Por esta causa atrajo Cristo a multitud de gentes descontentas del gobierno a la sazón existente, y cuando esta turbamulta propagaba las ideas que llamaban cristianas, intensificaban exageradamente el erróneo concepto que de su religión tenían.

La gran masa de gente vulgar que se llamaba a sí misma «los pobres» no tardó en ser una numerosa mayoría en la nascente iglesia hasta el punto de perseguir por herejes a los gnósticos, pues no podían tolerar que fuese considerado como parte esencial del Cristianismo un conocimiento que ellos no poseían ni se les alcanzaba.

También el cristiano encontrará desde otro punto de vista, que la Teosofía puede serle de mucha utilidad. Precisamente ahora hay cristianos ortodoxos que ejercitan su entendimiento dedicándose a la que llaman crítica de alto vuelo, es decir, la aplicación del buen sentido y de los métodos científicos al examen de las enseñanzas religiosas a fin de comprender la religión en vez de aceptarla ciegamente.

Durante muchos siglos se les enseñó a las gen-

tes que los dogmas religiosos deben recibirse como se tragan las píldoras y que era impío todo intento de razonar sobre ellos. Hay muchos intelectuales que no pueden aceptar ciegamente los dogmas religiosos y antes de creer han de comprender, pues no admiten afirmación alguna que no la vean concretada en hechos vívidos, lógicamente relacionados con otros hechos como partes de un conjunto más o menos inteligible.

Es ridículo decir, según dicen algunos ortodoxos recalcitrantes, que quienes desean la explicación racional de los dogmas son de por sí malvados e inspirados por el demonio. Por el contrario, son precisamente los que en mayor estima tienen el valioso don del raciocinio concedido por Dios al hombre y están determinados a emplearlo en todo su vigor para dilucidar las verdades religiosas. Lo cierto es que la crítica presta incalculables servicios a la religión porque esclarece puntos hasta ahora oscuros y resuelve otros que no se habían podido comprender debidamente. Así tratan de formar un sistema racional con elementos antes entremezclados en caótica masa.

Si algún teósofo tuviera amigos ortodoxos cuyos esfuerzos por razonar liberalmente su fe, los pongan en recelo de perderla, debe aconsejarles el estudio de las enseñanzas teosóficas, pues los inducirán a reflexionar antes de apartarse de sus creencias y les demostrarán que debidamente comprendidas tienen sólido fundamento y positivo significado, ya que si bien ciertos dogmas nacidos de la fantasía eclesiástica de la Edad media son incomprensibles, no es menos cierto que las originales enseñanzas de Cristo fueron una magnífica manifestación de la verdad universal.

Si los espíritus religiosos trascienden el formalismo de su religión, si rompen la crisálida de la fe ciega y en alas de la intuición y el raciocinio se remontan a la noble y libre vida mental de superiores niveles, la Teosofía les demostrará que nada han perdido sino ganado muchísimo en ello, diciéndoles que la vehemente devoción que tanto significó para ellos en su vida espiritual y la belleza y poesía del pensamiento religioso están en las enseñanzas teosóficas más plenamente de lo que jamás pudieron esperar, y no como un agradable sueño del que les despertara bruscamente el sentido común, sino como verdades cuya investigación acrecienta la seguridad a medida que mejor las vayan comprendiendo.

Desde luego que no se ha de tomar al pie de la letra la Biblia cristiana, pues muchos de sus pasajes son simbólicos o falsos. Si se examina con la ayuda de la clarividencia la vida del fundador del Cristianismo, no encontramos rastro de los supuestos doce apóstoles, pues no existieron realmente, y sin duda se introdujeron en el relato evangélico para simbolizar los doce signos del Zodíaco. El discípulo Jesús, de cuyo cuerpo se sirvió Cristo, no fue hijo ilegítimo, como deja creer el Evangelio, ni su padre fue carpintero, sino que pertenecía por nacimiento a la más linajuda aristocracia judía y de estirpe real. Sin embargo, por tener acaso alguna entremezcla de sangre aria dirían los judíos que no era de la pura simiente de David y por lo mismo le atribuyeron el ilegítimo nacimiento de que habla el relato bíblico.

Lo cierto es que ninguno de los cuatro evangelios puede tomarse acertadamente en el sentido histórico, pues están basados en unos breves apun-

tes escritos en lengua hebrea por un monje llamado Mateo que vivió en un monasterio sito en el desierto al Sur de Palestina. Parece que este monje tuvo la idea de exponer en forma narrativa algunos hechos de la iniciación entremezclados con episodios de la vida del Jesús histórico que nació el año 105 antes de nuestra era, y con otros de un obscuro y fanático predicador que había sido condenado a muerte y ejecutado en Jerusalén unos 30 años después de J. C.

El monje Mateo envió estos apuntes a un muy amigo suyo, abad de un famoso monasterio de Alejandría, diciéndole que o bien él o alguno de sus auxiliares podrían refundirlos y publicarlos en lengua griega. Parece que el abad alejandrino empleó a varios de sus monjes en esta obra, dejándoles que cada cual la llevase a cabo según sus propios puntos de vista. De esta suerte tuvo el abad cierto número de narraciones de diverso mérito literario en las que incorporaron sus autores mayor o menor parte de los apuntes originales de Mateo y añadieron por su cuenta las leyendas que sabían o las que de su propio gusto e imaginación inventaron. Cuatro de estas narraciones han llegado hasta nosotros con los nombres de los monjes que las escribieron: Mateó, Marcos, Lucas y Juan. Los magníficos versículos con que comienza el evangelio de San Juan no son originales sino que están copiados, pues se leían ya en un manuscrito antiquísimo muchos años antes de Cristo, en el que hay una cita de las Estancias de Dzyân que fue también traducida al griego.

EL PECADO

En el sentido que generalmente se da a esta palabra, al menos por los predicadores cristianos, me parece que puede definirse diciendo que es una ficción teológica. En el concepto en que se explica al vulgo, indica el pecado una transgresión de la divina ley, todo acto que quien lo comete sabe que es malo. Pero mucho dudamos de que este fenómeno psicológico ocurra alguna vez, pues en casi todos los casos el hombre quebranta la ley por ignorancia o descuido y no con deliberado propósito de quebrantarla. Cuando el hombre reconoce y advierte verdaderamente el divino intento no puede por menos de armonizarse con él, pues en un principio, en las primeras etapas de su evolución, acaba por convencerse de la completa inutilidad de obrar aviesamente; y más tarde, al ver la gloria y belleza de los designios de Dios, se entrega gustoso con todo su corazón y con toda su alma a la ejecución de los divinos designios.

Entre los muchos errores heredados de la Edad media, uno de los más graves es el que considera el pecado como una perversidad con digna de castigo y salvaje persecución, en vez de considerarlo

como resultado de la ignorancia cuyo único remedio es la educación.

Acaso se objete diciendo que en la vida ordinaria vemos de continuo gentes que hacen lo que saben que es malo; pero esto es una tergiversación del caso de que tratamos, pues en, realidad hacen lo que se *les ha enseñado que es malo*, lo cual difiere mucho de la verdadera índole del asunto.

Si un hombre sabe positivamente que una acción es mala y que inevitablemente le ha de acarrear malas consecuencias, tendrá mucho cuidado en no cometerla. El hombre que positivamente *sabe* que el fuego quema, se guardará muy mucho de poner las manos en el fuego. En cambio le *han enseñado* que el fuego del infierno le quemará si *comete* pecados; pero *como no sabe seguramente* si hay o *no* infierno con fuego que, le queme, continúa cometiendo acciones pecaminosas á pesar de las amenazadoras consecuencias.

Todo el que obra mal cohonesto su mala acción al tiempo de cometerla aunque después reflexione sobre el hecho. Por lo tanto, mantengo mi criterio de que el pecado es una ficción teológica, pues en realidad *no* hay en ello más que una desdichada condición de ignorancia que conduce a menudo a infringir la divina ley. Nuestro deber es disipar las sombras de esta ignorancia *con* la luz de la Teosofía.

EL PAPA

Una magnífica ocasión se le *ofrece* al Papa que fuera lo bastante enérgico y audaz para aprovecharla. En vez de fulminar anatemas contra la Teosofía y el liberalismo, pudiera proponer la interpretación teosófica del Cristianismo.

Recordemos que la iglesia católica romana profesa la doctrina de la revelación y ha proclamado la infalibilidad del Papa en puntos de dogma y moral *como* representante de Dios en la tierra.

Por lo tanto, estaría en su perfecto derecho si respecto de la interpretación teosófica dijera gallardamente:

«Lo que exponéis es *con* seguridad el verdadero significado de la doctrina cristiana. Siempre hemos sabido esto y para demostrarlo tenemos abundancia de manuscritos en la Biblioteca del Vaticano. *No* os lo dijimos esto antes, porque desde un principio hasta ahora *no* habrían estado las gentes dispuestas a recibir semejante revelación, pues eran demasiado rudas, ásperas y menguadas de entendimiento para comprender una mística interpretación de las enseñanzas cristianas. La cáscara de la religión ha sido todo cuanto se podía ofrecer. Pero ahora hemos alcanzado una

nueva etapa y el mundo está dispuesto para esta ulterior revelación. Por lo tanto, os exponemos el significado interno de nuestra doctrina, sin que debamos condenar a quienes todavía apetecen la cáscara, ni ellos deben condenar tampoco por su parte a quienes estén dispuestos a entrar en más adelantada etapa y recibir más clara iluminación».

Naturalmente que esto sólo puede decirlo un hombre tan enérgico como sabio, porque como todos los personajes eminentes, el Papa está rodeado de enormes masas de imágenes mentales y le sería difícilísimo romperlas para tomar una actitud que le permitiera seguir una nueva línea de conducta.

CEREMONIAL

A muchas gentes las seduce el ceremonial religioso; pero desde luego se comprende que ninguna ceremonia religiosa es esencial, y quien desee entrar en el Sendero de Santidad debe tener esto muy en cuenta y desechar la creencia en la necesidad de las ceremonias, pues le impedirá alcanzar el nirvana.

No significa esto que las ceremonias no produzcan a veces muy efectivos resultados, sino que no son indispensables para nadie, y el aspirante a mayor adelanto debe prescindir enteramente de ellas. Las ceremonias son un fácil camino para ciertos temperamentos a quienes les sirven de poderoso auxilio; pero hay otras gentes para quienes las ceremonias son un obstáculo interpuesto entre ellos y la divinidad a que intentan llegar.

El ceremonial del Cristianismo fue ordenado por su fundador para que sirviera de instrumento a su mágico poder. Así, por ejemplo, la consagración de la hostia o forma sagrada es un medio de que la energía espiritual se derrame sobre los fieles. En el momento de consagrar suele intensificarse el sentimiento de devoción que favorece la obra mágica, aunque no depende de ella al acto

de consagración. Los de temperamento devoto acrecientan su devoción porque llevan en sí una supletoria facultad receptiva. Sin embargo, cabe la posibilidad de que la devoción ignorante degenera en superstición. Recientemente investigué en Sicilia algo sobre el particular desde el punto de vista oculto, y vi que en efecto había muchísima superstición y que los clérigos se entremetían muy nocivamente en asuntos impropios de su ministerio; pero con todo esto, el país está mucho mejor con su religión que pudiera estar sin ella.

También debemos recordar que la historia nos da no pocos ejemplos de los pésimos efectos del entusiasmo religioso, mientras que tiene escasa eficacia en el progreso efectivo y constante de millares de personas sometidas a su influencia.

ORACIÓN

Difícil es exponer principios de universal aplicación respecto de este asunto, porque hay muchas clases de oraciones y están dirigidas a seres que difieren notablemente en evolución.

Los fundadores de las grandes religiones no exhortaron en modo alguno a sus prosélitos a que les dirigieran a ellos las oraciones, pues por regla general estaban demasiado iluminados para dar semejante ordenación. Un intenso pensamiento hacia ellos dirigido, les llegaría o no según la línea de evolución que desde el cumplimiento de su obra religiosa hubiesen recorrido, es decir, según se mantuviesen todavía en contacto o no con la *tierra*. Si aún lo están y el pensamiento del que ora les alcanza, es probable que si lo consideran conveniente le envíen el auxilio de algún discípulo que esté todavía en la tierra. Pero no se concibe que quien tenga idea de la sublime y trascendental obra que los Grandes Seres realizan por la evolución en los planos superiores pretenda hacerles intervenir en las menudas dificultades de la vida diaria, pues sabe que mayor auxilio recibirá de quienes se hallen más cerca de su propio nivel. Así lo hacemos en el mundo físico, ya que

los doctos profesores universitarios no malgastan el tiempo en enseñar el abecedario a los parvulillos.

La cosa varía respecto a los santos que veneran las distintas iglesias, aunque también la posibilidad de escuchar las oraciones depende de su estado de evolución. El santo vulgar, es decir, el que fue en el mundo terrestre un hombre bueno y justo, habrá, tenido muy corta vida astral y estará largo tiempo en el mundo celeste; pero tan sólo durante su permanencia en el astral habrá sido capaz de que una oración llegara hasta él, y entonces haría sin duda algo que pudiese satisfacer al peticionario. Sin embargo, tampoco cabe asegurar que la oración le alcanzase porque entonces estaba enteramente atento a su nuevo ambiente.

Cuando entra en su prolongado descanso del mundo celeste, es imposible que le distraigan en modo alguno las cosas terrenas, aunque en tal caso cabe que en algo le afecte una oración a él dirigida, porque si derrama un constante efluvio de amorosos pensamientos sobre la humanidad entera, estos pensamientos caerán como copiosa lluvia de bendiciones que auxiliarán poderosamente a cuantos reciban su influencia, y no hay duda de que el devoto del santo se pondrá en relación con el mediante la vehemencia de la plegaria y atraerá sobre sí gran parte de aquella energía, aunque el santo no tenga conciencia de ello.

Del todo distinto sería el caso si el santo estuviese lo bastante evolucionado para reencarnar en rápida serie de nacimientos sin detenerse en el mundo celeste. Entonces estaría en continuo contacto con la tierra, ya desde el plano astral,

ya encarnado en el físico, y si la oración tuviese intensidad suficiente para atraer su atención, mientras actuara por un momento fuera de su cuerpo físico, sin duda que prestaría cuanto auxilio pudiese.

Pero afortunadamente para los millares de gentes que de continuo están efundiendo su alma en la oración, (con entera ignorancia desde luego, pero con absoluta buena fe) hay algo más independiente de todas estas consideraciones.

En el *Bhagavad Gîta* nos dice Shrî Krishna que toda oración sincera llega a El, aunque ignorantemente haya sido dirigida a otro Ser, porque existe una conciencia lo bastante amplia para abarcarlo todo, que nunca deja de responder a cualquier esfuerzo realizado con intento de acrecentar la espiritualidad. Esta conciencia obra de diversas maneras. Unas veces dirige la atención de un deva hacia el orante y otras veces envía en su auxilio a los humanos protectores que en los planos astral y mental actúan en beneficio de la humanidad. Si el deva o el protector se manifestasen visiblemente, el orante los tomaría por el santo a quien ruega, y así lo denotan multitud de ejemplos.

Entre ellos puedo citar el de que a mí mismo me tomaron una vez por San Felipe Neri, y a un joven protector que conmigo iba en aquella ocasión le atribuyeron la personalidad de San Estanislao de Kostka. También a nuestra Presidente la tuvieron más de una vez por un ángel aquellos a quienes auxiliaba.

EL DIABLO

El diablo no existe. Hay quienes se imaginan haber contraído con él pactos estipulados con su propia sangre. El resultado de todo esto depende en gran parte de la clase de entidad que se le aparece en aquella ocasión. Hay multitud de seres de diversa clase que se solazan de esta manera a costa del hombre, pero ninguna entidad, sea la que sea, puede aprovecharse del «alma» del hombre, ni tampoco hay «alma» tan insensata para creer que un pacto de esa índole sirva de provecho alguno. Todas estas absurdas y estúpidas supersticiones quedan desvanecidas al considerar que el verdadero hombre es el ego, y por lo tanto no puede venderse ni hay quien lo compre.

Hay entidades deseosas y capaces de proporcionar veinte años de prosperidad material a una persona con tal que ésta sacrifique niños, machos cabríos o aves. El ego no interviene en estos pactos, ya se trate de los raros casos individuales, ya del culto fetichista, pues ni las entidades dichas pueden posesionarse del ego ni tampoco podrían utilizarlo para nada aun en el caso de que cayese en su poder. A veces les conviene a estas entidades valerse de un cuerpo humano, y con objeto de

obsesionar a su dueño entran en tratos con él, pues una vez estipulado el pacto, adquiere la entidad poderoso ascendiente sobre el obseso; pero en cuanto éste echa de ver la locura de su acción, su único remedio es resistir con todas sus fuerzas a la influencia obsesionante, aunque hubiera accedido a la pueril ceremonia de firmar el pacto con su propia sangre.

No hay jerarquías diabólicas. Desde luego que hay magos negros; pero cada uno de éstos es por lo general una aislada y solitaria entidad que actúa por sí mismo independientemente de los demás, pues no fuera posible una jerarquía entre quienes desconfían unos de otros.

En la Fraternidad Blanca cada miembro confía en los demás; pero entre los magos negros no puede haber confianza mutua porque sus intereses se fundan en el egoísmo. Sin embargo, conviene tener en cuenta el significado de la palabra diablo. El principio de destrucción suele personificarse, pero sólo significa que los materiales de las destruidas formas se utilizan para construir otras nuevas y superiores. En la India tenemos a Shiva, el Destructor, aunque nadie lo consideraría como diablo, sino que es una de las supremas manifestaciones de la Divinidad. El principio de la destrucción de las formas es necesario al progreso de la vida. Hay un gran Ser entre cuyas funciones se cuenta la de presidir los formidables cataclismos terrestres, aunque obra en esto en beneficio del mundo, y por lo tanto no debe considerarse como obra diabólica. La idea del rebelde ángel Lucifer, arrojado del cielo, se basa en el poema *El Paraíso Perdido*, de Juan Milton; pero en el Libro de Job no aparece el mismo concepto

del diablo, sino que es de muy distinta índole del protagonista de Milton.

Además, los budhistas tienen a Mâra, la personificación del karma pretérito que desciende sobre el hombre en diversidad de formas. En el *momento* de alcanzar la iluminación, hay un agotamiento instantáneo de karma.

Erróneo concepto es el de que son malas todas las cosas materiales y todas las diferencias y limitaciones. Si entendemos por mal lo que generalmente se significa con esta palabra y *no* cualquiera otra noción diferente de índole abstracta, entonces no es mala la materia, porque iguales son el espíritu y la materia. La materia no está en oposición del espíritu. La materia *nos* perturba a causa de los cuerpos de que hemos de servirnos; pero estamos en este mundo para aprender lo que sin la vida física no podríamos conocer. Las experiencias del mundo físico dan a nuestra conciencia y facultades una tan definida precisión, que no podríamos adquirirla en plano alguno sin antes haber pasado el tiempo necesario en éste. Pero ¿porqué las gentes se conturban *con* el mal? Hay bastante bienes en el mundo, y mejor es pensarlo así, porque el pensamiento nos identifica *con* aquello en que pensamos. El pensar y hablar demasiado sobre los magos negros atraerán indudablemente su atención hacia quien piense y hable de ellos y los resultados de esto suelen ser sumamente desagradables.

INDUISMO

Cuando los misioneros ignorantes nos dicen que *los indos* tienen trescientos millones de dioses, tergiversan groseramente una religión mucho más científica que la suya. El Induismo, *como* cualquiera otra religión, sabe perfectamente bien que tan sólo puede haber un Dios, aunque *con* infinidad de manifestaciones, Y llamar «dioses» a estas manifestaciones es de *todo* punto ridículo. Mejor fuera prescindir enteramente de la palabra «dios» a causa de los erróneos conceptos que le han atribuido los cristianos; pero en caso de emplearla no la apliquemos a ninguna entidad inferior al Logos del sistema solar. Todas las buenas cualidades atribuidas al Dios de *los* cristianos corresponden igualmente al Logos, pues nada hay en el sistema que *no* sea El y sin embargo El es mucho más que su sistema. *No* podemos comprender el concepto del Absoluto, y el que tengamos ha de ser mezquino, por la extrema limitación de nuestra inteligencia. El señor Buddha aconsejaba siempre a los suyos que no se preocuparan de tan abstrusas cuestiones, pues era imposible llegar a una conclusión cierta y de nada servía especular sobre ellas.

Las imágenes de las divinidades induístas están

intensamente magnetizadas, y cuando en las fiestas solemnes las pasean en procesión por las calles, influyen muy benéficamente en las gentes. En muchos templos induístas, como ocurre en Madura, hay siempre en actividad poderosas influencias. Cuando visité la población, me dieron cenizas blancas del templo de Shiva y un reluciente polvo carmesí del templo de Pârvatî, unas y otro tan enérgicamente magnetizados, que conservaban su influencia al cabo de largos años y de haberlos transportado muchas veces de unas partes a otras.

India es el país de los ritos y ceremonias. La religión está llena de ellos, y se dice que la mayor parte fueron prescritos por el mismo Manú, aunque es del todo evidente que en épocas posteriores se añadieron no pocos. Algunos parecen ser ordenaciones necesarias en los comienzos de una nueva raza; pero ahora que ya está definitivamente establecida resultan inútiles. Al presenciarlos se echa de ver cual fue el primitivo propósito de su institución, aunque ahora no son más que cáscaras huecas sin eficacia alguna. Sin embargo, no dejan de tener valor para las almas jóvenes, y muchas hay que en ellos se complacen y allegan copioso beneficio; pero desde luego que ninguno es en realidad necesario y el hombre verdaderamente evolucionado los desecha como entorpecedoras ataduras.

En un principio, todo jefe de familia era el sacerdote de los suyos, y cuando la civilización se fue complicando, también se complicaron los ritos y ceremonias, por lo que se instituyó una clase social de sacerdotes aleccionados para el ejercicio particular de su ministerio, porque el cumplimiento de tantos y tan diversos pormeno-

res ritualísticos era incompatible con cualquiera otra ocupación. Parece que en aquel tiempo la mayor parte de las gentes practicaba los ritos y ceremonias; y cuando no, los practicaban los sacerdotes para los fieles, que los recibían a la manera como el enfermo recibe las medicinas del médico, sin saber qué son, pero con la confianza de que le han de beneficiar.

Sin embargo, hay quienes no pueden practicar de corazón una ceremonia sin comprenderla, y éstos acaban por prescindir en absoluto de toda ceremonia.

Muy triste es ver a los sacerdotes hinduistas practicando antiguas ceremonias y arcaicos ritos que si un tiempo tuvieron eficacia no producen ya ningún resultado beneficioso. Parece como si procedieran rutinariamente sin voluntad alguna; y aunque empiezan sus rezos con las palabras: «Om, Bhûr, Bhuvar, Swar», nada ocurre cuando pronuncian estas palabras, mientras que en antiguos tiempos el oficiante ponía toda su voluntad en ellas y elevaba su conciencia y la de los fieles receptivos a los planos superiores.

Al indagar una de las vidas pasadas de una individualidad que existió hace un millar de años, eché de ver este fenómeno en la práctica de una conmovedora ceremonia que clarivamente se me representaba. Los fieles entraron en una cámara interna que estaba completamente a oscuras. Al comenzar la ceremonia pronunció el oficiante las referidas palabras con voz lenta y solemne, y cada una de ellas producía su debido efecto en la personalidad de los circunstantes. La palabra «Om» colocó a todos los fieles en completa armonía con el sacerdote y con los pensamientos

que llenaban su mente. La palabra «Bhûr» inundó de luz la cámara y pudieron ver los objetos físicos. La palabra «Bhuvar», pronunciada al cabo de un intervalo, les abrió a los fieles la vista astral, y la palabra «Swar» les dio videncia mental con toda la felicidad de este plano. En tal estado permanecieron durante el rezo de varios versículos que seguían a las invocaciones.

Por supuesto que estas influencias eran temporáneas, y una vez terminada la ceremonia, se desvanecía la conciencia superior en quienes habían tomado parte en ella, aunque sirviéndoles de aleccionadora experiencia, para en sucesivas ocasiones elevarse más pronto y fácilmente a la conciencia mental.

Pero hoy nada de esto sucede en parte alguna, sino que los sacerdotes disponen el combustible en el ara y después de una solemne invocación a Agni encienden el fuego ¡con un fósforo! En la antigüedad descendía la entidad representada por Agni y bajaba el fuego del cielo; pero todo esto ha sido olvidado y sólo queda el cascarón de las ceremonias.

En la práctica de las peregrinaciones subyace una idea muy racional y científica. En los lugares donde vivió algún santo varón o en donde ocurrió algún suceso memorable, como una iniciación o cualquier otro relacionado con notables personajes, hay la costumbre de edificar un santuario. De este modo se ha formado en algunos casos un poderoso foco de influencia magnética que persistió durante miles de años. Toda persona sensitiva que entre en aquel santuario notará su benéfica influencia, pues doquiera haya una intensa vibración de nivel superior al humano,

despertará temporáneamente unísonas vibraciones en quien reciba su influencia.

El peregrino que llega a uno de estos lugares y se baña en su magnetismo, nota mucha satisfacción espiritual, aunque cada uno recibe la influencia en diverso grado según su potencia receptiva. Lugar de peregrinación es el árbol Bodhi de Buddha-gayâ, en donde el Señor Gautama alcanzó la iluminación. Aunque el árbol no sea el mismo, sino el crecido de un retoño del primitivo que murió en tiempos medioevales, la formidable influencia magnética perdura en aquel paraje y durará muchos siglos.

CASTAS

Dícese que en un principio cada casta tenía su distintivo color; y en efecto, la palabra sánscrita *varna* significa *casta* y también *color*. Aunque no he estudiado esta cuestión, resulta evidente que los colores asignados a las castas no indican en modo alguno el aura personal. Solamente los niños tienen el aura blanca, pues aun los adeptos, no obstante su intenso resplandor, ofrecen diversos colores; pero por algún motivo se le atribuye tradicionalmente el color blanco a la casta de los brahmanes. Al kshattriya se le asigna el color rojo, aunque no está en su aura este color ni más ni menos que puede estarlo en los demás hombres, desde el rosado del afecto, hasta el escarlata de la cólera y el negruzco de la sensualidad. El amarillo se le adscribe tradicionalmente al vaishya; pero como este color es el distintivo de la inteligencia, no vemos razón para considerar al vaishya dotado de esta cualidad. Al shüdra se le asigna el color negro.

Si referimos estos colores a las antiguas razas primitivas, encontraremos mejor fundados los hechos. Los arios, representantes de la casta brahmánica, eran sin duda de color más pálido que los pueblos entre quienes inmigraron. La rojiza raza

tolteca, que dominaba en vastas porciones del país cuando la invasión aria, pudo tener algún punto de referencia con la casta kshattriya. Los aborígenes, que eran los lemurianos y están hoy representados tan sólo por algunas tribus montaneras, tenían color casi negro, y pueden relacionarse con los shûdras. Entre lemurianos y toltecas parece que hubo diversas inmigraciones de subrazas atlantes que se establecieron como mercaderes y eran de color amarillo, tal que los chinos actuales. Tal vez fueron los primitivos vaishyas.

Si lleváramos nuestras investigaciones más lejos del pasado, obtendríamos más seguros informes sobre el origen de las castas y de su relación con el color.

ESPIRITISMO

No olvidemos que los espiritistas concuerdan con nosotros en varios puntos de capital importancia. Todos admiten: 1.º La vida después de la muerte como una vívida realidad siempre presente. 2.º El incesante progreso y la final felicidad de todos los hombres, buenos y malos, pues todos acabarán por ser buenos.

Estos dos principios tienen tan grandísima importancia, que constituyen de por sí un enorme adelanto respecto de las creencias ortodoxas, y gustoso me uniría con los espiritistas en la sustentación de ambos principios, prescindiendo de la discusión de otras cuestiones subalternas en que disintimos, hasta haber convencido al mundo de ambas verdades. Opino que hay sitio de sobra para las dos escuelas espiritista y teosófica.

Las gentes que necesitan presenciar fenómenos y nada se avienen a creer sin ocular demostración, no se hallarán satisfechas con nosotros, mientras que con los espiritistas lograrán su deseo. Por otra parte, quienes apetezcan más filosofía de la que el espiritismo puede proporcionarles vendrán por natural inclinación a nuestro campo; Los que admiran las vulgares comunicaciones mediumnísticas no apreciarán seguramente

la Teosofía, al paso que los aficionados a las enseñanzas teosóficas no mostrarán interés alguno por aquellas comunicaciones. Tanto teósofos como espiritistas tenemos nutritivo pasto para las mentes abiertas y los temperamentos liberales, aun que cada cual de distinto tipo, por lo que no hemos de hostilizarnos.

Blavatsky insistió en sus obras sobre la incertidumbre de las comunicaciones mediumnísticas y la prevalencia de las imposturas en las apariciones. Mi experiencia personal es más favorable a las comunicaciones mediumnísticas que la opinión de Blavatsky, pues durante algunos años estudié prácticamente el Espiritismo y apenas hay fenómeno de los que se habla en los libros que no haya presenciado yo repetidamente. He tropezado con muchas imposturas o simulaciones, pero la mayoría de las apariciones fueron auténticas y puedo por lo tanto atestiguarlas. Las comunicaciones fueron generalmente de poco interés y sus enseñanzas religiosas eran variaciones del Cristianismo con muchos lugares comunes, aunque de espíritu bastante más amplio que el de la mogigatería ortodoxa. Sin embargo, también hay espiritistas tan mogigatos, mezquinos e intolerantes como cualquier sectario, cuando discuten el tema de la reencarnación. La mayoría de los espiritistas ingleses y norteamericanos niegan la reencarnación; mientras que creen en ella los espiritistas kardequianos y los esperancistas de Inglaterra.

Muchos estudiantes de psicología trascendental se admiran de que haya espíritus desencarnados que nieguen o desconozcan la reencarnación en sus comunicaciones mediumnísticas; pero ¿por

qué han de reconocerlo? Cuando el hombre muere busca la compañía de aquellos a quienes conoció en la tierra y se mueve entre las mismas gentes que durante su vida física. El zafio palurdo no es después de la muerte más capaz que cuando estaba en la tierra de relacionarse con quien le dé noticias fidedignas de la reencarnación. La mayor parte de los hombres tienen la mente cerrada a toda nueva idea por un cúmulo de prejuicios que se llevan consigo al mundo astral, y por lo tanto no son más dóciles a la razón y al buen sentido que lo eran en la tierra.

No cabe duda de que un hombre libre de prejuicios puede aprender muchísimo en el mundo astral y ponerse muy luego al corriente de las enseñanzas teosóficas, pues hay allí quienes aleccionan sobre ellas, y por lo mismo se advierten de cuando en cuando toques teosóficos en las comunicaciones mediumnámicas. Conviene recordar que hay un Espiritismo muy elevado, del cual nada saben las gentes y que nunca da pública cuenta de sus operaciones y resultados. Actúa en círculos rigurosamente ceñidos en el orden íntimo a una sola familia a un corto número de leales amigos, siempre los mismos, sin permitir que ningún extraño venga a perturbar el magnetismo. De esta suerte se establecen condiciones de insuperable perfección y los resultados obtenidos son por todo extremo sorprendentes.

En las sesiones públicas de entrada libre o de pago, sólo aparecen entidades de ínfima clase, porque la entremezcla y promiscuación de las heterogéneas influencias magnéticas de los concurrentes impiden la comunicación de espíritus superiormente evolucionados.

SIMBOLOGÍA

Muy interesante es el estudio de la simbología. Para determinados temperamentos mentales todas las cosas tienen su símbolo, que les sirve de poderosa ayuda. Como quiera que yo no soy de este temperamento, no estudié detenidamente la simbología, aunque reconozco que hay símbolos lo bastante claros para que sin dificultad los entienda quien conozca los elementales principios de su interpretación.

Consideremos, por ejemplo, los símbolos que aparecen en las páginas iniciales del *Libro de Dzyan*. En la primera página hay un disco blanco que significa la condición de lo inmanifestado. En la segunda se ve el mismo disco con un punto en el centro, que significa la primera manifestación, el primer Logos, o sea el Padre con el Cristo en su seno. En la tercera página, el punto se ha extendido hasta formar una línea que divide el disco en dos mitades y simboliza la primera separación o desdoblamiento del espíritu y la materia, es decir, el segundo Logos dual o andrógino. En la cuarta página aparece otra línea en ángulo, recto con la anterior, y el disco a círculo queda dividido en cuatro sectores iguales, cuya significación es la emergencia del tercer Logos, aunque

todavía inactivo. En la quinta página desaparece la circunferencia del círculo y nos deja la cruz griega de brazos iguales, que denota el tercer Logos dispuesto a la acción, esto es, a punto de descender a la materia de Su Cosmos.

La siguiente etapa de la actividad del tercer Logos está significada por varias formas del símbolo. Algunas veces los brazos de la cruz griega se ensanchan a medida que se distancian del centro, y entonces tenemos la cruz de Malta. Otra forma simbólica mantiene en continua derecha los brazos de la cruz, pero de sus extremos surge una llama para denotar la luz que en su interior arde. Más amplia extensión de esta idea nos da la cruz que gira alrededor de su centro como una rueda, y entonces la llama que sale de los extremos de los brazos forma una especie de estela a medida que gira la cruz, determinando así la *svastika*, el símbolo más universal, pues se halla en todos los países del mundo relacionado con todas las religiones.

El simbolismo de la ordinaria cruz latina, tal como se emplea en la iglesia cristiana, no tiene nada que ver con el tercer Logos, sino con el Segundo, cuyo descenso a la materia simboliza, y además está íntimamente relacionada con los ritos iniciáticos del antiguo Egipto.

La comprensión del símbolo del *Libro de Dzyan* está poderosamente auxiliada por el peculiar magnetismo del libro, de modo que quien tiene el privilegio de hojearlo nota al punto su extraordinaria influencia. Ante su vista mental aparece la descripción de lo que la página simboliza y simultáneamente oye como una especie de recitación de la estancia. Muy difícil es expresar todo esto en

palabras; pero maravilla a quien personalmente lo experimenta. Yo mismo he visto y manejado el ejemplar que Blavatsky describe y cuyo estudio la movió a escribir *La Doctrina Secreta*. Desde luego que dicho ejemplar no es el libro original sino una copia que se conserva en el oculto museo puesto al cuidado del maestro K. H. El texto original está en Shamballa, a cargo del Jefe de la Jerarquía, y es sin disputa el libro más antiguo del mundo. Verdaderamente se ha dicho que parte de su contenido (las seis primeras estancias, según creo) son todavía más antiguas que el mundo, pues se asegura que proceden de una cadena anterior a la nuestra. Algunos opinan que la parte más antigua del *Libro de Dzryan* no es simplemente el relato del resurgimiento a la existencia de un sistema, sino más bien una especie de compendio de instrucciones para la creación de un universo.

Otro símbolo muy conocido es la Gran Ave, que se emplea para denotar a la Divinidad en el acto de cobijar a su universo, de planear o moverse sobre las aguas del espacio, esto es a lo largo de la línea de su evolución. Así la frase de «reposar entre las alas de la Gran Ave», significa lo mismo que meditar sobre la unión con el Logos, y se dice que cuando un hombre alcanza este nivel puede permanecer allí innumerables años. La palabra *Om* es otra representación de la misma idea. Es la palabra sagrada de la quinta raza raíz o raza aria. La palabra sagrada de los atlantes era *Tau*, y se asegura que las palabras dadas sucesivamente a las razas raíces son las sílabas consecutivas de una Palabra suprema y única, el verdadero Nombre sagrado.

Otro símbolo fácilmente comprensible es el del corazón, muy empleado en la religión atlante. En el intérrimo santuario del gran templo de la Ciudad de las Puertas de Oro había sobre el altar una caja maciza de oro en forma de corazón, cuyo secreto para abrirla sólo conocía el sumo sacerdote. Se llamaba *El Corazón del Mundo* y representaba para los atlantes el misterio más oculto que conocían. Guardaban allí los objetos sacratísimos en que se contenían lo mejor de sus símbolos. Sabían los sacerdotes atlantes que cada átomo tiene pulsaciones parecidas a las del corazón y que el sol tiene análogo movimiento coincidente con el período en que las manchas solares son visibles.

Hay en sus libros pasajes reveladores de que sabían algo más que nosotros en materias científicas, aunque las consideraban más bien desde el punto de vista poético que desde el científico. Así pensaban que la tierra respiraba y se movía, en lo cual no les faltaba razón, porque los modernos científicos han descubierto que la superficie de la tierra tiene un desplazamiento diario muy parecido en cierto modo al mecanismo de la respiración.

El símbolo del loto se emplea para significar el sistema solar relacionado con el Logos. Los fenómenos de la naturaleza dan motivo a otra relación, porque los siete Logos menores o Logos planetarios, aunque elevadísimas entidades individuales, son al propio tiempo aspectos del Logos solar y los centros de fuerza de Su cuerpo. Ahora bien; cada uno de estos vívidos centros o Logos subalternos tiene su peculiar movimiento periódico, correspondiente, aunque en grado incomparablemente superior, al regular latido del corazón

humano o a la inspiración y espiración del aliento. Algunos de estos movimientos periódicos son más rápidos que otros, de suerte que producen una muy complicada serie de efectos, habiéndose observado que el movimiento de los planetas físicos con relación unos con otros proporciona la clave de la actuación de estas grandes influencias cósmicas en un momento dado. Cada uno de estos centros subalternos tiene su especial situación o foco mayor en el mismo cuerpo del sol y también tiene un foco menor que siempre está situado fuera del sol y lo señala un planeta físico.

La exacta relación de los Logos planetarios con el Logos solar es difícil de comprender con nuestra fraseología concerniente a las tres dimensiones; pero acaso, nos expliquemos algún tanto diciendo que cada centro tiene un campo de influencia prácticamente coextensiva con el sistema solar; que si pudiera tomarse una sección de este campo se vería que tiene la forma de una elipse uno de cuyos focos está siempre situado en el sol, mientras que el otro es el planeta regido por el Logos subalterno. Es probable que en la gradual condensación de la primitiva nebulosa de la que nació el sistema, la situación de los planetas fuese determinada por el surgimiento de vórtices en el foco menor, como puntos auxiliares de distribución o ganglios, por decirlo así, del sistema solar. Todos los planetas físicos están situados en la posición del sistema común a todas las elipses, de suerte que quienquiera que trate de representarse mentalmente la figura verá que estas giratorias elipses deben tener segmentos proyectores, y por lo tanto no habrá inconveniente en comparar el sistema solar a una flor polipétala.

Hay otro motivo más bello y también más profundo para comparar el sistema solar a la flor del loto. Vemos que los planetas se nos aparecen como globos separados; pero en realidad hay entre ellos lazos de relación que trascienden a nuestra conciencia cerebral. Quienes han estudiado el problema de la cuarta dimensión están familiarizados con la idea de una extensión en sentido invisible para los ojos físicos; pero tal vez no se les haya ocurrido aplicar la cuarta dimensión al sistema solar en conjunto.

Cabe insinuar la idea de este hecho encorvando la palma de la mano de suerte que forme una especie de copa, pero con los dedos separados, y colocar después una hoja de papel sobre las puntas de los dedos. Un ser viviente de dos dimensiones que residiera en la superficie de la hoja de papel no tendría conciencia de la mano en conjunto, sino que tan sólo percibiría los tenues círculos de los puntos de contacto entre los puntos de los dedos y el papel. Para dicho ser viviente, los círculos no estarían mutuamente relacionados; pero nosotros, mediante la vista de una tercera dimensión, reconocemos la longitud de los dedos y su unión con la mano.

De la propia suerte, el hombre capaz de percibir la cuarta dimensión echaría de ver que los planetas que se nos aparecen aislados en el concepto de las tres dimensiones están realmente enlazados por medios invisibles y constituyen desde este superior punto de vista los extremos de los pétalos de una enorme flor de cuyo refulgente corazón surge un pistilo central que se nos aparece en forma del sol.

No es prudente que los devotos de la ciencia

moderna ridiculicen o menosprecien la sabiduría de los antiguos ni los extraños y fantásticos símbolos con que la expresaban, porque muchos de estos antiguos símbolos tienen significado revelador de más profundos conocimientos que los poseídos hoy por el mundo profano.

Por lo menos, el estudiante de Teosofía debe precaverse contra el riesgo de menospreciar alguna enseñanza porque no la comprenda de momento, pues si no la comprende es por desconocer todavía el lenguaje en que está escrita.

FUEGO

En los planos superiores todas las cosas son lo que en la tierra llamamos luminosas, y al transcender cierto nivel puede decirse que todo está embebido en fuego, aunque no el fuego que conocemos en el plano físico.

Lo que aquí llamamos fuego no puede existir sin que abrase o resplandezca, y es tan sólo una especie de reflejo o expresión inferior de algo mucho más elevado que no podemos percibir.

Imaginemos un fuego líquido, parecido en fluidez al agua, pero que no queme. Así los discípulos del primer Zoroastro disponían de este fuego que sin combustible ardía en sus altares y era el fuego sagrado en que simbolizaban la vida divina.

Uno de los senderos para llegar al Logos es el fuego, y los antiguos parsis, que lo sabían muy bien, se elevaban hasta unificarse con el fuego sagrado y por su medio llegar hasta el Logos. Sin embargo, únicamente cabe este resultado con el auxilio de ciertas clases de devas; pero hoy día están las gentes tan groseramente materializadas que muy pocos podrían resistir la prueba.

El primer Zoroastro tuvo en su alrededor a muchos que eran capaces de seguir el sendero del fuego; y aunque en las actuales condiciones que-

darían destruidos nuestros vehículos inferiores si intentásemos la prueba, en nuevas razas y en otros planetas seremos capaces de seguir este sendero. Todo esto parece extraño e incomprensible, y aun extravagante, porque se relaciona con determinadas condiciones de todo punto desconocidas en el plano físico; pero el estudiante de ocultismo encontrará en el transcurso de su progreso muchas cosas que no pueden expresarse en el ordinario lenguaje humano de este mundo.

TERCERA SECCIÓN



ACTITUD TEOSÓFICA

SENTIDO COMÚN

Sobre todas las cosas y en cualquiera circunstancia, el estudiante de ocultismo debe atenerse firmemente al sentido común. Encontrará muchas ideas nuevas y muchos hechos sorprendentes cuya extrañeza no ha de sobrecogerle, pues de lo contrario le resultará más daño que beneficio del aumento de sus conocimientos. Aunque se necesitan varias otras cualidades para el progreso, un perfecto equilibrio mental es indispensable. El estudio del ocultismo puede resumirse en que es el estudio de muchas cosas desconocidas que el hombre vulgar rehusa aceptar, es decir, la adquisición de multitud de nuevos hechos y la adaptación de la conducta a ellos de un modo racional y de sentido común.

FRATERNIDAD

Todos los hombres son hermanos, y quienes se niegan a admitirlo cierran los ojos a la realidad que no quieren reconocer. No emplearemos mucho tiempo en tratar con los que lo niegan, pues la misma naturaleza refutará su herejía. Más sutilmente peligrosos son quienes comprenden mal la fraternidad, y su número es legión.

Recordemos no tan sólo lo que significa fraternidad, sino lo que no significa. Desde luego que no significa igualdad, porque los gemelos y los trios son muy raros en la naturaleza. Bajo todas, excepto las más anormales circunstancias, la fraternidad implica diferencia de edad y por lo tanto toda otra clase de diferencias en fortaleza, ingenio y aptitud.

La fraternidad entraña intereses comunes, pero no comunidad de intereses. Si la familia es rica, todos sus individuos se aprovechan de la riqueza; si la familia es pobre, todos sus miembros sufren de la pobreza. Así hay comunidad de interés. Pero el interés individual de los hermanos no sólo puede sino que durante varios años debe ser diferente en absoluto. ¿Qué interés común con su hermanito de seis años tiene el muchacho de

catorce? Cada cual vive su propia vida entre amigos de su misma edad y tiene más de común con ellos que con sus hermanos. ¿Cómo es posible que el hermano mayor, que a los veinticinco años está abriéndose paso en la vida, fije su atención y cuidado en los premios e inquietudes de la vida escolar que llena el horizonte del hermano menor?

Por lo tanto, no cabe esperar que por ser los hombres hermanos hayan de tener los mismos sentimientos o interesarse por las mismas cosas. Aunque esto fuera posible no sería conveniente porque los deberes de cada cual difieren según su edad, y lo único que en mayor grado estimula la evolución colectiva de la raza humana es que todo hombre cumpla ardientemente con su deber en el estado en que le colocó Dios, según dice el catecismo de la doctrina cristiana. Esto no significa ni mucho menos que cada individuo haya de permanecer constantemente en el estado en que el karma le colocó al nacer, pues tiene perfecta libertad de elaborar honradamente y sin perjuicio ajeno otro karma que le realce por encima del de nacimiento. Pero en cualquier posición o estado en que se halle ha de cumplir los deberes de su estado.

El niño se va haciendo hombre; pero mientras es niño sus deberes están adecuados a su edad y no a la de los hermanos mayores. Cada edad tiene sus deberes: el menor ha de aprender y servir; el mayor ha de dirigir y proteger; pero unos y otros han de ser amables y serviciales, y todos han de formarse idea de la gran familia humana. Cada cual ayudará mejor a sus hermanos si cumple con su propio deber como miembro de esta gran familia, que entremetiéndose en el deber ajeno.

La fraternidad *de* nuestra Sociedad ha *de* ser efectiva, y conviene que reconozcamos y echemos *de ver* un estrecho compañerismo, un sentimiento *de* verdadera unidad y atracción. Esto se cumplirá si los miembros olvidan sus personales sentires y piensan principalmente en los intereses *de* los demás. El corazón *de* la Sociedad Teosófica *se* está formando un cuerpo en el plano búddhico, un canal por cuyo medio puedan actuar los Grandes Seres. La perfección *del* canal depende *de* la actitud *de* los celosos y devotos miembros; pero todavía es imperfecto a causa de la propensión *de* cada miembro a pensar demasiado en sí mismo como unidad y muy poco en el bienestar del conjunto. Las piedras *de* una pared han de colocarse cada una en su propio lugar, y cuando unas sobresalen por un lado y otras resaltan por otro, queda rugosa la pared y no es perfecta. Nosotros somos mínima parte *de* un vasto plan, una rueda, por decido así, *de* una máquina. A nosotros nos incumbe capacitarnos para desempeñar nuestra menuda parte, y aunque no podamos *tener* una preeminente posición en el drama del mundo, si ejecutamos bien y cumplidamente nuestra parte subalterna hallará su lugar apropiado en el grandioso conjunto.

Todos sabéis que dentro *de* siete siglos nuestros dos Maestros iniciarán la fundación de la sexta raza y que ya buscan quienes *les* sirvan *de* auxiliares en esta obra. *Pero* antes han *de* realizar otra obra que dé ocasión al desenvolvimiento de las cualidades necesarias para aquella otra más amplia; han *de* formar la sexta subraza de la raza aria que ya despunta en la América del Norte. Ya *se* advierten señales *de* la preparación para

esta obra. Diversas razas se están, entrefundiendo en una, y también nosotros tenemos parte en esta obra. Todos reconocemos la importancia de rodear al niño de buenas influencias, y esto es precisamente lo mismo que se ha de hacer con una raza infantil. Mucho ganaríamos si lográramos dirigir desde un principio esta joven raza por *rectos* caminos; y aunque estemos lejos de América podremos prestar, si queremos, mucha ayuda a este crítico período de la historia.

La parte del plan que muy en breve se ha de realizar es la reunión de las diversas ramas de nuestra quinta subraza o sea la teutónica, a la que pertenecen las colonias inglesas, los norteamericanos, escandinavos, holandeses y alemanes, así como muchos pueblos de Francia e Italia, como por ejemplo los normandos, y los que en países meridionales descienden de los godos y visigodos. Lo conveniente, a fin de estimular la realización del magno plan, es que todos estos pueblos se relacionen y atraigan con más íntima simpatía. Así se ha hecho ya en gran parte con Inglaterra y los Estados Unidos, y es deplorable que no pueda hacerse lo mismo con Alemania, pues hoy por hoy este gran país parece dispuesto a mantenerse alejado *de* la deseada coalición y a mirar tan sólo por los que considera sus privativos intereses. Sin embargo, cabe esperar que llegue a vencerse esta dificultad.

El capital propósito de esta concentración es preparar el camino al nuevo Mesías o como *teosóficamente* decimos al próximo advenimiento del Señor Maitreya como gran instructor espiritual que ha de traer una nueva religión. Se acerca rápidamente el tiempo de la proclamación de esta

doctrina religiosa que unificará todas las demás religiones y comparada con ellas tendrá base mucho más amplia y conservará por más largo tiempo su pureza. Pero antes de que esto pueda suceder hemos de librarnos de la pesadilla de la guerra suspendida hasta ahora constantemente sobre nuestras cabezas como un enorme espectro, paralizando los más preclaros talentos de todos los países en su acción de reformas sociales e imposibilitando que los estadistas ensayen en gran escala nuevos métodos y planes. Por lo tanto es indispensable un período de paz universal para llevar adelante el plan de evolución. Muchos esfuerzos se han realizado ya en diversos sentidos para obtener este resultado, como por ejemplo la Conferencia de la Paz; pero parece que se habrá de ensayar algún otro medio.

Si cuantos pertenecemos a la quinta subraza diésemos de mano a nuestros prejuicios y conviviéramos amistosamente, podríamos realizar la obra que para el porvenir nos aguarda. Nuestra subraza es la última aparecida en la serie de evolución, y por lo tanto contiene generalmente hablando los egos más avanzados en la evolución, aunque la mayoría de las gentes no están en modo alguno dispuestas a responder a motivos puramente inegoístas como medio de conseguir la tan necesaria paz universal.

Así pues, ¿cual será la mejor manera de lograrla? Interesando a todas las naciones en que insistan sobre ella. Recordemos que el comercio padece durante la guerra. Los que pertenecemos a las diversas ramas de la raza teutónica somos las naciones más comerciales del mundo, y por lo tanto cabe esperar que advirtamos cuán conve-

niente es solidarizarnos y abogar por la paz. Es verdad que los intereses comerciales no son muy elevado motivo porque es sencillamente un interés egoísta; pero cuando los gobernantes y estadistas anhelan la unidad de los pueblos por abstracto amor al género humano, dicho motivo les ayudará a poner a sus menos cultos compatriotas al nivel de su anhelo y los moverá a apoyar calurosamente toda providencia encaminada al logro de este objeto.

Toda clase de acontecimientos se utilizan para favorecer la solidaridad de nuestra subraza. Así por ejemplo, la muerte de la reina Victoria sirvió decididamente a este fin. Durante su reinado se estrecharon los lazos entre las colonias y la metrópoli, y quienes presenciaron la manifestación del jubileo de la reina desde el punto de vista físico, quedaron agradablemente afectados por las elevadas emociones que aquel acto levantaba. Mucho hizo la reina Victoria en vida, pero más todavía realizó con su muerte, pues no sólo se estrecharon las relaciones con las colonias sino también con los Estados Unidos. Yo estaba en este país al morir la reina y en verdad que no hubieran demostrado los norteamericanos tan sinceros y espontáneos sentimientos de dolor por su rey si lo tuvieran. Así la gran reina prestó en su muerte tan señalados servicios como durante su vida.

Cada raza tiene sus peculiaridades como las tiene cada individuo. Si deseamos cooperar en la gran obra hemos de aprender a soportarlas, a ser tolerantes con ellas y a considerarlas con cariñoso interés en vez de mofarnos de ellas o consentir que nos impacienten. ¿Qué podremos hacer

prácticamente para ayudar a la resolución de estos grandes problemas nacionales? Lo menos qué podemos hacer es que cuando en nuestra presencia se burle alguien de otras naciones, expongamos el aspecto contrario del asunto, diciendo algo en favor de la nación menospreciada. No siempre podremos contradecir lo malo que de ella se diga, pero al menos podremos añadir algo bueno.

Pocos de entre nosotros habrá que al cabo del año no se relacionen siquiera pasajeraamente con por lo menos mil personas, y así cada cual puede ser un centro de auxilio para que nuestros compatriotas vean el aspecto favorable de las otras naciones, y aunque en modesta esfera, suavizaremos asperezas y allanaremos el camino de la unión.

Muchas gentes están habituadas a hablar constantemente con estrechos prejuicios contra las peculiaridades o defectos de las demás naciones. Cuidemos de no imitarlos sino recordar siempre la importancia de estimular amorosos sentimientos. No nos desaliente el pensar cuán poco podemos hacer cada uno de por sí en este punto, sino tengamos presente que todo esfuerzo, por leve que sea, lo aprovecharán quienes ocultamente actúan. Desde luego que el plan se realizará, tanto si aceptamos como si rechazamos el privilegio que de contribuir a él se nos ofrece; pero esta no es razón para que dejemos de hacer cuanto nos sea posible.

En la prosecución del plan no sólo se utilizan los servicios de las gentes bondadosas, sino que la Gran Fraternidad oculta se vale de toda clase de fuerzas para llevar a cabo su necesaria obra.

Aun los egoísmos y fracasos de los hombres sirven al efecto. Como dice Southey en *Thalaba*: «Los malvados cumplen ciegamente la justa voluntad del cielo». Y como escribe San Pablo: «A los que a Dios aman, todas las cosas ayudan a bien». (Rom. 8: 28). Esto lo dijo el apóstol con referencia al karma personal; pero la misma aplicación tiene a mayores y a más amplios sistemas. Así, por ejemplo, el fanatismo de la iglesia cristiana, por malo que sea, ha servido de algo, contribuyendo a vigorizar la fe, puesto que el ignorante no puede creer firmemente si no es fanático. También es mala la apetencia de lucro egoísta en los negocios comerciales, y sin embargo entraña una energía con que pueden contar quienes actúan tras nosotros, porque desarrolla la fuerza de voluntad y concentración, cualidades ambas que cabrá utilizar más valiosamente en una vida venidera.

Cada uno de nosotros tiene ocasión de cooperar en este plan, de colaborar en pro del bien. Si rechazamos la oportunidad que se nos ofrece, otro la aceptará, y sino otro y otro, porque forzosamente se ha de realizar la obra. Sabemos de alguien a quien le fue ofrecida la oportunidad y la menospreció; pero este es mayor motivo para que redoblemos nuestro esfuerzo y expiar su defección cumpliendo su parte al par de la nuestra. Ni por un momento hemos de figurarnos que por esta defección ha de padecer la obra. No podemos por menos de lamentar que nuestros pobres amigos pierdan las ocasiones que se les deparan y que por ignorancia y falta de perspicacia obren tan tristemente contra sus propios intereses. Sin embargo, recordemos que su locura es tan sólo temporánea. Algún día despertarán a la verdad, si

no en esta vida en otra. Entre tanto, todo va bien internamente, y en conjunto adelanta la magna Obra.

Después de todo, la evolución del mundo es análoga a cualquiera otra empresa de aliento. Pongamos por ejemplo el trazado y construcción de una vía férrea. Ni a la compañía ni a los futuros viajeros les importa qué operario tenderá un carril o atornillará un perno, con tal que el carril quede bien tendido y el perno sólidamente atornillado, de lo cual ya cuidará el sobrestante. A quien importa el asunto es al *operario*, porque el que trabaja recibe su jornal, y el que no, nada gana. El sobrestante lamenta que el operario deje por un día el trabajo en un arrebató de ira o de embriaguez, pero piensa para sí: "No importa; ya volverá mañana»; y entretanto ocupa a otro en su lugar. Así algunos han abandonado la obra en un arrebató de personalidad, pero volverán. La cuestión no está en si se ha de hacer la obra, sino en quién aprovechará la oportunidad de colaborar en ella.

Muchas gentes que pugnan acerbamente contra el bien denotan con ello su incapacidad para soportar esta prueba, pues no han llegado todavía a la etapa de evolución en que con olvido de sí mismos se entreguen completamente a la obra. Aún prevalecen sus personalidades, y por lo tanto están expuestos a perder el equilibrio en presencia de alguna nueva vicisitud. Desde luego que es triste cosa, si bien tan sólo temporánea. Perdieron una favorable coyuntura en esta vida porque no eran todavía bastante fuertes para aprovecharla; pero hay muchas vidas por venir. Entretanto otros ocuparán su lugar. Nunca olvidéis

que lo único importante es que se realice la obra de los Maestros. Seamos de los que a ella contribuyen ahora, aunque haya muchos que no ven todavía lo bastante claro para ayudarnos. Han repudiado en esta vida a los Maestros, como el muchacho que se enfada con sus padres y en un acceso de cólera corre a esconderse en un rincón hasta que el hambre le vuelve a los paternos brazos. De la propia suerte, el hambre de la verdad que una vez gustaron los volverá a los pies del Maestro en sus venideras vidas. Entretanto, mantengámonos firmes y que nuestros corazones se mantengan en paz aun en medio de la lucha.

Si nos colocamos al nivel de la ocasión que se nos depara, debemos limpiarnos de toda herrumbre y desprendernos de nuestros siniestros egoísmos y olvidarlos alentando buenos sentimientos por todos los medios posibles. Si oímos hablar mal de alguien, sea de nación o de individuo, expongamos el aspecto contrario. Contrarrestemos el mal por la expresión del bien, no dando falsos informes o conceptos sino interpretando los hechos bajo el mejor aspecto posible. Nuestra obra consiste en suavizar la máquina para que se mueva con mayor facilidad y en neutralizar los rozamientos. Nuestro propósito ha de ser la unión de la Sociedad Teosófica de suerte que favorezca la armonía en el mundo exterior. El plan es grandioso y la ocasión gloriosa. ¿La aprovecharemos?

Sin embargo, id con cuidado no sea que con el pretexto de prepararos para una gran obra venidera desatendáis las mínimas ocasiones de la vida cotidiana. Ejemplo de esto es una carta que recibí hace poco, en la que el firmante decía hallarse encargado de dirigir una Logia Teosófica

y que sentía por ello una gran responsabilidad de la que no se consideraba merecedor a causa de sus imperfectos conocimientos. Yo le respondí que no se turbara en lo más mínimo respecto a su situación en la Logia, pues si bien por una parte hay responsabilidad en enseñar, por otra es un señaladísimo privilegio. Añadí que pensara antes en el privilegio que en la responsabilidad, pues hay gran número de almas hambrientas y los Grandes Seres habían sido con él lo bastante benévolos para darle ocasión de servir de canal de alimentación a los hambrientos. Le dije que comprendía él claramente los principios generales de la enseñanza y que su sentido común le resguardaría de extraviarse en los pormenores. Admiraba yo su extremada delicadeza; pero exponiendo con toda exactitud los principios capitales ante los oyentes, no habría motivo apenas de dar enseñanzas erróneas. Por otra parte, le dije también en mi respuesta:

Todos tenemos la responsabilidad de que usted habla, y los que escribimos libros y damos conferencias la sentimos en mayor grado del que puede usted imaginar. A veces nos han dicho algunos amigos que debíamos alcanzar el adeptado antes de escribir libros, a fin de tener la seguridad absoluta de no estampar errores en ellos. A esto sólo me toca decir que resolvimos comunicar nuestro imperfecto conocimiento a nuestros hermanos, aunque todavía hayamos de aprender mucho, y creo que los resultados han justificado nuestra decisión. Si hubiésemos esperado a ser adeptos, verdad es que nuestras libros hubieran sido irreprochables (pues ahora distan mucho de serlo); pero entonces hubierais tenido todos que esperar

millares de años a poderlos leer, lo cual haría muy notable la diferencia en la obra de la Sociedad en el presente siglo. Me parece que el problema por resolver es exactamente análogo. También puede usted diferir sus enseñanzas hasta saberlo todo; pero ¿qué será entretanto de vuestra Logia?

AYUDAR AL MUNDO

Una de las principales cualidades requeridas para entrar en el Sendero es la mente de orientación fija y aplicada, a un sólo punto.

Los mismos hombres mundanos logran éxito porque se dedican a un solo objeto de pensamiento y acción, y de ellos podemos aprender el valor de determinarnos en nuestra peculiar dirección. Nuestro objetivo no es tan concreto y tangible como el de los profanos; y por lo tanto, nos es más difícil mantenernos en una fija orientación mental; pero en la India se reconoce mayormente que en los países occidentales la importancia de lo invisible, y así conviene buscar el trato y compañía de los más adelantados, para quienes las realidades del Sendero están siempre presentes, lo mismo que leer, oír y pensar con frecuencia sobre nuestro propósito, y practicar constantemente las virtudes por cuyo ejercicio podemos tan sólo adquirir el perfecto conocimiento.

Estamos en una época de precipitación y chapucería. Las gentes gustan hacer de todo un poco, pero nada completo, y mariposear de una cosa a otra. Nadie consagra hoy su vida a una sola obra magistral, como tan a menudo sucedía

en la Edad media en Europa y antiguamente en la India.

El ocultismo transmuta de muchos modos la conducta de un hombre; pero más señaladamente dándole una absoluta fijeza mental. Desde luego que esto no significa el incumplimiento de ninguno de sus deberes; sino que, por el contrario, lo primero que se le prescribe es la incesante vigilancia en el cumplimiento de todos sus deberes. Pero el ocultismo le da la nota fundamental de la vida, que siempre resuena en sus oídos y que ni por un instante olvida. Esta nota fundamental es la de ayuda y auxilio. ¿Por qué así? Porque sabe cuál es el plan del Logos y procura colaborar en él.

Esto entraña muchas modalidades de acción. Para ayudar con eficacia debe capacitarse para la ayuda; y por lo tanto, ha de autoeducarse cuidadosamente eliminando las malas cualidades y desarrollando las buenas, así como vigilar constantemente las ocasiones de auxilio.

Uno de los métodos especiales de ayudar al mundo está a disposición de los miembros de nuestra Sociedad y consiste en difundir las verdades teosóficas. No tenemos el derecho ni la intención de convencer a nadie por la fuerza; pero es nuestro deber y nuestro privilegio dar a las gentes ocasión de conocer el verdadero sentido de los problemas de la vida. Si al ofrecer el agua de vida, alguien la rechaza, no es asunto de nuestra incumbencia; pero al menos hemos de procurar que nadie perezca por la ignorancia de que existe el agua de vida.

Por lo tanto, tenemos el deber de difundir la verdad y nada ha de impedirlo. Esta es la obra que como Sociedad nos compete, y hemos de

recordar que este deber nos corresponde a cada uno de nosotros. Hemos de pensar de continuo en él y tratar siempre de cumplirlo en cualquiera ocasión que se nos depare. No ha de servirnos de excusa la inactividad de otros miembros, pues allá se la habrán con ellos mismos y nada nos importa su indolencia; pero si nosotros no hacemos cuanto nos sea posible, faltaremos a nuestro deber. Recibimos esta gloriosa luz no tan sólo para alumbrar nuestro sendero sino también para ser a nuestra vez antorchas de nuestros agobiados hermanos.

EL ESPÍRITU DE CRÍTICA

Si deseamos progresar en ocultismo *debemos* aprender a ocuparnos en nuestros asuntos y no entrometernos en los ajenos. Cada cual tiene sus razones y su modo de pensar que nosotros no comprendemos. Para su Maestro están firmes o caídos. Repitamos que tenemos una obra que hacer y no hemos de consentir en apartarnos de ella. *Debemos* ejercitar la caridad y la tolerancia, y reprimir el insano deseo de vituperar a los demás.

La sociedad moderna está dominada por el insano afán de murmuración y crítica. Todos se empeñan en entremeterse con el deber de alguien en vez de cumplir el suyo propio. Todos se creen capaces de hacer la obra de otro mejor de lo que él la hace. Esto lo vemos en política, en religión y en la vida social. Por ejemplo, el evidente deber de todo Gobierno es gobernar y el deber del pueblo es ser buenos ciudadanos para que la obra del Gobierno sea fácil y eficaz. Pero en nuestros días está el pueblo tan afanoso de enseñar al Gobierno cómo ha de gobernar, que olvida todo cuanto atañe a su capital deber de ser buenos ciudadanos. No advierten los hombres que si se

contrajeran a cumplir sus deberes, el karma cuidará de que obtengan los «derechos» que tan clamorosamente invocan.

¿Cómo es tan general y tan acerbo el espíritu de crítica en la presente etapa de la historia del mundo? Como muchos otros males consiste en la demasía de una buena y necesaria cualidad. En el transcurso de la evolución hemos llegado a la quinta subraza de la quinta raza raíz. Esta subraza es la últimamente desarrollada y su espíritu predomina hoy día en el mundo, de suerte que aun los no pertenecientes a ella reciben la influencia de su espíritu.

Ahora bien; cada raza tiene sus peculiares lecciones que aprender y su especial cualidad que desarrollar. La cualidad característica de la quinta raza es lo que suele llamarse *manas*, o sea la modalidad de inteligencia que discierne y echa de ver las *diferencias* de las cosas. Cuando esté perfectamente desarrollada esta cualidad, los hombres discernirán con calma y serenidad estas diferencias a fin de examinarlas y juzgar cual sea la mejor. Pero ahora, en el actual estado de incompleto desarrollo, la mayor parte de las gentes buscan diferencias desde su personal punto de vista, *no* para examinarlas y *comprenderlas* sino para *oponerse* a ellas y a menudo violentamente perseguirlas. Tal es el punto de vista del hombre ignorante e involucionado, lleno de intolerancia y presunción, absolutamente seguro de que tiene razón (y acaso la tenga hasta cierto punto) y que por lo tanto, quienes no piensen como él están en error, aunque esta consecuencia es falsa. Recordemos lo que Oliverio Cromwell dijo a sus consejeros: «Hermanos, en el sagrado nombre de Cristo

os ruego que penséis en la posibilidad de equivocaros alguna vez.»

Hemos de desarrollar la facultad de crítica; mas para criticarnos *a nosotros mismos*, no a los demás.

Toda cuestión tiene siempre dos aspectos y por lo general más de dos. *Kritein* significa juzgar, y por lo tanto, la crítica es nociva e inútil a menos que sea serena y juiciosa. No es el furioso ataque a un contendiente, sino la sosegada e imprejuiciosa ponderación de razones en pro y en contra de determinada opinión o acto. Podemos resolvernos en tal o cual sentido, pero *debemos* reconocer que otro hombre de igual inteligencia puede considerar la cuestión bajo distinto aspecto y resolverla de un modo enteramente contrario. Sin embargo, al así resolverse puede ser tan bueno, prudente y honrado como nosotros.

A pesar de todo ¡cuán pocos reconocen esta verdad! ¡cuán pocos protestantes fanáticos creen que los católicos puedan ser hombres de bien! ¡cuán pocos radicales frenéticos admiten que un conservador pueda ser tan honrado y sincero como ellos en sus convicciones y procure cumplir honradamente lo que cree su deber!

Si alguien disiente de nuestra opinión no estamos obligados a rendirnos a la suya, pero debemos reconocer en él buenas intenciones. Una de las peores características de la sociedad moderna es la facilidad con que cree lo malo, el hábito de mirar deliberadamente las cosas por el más siniestro aspecto que de ellas se pueda concebir. Y esta actitud es doblemente siniestra cuando la adoptamos hacia quienes nos han ayudado y les debemos gratitud por el conocimiento o inspiración

de ellos recibidos. Recordad las palabras del Maestro: «La ingratitud es desconocida entre nosotros.» Siempre es un error criticar a quienes saben más que nosotros. Vale más pensar sobre un asunto en tela de juicio, en espera de lo que nos traiga el porvenir. El tiempo será testigo y dará el resultado. «Por sus frutos los conoceréis.» Adoptemos por regla el pensar lo mejor de cada cual. Hagamos nuestra obra y dejemos que los demás cumplan libremente la suya.

LOS PREJUICIOS

Guardaos de iniciar una sospecha, porque todo lo transtornará. Yo he visto como una leve sospecha fue tomando cuerpo entre dos amigos hasta convertirse en gigantesca mala inteligencia. Toda palabra inofensiva se tergiversa de modo que se la mal interpreta por expresión de algún hostil o inconveniente motivo, mientras que quien la pronunció está completamente ignorante de la sospecha. Lo mismo sucede en las cuestiones científicas, políticas o religiosas. La más leve discrepancia de opinión se abulta hasta el extremo de extenderla en favor de lo que uno opina y en contra de las ideas ajenas, de suerte que resulta un concepto absurdamente tergiversado. Hay quienes alimentan el prejuicio de raza, aunque los que ahora tienen cuerpos blancos hayan tenido en otro tiempo cuerpos de color y viceversa, y las costumbres de uno hayan sido o hayan de ser las del otro. La fraternidad significa el abandono de los prejuicios. El conocimiento de la reencarnación nos ayudará a vencer nuestras limitaciones y malevolencias.

Los estudiantes de la vida superior *debemos* sobreponernos a estos prejuicios. Es tarea difícil porque están arraigadísimos los de raza, casta y

religión; pero todos *deben* desarraigarse porque impiden ver claro y juzgar rectamente. Son como los vidrios de color, o más bien como los vidrios de chapucera hechura que todo cuanto por ellos se mira aparece disforme y a menudo enteramente distinto de lo que en realidad es. Antes de juzgar y discernir hemos de ver claro.

Siempre es fácil atribuir malas intenciones y descubrir siniestra explicación de los actos de aquellos con quienes nos hemos disgustado. Esta tendencia es un muy grave obstáculo en la senda del progreso. Hemos de anular nuestra personalidad para ver a los demás tales como son. Un prejuicio es una especie de verruga en el cuerpo mental que ofusca la verdadera visión de las cosas. Es un punto congestionado del cuerpo mental en donde la materia no está viva y vibrante sino atrofiada y corroída. El medio de curar es la adquisición de mayor conocimiento, poner en actividad la materia del cuerpo mental y los prejuicios se irán desvaneciendo uno tras otro.

Este siniestro efecto del prejuicio daba a entender Aryasangha cuando dijo en *La Voz del Silencio* que la mente es el gran destructor de lo real. Con esto nos advierte que no vemos ningún objeto tal cual es, sino que sólo vemos las imágenes que podemos forjar de él, y así resultan todas las cosas necesariamente coloreadas por las formas de pensamiento de nuestra propia creación. Observad como dos personas que presencian el mismo suceso en idénticas circunstancias, lo relatan cada cual a su manera. Así ocurre continuamente con los juicios del hombre vulgar y no advertimos cuán absurdamente tergiversamos las cosas.

El deber del estudiante de Teosofía es acostumbrarse a ver las cosas tales como son, y esto requiere gobierno de sí mismo, vigilancia y gran copia de penosa labor. Por ejemplo, las gentes de los países occidentales tienen muchos prejuicios en cuestiones religiosas, y al que nace en el seno de una de ellas se le enseña insistentemente que todas las demás son supersticiones. Así es que nuestras ideas son ya prejuiciosas desde un principio, y aunque algo aprendamos de las otras religiones y las respetemos, nos será difícil imaginarnos nacidos en ellas. Los induistas no pueden suponerse nacidos cristianos o musulmanes, y la misma dificultad encuentra un cristiano o musulmán para suponerse induista o budhista, aunque con seguridad en alguna vida pasada habrá pertenecido a una u otra de estas religiones.

Muchos que alardean de cristianos protestantes no tendrán la menor confianza en un católico romano, y cuanto más ignorante es la gente mayor desconfianza muestran respecto de lo que choca con sus costumbres. Así vemos que los campesinos, por ejemplo, son instintivamente desconfiados con los extranjeros, y hay en Inglaterra muchos pueblos rurales en donde un francés despertaría sospechas a menos que implorara la caridad pública. Si está hambriento le darán de comer y lo tratarán compasivamente; pero si llega en busca de trabajo le criticarán, se reirán de él y levantará sospechas. Desde luego que todo esto proviene de la ignorancia y sucede porque los campesinos no están acostumbrados a tratar con extranjeros.

La eliminación de semejante prejuicio es una de las mayores ventajas que adquiere el hombre

de talento cuando viaja. En la Sociedad Teosófica intiman hombres de diversas naciones. Los indos se acostumbran al trato de los blancos quienes a su vez se convencen de que los indos son tanto como ellos. Yo me hallaba actuando en Amsterdam cuando la guerra del Transwaal, y aunque en toda Holanda se notaba un vivo sentimiento de hostilidad contra los ingleses en aquella época, no se advertía la más mínima animosidad entre los teósofos holandeses. Es interesantísimo asistir a una de las conferencias teosóficas europeas y ver la cordialidad reinante entre hombres de diversas naciones, cuán sinceramente se alegran de conocerse y cómo se deleitan en su recíproca compañía. Entonces se convence uno de que si el sentimiento de confraternidad, tal como existe en la Sociedad Teosófica, se dilatase a la mayoría de las gentes en las diversas naciones, las guerras serían imposibles y ridículas.

En el actual estado de cosas, formamos las opiniones sobre muy deleznable fundamentos. Al encontrar por primera vez a una persona solemos sentir disgusto hacia ella por algo que dice o por algún gesto que hace, de suerte que se interpone entre ambos un ligero tabique de desconfianza. Esto parece a primera vista que no tiene importancia; pero habéis de cuidar de que el ligero prejuicio contra aquella persona no se convierta en barrera porque os impediría comprenderla. Hasta cierto punto la veis a través de la forma de pensamiento que habéis forjado y no podéis verla distintamente, porque es como si la vierais a través de un retorcido vidrio de color que todo lo deforma.

Algunas veces, aunque no tan a menudo, el

prejuicio es favorable a determinada persona, como en el caso de una madre que puede considerar inofensivo lo que hace su hijo aunque perjudique gravemente a otros. Tanto si el prejuicio es favorable como adverso a una persona es una ilusión mental que mata la realidad. El mejor medio de ver sin engaño es determinarnos desde un principio a descubrir lo bueno de cada cual, porque nuestros prejuicios están, por lo general, en el lado opuesto y desgraciadamente nos inclinamos a ver el mal donde no existe. Diferimos de muchas otras gentes en color, traje, modales, costumbres y en ritos religiosos; pero todo esto son sencillamente exterioridades y cuanto en ello subyace o se oculta es casi lo mismo en todos nosotros.

Sin embargo, no es muy difícil penetrar más adentro de las externas envolturas en que se ocultan las gentes. De aquí que, por lo general, muestren su peor aspecto, porque los principales vicios están siempre cerca de la superficie y el verdadero oro permanece, a menudo, ventajosamente escondido. Quien aspire a progresar debe vencer esta ceguera en cuanto al mérito ajeno y la propensión a juzgar por las apariencias.

Recordad que por ignorante o mogigato que sea un hombre, no se le puede negar la ocasión de colocarse, si así lo desea, del lado del bien en contra del mal. Los Maestros aprovechan siempre el bien esté donde esté, aunque haya en el mismo hombre mucho de malo; y el empleo que de dicha energía benéfica hacen los Maestros, ayuda grandemente a quien la engendró. Así, por ejemplo, aprovecharán la energía devocional que encuentren en un sanguinario fanático, con lo que le

darán ocasión de realizar alguna obra buena y recibir ayuda en consecuencia.

También debemos imitar a los Grandes Seres procurando aprovechar el aspecto bueno de todas las cosas y personas. No busquemos ni abultemos en mal en nadie sino escojamos e intensifiquemos el bien. Proseguid haciendo vuestra labor lo mejor que podáis y no os conturbéis por la labor ajena ni de cómo la está haciendo quien la haga. Si los demás oponen dificultades a vuestra obra, vencedlas y no os desalentéis, porque es vuestro karma y al fin y al cabo todas estas cosas externas no tienen verdadera importancia. No incurráis en el error de creer que los demás intentan empequeñecer vuestros buenos propósitos. Todos vuestros coetáneos son muy semejantes a vosotros, y así juzgad por vuestro corazón el ajeno y preguntaos si seríais capaces de una tan mala acción como ésta.

CURIOSIDAD

Concentraos de tal manera en vuestra labor que no tengáis tiempo de murmurar de los demás ni fisgonear en sus negocios. Si cada cual se ocupara en sus propios asuntos, el mundo seria incomparablemente más dichoso.

El entremetimiento en los negocios ajenos ocasiona muchos males, y con toda seguridad cabe afirmar que el fisgón no está en su cabal salud. Porque el por costumbre curioso no se mete en lo que no le importa con propósito de ayudar sino tan sólo para satisfacer su curiosidad por algo que no le va ni le viene, lo cual es síntoma de enfermedad. Otro síntoma es que el curioso no puede reservar para sí la información tan abominablemente adquirida sino que siente el prurito de divulgarla entre otros tan insensatos y maliciosos como él. Porque malicioso es sin duda alguna este chismorreio, uno de los peores vicios del mundo. El noventa y nueve por ciento de las veces, lo que se murmura es de todo punto invención, pero ocasiona enormísimo daño.

El quebranto de la reputación de la persona de quien se habla mal es la menor parte del daño, porque la maledicencia y su pestilente chismografía están forjando de continuo formas de pensa-

miento de la siniestra cualidad atribuida a la víctima sobre quien después se precipitan en incesante corriente, con lo que el natural efecto será despertar en él la mala cualidad de que le acusan si hay en su naturaleza algo capaz de responder a sus maliciosos esfuerzos. En el único caso entre ciento en que la despiadada comidilla tiene parte de verdad, las formas mentales de los chismosos intensifican el mal y acumulan sobre ellos el terrible karma dimanante de sumir al prójimo en el pecado. Los teósofos deben tener especial cuidado en evitar estos males, porque si están desarrollando poderes psíquicos y llegan a emplearlos en curiosear asuntos ajenos o emitir malignos pensamientos, su karma será de índole sumamente terrible.

Nunca habléis sino de lo que sepáis, y aun así habéis de estar absolutamente seguros de que con vuestras palabras haréis positivo bien. Antes de hablar preguntaos acerca de lo que vais a decir: «¿Es verdad? ¿Es beneficioso? ¿Es conveniente?» Y si no podéis responder en afirmativa a las tres preguntas, vuestro deber es callar. Estoy completamente convencido de que si se siguiera con todo rigor esta regla, disminuirían en un noventa por ciento las conversaciones mundanas, pero resultaría de ello una indecible ventaja y el mundo adelantaría mucho más rápidamente.

Cuando comprendamos la subyacente unidad de todas las cosas, no podremos por menos de ayudar y servir, no podremos alejarnos de nuestros afligidos hermanos. Desde luego que habrá muchos casos en que sea imposible el auxilio material, pero al menos podremos prestar el de nuestra simpatía, compasión y amor, y tal es evi-

dentamente nuestro deber. Para quien se asimila la Teosofía es imposible la aspereza de corazón. Todo miembro de la Sociedad Teosófica que obra grosera y rudamente fracasa en las prácticas teosóficas, y al fracasar en la paciencia fracasa también en la comprensión. Comprenderlo todo es perdonarlo todo y amarlo todo. Cada cual tiene su punto de vista, y el camino más corto para un hombre no es necesariamente en modo alguno el mejor camino para otro hombre. Todo hombre tiene perfecto derecho de emprender y seguir su evolución por su propio camino y hacer lo que le parezca con tal de no molestar ni perjudicar a nadie. En modo alguno nos incumbe poner a quienquiera que sea en buen camino, sino tan sólo procurar que todo sea recto y justo en el nuestro y en las relaciones con los demás. Antes de intentar un esfuerzo para atraer a alguien a nuestro sendero, será mejor que examinemos cuidadosamente cual sea el *suyo*, porque puede ser más provechoso para él. Siempre debemos estar dispuestos al generoso auxilio en cuanto alcance nuestra posibilidad, pero nunca debemos entremeternos en lo que no nos importa.

CONOCETE A TI MISMO

El antiguo aforismo griego: *Gnothi seauton* (conócete a ti mismo) es una hermosa advertencia, porque el propio conocimiento es absolutamente necesario a todo candidato al progreso. Sin embargo, conviene proceder con cautela para que el examen de uno mismo no degenera en morbosa introspección, como suele sucederles a algunos de nuestros mejores estudiantes. Muchas gentes están de continuo atormentándose con la preocupación de si a su pesar «van hacia atrás» como ellos dicen; pero si comprendieran el proceso de la evolución algo mejor, verían que nadie puede ir hacia atrás cuando la corriente marcha resuelta hacia adelante.

Cuando un torrente se precipita de la montaña, forma tras de las rocas o en los parajes donde rebulle el agua, pequeños torbellinos que de momento parecen retroceder en sentido contrario a la corriente; pero, sin embargo, todo el caudal del agua, incluso los torbellinos, quedan arrastrados por la impetuosidad del torrente, de modo que si bien en apariencia los torbellinos fluyen hacia atrás con relación al conjunto, van en realidad hacia adelante con toda la corriente.

Aun quienes nada hacen por apresurar su evo-

lución y dejan que las cosas sigan su curso, evolucionan también entretanto, movidos por la irresistible fuerza del Logos que hacia adelante los impele, aunque se mueven tan lentamente que necesitarán millones de años de reencarnaciones, inquietudes y esterilidad para adelantar un solo paso.

El procedimiento empleado en este particular es deliciosamente sencillo e ingenioso. Todas las malas cualidades del hombre son vibraciones de la materia inferior de los respectivos planos. Por ejemplo, en el cuerpo astral, el egoísmo, cólera, odio, envidia, sensualidad y demás cualidades de esta índole están invariablemente expresadas por vibraciones del tipo ínfimo de materia astral, mientras que el amor, devoción, simpatía y demás emociones de este linaje están expresadas únicamente en materia de los tres subplanos superiores. De aquí dimanar dos notables resultados. Conviene recordar que cada subplano del vehículo astral está especialmente relacionado con el respectivo subplano del cuerpo mental, o para decirlo con mayor exactitud, los cuatro subplanos inferiores del astral se corresponden con las cuatro clases de materia del mental, mientras que los tres subplanos superiores del astral se corresponden con el vehículo causal.

Por lo tanto, se comprende que sólo pueden entrar en la construcción del cuerpo causal las cualidades superiores, pues en él no hay materia capaz de responder a las vibraciones de la materia inferior. De esto se sigue que mientras toda buena cualidad desarrollada por el hombre en su interior se imprime permanentemente por un cambio en su cuerpo causal, el mal que piensa, siente y hace no

alcanza en modo alguno al Ego, sino tan sólo puede perturbar el cuerpo mental que se renueva a cada encarnación. Por supuesto, el resultado de dicho mal se almacena en el átomo permanente astral y en la molécula del cuerpo mental, por lo que recae sobre el hombre, quien ha de afrontarlo una y otra vez; pero esto es muy distinto de incorporar el mal al Ego y convertirlo en parte integrante de él.

La segunda consecuencia no menos notable es que la magnitud de la fuerza dirigida hacia el bien produce un efecto enormemente mayor que la misma magnitud de la fuerza dirigida hacia el mal. Si un hombre invierte cierta cantidad de energía en alguna mala cualidad, ha de manifestarse por medio de la pesada y baja materia astral; y aunque toda clase de materia astral es en extremo sutil comparada con la física, resulta tan grosera como el plomo del plano físico respecto del éter más sutil, si la comparamos con la materia superior de su propio plano.

Por lo tanto, si un hombre invierte exactamente la misma cantidad de energía en dirección del bien, pondrá en movimiento la mucho más sutil materia, de los subplanos superiores y producirá un efecto por lo menos cien veces mayor o acaso más de mil, si comparamos la materia ínfima con la más superior. Recordemos que aparte de lo dicho en cuanto al efecto de una misma fuerza en diversos grados de materia, vemos que el irresistible poder del Logos está continuamente impeliendo hacia adelante o hacia arriba, y que por lento que pueda parecernos este progreso cíclico, no cabe prescindir de él porque resulta que cuando un hombre equilibra exactamente el bien con el

mal, no retrocede al mismo punto en que antes estuvo, sino al mismo punto de relación entre el bien y el mal, es decir que con respecto al conjunto del sistema evolutivo ha adelantado algún tanto y se halla en algo mejor situación de la alcanzada por su propio esfuerzo.

De estas consideraciones se infiere claramente que si alguien fuese tan insensato que se empeñara en ir contra la corriente y en actuar firme y resueltamente en el mal, no por ello «resbalaría» hacia atrás. Esta es una de las ilusiones remanentes de los tiempos en que predominaba la ortodoxa creencia en el demonio, cuyo poderío era superior al de Dios, hasta el punto de que todas las cosas del mundo obraban en su favor. Precisamente sucede lo contrario, pues todo cuanto circunda al hombre está dispuesto para ayudarle con tal que lo comprenda.

Así muchas gentes timoratas son como el niño que tiene un plantel para su solaz y de continuo anda descalzando las plantas para ver si crecen las raíces, con el natural resultado de que todo se desmedra. Hemos de aprender a no pensar en nuestras personas ni en nuestro personal adelanto, sino entrar en el sendero de desarrollo y seguir por él trabajando en favor de los demás cuanto nos sea posible, con la esperanza de que nuestro adelanto vendrá por sí mismo. Cuanto más piensa en su persona un científico, de menos energía mental dispone para los problemas de la ciencia; y cuanto más piensa un devoto en sí propio menos devoción tiene al objeto de su culto.

Desde luego que es necesario el examen de uno mismo, pero es funesto error emplear demasiado tiempo en este examen. Es como estar continua-

mente lubricando y recomponiendo una máquina. Empleamos las facultades que poseemos y al usar las desenvolvemos otras, con lo que realizamos el verdadero progreso. Si, por ejemplo, estáis aprendiendo un idioma, será un error pretender aprenderlo en las gramáticas antes de ensayar la conversación. Debéis romper a hablarlo aunque incurráis en equivocaciones, pues con el esfuerzo que hagáis para aprenderlo, lograréis hablarlo corrientemente sin error. Así también en el transcurso del tiempo os será natural y aun fácil ejercicio la renunciación. Indudablemente, cuando el hombre hace los primeros esfuerzos para vivir la vida superior, renuncia definitivamente a muchas cosas que para los demás son placenteras y que todavía tienen poderosa atracción para él; pero no tarda el hombre en admitir que ya ha cesado la atracción de los placeres y que no tiene tiempo ni afición para gustar de los goces inferiores.

Sobre todo no seáis hipocondríacos ni huraños. Sed optimistas y mirad todas las cosas por su mejor aspecto. Procurad realzaros y ayudad a vuestros semejantes. El contento no es incompatible con la aspiración. El optimismo está justificado por la seguridad en el triunfo definitivo del bien, aunque no lo parezca así considerando tan sólo el plano físico. La actitud de cada cual en esta materia depende principalmente del nivel en que suele mantener su conciencia. Si la concentra en el plano físico, apenas se ve más que miseria; pero cuando logra concentrarla en superior nivel, siempre refulge más allá el júbilo. Ya sé que Buddha dijo que era miseria la vida, y es mucha verdad en cuanto se refiere al conjunto de la vida terrena; pero los griegos y egipcios lograban no poco gozo

aun de esta baja vida, tomándola desde el filosófico punto de vista.

Nunca perderemos nada con mirar las cosas por su mejor aspecto, antes bien ganaremos mucho en dicha y en la facultad de hacer felices a otros. A medida que aumenten nuestra simpatía y nuestro amor seremos capaces de recibir todas las corrientes de pensamiento y emoción que de los demás provengan, y sin embargo no podrán afectarnos y permaneceremos interiormente serenos y gozosos como el océano que sin desbordarse recibe las aguas de los ríos.

La vida interna del aspirante no debe estar en continua oscilación. Las disposiciones externas mudan incesantemente porque están afectadas por toda suerte de influencias exteriores. Si os sentís deprimidos, puede ser a causa de una de varias razones, todas ellas sin verdadera importancia. El cuerpo físico es abundosa fuente de males. Una leve indigestión, una ligera congestión de la sangre, un poco de cansancio influyen en varias condiciones que *parecerán* graves. Lo más frecuente es que la depresión provenga de la presencia de alguna entidad astral que ya esté deprimida de por sí y ande vagando en busca de simpatía o con la esperanza de absorber de un viviente la vitalidad que le falta. Hemos de acostumbrarnos a combatir la depresión de ánimo y desecharla de nosotros como un pecado y un crimen contra nuestros semejantes, cual es en realidad; pero logremos o no disipar sus nubes, hemos de seguir adelante como si no la padeciésemos.

Vuestra mente es una propiedad en la que sólo entrarán los pensamientos escogidos por el Ego. Vuestro cuerpo astral también es propiedad vues-

tra, y por lo tanto no le debéis permitir otras emociones y sensaciones que las convenientes al Yo superior. Así debéis dominar las vibraciones de depresión, de suerte que en modo alguno les deis albergue. No permitáis que os afecten, y en caso de que lleguen a vosotros no les concedáis alojamiento. Pero si a pesar de vuestros esfuerzos os acosan y cercan, deber tenéis de desentenderos de ellas y no dar muestra a nadie de que ni siquiera existen.

Algunos me han confesado que tuvieron momentos de espléndida inspiración y exaltación, de fervorosa devoción y vivo gozo. No advierten que estos son precisamente los momentos en que el Yo superior *logra* imprimirse en el inferior, y que esto *siempre* sucede de un modo permanente, aunque el yo inferior no tenga conciencia de ello. Comprended por razón y por fe que siempre está allí, y que tal como entonces lo sentimos sigue siendo en los intervalos en que la imperfección del lazo no nos lo consiente advertir.

Pero aunque muchos admiten esta verdad en abstracto; dicen que sus defectos y continuos fracasos les impiden disfrutar de tanta dicha. La actitud de estas gentes es muy semejante a la expresada en la jaculatoria de las letanías: «Tened misericordia de nosotros miserables pecadores». Ahora bien, todos somos pecadores en el sentido de que ninguno cumple exactamente con su deber y de continuo hacemos lo que no debemos; pero no hay necesidad de agravar el daño diciendo que somos *miserables* pecadores. Un miserable es un perjuicio público porque es un foco de infección y difunde la miseria y la tristeza en derredor sobre sus infelices vecinos, a lo cual

nadie tiene derecho. Pero el hombre que se esfuerza en enmendar su pecaminosa conducta y procura mantenerse en gozosa disposición de ánimo no perjudica a los demás en modo alguno lo mismo que el miserable.

Los que se consideran como miserables gusanos van en camino de serlo porque el hombre se convierte en aquello mismo que piensa. Hablar así es vulgar hipocresía, pues fácilmente se ve que quien sin reparo se llama miserable gusano en la iglesia, se consideraría insultado si alguien lo calificara de tal en las relaciones de la vida diaria. Y aunque no sea hipocresía es seguramente insensatez, porque hace largo tiempo que transcendimos la etapa reptílica de la evolución, si acaso estuvimos alguna vez en ella. Quien comprenda acabadamente la influencia del pensamiento advertirá que cuando un hombre se considera como miserable gusano se despoja de todo poder para realzarse sobre semejante estado, mientras que el hombre convencido firmemente de que es un destello de la vida divina se sentirá siempre esperanzado y gozoso porque gozo sempiterno es la esencia divina. Gran error es malgastar tiempo en arrepentirse. Lo pasado, pasado está y ningún arrepentimiento podrá deshacerlo. Uno de nuestros Maestros dijo en cierta ocasión: «El único arrepentimiento valedero es la resolución de no volver a pecar».

ASCETISMO

Entre los filósofos prevalecen algunas ideas equivocadas sobre el ascetismo y conviene considerar lo que en realidad es y hasta qué punto puede ser útil. El usual significado de la palabra es el de una vida de austeridad y mortificación del cuerpo, aunque esta acepción se aparta algún tanto del significado original de la palabra griega *asketes* o sea el que se ejercita como un atleta.

Pero el clericalismo restringió la palabra y transmutó su sentido aplicándola a toda clase de abnegaciones con propósito de alcanzar progreso espiritual, basado en la teoría de que la naturaleza corpórea con sus pasiones y deseos es la fortaleza del mal inherente en el hombre desde la caída de Adán, y que por lo tanto es preciso debelarla con ayunos y penitencias. En las religiones orientales descubrimos a veces análoga idea fundada en el concepto de que la materia es esencialmente mala, y en consecuencia sólo cabe acercarse al ideal del bien y substraerse a las miserias de la vida subyugando o torturando el cuerpo.

El estudiante de Teosofía advertirá desde luego que en ambas teorías hay horrible confusión de pensamiento. No tiene el hombre otro mal inhe-

rente que el por él mismo engendrado en vidas pasadas, ni tampoco es la materia esencialmente mala, porque es tan divina como el espíritu y sin ella fuera imposible toda manifestación de la Divinidad. El cuerpo y sus deseos no son de por sí buenos ni malos, sino que para progresar debe el hombre someterlos al gobierno del Yo interno. Torturar el cuerpo es locura; gobernarlo es absolutamente necesario. «Los hombres que practican rigurosas austeridades... y atormentan insensatamente el conjunto de elementos constitutivos de su cuerpo, y también a Mí, que en su interior resido; tales hombres tienen propensiones demoníacas.» (Bhagavad Gîtâ XVII-5, 6). y por otra parte: «Tenebrosa es la austeridad dimanante de extraviada mente y practicada con torturas corporales...» (Id. XVII-19). Está muy difundida la ilusión de que para ser verdaderamente bueno es preciso mortificarse y que la mortificación es grata al Logos. Nada más grotesco que esta idea, y los citados pasajes del *Bhagavad Gîtâ* insinúan que es algo más que grotesca, pues afirman que quienes torturan su cuerpo, torturan también al Logos en él residente.

En Europa esta funesta preocupación vulgar es uno de los más horribles legados de la espantosa blasfemia del calvinismo. Yo mismo he oído decir a un niño: «Me siento tan dichoso que con seguridad debo de ser muy malo». He aquí el tremendo resultado de una enseñanza criminalmente tergiversada.

Los Maestros, que tan superiores nos son, están henchidos de gozo, llenos de simpatía, pero no de tristeza. También nosotros debemos sentir simpatía por los demás, pero no identificarnos con su

tristeza. Un hombre conturbado no puede ver claramente cosa alguna. El mundo todo le parece en tinieblas y se figura que nadie puede ser feliz. En cambio, cuando está vivamente gozoso, el mundo entero le parece brillante y se figura que nadie puede ser infeliz. Sin embargo, nada ha cambiado, ni siquiera él mismo, sino tan sólo su cuerpo astral. El mundo marcha de la misma manera, tanto si somos dichosos como infortunados. No os identifiquéis con vuestro cuerpo astral sino procurad desprenderos del tejido de ilusiones de esta personal actitud.

No cabe duda de que tan ridícula teoría de la mortificación deriva en parte de que para progresar el hombre ha de sojuzgar sus pasiones y que este sojuzgamiento repugna a los no evolucionados. Pero la mortificación está muy lejos de ser meritoria, sino que por el contrario indica que aún no se ha logrado la victoria. La mortificación tiene por único fundamento el no estar todavía dominada la materia inferior y que prosigue la lucha. Cuando el dominio es perfecto ya no se despierta ningún bajo deseo, y en consecuencia no hay lucha ni mortificación, El hombre vivirá rectamente y evitará lo inferior porque le es de todo punto natural hacerla así, no ya porque piense que debe esforzarse aunque le sea difícil el esfuerzo. Así vemos que la mortificación es tan sólo un estado intermedio, y que no ella sino su ausencia es señal de éxito.

Otro motivo del predicamento en que está todavía la mortificación es el confundir la causa con el efecto. Se observa que la persona de verdaderamente adelantada evolución es de sencillas costumbres y desprendida de gran número de me-

nudos lujos que el hombre vulgar disputa por indispensables. Pero semejante despreocupación por el lujo es efecto y no causa de su adelanto. No le inquietan aquellas frivolidades porque las ha transcendido ampliamente y ya no le interesan, y en modo alguno porque las considere nocivas, al paso que quien vivamente las anhele y por imitarle se abstenga de ellas, no adelantará por ello.

A cierta edad el niño juega con trompos y balines; años después, ya muchacho, sus juegos son la raqueta y el pilapié; más tarde, cuando le apunta el bozo, pierden para él mucho de su interés estos deportes y emprende los torneos del amor y de la vida. Pero el niño que desecha balines y trompos y para remedar a los mayores juega al pilapié, no por ello deja de ser niño. Cuando por natural crecimiento le llega la hora, desecha los juegos pueriles; pero no puede apresurar su crecimiento con sólo desecharlos y substituirlos por los de los mayores.

No hay virtud alguna en mortificarse con el único propósito de la mortificación; pero hay tres casos en que la mortificación puede formar parte del progreso. El primero es cuando sirve para ayudar a otros, como el hombre que mantiene a un amigo enfermo o trabaja penosamente para su familia. El segundo es cuando un hombre echa de ver que tal o cual vicio, como los del tabaco, bebida, opio, morfina etc., es un obstáculo para su perfeccionamiento. Si resueltamente se decide, abandonará el vicio al instante; pero como el cuerpo está acostumbrado al feo vicio, clama por él y ocasiona mucho sufrimiento. Si el hombre no cesa en su resolución, acabará el cuerpo por aco-

modarse a las nuevas condiciones y entonces ya no habrá mortificación. Pero en la etapa intermedia, mientras se esté librando la batalla entre el hombre y su cuerpo, sufrirá no poco, y este sufrimiento debe considerarse como el karma de haber contraído el hábito que se esfuerza en abandonar. Cuando cese el sufrimiento quedará satisfecho el karma, conseguida la victoria y adelantado un nuevo paso en la evolución.

Estoy convencido de que en ciertos casos, cuando la persona es físicamente muy débil, puede ser peligroso abandonar repentinamente un vicio. El de la morfina es un ejemplo. La víctima de sus horrores necesita por lo general ir disminuyendo gradualmente la dosis porque el choque del cese brusco podría ser más violento de lo que el organismo fuera capaz de soportar. También parece que hay algunos casos deplorables en que el mismo sistema de disminución gradual ha de aplicarse a los acostumbrados a comer carne. Dicen los médicos que la carne se digiere principalmente en el estómago y los alimentos vegetales en los intestinos, por lo que las personas de quebrantada salud necesitan dar tiempo a cada uno de dichos órganos digestivos a que se adapten al nuevo régimen para cumplir sus funciones. Sin embargo, la firmeza de voluntad no tardará en someter al cuerpo al nuevo orden de cosas.

El tercer caso en que puede ser útil la mortificación es cuando el hombre violenta su cuerpo para hacer algo que le disgusta con propósito de habituarlo a la obediencia cuando sea necesario. Pero aun así ha de entenderse que el mérito está en la fácil obediencia del cuerpo y no en su sufrimiento. De esta suerte podrá el hombre no hacer

caso de las menudas incomodidades de la vida y ahorrarse mucho tedio e irritación. Al vigorizar así su voluntad y poner su cuerpo en obediencia debe ir con cuidado de no intentar más que las cosas verdaderamente ventajosas. Los *hata yoguis* vigorizan sin duda la fuerza de voluntad cuando mantienen el brazo sobre la cabeza hasta que languidece, pero si ganan, en voluntad pierden en el uso del brazo. La fuerza de voluntad puede acrecentarse en el mismo grado y con mayor ventaja por medio de algún esfuerzo cuyo resultado sea de permanente utilidad en vez de perjudicar de por vida. Así, por ejemplo, el vencimiento de la irascibilidad, orgullo, impaciencia o sensualidad. Convendría que cuantos sienten ansia de ascetismo grabaran en su corazón las palabras de sabiduría del *Bhagavad Gîtâ*:

«La pureza, rectitud, continencia y mansedumbre se contraen a la austeridad del cuerpo. La conversación honesta, desprovista de maledicencia, verídica, amena e instructiva... se contraen a la austeridad de la palabra. Gozo mental, ecuanimidad, silencio, subyugación propia y sinceridad se contraen a la austeridad de la mente». (XVII-14, 15, 16).

Observad que, en el último versículo, el gozo, dicha o sosiego mental es la primera característica de la austeridad de la mente, el primer signo del perfecto dominio de sí mismo, tan necesario para quien verdaderamente desee progresar.

Sin disputa tenemos el deber de ser dichosos. La depresión, el tedio y el desaliento denotan siempre debilidad y fracaso porque equivalen a egoísmo. Quien a ellos cede, se convierte en un foco de infección moral que esparce melancolía

en vez de júbilo entre sus hermanos. Y esto ¿qué es sino el más grosero egoísmo? Si alguien siente afán de ascetismo, que asuma la austeridad mental aconsejada en el *Bhagavad Gîtâ* y determínese a que sean cuales sean sus particulares tribulaciones o sufrimientos los olvidará y se olvidará de sí mismo por el bien de los demás, de modo que siempre pueda difundir entre sus compañeros de peregrinación la radiante dicha dimanante del pleno, conocimiento del teósofo y los guíe siempre a la realización de que «Brahman es felicidad».

LAS LEVES INQUIETUDES

El tedio, inquietud o desasosiego innecesario parece ser la nota fundamental de la vida moderna. No tan sólo se inquietan y conturban sin razón quienes se esfuerzan en progresar, sino que el mismo vicio es frecuente en la vida ordinaria. El cuerpo astral del hombre ordinario es un lastimoso espectáculo para el clarividente. En la obra: *El hombre visible e invisible* hay ejemplos demostrativos de lo que debe ser el cuerpo astral, esto es, mero reflejo de los colores del mental, indicando que el hombre sólo habría de sentir lo que su razón le dicta. Pero si esto es demasiado para lo que le cabe esperar en la actual etapa de evolución, otra lámina de la misma obra nos ofrece un conjunto de colores de un ordinario cuerpo astral relativamente tranquilo. Se ven muchos matices que denotan indeseables cualidades que habrían de extinguirse cuanto antes; pero este aspecto de la cuestión ya se trata en dicha obra, y mi propósito es llamar la atención hacia otra característica.

He dicho que la lámina representa un ordinario cuerpo astral relativamente tranquilo; pero uno de los males derivados de la llamada civilización es que difícilmente puede estar un cuerpo astral relativamente tranquilo. Por supuesto, que la ma-

teria de un cuerpo astral ha de estar en perpetua vibración, y cada color de la lámina representa una diferente modalidad vibratoria; pero en esto debe haber cierto orden y tener determinado limite. El hombre evolucionado posee cinco modalidades de vibración, y el hombre vulgar tiene por lo menos nueve, con añadidura de diversidad de tonos. Desde luego, que este último cuerpo astral no es tan ventajoso como el primero; y sin embargo, todavía es de peor índole el cuerpo astral de la mayoría de las gentes de Occidente. Nueve tonos simultáneos de vibración es ya bastante malo; pero los cuerpos astrales de muchas personas tienen cincuenta y aun cien tonos distintos. El cuerpo astral debiera dividirse en unos cuantos sectores definidos cada uno con su tono; pero, por el contrario, la mayoría de cuerpos astrales tienen la superficie quebrada en multitud de vórtices y corrientes entrecruzadas que chocan unas con otras en disparatadísima confusión.

Todo esto resulta de las menudas e innecesarias emociones y desasosiegos de la vida, que precisamente abundan en el hombre ordinario de los países occidentales porque se conturba por una cosa, se enfada por otra, se inquieta por la de acá y teme la de más allá. Así llena su vida de menudas frivolidades emotivas en que invierte todas sus energías. Una violenta emoción, sea buena o mala, estremece por completo el cuerpo astral y lo pone temporáneamente en una sola tonalidad vibratoria, al paso que los menudos desasosiegos e inquietudes forman pequeños vórtices o centros de perturbación local que persisten mucho tiempo.

El cuerpo astral que vibra a cincuenta tonalidades simultáneas es como un borrón en un pai-

saje y una molestia para el prójimo. No sólo es objeto de repugnancia sino una grave molestia. Puede compararse a un cuerpo físico afectado de una rara y aguda forma de parálisis, en que todos los músculos se estremecieran en distintas direcciones. Para dar mayor exactitud al símil, hemos de suponer que esta parálisis es contagiosa o que todos cuantos ven al infortunado paralítico sienten irresistible inclinación en remedarla. Por que esta horrible y caótica confusión produce un perturbador y desagradable efecto en las gentes sensitivas que se acercan, y les comunica una penosa sensación de tedio y desasosiego.

Muy pocos todavía han desarrollado las facultades que los capacitan para ver esta maléfica influencia en acción. Gran número notan un vago malestar al acercarse a un tédioso; pero la mayor parte nada notan en concreto mientras están en trato con él, aunque más tarde en aquel mismo día les extrañe notar inexplicable fatiga. El *efecto* es igualmente dañino, tanto si se nota o no desde luego.

Quien es lo bastante insensato para sumirse en esta condición daña mucho al prójimo, pero más se daña a sí mismo. Frecuentemente, la continua perturbación astral reacciona sobre el cuerpo físico a través del etéreo y produce toda clase de trastornos nerviosos, que casi todos derivan de innecesarias emociones e inquietudes, y muy luego desaparecerían si el enfermo apaciguara sus vehículos y diese paz a su alma. Pero aun en los casos en que, el cuerpo físico tiene la suficiente fortaleza para resistir la constante irritación del astral, no son menos desastrosos sus efectos en su propio plano, porque los tenues centros de infla-

mación que cubren todo el cuerpo astral son como forúnculos en el cuerpo físico, esto es, no sólo causa de aguda mortificación por ser llagas que apenas se tocan duelen horribilmente, sino que también son puntos *débiles* por los que no circula la corriente vital de la sangre y amenazan emponzoñarla. La persona cuyo cuerpo astral se halle en esta conturbada condición no podrá resistir victoriosamente las malignas influencias con que tropiece, al paso que será de todo punto incapaz de aprovechar las influencias benéficas. Su energía se desperdicia por aquellas abiertas llagas, al propio tiempo que entran por ellas toda clase de gérmenes morbosos. En vez de usar y gobernar su cuerpo astral en conjunto, lo desmenuza en diversidad de separados centros que le dominan *a él*. Sus menudas inquietudes y desasosiegos se consolidan en el cuerpo astral y afirman su imperio sobre él hasta que llegan a ser una legión de demonios que le poseen de modo que no le cabe substraerse a ellos.

Esta penosa condición es muy común. ¿Cómo puede evitarla el hombre o cómo desprenderse de ella? La respuesta es la misma para ambos términos de la pregunta: no se entedie, no se inquiete, no tema ni se malhumore. Reflexione sobre la frivolidad de todas estas menudencias personales que tan ampliamente ensombrecieron su horizonte. Considere lo que le parecerán cuando las mire desde la próxima vida o aun de aquí a veinte años. Grabe en su corazón las palabras de sabiduría que nos enseñan que de cuantas cosas externas sobrevenidas a un hombre «ninguna importa mucho y la mayoría no valen nada». Lo importante para él es *lo* que piensa, dice o hace,

porque de ello depende su porvenir. Lo que los demás piensen, digan o hagan no le ha de importar un ardite. Substráigase a todas las menudencias y futesas de la vida cotidiana y no consienta que le inquieten ni apesadumbren.

Al principio necesitará no poca resolución, por que se requiere esfuerzo para vencer un arraigado hábito. De continuo murmurará su mente al oído: «Fulano habla mal de mí. Acaso está criticándome en este momento y habrá quien crea lo que diga y pueda perjudicarme». Estas insinuaciones varían hasta lo infinito; pero el hombre sereno debe replicar: «No me importa *lo que* Fulano ha dicho, aunque siento que se forme tan mal karma. No quiero pensar en él ni en ello. Tengo mi labor por hacer y no he de malgastar tiempo en insensatas murmuraciones».

También cabe que le acosen de continuo presentimientos de futuras desgracias y piense: «Tal vez quiebre en mis negocios. Acaso pierda el cariño de algún amigo». A esto se ha de responder resueltamente: «Quizás sucedan estas cosas, pero quizás no, y locura es querer pasar un puente antes de llegar a él. Tomaré toda clase de razonables precauciones y hecho esto no volveré a pensar en el asunto. Con entristecerme no remediaré nada de lo que pueda sobrevenir; en cambio puedo resistir y seguramente resistiré el tedio. Por lo tanto, no quiero apesadumbrarme y me resuelvo a liquidar la cuestión».

Otra común modalidad de inquietud que produce gravísimos resultados es la insensatez de ofenderse por lo que alguien dice o hace. El buen sentido basta para evitar este error, y sin embargo pocos lo evitan. Sólo es necesario reflexio-

nar desapasionadamente sobre el asunto para advertir que lo dicho o hecho por otro no altera en lo más mínimo lo que somos. Si ha dicho algo que hiere nuestros sentimientos, podemos estar seguros de que en el noventa por ciento de los casos no tuvo intención de ofendernos ¿por qué hemos de atribularnos entonces? Aun en los raros casos en que una frase es intencionalmente agresiva o despiadada, cuando alguien dice algo con deliberado propósito de zaherir a otro, es mucha insensatez en éste darse por zaherido. Si hubo mala intención en lo *que* dijo, digno es de lástima, por que sabemos que por divina ley de justicia le acarreará sufrimiento su locura. Lo que él diga no ha de afectarnos en modo alguno, pues si bien pensamos en ello no produce ningún efecto positivo.

La palabra agresiva no puede dañarnos más que cuando consentimos que nos dañe preocupándonos por ello y permitiendo que hiera nuestros sentimientos. ¿Qué son las palabras de otro para que perdamos la serenidad y nos conturben? Meras vibraciones en la atmósfera. Si no las hubiésemos oído o no nos las repitieran ¿nos afectarían? Desde luego que no; y por lo tanto no nos dañan las palabras sino el haberlas oído. Así es que si nos preocupamos de lo que alguien dice, a *nosotros* y no a él incumbe la responsabilidad de la perturbación ocasionada en nuestro cuerpo astral.

El hombre en cuestión no ha hecho ni puede hacer nada capaz de dañarnos realmente. Si nos resentimos y molestamos con la subsiguiente turbación, de nosotros solos será la culpa. Si nuestro cuerpo astral se conturba por lo que alguien haya dicho, prueba será de que todavía no dominamos el cuerpo astral ni hemos adquirido la se-

renidad necesaria para considerar las cosas desde lo alto, *como almas*, y seguir nuestro camino y atender a nuestra labor sin hacer el más mínimo caso de las necias o agresivas frases de los demás. Esto es mero sentido común, y sin embargo ni uno entre cien ajustan a él su conducta.

Lo cierto es que quien se proponga ser estudiante de ocultismo no ha de alimentar personales sentimientos susceptibles de ofensa en ninguna circunstancia. Quien los alimente, piensa todavía en sí mismo, porque nuestro deber está en olvidarnos de nosotros para acordarnos del bien ajeno. Nada os podrá ofender si resolvéis no daros por ofendidos, si sólo pensáis en ayudar al prójimo y no en vuestra personalidad.

Otra variante del desasosiego es menos personal y por lo tanto no tan vituperable, aunque también nociva al progreso. Es el hábito de inquietarse por asuntos de negocios o de asuntos domésticos. Esto supone siempre falta de discernimiento y previsión. Desde luego que ha de haber orden en los negocios y en el régimen del hogar, de suerte que todo se haga puntual y exactamente; pero el modo de cumplirlo es establecer un alto ideal y dirigirse constantemente hacia él sin estar de continuo molestando al prójimo con inútiles fastidios. Quien sea víctima de semejante disposición de ánimo debe combatirla resueltamente, pues hasta que no la venza será un elemento de turbación, no de paz, y por lo tanto de poco servirá en el mundo.

Los síntomas de esta modalidad difieren apenas de los del tedio puramente personal. Hay pocos vórtices forunculares, pero en cambio se nota un continuo estremecimiento y desasosiego del cuerpo astral que inquieta a quienes con el te-

dioso se relacionan y es igualmente trastornador de su dicha y progreso.

El hombre *debe* aprender a dominar sus pensamientos y emociones y rechazar enérgicamente los que no merezcan la aprobación del Yo superior. Un caos de mezquinas emociones es indigno de un ser racional, y en la más honda abyección cae el que siendo un destello de la Divinidad se esclaviza a los deseos elementales que ni siquiera alcanzan la categoría mineral.

Ya dije que esta desastrosa perturbación del cuerpo astral perjudica muchas veces la salud del físico; pero es incomparablemente más nociva y funesta para progresar en el sendero. Una de las capitales lecciones que se han de aprender desde luego en este sendero es el perfecto dominio de *sí mismo*, y una de las condiciones indispensables para conseguirlo es eliminar toda suerte de turbación. Al principio la materia del cuerpo astral se arremolinará por la fuerza del hábito en inútiles vórtices; pero cada vez que así suceda debe el hombre deshacerlos y borrarlos, restaurando la firme vibración de los sentimientos que como Ego desee alimentar.

Llénese tan por entero del amor divino, que fluya de él en todos sentidos en forma de amor al prójimo, y serán imposibles las vibraciones nocivas. No tendrá tiempo de preocuparse de frivolidades si emplea toda su vida en el servicio del Logos auxiliando la evolución del mundo. Para progresar verdaderamente o cumplir una obra eficaz ha de apartarse el hombre de lo inferior y realzarse a lo superior. Debe salir de *nuestro* mundo y entrar en el Suyo; pasar de la inquietud a la paz que excede a toda comprensión.

EXTINCIÓN DEL DESEO

Frecuentemente se nos dice que debemos matar o extinguir el deseo; pero conviene advertir que para ello es preciso proceder por grados. Desde luego que para adelantar siquiera un paso se han de extinguir los groseros y bajos deseos significados en la palabra sánscrita *cama*; pero en la ordinaria acepción todavía tenemos todos algunos deseos y estamos expuestos a tenerlos aún durante largo tiempo. Así, por ejemplo, deseamos servir al Maestro, ser sus discípulos, ayudar a la humanidad. Estos también son deseos; pero no se han de extinguir. Lo necesario es matar lo inferior y alcanzar lo superior, es decir, purificar nuestros deseos y transmutarlos en aspiraciones.

Más tarde habremos de hacer otra transmutación. Por ejemplo, ahora deseamos progresar; pero vendrá tiempo en que cesará este deseo porque nos convenceremos de que continuamente estamos progresando en la medida de nuestra posibilidad y veremos que así ha de ser. Entonces el deseo se transmutará en resolución. En este punto del sendero ya nada lamentaremos, pues sabréis que obrando a más y mejor recibiréis en correspondencia lo más y mejor que merezcáis. Algu-

nos *desean* ardientemente adquirir esta o aquella cualidad. No malgastéis vuestras energías en *desear*, sino empleadlas en *querer*.

De la propia suerte se nos dice que hemos de suprimir la forma lunar, esto es, el cuerpo astral. Pero esto no significa que hayamos de matar el cuerpo astral o que no hayamos de tener sentimientos y emociones, pues si así fuese no podríamos simpatizar ni comprender a los demás. Significa que debemos mantener el cuerpo astral bajo nuestro completo dominio, con la facultad de matar la forma lunar *a voluntad*. Es necesaria la pureza; mas no basta abstenerse de torpes acciones sino que se requiere absoluto inegoísmo. Así, por ejemplo, la ambición es una muy corriente modalidad de deseo, en la que siempre alienta un pensamiento egoísta. El adepto no puede ser ambicioso. Su voluntad está identificada con la del Logos y quiere la evolución. Todos somos parte del Logos y parte de él es nuestra voluntad. Únicamente cuando no echamos de ver esta realidad levantamos deseos en nuestros separados caminos. La regulación de nuestra conducta está acabadamente resumida por el Señor Buddha en cuatro versos:

Sabapapassa akaranam
Kusalassa upasampada
Sâchitta pariyo dapanam
Etam Buddhâna sâsanam

Que significan: Cesad de obrar mal; aprended a obrar bien; purificad vuestro corazón. Esta es la religión de los Buddhas.

EL CENTRO DE MI CÍRCULO

De los numerosos obstáculos que se levantan en el camino del aspirante deseoso de entrar en el sendero, el más grave por lo amplio y hondo es la concentración en sí mismo. No significa esto el vil y grosero egoísmo que resueltamente todo lo quiere para sí aun a costa del prójimo, pues desde luego habrá transpuesto esta etapa hace tiempo. Pero aun en quienes la han transcendido, persiste todavía la concentración en sí mismo tan hondamente arraigada, que no la consideran como un mal ni se dan cuenta de ella. Pero si el hombre se examina sincera e imparcialmente, verá que todos sus pensamientos tienen el yo por centro. Frecuentemente piensa en otras cosas y personas, pero siempre en cuanto a las relaciones con él. Teje una porción de imaginarios dramas en que desempeña constantemente el principal papel. Le es preciso hallarse siempre en el centro de su pequeño escenario, de modo que el reflector le dé en pleno rostro, pues de lo contrario se siente ofendido, se enoja, encoleriza y envidia a quien de momento atrae la atención de los que según él debieran adorarlo como en un sagrario. La mudanza de tan inveterada manera de Ser equivaldría para él a subvertir la raíz de

todas las cosas y exigirle que se convirtiese en un hombre totalmente distinto. Son muchos los que ni por asomo pueden imaginarse la posibilidad de tan radical transformación y ni siquiera presumen la existencia de semejante estado psicológico.

Esta actitud mental es absolutamente funesta a todo linaje de progreso oculto, y debe subvertirse completamente. Sin embargo ¡cuán pocos lo procuran! Aparte de este círculo vicioso sólo hay un camino: el del amor. Es lo único que puede modificar la condición del hombre ordinario, dominándole con mano fuerte para alterar su disposición, al menos mientras esté enamorado, pues entonces la persona amada ocupará el centro de su círculo y mirará todas las cosas con relación a ella y no a él. La divinidad a que rinde culto, tal vez les parezca a los demás una persona vulgar, mas para él, al menos mientras la ame, es la encarnación de la gracia y la belleza. Ve en ella la divinidad, y así es porque está latente en todos nosotros aunque normalmente no la descubramos. Es verdad que en la mayor parte de los casos este entusiasmo se desvanece poco a poco y se fija en otro objeto; pero sin embargo, entretanto dejó el hombre de concentrarse en sí mismo y tuvo más amplia perspectiva.

Lo que inconscientemente hace el hombre ordinario en este caso, debe hacerla conscientemente el estudiante de ocultismo. Deliberadamente debe destronarse del centro del círculo de su vida y entronizar al Maestro. En vez del contraído hábito de considerarlo todo con relación a sí mismo, por el provecho o placer que podría producirle, ha de considerarlo *todo* con relación al Maestro, y como éste sólo vive para ayudar a la evolución

de la humanidad, el estudiante debe mirarlo todo desde el punto de vista del auxilio o impedimento que cada cosa pueda aportar a la evolución. Y aunque al principio haya de realizar esto conscientemente y con algún esfuerzo, ha de perseverar hasta efectuarlo tan inconsciente e instintivamente como lo hacía antes con relación a sí mismo. Según las palabras de un Maestro, debe olvidarse enteramente de sí mismo para sólo pensar en el bien ajeno.

Pero aunque se destrone del centro de su círculo y entronice en él la obra que ha de realizar, debe ir con muchísimo cuidado para no alucinarse y caer en una concentración egoísta mucho más sutil. He conocido muchos teósofos tan buenos como activos y fervorosos, que incurrieron en este error identificándose con la obra teosófica hasta el extremo de mirar como enemigos de la Teosofía a quienes no aceptaban por completo sus ideas y procedimientos. Así se figura a menudo el teósofo que sólo es recto su camino y que traicionan la causa teosófica cuantos no comparten su opinión. Pero esto denota que el egoísmo ha vuelto a trepar astutamente al centro del círculo y que es preciso reanudar la obra de expulsarlo de allí.

El único poder que debe ambicionar el discípulo es aparecer insignificante a los ojos de los demás. Cuando está en el centro de su círculo puede efectuar buena labor, pero siempre pensando que *él* la efectúa y aun muchas veces con el propósito de ser *él* quien la haga; pero cuando en el centro del círculo está el Maestro, hará la obra tan sólo para que quede hecha. La obra se hace en beneficio del mundo y no en el del obrero. Debe el hombre considerar su obra como si fuese

de otro y la de otro como si fuese suya. Lo importante es que *la obra se haga*, sea quien sea el que la haga. Por lo tanto, no debe engreírse de su obra ni criticar indebidamente la ajena, ni tampoco menospreciar hipócritamente la suya para que los demás la elogien. Según lo que Ruskin dice del arte, debe el discípulo ser capaz de exclamar: «Sea esto mío, tuyo o de otro, está bien hecho.»

Aun arriesgan los teósofos caer en el peligro de congratularse demasiado pronto de ser distintos de los demás hombres. Las enseñanzas teosóficas nos presentan las cosas bajo tan nuevo aspecto, que naturalmente advertimos que nuestra actitud es de todo punto distinta de la mayoría de las gentes, y en verdad no hay mal alguno en comprobarlo así; pero he observado que varios de nuestros miembros se enorgullecen de comprender estas cosas, cuando este conocimiento o comprensión no demuestra que seamos mejores que los demás. Hay quienes han evolucionado por distintas vías y pueden estar mucho más adelantados que nosotros, aunque les falte algo de lo que nosotros ya tenemos. Recordemos que el adepto es el hombre perfecto que se ha desarrollado completamente por todas las vías posibles, y en consecuencia, si podemos enseñar algo a los demás, también tenemos mucho que aprender de ellos. Sería el colmo de la insensatez menospreciar a un hombre porque todavía no ha adquirido conocimientos teosóficos ni siquiera las cualidades necesarias para apreciarlos. También en este sentido es preciso estar en guardia para no colocarnos en el centro de nuestro círculo.

Al efecto, será bien recordar, como símbolo de

nuestra actitud, lo que ya os dije sobre el oculto designio del curso e influencia de los planetas. Declaré que cada planeta ocupa el foco menor de una elipse en cuyo foco mayor está el sol. Cada uno de nosotros somos como este foco menor, seguimos nuestro curso realizando la obra que se nos ha asignado; pero siempre somos reflejo del foco principal y nuestra conciencia no puede tener otro centro que el sol, del que somos parte, y que para nosotros está representado por el Maestro, miembro de la gran Jerarquía que cumple la obra del Logos. Mientras el hombre sea el centro de su círculo estará en el error de creerse el centro del círculo de todos los demás, y continuamente supondrá que cuanto dicen y hacen se refiere a él. Esta modalidad mental acaba en algunos por convertirse en una especie de obsesión, que impide comprender que cada cual está de tal modo concentrado en sí mismo que no piensa en los demás.

Así es como se acarrea el hombre una enorme suma de turbaciones e inquietudes totalmente inútiles, que evitaría si considerara las cosas de más justa y racional manera. Por otra parte, al situarse en el centro de su círculo, se desalienta porque el desaliento es propio de quien siempre está pensando en sí mismo, en tanto que si el centro del círculo es el Maestro en cuyo servicio enfoca todas sus energías, no tendrá motivo de abatimiento ni la más leve inclinación a él, pues su mayor deseo es realizar la obra que se le confíe; y entonces, según indica la señora Besant en su *Autobiografía*, no dirá como el hombre vulgar: «Buena es esta obra y alguien deberá hacerla; pero ¿por qué la he de hacer yo?» Antes al con-

trario, dirá: «Alguien ha de hacerla ¿por qué no he de ser yo?»

A medida que el hombre evoluciona se amplía su círculo y llega un momento en que abarca inmensa extensión. Entonces volverá a ser su centro porque se ha identificado con el Logos, centro de todos los círculos posibles, puesto que cada punto de su universo es el centro de un círculo de radio infinito.

NUESTRO DEBER CON LOS ANIMALES

Al tratar de portaros lo mejor posible con cuantos os rodeen, no olvidéis que también os incumbe un deber respecto a las formas de vida inferiores a la humana. A este objeto habéis de comprender a los animales, nuestros hermanos menores, como en superior nivel procuráis comprender a los niños con quienes tratáis. Así como cuando habéis de ayudar a un niño consideráis las cosas desde un punto de vista infantil, si queréis ayudar a la evolución animal, procurad indagar cuál es el punto de vista del animal. En todo caso y en toda forma de vida nuestro deber es amar y ayudar para que llegue más pronto la áurea edad en que todos los seres se comprenderán mutuamente y cooperarán en la gloriosa obra venidera. Razón es que a los animales domésticos se les adiestre a trabajar en servicio del hombre, con tal que el trabajo no sea penoso ni excesivo; pero también debemos adiestrar a cuantas criaturas nos rodean del modo que les sea más provechoso, es decir, teniendo en cuenta que su evolución es el objeto de la divina voluntad. Así que mientras debemos enseñar a los animales domésticos todo cuanto podamos para desarrollar su inteligencia, hemos de ir con mucho

cuidado a fin de estimularles buenas y no malas cualidades. Entre los animales nacidos y criados tenemos el perro, gato, caballo y otros originariamente salvajes, puestos a nuestro cuidado y atraídos a nosotros para darles afecto y auxilio. ¿Por qué? Para que de su estado salvaje los realzáramos a más alta e inteligente vida, y pudiéramos despertar en ellos devoción, afecto e inteligencia.

Pero hemos de tener cuidado en ayudar y no impedir. Hemos de poner empeño en no desarrollar en el animal las siniestras cualidades de que en el transcurso de su evolución se habrá de desprender. Por ejemplo, el hombre que adiestra a un perro en la caza, la matanza intensifica en el los instintos que más tarde habrá de eliminar según evolucione, y de esta suerte degrada a una criatura puesta a su cargo en vez de ayudarla en su camino, aunque al propio tiempo desarrolle la inteligencia del animal. Y así por más que le haga algún bien, le causa a la par un daño mucho mayor. Lo mismo cabe decir de quien estimula la ferocidad de los perros de guarda. El que trata a un animal áspera y cruelmente, le desarrollará la inteligencia en el sentido de que la bestia se las componga de modo que pueda evitar el mal trato; pero sea cual sea el adelanto conseguido en este aspecto, desarrollará también en alto grado las siniestras cualidades de temor y odio. Así cuando más tarde el animal entre en el reino humano, estará su humanidad desde luego terriblemente entorpecida, porque comenzará con las siniestras cualidades de temor y odio arraigadas en sí, en vez de ser una humanidad adornada con las placenteras cualidades de anhelo, devoción, amor y mansedumbre, tal como hubiera sido si el

hombre a quien se le confió la parte animal de aquella evolución cumpliera con su deber.

También estamos obligados respecto a más inferiores formas de vida. La esencia elemental nos rodea por doquiera y progresa por medio de la acción que en ella ejercen nuestros pensamientos, pasiones, emociones y sentimientos. En cuanto a esto no hay por qué conturbarnos, pues si nuestros ideales, pensamientos y emociones son de superior índole, quedará cumplido nuestro deber con las esencias elementales influidas por nuestros pensamientos, pues las realzaremos y no las deprimiremos. Se pondrán en movimiento las superiores cualidades que podemos alcanzar, y las vivificaremos y estimularemos en su respectivo nivel.

En el transcurso de la evolución, lo inferior requiere para su desarrollo la ayuda de lo superior, y no tan sólo por medio de la individualización ayudó el hombre a los miembros del reino animal. En tiempo de los atlantes, la formación de las especies zoológicas estaba confiada por la mayor parte en manos del hombre, y por su fracaso en el cumplimiento del deber se apartaron muchas de su primitivo origen. A los errores de los atlantes en este punto incumbe mucha responsabilidad de la existencia de animales carnívoros que se alimentan de presas vivas. No significa esto que la responsabilidad del hombre le alcance por la existencia de *todos* los animales carnívoros, pues los había entre los gigantescos reptiles de la época lemuriana y el hombre nada tenía que ver con su evolución, si bien era parte de su labor ayudar al desarrollo de las formas reptílicas de mamíferos que tan importante función desempeñan hoy en el mundo. En esto tuvo ocasión de estimular las bue-

nas cualidades y reprimir los malos instintos de los animales que caían en sus manos, y a causa de su fracaso en hacer cuanto hubiera podido en este aspecto, es en gran parte, responsable del mucho mal sobrevenido, desde entonces en el mundo. Si el hombre hubiese cumplido con su deber, cabe imaginar que no habría hoy animales carniceros. La humanidad ha tratado siempre tan cruelmente a los animales, que todo el reino animal experimenta unánime sentimiento de enemistad o temor hacia el hombre, quien de esta suerte ha engendrado un terrible karma que recae sobre él en las diferentes formas de enfermedad y locura. Mas a pesar de esta mala conducta por parte del hombre, pocos animales le dañarán por propio impulso. Así tenemos que una serpiente no morderá al hombre a no ser que éste la hostigue primero, y lo mismo puede decirse de casi todos los animales salvajes, excepto de unos cuantos a quienes el cuerpo humano puede servir de alimento, aunque aun así no atacan al hombre si tienen a su alcance otra presa. Menos cuando sea absolutamente necesario en defensa propia o del prójimo, debe evitarse siempre la destrucción de cualquier forma de vida, porque se retarda con ello la obra de la naturaleza. Esta es una de las razones porque todo teósofo convencido repugna comer carnes y pescados por no ser partícipe del crimen de matanza, ni tampoco consiente en llevar pieles ni plumas por abrigo o adorno, que sólo cabe obtener del sacrificio de los animales. La seda exige la completa matanza de los gusanos, aunque según noticias parece que se ha descubierto el medio de utilizar el capullo sin necesidad de ahogar al gusano.

SIMPATÍA

Nunca os opongáis a la ley de la naturaleza. Últimamente el hombre se ha desviado muchísimo de la naturaleza, con lo que se difundió ampliamente el materialismo. Muchos científicos que conocen hoy bastante más a la naturaleza no le tienen tanta simpatía como sus doctos antepasados. Con el útil y en verdad necesario estudio de lo exterior han olvidado muchos lo interior; pero los hombres transpondrán esta intermedia etapa de incomprensión y volverán a sentir simpatía. Los antiguos estaban tan cercanamente relacionados con la naturaleza, que les hubiera parecido irreverencia observarla y examinarla con detención. Nosotros hemos perdido todo respeto y la escudriñamos sin remordimiento. Pero aunque no hemos de perder la precisión adquirida en esta etapa intermedia, hemos de recobrar la simpatía, pues con ella se pueden descubrir muchas cosas que la ciencia de por sí no alcanzaría.

De la propia suerte que al enseñar a los niños debemos hacerles sentir que nos identificamos con ellos, aunque de esta manera sacrifiquemos algunas ventajas pedagógicas, porque la mayor parte de los niños miran a las personas mayores como

seres providenciales; así también al estudiar la naturaleza, los elementales se asustarán de nosotros si la estudiamos demasiado científicamente. Por el contrario, debemos asociarnos a su vida y así ellos se interesarán también por la vida de la humanidad. Las flores, las plantas, los árboles, todo siente gozo y amigabilidad a su manera. Dice Emerson que al volver a su casa le parecía como si los árboles de su jardín se alegrasen de verle y sin duda que era así. Los árboles y los animales conocen a quienes los aman. En la India dice el vulgo que al plantar hay que tener «mano afortunada», significando, con ello que brotarán las semillas plantadas por unos y no las que planten otros. Debemos colocarnos en simpatía con el propósito del Logos. Si ayudamos activamente al progreso de todos los seres, viviremos en Su voluntad. Pero si nos opusiéramos a la evolución, la naturaleza se retraería de nosotros como un niño sensitivo.

NUESTRA ACTITUD HACIA LOS NIÑOS

¿Qué actitud habéis de tomar con vuestros niños? Recordad que son egos, chispas de la vida divina. Os los han confiado, no para dominarlos y maltratarlos y servirlos de ellos en vuestro provecho, sino para amarlos y ayudarlos de modo que lleguen a ser manifestaciones de la vida divina. Así pues, ¡cuán vivo amor debéis sentir! ¡Cuán inefables han de ser vuestra paciencia y compasión! ¡Cuán hondamente debéis apreciar la honra de habéroslos confiado para servirles de esta suerte! No creáis que vosotros sois los mayores y ellos los menores, sino que todos sois almas de poco más o menos la misma edad, y por lo tanto vuestra actitud no ha de ser la de un egoísta y cruel dictador, sino la de un servicial amigo. No debéis mirar de distinta manera a los amigos cuando se ponen un traje nuevo; y así recordad que un niño es un alma con vestido nuevo y por lo tanto vuestro deber está en educir de él lo mejor que haya mediante el cariño y el amor y ayudarle a valerse de su nuevo vestido. No olvidéis jamás que el verdadero bien significa bien para todos y que nunca se logra el bien a costa del sufrimiento ajeno. Lo que así se gana no es realmente bien.

EL TEMOR A LA MUERTE

El temor a la muerte es una gran preocupación de un número de gentes mucho mayor del que cupiera suponer, y todavía las hace sufrir más el temor de lo que puede sobrevenirles después de la muerte. Desde luego que este temor es más común en quienes tienen idea del infierno con sus posibles castigos si no hacen esto o lo otro. Aunque la superstición no puede ser más grosera, ocasiona verdadero sufrimiento sobre todo al pensar en la suerte que puede haberles cabido a los seres amados después de la muerte. Hay madres cuya existencia amarga la cruel incertidumbre respecto a la suerte que a su hijo le aguarda, pues lo ve entregado a la mundanalidad y haciendo muchas cosas contrarias a las estrechas enseñanzas religiosas en que lo educó, por lo cual supone que habrá de sufrir eternos tormentos en el infierno. Bien que no haya infierno eterno para el hijo, seguramente que hay terrible sufrimiento en la tierra para la madre.

Pero nosotros conocemos la ley kármica y estamos convencidos de que los estados posteriores a la muerte son tan sólo continuación de la vida misma que ahora tenemos, aunque en un plano superior y sin cuerpo físico. Cuando sepamos que

la comúnmente llamada vida sólo es un día de la más alta y verdadera vida, se nos presentarán todas estas ideas bajo un nuevo aspecto. Entonces tendremos la absoluta certeza del progreso. Puede un hombre tropezar y aun oponerse a las fuerzas del progreso; pero se verá impelido hacia adelante a su pesar, no sin que la resistencia le ocasione mucha inquietud y tribulación. Luego veremos que este conocimiento desvanece el temor.

La mente de un ser amado es tan sólo una ausencia temporánea y ni aun esto cuando el hombre adquiere la clarividencia. Los parientes y amigos difuntos a quienes creemos perdidos siguen a nuestro lado aunque no podamos verlos con los ojos físicos; y tengamos en cuenta que aunque nos domine la ilusión de haberlos perdido, ellos no padecen ni por asomo la ilusión de habernos perdido a nosotros, porque ven nuestros cuerpos astrales, y tan luego como dejamos el físico dormido, estamos con ellos y nos podemos comunicar tan realmente como cuando estaban en la tierra. No hemos de apesadumbrarnos por la salvación de sus almas; antes al contrario, como dijo un escritor teosófico, no hemos de perder la esperanza de que algún día puedan salvar nuestras almas. Porque ningún alma necesita salvación en el ordinario sentido que se da a esta palabra, pues nosotros mismos somos las almas; y por lo tanto lo único que hemos de salvar es nuestro propio error e ignorancia. El cuerpo no es ni más ni menos que un vestido que desechamos en cuanto se gasta.

COOPERACIÓN

Entre los designios del Logos se cuenta que cuando la humanidad llegue a cierta etapa de su evolución habrá de guiarse por sí misma. Por lo tanto, cuando esto suceda, los Señores de Venus se irán a otros mundos y los Buddhas, Manús y Adeptos de entonces serán miembros de nuestra humanidad, por lo que el Logos cuenta para ello con todos nosotros. Acaso tengamos noventa y nueve vicios y una sola virtud, pero si esta virtud es necesaria en la obra teosófica (¿y qué virtud no es necesaria?) se nos deparará seguramente la ocasión de ejercitarla.

Por consiguiente, debemos estimar a nuestros hermanos por lo que puedan hacer y no estar vituperándolos constantemente por lo que no pueden hacer. Muchos han merecido justamente el derecho a realizar determinada obra, aunque sus vicios superen a sus virtudes. Hay quienes se equivocan lastimosamente al comparar su obra con la ajena, deseando tener las mismas oportunidades. La verdad es que cada cual tiene sus propios dotes y facultades, y no cabe esperar de hombre alguno que haga lo que otro hace, sino tan sólo lo que mejor de sí pueda hacer.

Dijo el Maestro en cierta ocasión que unica-

mente hay dos clases de hombres: los que saben y los que no saben. Los que saben son quienes han visto la luz y hacia ella se han vuelto, cualquiera que sea la religión a cuyo través refulja y por muy distantes que todavía estén de ella. Habrá quienes sufran mucho en su empeño de dirigirse hacia la luz; pero al menos los alienta la esperanza, y aunque simpatizamos profundamente con ellos y nos esforcemos en ayudarlos, no por ello dejamos de reconocer que no se hallan en el peor caso. Los verdaderos dignos de lástima son los indiferentes a todo pensamiento elevado, los que no luchan porque no se cuidan ni piensan ni saben que hay algo por qué luchar. Estos son los que realmente constituyen la «humanidad huérfana» .

UN DIA DE LA VIDA

No conviene especializar demasiado, porque no es posible dilucidar por completo asunto alguno, y además arriesgamos empequeñecer la mente y su campo visual, determinando un desarrollo unilateral de modo que no se vean las cosas en sus debidas proporciones. Tenemos la costumbre de considerar la vida terrena como un largo período, cuando en realidad sólo es un día de la vida entera del hombre. Nadie puede cumplir en un solo día una tarea de empeño sino que necesita muchos días, y la porción llevada a cabo en uno cualquiera de ellos no denotará resultado apreciable. Sin embargo, para el cumplimiento de la magna labor es necesaria la obra de cada día, y si un hombre se mantuviera ocioso día tras día, por parecerle muy lejano el acabamiento de la obra, de seguro que no la realizaría.

Hay quienes conocen la Teosofía en los últimos años de su vida y se descorazonan sobre el porvenir, creyendo que *ya* son demasiado viejos para reformar su carácter o hacer alguna obra valiosa, y que por lo tanto lo que mejor les cuadra es seguir tranquilamente hasta el fin de la actual

encarnación con la esperanza de tener mas favorable oportunidad en la venidera.

Esto es un triste error, por varias razones. En primer lugar nadie sabe qué clase de encarnación le prepara el karma para cuando vuelva la siguiente vez a la tierra ni tampoco sabe si por alguna acción pretérita ha merecido nacer en un ambiente teosófico. En tal caso, el medio más a propósito de asegurar una ocasión futura es el aprovechamiento de la que ahora se le depara, porque de todo cuanto sabemos acerca de la gran ley de causa y efecto, lo más evidente es que el aprovechamiento de una oportunidad tiene por invariable resultado la concesión de otra muchísimo mayor. En consecuencia, si desaprovecháis la oportunidad que os depara hoy el conocimiento de la Teosofía, posible es que no la halléis de nuevo en la próxima encarnación.

Si un hombre trabaja ardientemente por la Teosofía y empapa su espíritu en estas ideas, se las asimilará el Ego de modo tal, que le doten de atracción a ellas, con la seguridad de que en la próxima encarnación las busque instintivamente y las reconozca en conjunto aunque no se acuerde de ellas en pormenor.

Por lo tanto, en cuanto un hombre salude la Teosofía ha de hacer obra teosófica, porque por mínima que sea producirá mucho bien y podrá reanudarla en la encarnación futura en el punto en que la suspendió en la presente.

También al esforzarse en hacer lo que pueda con los vehículos que tenga, por obstinados y poco receptivos que sean, merecerá más flexibles y plásticos vehículos en la siguiente encarnación. Así es que ningún esfuerzo se pierde y nunca es

demasiado tarde en una vida para entrar en el largo y empinado sendero y comenzar la gloriosa obra de auxiliar al prójimo.

Con la eternidad por delante fuera error apesadumbrarnos porque el presente día va ya hacia el ocaso, o desesperarse hasta el punto de descuidar la preparación para el día siguiente. Dice *Luz en el Sendero*: «Mata el deseo de vida». A menudo se tergiversa este aforismo cuyo significado es no obstante claro. Quiere decir que si no podemos perder la vida ¿a qué desearla? No es posible dejar de vivir. Pero al propio tiempo el aforismo denota que hemos de sofocar todo deseo de particulares condiciones corporales.

MEDITACIÓN

Creo que los miembros de la Sociedad Teosófica se equivocan algunas veces respecto a la meditación porque no comprenden bien cómo actúa. Hay quienes se figuran que la meditación es de todo punto inútil porque después de meditar no se sienten dichosos ni con más elevado ánimo. Hay otros que se notan lerdos, pesados e incapaces de meditar. Les parece que nada tiene realidad ni están seguros de nada ni creen adelantar un paso. Suponen que esto es así por su culpa y se execran por ello; pero suelen preguntar qué deben hacer para mejorar su condición y recobrar el gozo que solían sentir. Lo cierto es que cuantos se entregaron a la vida espiritual tuvieron la misma experiencia respecto a la meditación. Los santos cristianos nos hablan de sus sufrimientos durante el período que llaman «aridez espiritual, (1) cuando todo les hastía y parece como si hubiesen perdido enteramente de vista a Dios.

Supongamos que por una ventana abierta de par en par miro la hermosa falda de una colina. Sin embargo, el cielo está encapotado por pesa-

(1) San Juan de la Cruz la llama «noche obscura del alma». -N. del T.

das nubes de muchos metros de espesor. Hace tres días que no he visto el sol ni percibo sus rayos; pero sé que el sol está tras las nubes, y cuando se disipe el nubarrón, como se disiparon otros, volverá de nuevo a brillar el sol. Lo necesario para la vida del planeta es que el sol esté *allí*, no que yo pueda verlo. Es mucho más agradable verlo y sentir la calidez de sus rayos, aunque no es una necesidad de la vida.

Así comprendo cómo han de sufrir quienes no hallan de pronto consuelo en la meditación y resulta mayor pena al saber que de nada valen para ello nuestros sentimientos aunque en cierto aspecto sean verdaderos.

Me parece muy conveniente recordar que la meditación ha de tener para nosotros varios efectos, a saber,

1.º Asegurar que por muy engolfados que estemos en los negocios mundanos, dedicaremos por lo menos algún tiempo a pensar en un elevado ideal,

2.º Colocarnos más cerca del Maestro y del Logos, de suerte que de Ellos recibamos energía para beneficiar al mundo.

3.º Educar nuestros vehículos superiores para que constantemente se ejerciten en responder a las sutiles vibraciones, haciendo con ellos lo mismo que con el cuerpo físico hace un buen sistema de gimnasia o el ejercicio disciplinado. Observemos ahora que estos tres objetos se pueden lograr tanto si nos sentimos dichosos como si no. El error de muchos consiste en suponer ineficaz la meditación porque *a ellos* no les da resultado. Es como el niño que ha de estudiar cada día una hora el piano, y a veces le medio enoja esta obli-

gación, y otras veces le fatiga de modo que sólo piensa en acabar cuanto antes. El niño no echa de ver, pero nosotros sí, que en cada ejercicio va familiarizando los dedos con las teclas y acercando el tiempo en que la música le proporcionará un placer que ahora no es capaz de soñar. Observaréis que este gozoso fin se obtiene precisamente tanto por medio de las horas enojosas como de las agradables de ejercicio cotidiano.

Así en la meditación nos sentimos unas veces realizados y gozosos y otras no; pero en ambos casos la meditación obra en nuestros cuerpos superiores como los ejercicios gimnásticos de educación física en nuestro cuerpo carnal. Es más agradable la que llamamos «buena» meditación; pero la única diferencia entre lo que nos parece una buena y otra mala meditación está en su influencia en los sentimientos y no en la efectiva obra que de por sí realizan en nuestro evolutivo progreso.

La temporánea melancolía no tiene siempre su causa en nosotros mismos, o mejor dicho, no cabe siempre atribuirle con razón a culpa nuestra. A menudo la causa es puramente física, resultante de extrema fatiga o de tensión nerviosa y otras veces deriva de las circundantes influencias astrales o mentales. Desde luego que por nuestro karma nos vemos sometidos a estas condiciones y en tal aspecto somos remotamente responsables de ellas; pero debemos combatir las lo mejor que podamos sin necesidad de abatirnos ni gastar tiempo en baldías execraciones.

También puede ocurrir que en unos ratos sean las influencias planetarias más favorables a la meditación que en otros. Sobre el particular nada

sé en concreto porque jamás tuve en cuenta las influencias planetarias para la meditación, sino que siempre forcé el camino para lograr mi anhelo; pero un amigo mío me manifestó que, según le dijo un astrólogo, cuando Júpiter y la Luna ocupaban ciertas posiciones relativas determinaban una expansión de la atmósfera etérea que facilitaba la meditación o por lo menos la hacía parecer más fructífera. El astrólogo le dio una lista de las favorables condiciones planetarias, y mi amigo comprobó con ella los resultados de la meditación diaria durante tres o cuatro semanas y vio que coincidían exactamente con las mencionadas influencias. Por otra parte, dijo que ciertos aspectos de Saturno congestionan la atmósfera etérea y dificultan la meditación, lo cual también se comprobó de la misma manera.

El más alto pensamiento que podemos tener es el del Supremo Señor de todas las cosas, aunque sin figurarnos que nuestro pensamiento haya de alterar en lo más mínimo la actitud del Supremo respecto de nosotros. Los estudiantes de Teosofía debemos estar mucho más allá de la etapa en que el hombre imagina cambiar la voluntad del Supremo. Esto sólo cabe en las rudas mentes de los cristianos ignorantes. Sin embargo, al dirigirnos al Supremo Señor cambia nuestra disposición hacia él; pero no la suya hacia nosotros. Cuando abrimos la ventana de nuestro aposento para que entre la luz del sol, no se altera el sol, sino las condiciones de nuestro aposento. Abramos a Dios las ventanas de nuestra alma.

Durante la meditación hemos de pensar en que el Ser supremo está en todo y que todo está en él. Hemos de comprender que Dios se manifiesta en

las formas. Un adecuado ejercicio para ello es identificar nuestra conciencia con un ser inferior de la naturaleza, como una mosca, una hormiga o un árbol. Hemos de ver y sentir las cosas como ellos las sienten hasta que, penetrando en su interior, se desvanezca para nosotros la conciencia peculiar del árbol o del insecto y se manifieste en ellos la vida del Logos. Pero nosotros somos mucho más que el árbol o la hormiga, y por lo tanto bien podremos restituírnos a nuestra propia conciencia una vez terminado el experimento; pues no la aprisionamos en la forma del árbol o la hormiga sino que la explayamos para que tome vida en todas las formas. Quien por primera vez efectúa este experimento psicológico se sorprende al ver las limitaciones en que un animal actúa. Antes creía que el animal actuaba en determinado sentido por motivos al parecer evidentes; pero al identificarse con la conciencia del animal se convence de que actúa por motivos e intenciones de todo punto distintas. El discípulo ha de realizar también este experimento con seres humanos de tipo inferior, pues de lo contrario no podría ayudarlos debidamente.

Esto nos capacita para penetrar en los mismos fundamentos del Yo y desvanecer las solitarias tinieblas en que nos vemos envueltos en cierta etapa de nuestro desenvolvimiento espiritual. Cuando adquirimos la certidumbre de que somos parte de un conjunto, no nos preocupamos de lo que pueda ser ni las experiencias porque haya de pasar este fragmento. Aunque nos veamos solos, sabemos y sentimos que no lo estamos, que siempre vigila el Maestro en espera de prestar todo posible auxilio. Hemos de prescindir de nuestra

predilección por formas determinadas sin que nos guíe otro motivo que hacer la voluntad del Logos. Nunca consintamos que el sentimiento de soledad nos ponga en olvido del Maestro o nos quite la fe en él, porque no cabe progreso alguno sin tener absoluta confianza en el Maestro a quien quisimos servir. Si nuestra fe en él es vacilante o incompleta no podremos progresar. Nadie nos obliga ni nos incita a escoger un Maestro; pero una vez escogido de nuestra propia voluntad, *debemos* tener fe en él y en su mensaje.

Para dominar la mente es preciso primero apartarla de todos los sonos y vistas externas y ponerla insensible a las ondas de pensamiento y emoción que de los demás emanen. Esto es relativamente fácil; pero la etapa siguiente es muy difícil, porque luego de lograda la primera se levantan en nuestro interior tribulaciones dimanantes de la todavía no dominada actividad de la mente. La meditación de muchos principiantes consiste por la mayor parte en una incesante lucha para reasumir el punto de meditación. Aquí viene de propósito el consejo que da *La Voz del Silencio*: «La mente es el destructor de lo real; que el discípulo mate al destructor». Desde luego que no debéis destruir vuestra mente, pues nada haríais sin ella; pero debéis dominarla, porque *es vuestra y no sois ella*. La voluntad es el mejor medio de vencer las vacilaciones de la mente, y aunque algunos le recomiendan al discípulo que se ayude formando una especie de coraza o concha a su alrededor, conviene advertir que estas corazas o conchas no son ni más ni menos que muletas. Vigorizad la voluntad y no necesitaréis caparazones. De la propia manera que la mente, inten-

tará sojuzgaros el cuerpo astral haciéndoos creer que sus deseos son los vuestros; pero también con el cuerpo astral hemos de proceder análogamente.

La voluntad puede desarrollarse en grado indefinido, aunque la fuerza y vigor del cuerpo físico tengan su límite de expansión. Para el fortalecimiento de la voluntad nos deparan multitud de ocasiones las menudencias de la vida cotidiana, durante cada día de nuestra terrena existencia, y no hay mejor ejercicio que éste. Le es mucho más fácil a un hombre desplegar todo su valor para sufrir un trágico martirio a la faz de las gentes, que cumplir día tras día y año tras año el fatigoso deber cotidiano en relación con gentes de enojoso temperamento. Esto último necesita mucha mayor fuerza de voluntad que lo primero. Sin embargo, se ha de tener cuidado en que los esfuerzos para el desarrollo de nuestra voluntad no molesten ni dañen a los demás. Hubo quienes para demostrar su fuerza de voluntad abandonaron casa y amigos y arrostraron todo linaje de dificultades y privaciones para realizar obra teosófica. Esto es de todo punto legítimo si el hombre se halla desligado para hacerlo; pero si con semejante propósito abandona esposa y familia, o si un hijo único abandonara a sus padres que de él se mantienen, faltarían evidentemente a su deber de un modo a que nadie tiene derecho ni aun por los más nobles motivos.

La meditación propiamente realizada asimila a nuestros cuerpos materia de tipo superior. En esta etapa se experimentan a menudo vivas emociones que, procedentes del plano búddhico, se reflejan en el cuerpo astral y cuya influencia nos

capacita para llevar a cabo delicadas acciones y denotar profunda abnegación. Pero entonces es necesario vigorizar los cuerpos mental y causal a fin de afirmarnos y equilibrarnos, pues de lo contrario podría ocurrir que las vivas emociones que nos han impelido en recta dirección, se desviarán ligeramente y nos arrastrasen por mal camino. El sentimiento de por sí jamás nos daría perfecto y firme equilibrio. Bueno es tener elevados sentimientos y cuanto más robustos mejor; pero no bastan. Se requieren así mismo sabiduría y firmeza, porque al par de fuerza impulsiva necesitamos fuerza directora. El recto significado de *buddhi* es sabiduría, y cuando se adquiere la sabiduría desaparece todo lo demás. La iluminación tiene tres significados enteramente distintos: 1.º Que por pensar intensa y cuidadosamente en un asunto, lleguemos a una conclusión sobre él. 2.º La inspiración del Yo superior que denote lo que el Ego piensa en su propio plano acerca del asunto. 3.º El estado de perfeccionamiento en que el hombre se relaciona directamente con los Maestros o con los devas. Únicamente en el primer caso cabe que sus conclusiones queden viciadas por las formas mentales de la personalidad. El Ego puede trascenderlas como lo haría un Maestro o un deva.

Todo esto presentaría sin dificultad las cosas como son en realidad; pero recordemos que no sólo hemos de asimilar la información sino transportarla al cerebro físico en donde la matizan los prejuicios. Lo que podamos hacer en la meditación depende de lo que hayamos hecho durante el día. Si en la vida ordinaria hemos, alimentado prejuicios, no escaparemos a ellos en la

hora de meditación; pero si procuramos pacientemente desarraigar nuestros prejuicios y convencernos de que los caminos de los demás son tan buenos como los nuestros, estableceremos una suave y tolerante actitud que seguramente abarcará el tiempo destinado a la meditación. Fácil es, porque salta a la vista, advertir los inconvenientes de toda nueva idea o insinuación; pero también hemos de indagar sus ventajas, no siempre evidentes.

Durante la meditación; el Ego mira la personalidad lo mismo que en cualquiera otra circunstancia, y por lo general está algo despectivo con ella. Recordemos que la meditación física no es para el mismo Ego, sino para disciplinar los diversos vehículos de suerte que sirvan de canal o instrumento al Ego. Si el Ego está del todo desarrollado, meditará también en su propio plano, aunque esto no supone que su meditación armonice sincrónicamente con la de la personalidad. La energía descendente es siempre la del Ego, pero tan sólo descende en parte y da unilateral concepto de las cosas. El yoga de un muy desarrollado Ego consiste en levantar primero su conciencia hasta el plano búddhico y después dirigirla por los diversos subplanos, prescindiendo de lo que la personalidad pueda estar haciendo entretanto. Un Ego tal enviará probablemente algo de sí a la meditación personal, por muy distintas que sean sus propias meditaciones.

El dominio del pensamiento es un requisito previamente indispensable para el desarrollo de las potencias, fuerzas o cualidades del alma. Cuando el pensamiento está dominado y la voluntad fortalecida puede hacerse mucho en diversos senti-

dos. Cabe entonces ayudar valiosamente a los vivos y a los muertos, a los enfermos y a los afligidos. Conviene que cada cual contraiga la costumbre de destinar parte del día al envío de auxiliadores y reconfortantes pensamientos a las personas conocidas, aparte de la ordinaria meditación emprendida con el objeto del propio perfeccionamiento.

Lo mismo cabe hacer cuando la meditación es colectiva. Los pensamientos de todos pueden concentrarse durante cinco minutos en quien se sepa que esté enfermo o atribulado, procurando enviarle fuerza y consuelo. El mismo poder mental empleado de distinta manera curará a veces enfermedades físicas.

En cuanto al desarrollo de la clarividencia y clariaudiencia más bien es un medio que un fin. Es preferible utilizar hasta el extremo los poderes que ya poseamos y esperar a que estos otros se desenvuelvan espontáneamente como resultado del estudio y de la obra inegoísta. Desde luego que la clarividencia y la clariaudiencia son un valioso auxilio, pero fueran un peligro antes de estar completamente desarrollado el carácter. A quien desee apresurar su perfeccionamiento le recomiendo el método descrito en el último capítulo de la obra: *El más allá de la muerte*.

Cuando la casa sea bastante espaciosa, convendrá destinar exclusivamente un aposento para la meditación. No hay inconveniente en que en este aposento se reúnan varias personas a meditar si todas son fervorosas y están en completa armonía; pero *no deben* reunirse si ha de haber discusiones, debates o disputas. En caso de que en la casa se efectúen experimentos mediumnísticos

será mucho mejor no destinar el mismo aposento a la meditación.

Algunos me han preguntado si debían o no entrar en la sala o aposento de meditación cuando se sienten tediosos. A esto respondo que nadie ha de ceder al tedio ni admitir la posibilidad de entediarse o aburrirse. Os aconsejo que no forjéis una forma mental que diga: «Estoy tedioso y por lo tanto no debo entrar». Al contrario, decías: «Voy a entrar y por lo tanto ya no volveré a sentir tedio». Seguramente hallaréis esto último mucho más eficaz.

CUARTA SECCIÓN



LOS PLANOS SUPERIORES

NIRVANA

Suele decirse que en la consumación de los siglos todas las almas individuales se sumergirán en la Gran Alma, y los estudiantes de Teosofía tropiezan con la dificultad de conciliar esta afirmación con otras, según las cuales no se pierde jamás la individualidad por muy alto grado a que alcance. Lo cierto es que ni experiencia alguna ni ninguna idea de cuantas podamos forjar en nuestro cerebro físico son capaces de expresar las gloriosas realidades del nirvana y de los planos más allá de él. Sabemos muy poco de esta transcendente gloria, y lo poco que sabemos no puede expresarse adecuadamente con palabras. En verdad parece ocasionado a confusión decir que las almas individuales se sumergen en la Gran Alma. Cada mónada es fundamentalmente una chispa de la divina tríada, y no puede sumergirse en lo de que ya es parte. Mejor diríamos que a medida que se desenvuelve la chispa se va convirtiendo en llama y es cada vez más consciente de su unidad con lo divino, de suerte que puede ir manifestando en sí con mayor evidencia al Logos.

Cabe afirmar, por lo tanto, que por lo menos hasta el más alto nivel de conciencia a que puede

llegar un estudiante, hasta el mismo nirvana, no hay pérdida de individualidad ni de la potencia de pensar, proyectar y obrar. Mucho antes de llegar a este nivel se pierde por completo el sentimiento de *separatividad*, lo cual es muy distinto. Sir Edwin Arnold compara esta beatífica condición a «la gota de rocío que se embebe en el refulgente mar,» Quienes han pasado por esta experiencia, sin rival en maravilla, saben que por paradójico que pueda parecer, la sensación es exactamente la inversa, y que más apropiada descripción sería decir que ¡el mar se embebe en la gota! Esta conciencia, amplia como el mar, con «el centro en todas partes y la circunferencia en ninguna» es una grande y gloriosa realidad; pero cuando el hombre la alcanza le parece que su conciencia se ha explayado hasta abarcarlo todo y no que se haya sumergido en algo. Tiene razón en esto, porque lo que ignorantemente supuso que era *su* conciencia, no fue jamás suya sino tan solo el centelleo del divino poder, sabiduría y amor a través de su individualidad; y al llegar al nirvana echa de ver esta estupenda realidad.

Por extraño que parezca, la comúnmente llamada individualidad es una ilusión y no ha tenido jamás existencia real, aunque lo que de *mejor* y más noble hay en este concepto subsiste hasta el adeptado y más allá, aun en el reino de los grandes Espíritus planetarios, que seguramente son entidades individuales, si bien mucho más allá de nuestra débil facultad de concepción.

Por más que el intento esté desde luego condenado al fracaso, procuraré dar ligera idea de una experiencia que en cierta ocasión tuvimos algu-

nos de nosotros con referencia a este altísimo plano. Antes de que fuéramos capaces de alcanzarlo por nuestros propios esfuerzos, un Maestro, llevado de sus particulares designios, nos envolvió en su aura superior, capacitándonos para conocer por su mediación algo de las glorias nirvánicas.

Imaginaos el universo entero convertido en un inmenso torrente de luz vivísima con una plenitud de vida, una beatitud y una intensidad de dicha superior a toda descripción, cien mil veces mayor que la más pura dicha celeste. Al principio no sentíamos otra cosa que la felicidad ni veíamos nada más que la refulgencia de la luz; pero a poco advertimos que aun en aquella coruscante brillantez había puntos o núcleos, por decirlo así, más brillantes, en los que sin otra cosa que luz adquiriría ésta con su mayor brillo una nueva cualidad a propósito para percibirla desde los planos inferiores, que sin esta circunstancia quedarían imposibilitados de sentir su refulgencia. Gradualmente echamos de ver que estos auxiliares núcleos o soles eran los Grandes Seres, los Espíritus planetarios, los Querubines, las Divinidades kármicas, los Buddhas, Cristos y Maestros a cuyo través fluyen la luz y la vida por los planos inferiores.

Poco a poco, según nos íbamos acostumbrando a la estupenda realidad, vimos que aunque en muy inferior categoría éramos nosotros focos del plan cósmico, y que también a nuestro través, pero en mucho más bajo nivel, fluían la luz y la vida hacia quienes estaban todavía muy lejos, no de esta luz, porque todos estamos integrados en ella y no hay otra en parte alguna, sino de comprenderla y experimentarla.

Así como pudimos ver y sentir algo de la gloria nirvánica, también podemos en cierta manera reflejarla a otros menos afortunados. Para todos brilla esta luz y es la única realidad; pero la ignorancia y torpeza de los hombres se la encubren de suerte que no la ven; así como a pesar de que el sol inunda el mundo entero de luz y de vida, quedan en tinieblas los hombres que se esconden en grutas y cavernas. De la misma manera que un espejo debidamente colocado a la entrada de una de estas grutas o cavernas podría proporcionar en algún modo a los que están dentro los beneficios de la luz, asimismo podemos los que hemos visto la luz nirvánica reflejarla en quienes se han colocado de modo que no la pueden percibir directamente.

No hay palabras bastantes para describir una experiencia como ésta porque todo lo que conocemos intelectualmente se desvanece mucho antes de llegar al nivel nirvánico. También en él tiene el espíritu una especie de envoltura imposible de describir con palabras. Bajo un aspecto parece como si fuera un átomo y bajo otro aspecto parece ser el plano entero. Cada hombre es un centro de conciencia y como tal ha de ocupar un lugar, pues no se concibe que siendo un foco de la corriente de vida del Logos deje de estar en uno u otro sitio. Sin embargo, se siente como si fuera el plano entero y pudiera enfocarse en cualquiera parte, y cuando de momento cesa la efusión de su energía, es para él entonces aquello una envoltura. A pesar del enorme explaye de su conciencia no pierde el hombre su individualidad y es capaz de distinguir a sus semejantes y a los Grandes Seres con quienes tenga relación de

conocimiento, aunque más bien los reconoce por sentimiento instintivo que por semejanza con algo ya visto; pero si enfoca su conciencia en uno de estos Grandes Seres, obtiene el efecto de la forma del hombre tal como la conoce en él Augoeides, dos planos más abajo.

EL TRINO ESPÍRITU

Evidentemente son las mónadas centros de energía en el Logos, y sin embargo cada una de ellas posee distinta y peculiar individualidad. En el hombre ordinario, la mónada está en muy poco contacto con el Ego y la personalidad, que no obstante son parcial expresión de ella. Desde un principio conoce la mónada el objeto de su evolución cuyas líneas generales abarca; pero hasta que la porción de ella manifestada en el Ego alcanza un muy alto nivel, apenas es consciente de los pormenores de la vida terrena o por lo menos toma escaso interés en ellos. Entonces parece como si no conociera a las demás mónadas y permanece en indescriptible felicidad sin conciencia activa de cuanto la rodea. Sin embargo, a medida que adelanta la evolución, percibe más plenamente la materia del plano inferior hasta que por fin la toma por entero en su propia mano. En esta etapa se conoce a sí misma y a las demás, y su voz se convierte en nosotros en *La Voz del Silencio*. Esta voz es distinta según la etapa de evolución. En la inferior etapa de conciencia individualizada es la voz del Ego; cuando nos identificamos con el Ego es la voz del espíritu; cuando alcanzamos el espíritu es la voz de la mónada; y

cuando en lejano porvenir nos identifiquemos con la mónada, será la *voz* del Logos. Pero en todo caso hemos de subyugar lo inferior y sobreponernos a ello, antes de que podamos oír la voz de lo superior. La mónada reside permanentemente en el segundo plano de nuestro universo, el plano anupadaka, y al descender al plano tercero, el plano nirvánico o átmico, se manifiesta como trino espíritu que es un reflejo o, mejor dicho, una expresión del Logos, tal como el Logos se manifiesta en la serie de planos de nuestro universo. También es trina la primera manifestación del Logos en el plano supremo. En el primero de sus tres aspectos no se manifiesta el Logos en ningún plano inferior al más elevado; pero en el segundo aspecto descende al segundo plano y se reviste de una envoltura de la materia de este plano, manifestándose así en una distinta y separada expresión de sí mismo. En el tercer aspecto descende hasta el nivel superior del tercer plano en cuya materia se envuelve y constituye así una tercera manifestación. Estos tres aspectos son las «tres personas distintas y un solo Dios verdadero» de que habla el cristianismo, cuyo credo de Atanasio enseña a adorar «un Dios en Trinidad y la Trinidad en la Unidad, sin confundir las personas ni dividir la substancia.» Significa esto que no hemos de confundir en nuestras mentes la obra y actuación de las tres distintas manifestaciones, cada cual en su propio plano, sin por ello olvidar ni un instante la eterna unidad de la «substancia» que permanece siempre en el plano supremo donde los tres son uno.

En el caso del hombre se repite exactamente este proceso, y así es muy cierto que el hombre

está hecho a imagen de Dios. El espíritu es trino en el tercer plano o plano átmico, y la primera de sus tres manifestaciones no desciende jamás de este nivel. La segunda manifestación desciende *un plano*, hasta el cuarto, de cuya materia se reviste y lo llamamos *buddhi*. Lo mismo que dijimos del Logas, el tercer aspecto del espíritu desciende *dos Planos*, y se reviste de la materia del nivel superior del quinto plano o plano mental. Entonces le llamamos *manas*. A la trinidad *átmabuddhi-manas* que se manifiesta en el cuerpo causal, le llamamos *Ego*.

No olvidemos nunca que el Ego no es únicamente el aspecto manásico sino la tríada espiritual. En nuestro presente estado de evolución el Ego permanece en su cuerpo causal en el nivel superior del plano mental; pero cuando prosiga su evolución concentrará la conciencia en el plano búddhico, y más adelante, cuando alcance el adeptado, la concentrará en el nirvánico. Pera no vayamos a suponer que al lograr este adelanto se desvanezca el manas, pues cuando el Ego se concentre en el plano búddhico llevará consigo aquella porción de manas que siempre existió en dicho plano, pero que hasta entonces no se habrá vivificado por completo. De la propia suerte, cuando el Ego se concentre en el plano nirvánico, llevará consigo tan plenamente como siempre a *buddhi* y *manas*, con lo que entonces el trino espíritu estará en plena manifestación en su propio plano y en sus tres aspectos. Por lo tanto, si bien se considera, el espíritu es en realidad septario, pues es trino en el plano átmico, dual en el búddhico y unitónico en el mental. La unidad es la síntesis y constituye el siete. Aunque se retraiga

a un plano superior mantiene las características del inferior.

Esto es probablemente lo que da a entender Blavatsky al hablar del *huevo áurico*, aunque rodea este símbolo de mucho misterio, como si estuviese juramentada para no escribir explícitamente sobre ello. Nunca dijo Blavatsky, nada en concreto acerca del trino espíritu; pero evidentemente procuró sugerir la idea, aunque sin expresarla con claridad, pues insistió vivamente en el concepto de que así como el plano astral puede considerarse reflejo del búddhico, el físico lo es del nirvánico. Además afirmó Blavatsky que el hombre tiene tres cuerpos o vehículos físicos, y para hacer más comprensible esta idea dividió el cuerpo físico del hombre en dos partes, la densa y la etérea, añadiendo por tercer principio la vitalidad a prana difundido en ellas. Pero como esta vitalidad existe en todos los planos y puede ser tan adicional principio en los planos astral y mental como en el físico, resulta que alguna razón tendría Blavatsky para establecer su peculiar ordenamiento de cuerpos, y acaso fuese esta razón el deseo de aludir al trino espíritu sin mencionarlo.

Me parece que nuestra Presidente ha dicho que al hablar Blavatsky del sagrado huevo áurico significaba con ello los cuatro átomos permanentes revestidos de una envoltura de materia del plano nirvánico.

CONCIENCIA BUDDHICA

Un hombre egoísta no puede actuar en el plano búddhico, porque la esencia de este plano es la simpatía y la perfecta comprensión de todos los seres, que excluye el egoísmo. El hombre no puede construir su cuerpo búddhico hasta dominar los planos inferiores. Entre el astral y el búddhico hay relación muy estrecha, pues el primero es en cierto modo un reflejo del segundo, aunque no se ha de suponer que el hombre pueda saltar de la conciencia astral a la búddhica sin desenvolver antes los vehículos intermedios.

Seguramente que en el nivel superior del plano búddhico, el hombre se identifica con todos los seres; y sin embargo, no experimenta los mismos sentimientos hacia todos ellos. No hay razón alguna para que sintamos el mismo afecto a todos los seres, pues aun el Señor Gautama tuvo por discípulo predilecto a Ananda, y el Cristo amó a Juan más que a los otros discípulos. Pero lo cierto es que en el plano búddhico amaremos a todos los seres como ahora amamos a nuestros amigos y parientes más queridos, al paso que a éstos los amaremos con un amor del que no tenemos ahora la más leve idea. La conciencia búddhica abarca muchas otras conciencias, de modo que el hombre

búddhico puede identificarse con la conciencia de otro hombre y sentir lo mismo que éste siente y verlo desde dentro en vez de desde fuera. En el plano búddhico no sentirá el hombre repugnancia ni aun hacia el malvado, porque lo reconocerá como una parte, aunque débil, de su propio ser.

Lo realmente necesario es colocarse y obrar en esta disposición de ánimo, no limitarse a hablar o pensar vagamente de ella, pues no es fácil adquirir este poder.

EXPERIENCIA

No es necesario que cada Ego pase por todas las pruebas y experiencias imaginables, pues al llegar al plano búddhico puede asimilarse las experiencias ajenas, aun las de quienes se opusieron al progreso. Entonces sentiremos por simpatía. ⁽¹⁾ Podremos retraernos en caso de que no necesitemos sentir el sufrimiento ajeno; pero lo sentiremos voluntariamente cuando hayamos de ayudar. En el plano búddhico envolvemos a otro hombre en nuestra propia conciencia y aliviemos sus sufrimientos en cierto grado sin que él advierta de dónde proviene el alivio. Con toda probabilidad, todos hemos pasado las pruebas correspondientes a las etapas salvaje y medio civilizada. Un adepto deseará sin duda

⁽¹⁾ Conviene esclarecer el verdadero significado de esta palabra, que en el lenguaje familiar se ha divertido de su genuina acepción etimológica, tal como está empleada por Leadbeater en este pasaje. Simpatía no es en realidad, como vulgarmente se cree, aquella inclinación afectuosa hacia una persona que suele preceder a la amistad y muchas veces al amor terreno. La verdadera simpatía es el sentimiento que nos hace *positivamente* partícipes de las penas y goces, alegrías y dolores del prójimo, pues simpatía significa *sentir con*, esto es, identificarnos con las sensaciones, emociones, afectos y sentimientos de los demás seres. Por esta razón dice muy bien Leadbeater que en el plano búddhico *sentimos por simpatía* o sea asimilándonos el sentimiento ajeno, y no dice que *sentimos simpatía* porque esto corresponde al plano físico. -N. del T.

aliviar los sufrimientos de quienes están pasando ahora por dichas pruebas; pero puede suceder que el adepto vea que el bien dimanante del sufrimiento ha de ser tan enormemente superior al dolor actual, que aliviarlo o suprimirlo por su intervención fuera crueldad en vez de simpatía. El adepto ve el todo y no tan sólo la parte. Su simpatía es mucho más profunda que la nuestra, pero no la concreta en acción más que cuando la acción es provechosa.

LAS ESFERAS

En los diagramas representativos de los diversos planos, solemos dibujarlos unos sobre otros como los estantes de una librería; pero al explicar el diagrama cuidamos de advertir que no se ha de tomar el dibujo al pie de la línea, sino que todos los planos se interpenetran y, están siempre a nuestro alrededor. Esto es verdad, y sin embargo también lo es bajo cierto aspecto la ordenación análoga a la estantería. Podemos establecer sobre esto un simil entresacado de las condiciones existentes en la superficie terrestre, donde la materia física en su mayor densidad se halla bajo nuestros pies, aunque hay innumerables millones de partículas de materia sólida que sobre nuestras cabezas flotan en la atmósfera.

También podemos decir en términos generales que la materia líquida de la tierra (el agua principalmente) descansa sobre la superficie de la materia sólida, aunque asimismo es verdad que una gran cantidad de agua interpenetra la tierra bajo nuestros pies y que millones de toneladas de agua se levantan de la superficie de la tierra en forma de nubes. Sin embargo, la gran masa de la materia líquida de la tierra descansa sobre la masa sólida en forma de mares, lagos y ríos. Por otra

parte, la materia gaseosa de nuestra tierra (principalmente la atmósfera) descansa sobre la superficie de las partes líquida y sólida y se extiende por el espacio mucho más allá de estas últimas.

Los tres estados o condiciones de materia existen en la superficie de la tierra en que vivimos; pero el agua en forma de nubes se extiende mucho más por encima de la superficie que el polvo de la tierra; y el aire, aunque interpenetra la tierra y el agua, se extiende todavía mucho más allá que el polvo y las nubes. Este simil no es del todo impropio para explicar la ordenación de la materia en los diversos planos. Lo que llamamos el plano astral puede considerarse también como el cuerpo astral de la tierra. Está el plano astral en torno nuestro e interpenetra la tierra sólida bajo nuestros pies; pero también se extiende mucho más allá de nuestras cabezas, de modo que nos lo podemos imaginar como una enorme esfera de materia astral *con* la física tierra en su interior, de la propia suerte que el cuerpo físico del hombre está en el interior de la *forma* ovoide de materia astral, con la sola diferencia de que el tamaño del cuerpo astral de la tierra es enormemente mayor en proporción que el del hombre. Pero así como en éste la materia astral más densa se halla en la periferia del cuerpo físico, así también en el caso de la tierra la mayor parte de su materia astral está condensada en los límites de la esfera física.

Sin embargo, la porción de esfera astral que sobresale de la física se extiende hasta cerca de la mitad de la órbita lunar, de modo que cuando la luna está en el perigeo se tocan los planos astrales de ambos mundos, pero no se tocan

cuando la luna está en el apogeo. De esto se infiere que en parte del mes sea posible y en parte no la comunicación astral con la luna.

El plano mental de nuestra tierra es con respecto al plano astral lo que éste con relación al físico. También es un enorme globo concéntrico con los otros dos y que a uno y otro interpenetra, pero que se extiende desde el centro mucho más allá del plano astral. Se echará de ver en consecuencia que si bien la materia de todos los planos está entremezclada en nuestro planeta, hay algo de verdad en el ejemplo de los planos superpuestos, porque más allá de la atmósfera física hay una considerable capa que sólo consta de materia astral y mental, y externamente a ésta hay otra capa de solo materia mental. Cuando llegamos al plano búddhico la extensión es tan enorme que los que pudiéramos llamar cuerpos búddhicos de los diferentes planetas de nuestra cadena, contactan unos con otros de modo que toda la cadena no tiene más que un cuerpo búddhico, y por lo tanto, en el vehículo búddhico puede pasar el hombre de uno a otro planeta. Me parece que cuando las investigaciones alcancen al plano nirvánico hallaremos que su materia se extiende hasta incluir otras cadenas y aun tal vez todo el sistema solar. Aunque esto sea verdad en cuanto se nos alcanza, no da exacta idea de la disposición de los planos, porque nuestra mente sólo puede percibir tres dimensiones cuando en realidad hay muchas más, y a medida que elevamos nuestra conciencia plano tras plano, nos ofrece cada etapa una nueva posibilidad de abarcar una más de estas dimensiones. Es difícil por ello describir exactamente la situa-

ción de quienes han pasado de la vida física a otros planos. Algunos rondan por las que fueron sus moradas terrenas para mantenerse en contacto con sus amigos del plano físico y visitar los lugares en que habitaron. Otros, por el contrario, se remontan como llevados de la gravedad específica para encontrar un nivel mucho más apartado de la superficie terrestre. Por ejemplo, las personas vulgares que pasan a la vida celeste, flotan a considerable distancia de la superficie de la tierra, aunque algunas de ellas permanecen atraídas a nuestro nivel. Sin embargo, por regla general, podemos imaginarnos a los moradores del mundo celeste en una esfera, zona o anillo alrededor de la tierra. Lo que los espiritistas llaman tierra de verano se extiende a muchos kilómetros por encima de nuestras cabezas, y como las gentes de la misma raza y religión propenden a reunirse después de la muerte, según hicieron en vida, podemos describirlas como una especie de red de tierras de verano, extendidas sobre los países a que pertenecieron en su vida física.

Las gentes hallan su adecuado nivel en el plano astral, de la misma manera que lo hallan los objetos flotantes en el océano. Esto no significa que no puedan elevarse y descender a voluntad; pero si no hacen para ello ningún esfuerzo especial, llegan a su propio nivel y allí permanecen. La materia astral gravita hacia el centro de la tierra, lo mismo que la física, pues ambas obedecen a idénticas leyes generales. Podemos admitir que el sexto subplano astral coincide parcialmente con la superficie de la tierra, mientras que el séptimo o ínfimo penetra hasta cierta distancia del interior.

Las condiciones del interior de la tierra no son de fácil descripción. Hay vastas cavidades habitadas por razas cuya evolución difiere de la nuestra. Una de estas razas, que se halla en un nivel notoriamente inferior al de cualquiera raza de la superficie terrestre, se describe en la decimoséptima vida de Alcione. La otra está más cercana a nuestro nivel, y sin embargo, difiere completamente de todo cuanto conocemos.

Según nos aproximamos al centro de la tierra, la materia se halla en un estado difícil de comprender para quienes no la han visto. Es mucho más densa que el metal más denso actualmente conocido, y sin embargo, fluye con tanta facilidad como el agua. Aunque es demasiado densa para constituir formas de vida tales como las que conocemos, tiene su peculiar evolución.

Las enormes presiones aquí existentes le sirven al tercer Logos, para elaborar nuevos elementos; pues la parte central de la tierra puede en verdad considerarse como Su laboratorio, ya que en ella hay temperaturas y presiones de que no tenemos idea en la superficie de la tierra. En el centro de la tierra, bajo la dirección del Logos, legiones de devas y de espíritus de la naturaleza de especial tipo, combinan, disgregan, ordenan y reordenan los átomos físicos extremos, actuando en la maravillosa espiral doble, simbolizada en la lemniscata de Crookes.

Por increíble que nos parezca, el centro de la tierra está directamente relacionado con el corazón del sol, de suerte que los elementos allí elaborados aparecen en el centro de la tierra sin pasar por la superficie; pero es inútil seguir hablando de esto hasta la mejor comprensión de

las dimensiones superiores del espacio. Como sucede con la materia física, la astral de máxima densidad no sirve para las ordinarias formas de la vida astral, pero constituye otras enteramente desconocidas para los estudiantes teósofos de la superficie de la tierra.

En las investigaciones del interior de la tierra no encontramos un eje central de polo a polo, como dijeron algunos mediums, ni tampoco cierto número de esferas concéntricas apoyadas en cogines de vapor. Al propio tiempo, hay ciertas fuerzas que actúan por medio de capas concéntricas, y fácilmente se comprende que este natural fenómeno alucinase a quienes con perfecta buena fe hicieron aquella afirmación.

Hay indudablemente una fuerza de presión etérea, como la hay de presión atmosférica, que podrá utilizar el hombre tan luego como descubra algún material a prueba de éter. La misma presión existe en el mundo astral, y el más común ejemplo de ella es lo que ocurre cuando el hombre se desprende de su cuerpo físico en el sueño o en la muerte.

Cuando el cuerpo astral se retrae del físico no queda éste sin contraparte astral. La presión de la materia astral circundante (que no es más que la acción de la gravedad en el plano astral) impele inmediatamente otra porción de materia astral en aquel espacio astralmente vacío, de la propia suerte que si por medio de un vórtice extrajáramos el aire de un aposento, se precipitaría instantáneamente a substituirlo el aire circundante. Pero esta materia astral corresponderá con admirable exactitud a la materia física que interpenetra, porque cada variedad de materia

física atrae materia astral de correlativa densidad, de suerte que la materia física sólida está interpenetrada por la que podemos llamar materia sólida astral, esto es, materia del ínfimo subplano astral, mientras que la materia física líquida está interpenetrada por la materia astral del sexto subplano o sea astral líquida; y a su vez el gas físico atrae su correlativa materia astral del quinto subplano o sea gas astral. ⁽¹⁾ Pongamos, por ejemplo, un vaso lleno de agua. El cristal del vaso es materia sólida y está interpenetrado por materia astral del séptimo subplano. El agua es materia líquida y está interpenetrada por materia astral del sexto subplano, mientras que el aire que rodea al cristal del vaso y al agua en él contenida está interpenetrado por materia astral del quinto subplano.

También debemos advertir que así como el vaso, el agua y el aire están interpenetrados por el éter físico, asimismo sus correlaciones astrales están interpenetradas por la variedad de materia astral correspondiente a los diversos tipos de éter. Así es que cuando un hombre retrae su cuerpo astral del físico hay una precipitación de las tres modalidades de materia astral, porque el cuerpo físico del hombre se compone de partes sólidas, líquidas y gaseosas. Y como en el cuerpo físico hay éter, debe haber también materia astral de los subplanos superiores correspondientes al éter.

Por lo tanto, la temporánea contraparte astral que substituye al verdadero cuerpo astral cuando éste se retrae del físico, es una copia exacta de

⁽¹⁾ Téngase en cuenta que el orden de los subplanos va desde el primero o más sutil hasta el séptimo o más denso. -N. del T.

él en cuanto atañe al ordenamiento material, aunque no tiene positiva relación con el cuerpo físico ni puede servir de vehículo. No está formado este sustituto de materia astral modelable, sino que es una fortuita agregación de átomos, y cuando el verdadero cuerpo astral se reintegra al físico, expulsa al sustituto sin la más leve oposición.

Tal es el motivo del sumo cuidado que hemos de tener respecto al ambiente en que dormimos, pues si es siniestro, invadirá nuestro cuerpo físico materia astral de repugnante calidad, dejando en él un nocivo sedimento que no podrá por menos de reaccionar nefastamente en el cuerpo astral cuando éste se reintegre. De todos modos la instantánea precipitación de materia astral en cuanto abandonamos el cuerpo físico, demuestra la existencia de la presión astral.

Ahora bien; cuando el hombre al morir deja definitivamente su cuerpo físico, ya no es éste un vehículo, sino un cadáver al que no cabe llamar cuerpo, sino tan sólo una masa de materia en disgregación en forma de cuerpo. Y así como no es ya verdaderamente un cuerpo, tampoco es ya contraparte la materia astral que lo interpenetra. Pongamos un símil que aunque imperfecto nos ayudará a comprender la cuestión. Cuando el cilindro de una locomotora está lleno de vapor, podemos considerar este vapor como la fuerza viva que en el interior del cilindro mueve la máquina. Pero cuando el cilindro está frío y no funciona, no queda vacío sino que se llena de aire, y sin embargo, este aire no es la apropiada fuerza viva por más que ocupe la misma posición que ocupaba el vapor.

La materia astral no es nunca *realmente* sólida sino tan sólo relativamente sólida. Sabemos que los alquimistas medievales simbolizaron en el agua la materia astral a causa de su fluidez y penetrabilidad. Ciertamente que la contraparte de cualquier objeto sólido físico es siempre materia del ínfimo subplano astral, que por conveniencia llamamos materia astral sólida; pero no por ello hemos de atribuirle las mismas cualidades que a los sólidos del plano físico. Las partículas de esta densísima modalidad de materia astral están más distanciadas respecto al volumen de su masa que las partículas de los gases físicos, de suerte que dos cuerpos de la más densa materia astral pasarían a través uno de otro con mayor facilidad que el hidrógeno se difunde en el aire.

En el plano astral no experimenta el hombre la sensación de saltar por encima de un precipicio sino de flotar sobre él. Si está en suelo firme, parte del cuerpo astral penetrará en el terreno de bajo sus pies, aunque no experimentará sensación de dureza ni habrá dificultad alguna de movimientos. Recordemos que en el plano astral el sentido del tacto no es de la misma índole que en el plano físico, pues no se nota si la superficie de un cuerpo es dura o blanda, áspera o fina, fría o caliente, sino que al ponerse en contacto con la interpenetrante substancia se percibe una diferente modalidad vibratoria que puede ser agradable o desagradable, estimulante o depresiva. Cuando al despertar por la mañana recordamos alguna sensación correspondiente al ordinario sentido del tacto es porque el cerebro físico a través del cual pasa ese recuerdo asume el medio de expresión a que estamos acostumbrados.

Aunque la luz de todos los planos proviene del sol, el efecto que causa en el plano astral es muy distinto del correspondiente en el físico. En la vida astral hay una difusa luminosidad que no llega en dirección determinada, pues toda materia astral es luminosa de por sí, y un cuerpo astral no es una esfera pintada, sino más bien una esfera de fuego vivo, transparente y sin sombras. Nunca es de noche en el mundo astral ni tampoco produce efecto alguno el paso de una nube por delante del sol.

El protector invisible no atravesaría una montaña si creyera que le ha de atajar el paso. La finalidad de la llamada «prueba de la tierra» es precisamente enseñarle que la montaña no es para él un obstáculo. Tampoco pueden ocurrir en el mundo astral lo que en el físico llamamos accidentes, porque la fluidez del cuerpo astral le pone a salvo de toda herida y destrucción que pueden dañar el cuerpo físico. Una explosión en el plano astral sería de momento tan desastrosa como una explosión de pólvora en el mundo físico; pero los fragmentos astrales volverían a reunirse rápidamente.

Las entidades astrales pasan continuamente unas a través de otras y de los objetos astrales, porque la materia del plano astral es mucho más fluidica y está mucho más sutilmente agregada. Nunca puede ocurrir lo que llamamos un choque o una colisión, y en circunstancias normales no experimentan conmoción alguna dos cuerpos que mutuamente se interpenetran, a no ser que la interpenetración dure largo rato, como sucede cuando dos personas permanecen lado por lado en la iglesia o en el teatro, pues entonces puede resultar un efecto de importancia.

Hay muchas corrientes capaces de arrastrar a los abúlicos y aun a los que teniendo voluntad no saben ejercitarla. Durante la vida física, la materia de nuestros cuerpos astrales está en constante movimiento, mientras que después de la muerte, salvo que la voluntad lo evite, se apelmaza en capas concéntricas recubiertas por un cascarón de materia grosera. Si el hombre desea servir de algo en este plano, debe evitar la formación de esa cáscara, pues aquellos cuyos cuerpos astrales se han apelmazado en capas, quedan relegados a un solo subplano. Si ya está formado el caparazón, lo primero que ha de hacer quien tome a su cargo a esta entidad astral es librarle de dicha condición, de modo que pueda moverse desembarazada y libremente por todo el plano astral. Para quienes actúan de protectores invisibles en el plano astral no hay subplanos separados sino que todo el plano es el mismo. En la India no está tan generalizada como en Occidente la idea del servicio en el plano astral, porque el servir a Dios con propósito de lograr la liberación se antepone al servicio del prójimo.

Las condiciones atmosféricas y climatológicas no establecen diferencia entre la obra realizada en los planos astral y mental; pero sí se nota mucha diferencia en las ciudades populosas a causa de las grandes masas de formas de pensamiento. Algunos psíquicos necesitan una temperatura óptima de 26° C. para su obra, mientras que otros sólo trabajarán bien a baja temperatura.

En caso necesario, por doquiera puede efectuarse obra oculta, aunque algunos lugares ofrecen muchas más facilidades que otros. Por ejem-

plo, California goza de un clima seco con mucha electricidad atmosférica que favorece el desarrollo de la clarividencia. En Adyar el ambiente es propicio a la fácil concreción de las formas mentales, porque todos los habitantes piensan más o menos en lo mismo. Pero conviene advertir que siempre puede haber resistencia por parte de la persona a quien enviamos nuestros pensamientos, porque algunas han formado a su alrededor tan espesas corazas de egoísmo, que no es posible atravesarlas por más que deseemos beneficiarlos.

QUINTA SECCIÓN

EL EGO Y SUS VEHÍCULOS

EL EGO Y LA PERSONALIDAD

Muchos de nuestros miembros no acaban de comprender el problema del Yo superior y del yo inferior. No es extraño, porque se nos enseña repetidamente que sólo hay una conciencia; y sin embargo, percibimos dos conciencias distintas, por lo que los estudiantes dudan acerca de la verdadera relación entre ambas, y se admiran de que el ego pueda estar enteramente disociado de su cuerpo físico y tener peculiar existencia entre sus compañeros en su propio plano.

Es ya muy vieja esta cuestión del yo inferior y del Yo superior; pero resulta en verdad muy difícil de comprender que después de todo la conciencia es una, y que la aparente diferencia deriva tan sólo de las limitaciones de los diversos vehículos. La conciencia única actúa en su propio y peculiar plano, o sea el mental; pero de una manera vaga e incompleta en el hombre ordinario. La actividad de la conciencia se inclina siempre del lado del bien, porque desea cuanto favorece su evolución espiritual. Incorpora parte de sí misma en la materia inferior, y esta porción actúa en la materia mucho más vivamente, de modo que piensa y obra como si fuera un ser

distinto, olvidada de su relación con la parte de conciencia superior menos desarrollada y no obstante mucho más amplia. Así parece a veces como si la parte estuviese en oposición con el todo; pero el hombre debidamente instruido no se deja alucinar, y a través de la aguda y vívida conciencia inferior alcanza la conciencia superior aunque todavía esté poco desarrollada.

Indudablemente tan sólo una porción del ego se manifiesta en el cuerpo físico, pero aun así no fuera exacto decir que está separado de este cuerpo. Si nos imaginamos el ego como un poliedro en contacto con la superficie, no tendrá de común con ésta más que la cara en contacto, y por consiguiente será muy parcial expresión del poliedro. Si ponemos las caras del poliedro una tras otra en contacto con la superficie, resultarán posiciones distintas del poliedro, pero todas ellas incompletas con respecto a la superficie, pues cada una tendría distinta dirección que no podría estar expresada en las dos dimensiones de la superficie.

En cuanto al hombre ordinario, resultará más exacta la comparación si dotamos de conciencia al poliedro en la única de sus caras que está en contacto con la superficie, aunque los resultados obtenidos por la manifestación de esta conciencia se asimilarían inherentemente a todo el poliedro para manifestarse en una ulterior expresión de él por distinta que fuese de las anteriores expresiones.

Únicamente en el hombre ya bastante evolucionado podemos decir que el ego es consciente de su existencia entre los demás egos en su propio plano. Desde el momento en que se desgaja del alma grupal y empieza a existir de por sí es una

entidad consciente, aunque su conciencia es de muy vaga índole. Puede compararse a la sensación que algunos experimentan en el momento de despertar por las mañanas, cuando se hallan en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, y aunque conscientes de que existen no lo son de lo que les rodea ni de pronto hacen movimiento alguno, como si temieran romper el encanto de la dicha que entonces disfrutaban y transportarlos a las inquietudes del mundo.

Este estado de conciencia, cuya relativa felicidad es uno de los motivos de la pereza en levantarse, se parece mucho a la del ego del hombre vulgar en el plano causal, donde tan sólo se concentra durante el breve intervalo que transcurre entre el fin de una vida en el mundo devacánico y el subsiguiente descenso a una nueva encarnación. En aquel corto período ve lo pasado y prevé el porvenir, o sea que tiene un vislumbre de lo que la vida pasada ha sido para él y de lo que ha de ser su vida inmediata. Durante largos siglos estos vislumbres son los únicos momentos en que tiene plena lucidez de su conciencia, y su deseo de más perfecta manifestación, de mayor viveza y actividad, le mueve el esfuerzo de una nueva encarnación. No es el deseo de vivir en el vulgar significado de esta palabra, sino el de perfeccionar su conciencia de modo que responda a todas las vibraciones posibles de los planos circundantes y acreciente así su simpatía hacia todos los seres.

Cuando el ego no está desarrollado por completo, las fuerzas del plano causal apenas le afectan porque sólo muy débilmente es capaz de responder a tan de todo punto delicadas vibraciones.

Necesita al principio recibir otras mucho más violentas que no son peculiares de su propio plano y por lo tanto desciende a los planos inferiores para en ellos encontrarlas. Así es que por de pronto solamente tiene conciencia plena en el vehículo más duro y grosero, y su atención se enfoca durante largo tiempo en el plano físico, de suerte que si bien este plano es muy inferior al peculiar del ego y ofrece muchas menos perspectivas a la actividad, se siente el ego durante las primeras etapas de su evolución mucho más vívido cuando actúa en el plano físico. A medida que se explaya la conciencia y amplía sus perspectivas, va actuando cada vez más conscientemente en el plano astral.

En muy ulterior etapa, cuando ya sabe actuar plenamente en el plano astral, empieza también a ser capaz de manifestarse por medio de la materia de su cuerpo mental, hasta que termina su presente período de evolución, al actuar tan lúcidamente en el cuerpo causal como ahora en el cuerpo físico.

Estas etapas del sucesivo desarrollo de la conciencia hasta alcanzar su plenitud no deben confundirse con el uso más o menos extenso de los respectivos vehículos. Siempre que el hombre manifiesta una emoción utiliza su cuerpo astral, y siempre que piensa utiliza su cuerpo mental; pero esto dista muchísimo de la capacidad de utilizar uno u otro como vehículos independientes en que por completo se manifieste la conciencia.

El hombre plenamente consciente en su cuerpo astral ha realizado ya considerables progresos. Al salvar el abismo que separa la conciencia física de la astral, ya no hay para él noche, siempre es

de día, puesto que su vida prosigue sin interrupciones de cansancio físico. Tampoco existe para él la muerte, porque la continuidad de su conciencia no sólo trasciende la noche sino que atraviesa las puertas de la muerte y perdura hasta el fin de su vida astral.

Más tarde desarrolla en mayor grado su conciencia hasta actuar sin discontinuidad en el plano mental, y entonces ni su vida ni su memoria sufren interrupciones durante todo el período de una encarnación. Pero todavía hay otro grado superior que eleva la conciencia hasta el plano causal y en él la perpetúa de suerte que en cada nueva existencia conserva la lúcida memoria de todas las vidas pasadas y es capaz de dominar y dirigir las diversas manifestaciones inferiores de su conciencia en todos los puntos de su progreso.

Nadie suponga que se puedan adquirir de golpe estos sucesivos grados de ampliación de la conciencia; porque si bien a veces es rapidísimo y aun instantáneo el paso de un grado a otro, por efecto de algún accidente, enfermedad o práctica intencionada, se requiere para ello que el ego haya actuado anteriormente con toda lucidez en el cuerpo astral, aunque no lo recuerde en su vida física. Con esta condición, después del accidente, enfermedad o esfuerzo podrá ser el hombre continuamente consciente en el plano astral con perfecta memoria de su actuación mientras duerme el cuerpo físico.

De la propia suerte, el hombre debe haberse ejercitado durante largo tiempo en utilizar su cuerpo mental como vehículo independiente antes de salvar la valla que separa la conciencia astral de la mental y conservar la continuidad de su

memoria. Por analogía cabe inferir que también el ego ha de haber sido durante largo tiempo plenamente consciente en su propio plano antes de tener conocimiento de la existencia causal en el cuerpo físico.

Hay individuos cuyo ego ha salido ya algún tanto del dichoso ensimismamiento a que antes nos referimos y es parcialmente consciente de lo que le rodea y por lo tanto de los demás egos. Desde entonces vive y actúa y enfoca la atención en su propio plano; pero aun así debemos recordar que tan sólo infunde en la personalidad una muy pequeña porción de sí mismo, oprimida por intereses tan parciales y distintos de las peculiares actividades del ego en sí, que éste no suele atender a la vida inferior de la personalidad, a menos que ocurra algo extraordinario e insólito.

Cuando el ego alcanza este grado de conciencia, recibe por lo general la influencia de un Maestro cuya enorme energía lo magnetiza, pone las vibraciones del ego en armonía con las suyas, acrecienta múltiplemente la proporción de su desarrollo y le da la primera impresión lúcida del mundo que le rodea. Por este motivo el progreso del ego en las primeras etapas es casi imperceptible por lo lento; pero cuando el Maestro convierte su atención hacia el hombre que la haya merecido, y le mueve a tomar parte y unirse voluntariamente en su obra, adelanta el ego en progresión geométrica.

La porción que a la personalidad puede alcanzar de la corriente de divina influencia derramada en el ego por el Maestro depende de la relación entre el ego y la personalidad, que difiere según los infinitos casos y vicisitudes de la vida humana.

Al irradiar sobre el ego la energía espiritual, seguramente que parte de ella ha de alcanzar a la personalidad de la que no está en absoluto desligado, aunque en el caso del hombre vulgar sea muy distinto el ego de la personalidad: En el hombre vulgar, el ego no presta mucha atención a la personalidad ni tiene clara idea de su objeto, aparte de que la porción de él infundida en ella tiene distinta actividad y se va desarrollando por la experiencia adquirida, que se transmite a la porción superior del ego; pero a la par de este positivo desarrollo adquiere otro que apenas, merece el nombre de tal, porque si gana conocimiento se asimila prejuicios de todo punto contrarios al conocimiento y aun al sentimiento y a la acción, de los cuales no se libra enteramente hasta alcanzar el adeptado. Poco a poco la porción inferior del ego va reconociendo estos prejuicios y los trasciende, aunque siempre le sujetan gran número de limitaciones de que la porción superior del ego está enteramente libre.

Respecto a la cantidad de energía espiritual que alcanza a la personalidad, sólo cabe computarla en cada caso particular por medio de la clarividencia. Pero siempre debe fluir algo de ella, porque lo inferior está enlazado con lo superior como la mano con el cuerpo por medio del brazo, aunque únicamente recibe la porción de espiritual energía que es capaz de recibir.

También influyen mucho en esto las cualidades, porque el Maestro suele actuar sobre las que aun siendo propias del ego están obscurecidas en la personalidad, y entonces recibe ésta muy poca energía espiritual. Así como el ego sólo puede asimilarse aquellas experiencias de la personalidad

compatibles con su índole, así también la personalidad sólo puede expresar aquellos impulsos del ego a que sea capaz de responder. Recordemos que el ego propende siempre a excluir el mal, y la personalidad a excluir el bien, o mejor dicho, lo material uno y lo espiritual otra, porque en rigor no hay nada absolutamente malo.

A veces la clarividencia percibe la actuación de estas influencias. Hay días en que sin causa aparente se ve mucho más intensificada una característica de la personalidad; pero la verdadera causa es que en aquella circunstancia se está estimulando dicha característica en el ego. Los accesos de afecto o devoción que de cuando en cuando siente el hombre sin saber por qué, dimanen de los estímulos del ego o del especial interés que entonces se está tomando por la personalidad.

Durante la meditación suele el hombre estimular este interés del ego, aunque vale mucho más, esforzarse en ascender a la superior actividad del ego que interrumpirla para atraer su atención hacia lo inferior. La influencia superior está siempre estimulada por la verdadera meditación, que *siempre* es eficaz aunque en el plano físico parezca enojosa y desabrida. Cuando el hombre se realza hasta el nivel de su ego, no recibe la personalidad gran cosa de energía espiritual, y por lo tanto la deja embotada y ensombrecida. De aquí se infiere que el grado de influencia que la personalidad recibe del Maestro depende principalmente de dos condiciones: la mayor o menor relación entre el ego y la personalidad en aquel momento, y la especial actuación del Maestro en el ego, es decir, las cualidades en que a la sazón esté influyendo.

La meditación y el estudio de las cosas espirituales, durante la vida terrena pueden alterar profundamente el carácter de la vida del ego. En las gentes vulgares que no han considerado seriamente los asuntos espirituales, el Yo superior y el yo inferior están enlazados tan sólo por un hilo. En este caso, la personalidad parece serlo todo, y el ego, aunque indudablemente existe en su propio plano, no gusta de hallarse allí activo, y cabe compararlo con el polluelo que crece dentro del huevo; pero en quienes se esfuerzan en obrar con rectitud, cabe la esperanza de que el ego no tarde en ser vívidamente consciente, porque ha roto el cascarón y obra con gran actividad y energía. Según vayamos adelante seremos capaces de unificar en lo posible nuestra conciencia personal con la vida del ego y tendremos entonces una sola conciencia, que en el plano físico será la conciencia del ego conocedor de todo cuanto suceda. Pero hoy día en la mayor parte de las gentes suele haber mucha oposición entre el ego y la personalidad.

Quedan por considerar otros puntos. De ningún modo es posible juzgar siempre del ego por su manifestación en la personalidad, porque el de carácter sumamente práctico podrá parecer en el plano físico más enérgico que otro superiormente desarrollado, pero cuya energía esté casi toda concentrada en el plano causal o en el búddhico. Así es que quien mira las cosas desde el plano físico yerra frecuentemente en su juicio respecto de la relativa situación de los demás.

Si os tratáis con un ego bastante adelantado, echaréis de ver que no cuida mucho de su cuerpo, pues todo cuanto pone en la personalidad le pa-

rece que *se lo quita a si mismo*. He visto repetidos casos en que el ego estaba como inactivo y algo retraído en sí; pero por otra parte, en estos casos siempre hay entre el ego y la personalidad un flujo de enlace que no es posible en el hombre vulgar.

La porción del ego que se infunde en la personalidad del hombre ordinario, allí se queda sin mayor atención por parte de la porción superior; pero en más adelantada etapa hay constante comunicación entre ambas porciones del ego, por lo que éste puede siempre que quiera retraerse más o menos en sí mismo dejando en la personalidad muy pobre representación del verdadero hombre. Así resulta que las relaciones entre el Yo superior y el yo inferior varían mucho según los individuos y el grado o etapa de su desarrollo.

En cuanto a la actividad del ego, puede aprender algo en su propio plano o ayudar a otros egos. Hay muchas clases de labor para las que necesita un flujo de energía, y entonces desviará la atención de su personalidad, de la propia suerte que un comerciante ocupado en algún negocio arduo, puede olvidarse temporáneamente de su perro o de su caballo.

Cuando esto ocurre, suele llamar la personalidad la atención del ego por medio de extravagancias o bellaquerías que ocasionan acerbos sufrimientos. Fácil es observar que después de una labor en que el ego haya debido tomar parte muy activa, como por ejemplo, pronunciar un discurso ante un numeroso auditorio, el ego se lleva consigo casi toda la energía y deja a la personalidad poco menos que agotada. Mientras el ego consideró que era necesaria su participación en la

obra, infundiose más abundantemente en la personalidad; pero después la deja deprimida.

No siempre la depresión de ánimo tiene esta causa, pues mucho más a menudo proviene de otras distintas, como la presencia de una baja entidad astral o de seres no humanos. Tampoco dimana siempre el gozo de la influencia del ego sino de la vecindad de armoniosos espíritus de la naturaleza o de otras causas análogas.

El canal de enlace o comunicación entre el ego y la personalidad no está siempre abierto. Algunas veces parece como si estuviera obstruido, lo cual no es extraño si se considera su estrechez, y en tal caso es posible que un nuevo impulso de energía espiritual lo obstruya, como sucede en las conversiones. Sin embargo, en algunos de nosotros siempre hay más o menos corriente entre el ego y la personalidad. La meditación, conscientemente efectuada, abre el canal y lo mantiene abierto. En esto conviene recordar de nuevo que vale más elevarse hasta el ego que atraerlo a la personalidad.

Todo ego tiene algún conocimiento de sí mismo, por lo menos un vislumbre de su pasado y de su porvenir en el intervalo entre dos vidas. En el hombre atrasado el ego sólo despierta por un momento en este intervalo y después vuelve a caer en sueño, aunque durante la vida física más bien dormita que duerme. Pero en el hombre evolucionado, el ego está siempre despierto y alerta, y con el tiempo advierte que puede hacer muchas obras buenas. Entonces se realza a condición tal, que vive concretamente en su propio plano, aunque en muchos casos sigue todavía soñoliento. La finalidad del ego es aprender a vivir con

plena actividad en todos los planos, incluso en el físico.

Supongamos que un ego tenga el afecto y el cariño por preferidos modos de manifestación. Esta cualidad afectiva es la que el ego necesita que se manifieste en la personalidad, y si el hombre es de afectuoso y amable trato y procura serlo siempre y con todos, el ego se infundirá más intensamente en la personalidad porque encuentra en ella lo que necesita y desea. Cuidemos de proporcionarle al ego lo que pide y se aprovechará de ello. Los egos suficientemente desarrollados pueden ayudar en su propio plano a otros egos. El ego de la persona vulgar tiene, por decirlo así, una vida vegetativa y apenas se percata de la presencia de otros egos. La personalidad no conocerá lo que el ego hace hasta que se unifique con él. Así el ego puede conocer al Maestro aun que la personalidad no lo conozca. El estudio de las cosas ocultas y la práctica de lo aprendido despierta al ego. La pura e inegoísta devoción pertenece a los planos superiores y es propia del ego.

A mi entender, las experiencias de la personalidad no se transmiten íntegramente al ego, sino que tan sólo se asimila su esencia prescindiendo de los pormenores. Todo pensamiento de los que llamamos malos es imposible en el ego, y para definirlos ha de descender al cuerpo físico. Durante la vida celeste se dedica el ego con mayor cuidado a la asimilación de las experiencias de la personalidad, aunque se las está asimilando continuamente. Quien emprende el estudio de la Teosofía y practica sus enseñanzas, despierta la atención del ego porque le envía vibraciones a que puede responder. El hombre vulgar apenas tiene

en su vida nada capaz de atraer la atención del ego.

El amor abnegado y el afecto inegoísta corresponden al primer subplano del plano astral, que se refleja directamente en el primer subplano mental, y por lo tanto no está en contacto con el séptimo subplano mental sino en vecindad con el plano causal. Por esta razón sólo influyen en el ego los pensamientos inegoístas. Los bajos pensamientos afectan a los átomos permanentes, pero no al ego, y en correspondencia con ellos no hay en el cuerpo causal siniestros colores sino lagunas o vacíos. El bajo egoísmo aparece en el cuerpo causal como carencia de afecto o simpatía, Y cuando se desarrollen las buenas cualidades se llenará el vacío. En el cuerpo causal se puede ver de qué cualidades carece un hombre. Si procuramos educir las cualidades que el ego necesita, vendrá a ayudarnos en la tarea.

Como dice *Luz en el Sendero*, vigilad al ego, dejad que batalle a través de vosotros, y sin embargo no olvidéis jamás que sois el ego. Por lo tanto, identificaos con él y haced que lo inferior ceda en vosotros el paso a lo superior. Pero no os desalentéis por los fracasos, aunque sean muchos, pues en cierto modo es el fracaso un éxito porque nos enseña a ser más prudentes en nuevas ocasiones. No siempre podemos tener éxito en todo, aunque seguramente lo alcanzaremos con el tiempo; pero conviene recordar que no se exigen éxitos continuos sino que obremos cuanto mejor podamos.

CONTRAPARTES

Cuando el ego reencarna atrae a su alrededor una masa de materia astral no concretada todavía en cuerpo astral, sino que en un principio tiene configuración ovoide o sea la más aproximada a la que podemos concebir del cuerpo causal; pero en el siguiente paso hacia la encarnación, cuando en medio de aquella materia astral se forma un cuerpo físico, dicha materia astral pierde su configuración ovoide y se adhiere enérgicamente a la periferia del cuerpo físico, violentamente atraída por él.

Según crece el cuerpo físico, le acompaña la materia astral en todos los cambios del crecimiento, con lo que el noventa y nueve por ciento del cuerpo astral del hombre queda vigorosamente comprimido en la periferia del físico y tan solo el uno por ciento restante llena lo demás de la forma ovoide.

En las láminas de *El hombre visible e invisible* bosquejamos ligeramente en negro el contorno del cuerpo físico, porque nuestro especial propósito en aquella obra fue señalar los colores del ovoide y el modo en que denotan el desarrollo del hombre por la transferencia de vibraciones de los cuerpos inferiores al superior; pero en

realidad, la contraparte astral del cuerpo físico es muy concreta, definida y claramente distinta del circundante ovoide.

Conviene advertir que la materia astral se adapta exactamente a la forma de la materia física a causa de la atracción que ésta ejerce en aquella. Sin embargo, aunque digamos que el ínfimo subplano astral se corresponde análogamente con la materia física sólida, es de muy diferente contextura, porque toda materia astral tiene con su análoga materia física una relación comparable a la del líquido con el sólido. Así es que las partículas del cuerpo astral, tanto en sus porciones más groseras como en las más finas, están en continuo entrechoque, por el estilo de las partículas del agua corriente, y en consecuencia se echa de ver la imposibilidad de que el cuerpo astral tenga sentidos de percepción en la misma forma que los tiene el cuerpo físico.

Sin duda que todos los elementos morfológicos del ojo físico tienen su exacta contraparte o duplicado de materia astral; pero las partículas que en determinado momento constituyen dicha contraparte pueden al cabo de un segundo haber pasado a constituir la contraparte de la mano o del pie. Por lo tanto, no ve el hombre en el plano astral por medio de la contraparte del ojo físico ni oye con la contraparte del oído físico, aunque tampoco es exacto llamar «ver» y «oír» a los astrales percepciones, porque estos conceptos suponen órganos especiales de los sentidos, mientras que en realidad toda partícula del cuerpo astral es capaz, de recibir y transmitir vibraciones, aunque únicamente de su propio tipo.

Así es que cuando el hombre tiene un vislumbre

de conciencia astral le sorprende el ser capaz de ver simultáneamente por todas las partes de su cuerpo astral y no tan sólo por los ojos de la frente; como cuando está en el plano físico. Por lo tanto, la exacta correspondencia entre los cuerpos físico y astral es cuestión de forma externa y no implica similitud de funciones orgánicas.

Pero la continuada atracción ejercida por la materia física en la astral, durante el transcurso de la vida terrena, establece en la materia astral una especie de hábito o propensión que la determina a retener la misma forma aun cuando se substraiga temporáneamente a la atracción del cuerpo físico durante el sueño o definitivamente después de la muerte, por lo que en la vida astral, por larga que sea, perdura el contorno de la figura del cuerpo físico casi inalteradamente. Decimos casi, porque conviene recordar que el pensamiento tiene poderosa influencia en la materia astral y puede modelarla rápidamente, de modo que si después de la muerte se considera un hombre más joven de lo que era al tiempo de morir, tomará su cuerpo astral apariencia juvenil.

Hay quien pregunta: «Si amputamos, el brazo de un hombre, desgajamos la rama de un árbol o rompemos la pata de una silla ¿se quitan también las respectivas contrapartes astrales? En caso afirmativo ¿podremos quebrar un objeto físico si quebramos su contraparte astral? Más claro: si con la mano de mi cuerpo astral rompo la contraparte astral de una silla ¿quedará también rota la silla física?» Los tres casos propuestos no son enteramente análogos. Tanto el hombre como el árbol tienen vida orgánica que hace de sus cuerpos astrales un coherente conjunto, firmemente

atraídos por las partículas de los cuerpos físicos y adheridos a su configuración; pero si substraemos parte de este cuerpo físico, la coherencia de la materia astral viva es más fuerte que la atracción hacia la parte amputada, y por lo tanto, la contraparte astral del brazo o de la rama no será arrastrada con la parte física, sino que por el hábito adquirido de mantenerse en aquella particular forma, continuará reteniendo durante corto tiempo la configuración original hasta que se retraiga en los límites del mutilado cuerpo.

En el caso de un objeto inanimado, como una silla o una cubeta, no hay vida individual que mantenga la cohesión, y así queda rota la contraparte astral al romper el objeto físico, aunque no es posible romper previamente la contraparte, astral para que de su rotura resulte la del objeto físico, pues esta rotura ha de iniciarse en el plano físico.

Con una mano astral se puede mover un objeto puramente astral, pero no la contraparte astral de un objeto físico. Para esto último sería necesario materializar la mano y mover el objeto físico, de suerte que la contraparte astral le acompañase en el movimiento. La contraparte astral es inherente al objeto físico como el perfume a la rosa. Creer que moviendo la contraparte astral se puede mover también el objeto físico fuera lo mismo que creer que moviendo el aroma se puede mover la flor que lo exhala.

El cuerpo astral tiene, como el físico, su proceso de asimilación y desasimilación, aunque afortunadamente no es necesario en el plano astral el pesado y fatigoso procedimiento de cocinar, comer y digerir manjares. Las partículas elimi-

nadas se substituyen por otras atraídas de la circundante atmósfera astral. No se siente hambre ni sed; pero el ansia del glotón para halagar el gusto y la del beodo por la embriaguez que produce el alcohol son de índole astral y perduran después de la muerte con el tormento de no tener cuerpo físico para satisfacer el apetito.

En cuanto hasta ahora sabemos, no parece que el cuerpo astral sea capaz de fatigarse. Durante la vida terrena, el hombre ordinario no tiene ocasión de actuar prologadamente en el plano astral, porque sus noches de actuación astral alternan con los días de actuación física. Sin embargo, conozco el caso de un hombre que teniendo el derecho de reencarnar inmediatamente hubo de esperar veinticinco años en el plano astral hasta adquirir las especiales condiciones que su nueva existencia requería. Empleó todo aquel tiempo en el servicio ajeno sin cesar un punto, excepto cuando asistía incidentalmente a las clases dirigidas por discípulos de nuestros Maestros. A pesar de esta incesante actividad me aseguró que nunca había notado la menor fatiga y que no recordaba lo que era cansancio.

Todos sabemos que la emoción muy violenta o por largo tiempo sostenida nos fatiga prontamente en la vida terrena, y como la emoción es de índole astral, pudiera creerse en la posibilidad de que se fatigue el cuerpo astral. Sin embargo, mi parecer es que tan sólo se fatiga el cuerpo físico por cuyo medio ha de manifestarse en este plano todo cuanto está en nosotros. Lo mismo cabe decir de la fatiga mental. La *mente* no se cansa, sino el cerebro físico que de instrumento de manifestación sirve a la mente.

Quien todavía no haya alzado su vista sobre el nivel astral, solo verá materia astral cuando mire el aura de sus semejantes. Verá que esta materia astral no sólo rodea el cuerpo físico sino que lo interpenetra, y que en la periferia del cuerpo físico es la materia astral mucho más densa y compacta que en la porción externa del aura. Esto resulta de que las células del cuerpo físico atraen gran cantidad de materia astral densa que forma su contraparte.

Cuando durante el sueño se retira el cuerpo astral del físico, subsiste el agregado de materia astral de modo que a la mirada del clarividente aparece como una forma semejante al cuerpo físico circundado por un aura. Esta forma es de materia astral, pero la gran diferencia de densidad entre ella y el aura que la rodea permite distinguirla claramente, aunque sólo es un aura más densa. Es muy notable la diversidad de aspecto entre el hombre evolucionado y el todavía no evolucionado. En este último caso, la forma y características internas pueden reconocerse, aunque borrosas e indefinidas; pero el ovoide circundante apenas merece este nombre, porque es una neblina amorfa sin regularidad ni permanencia de contornos.

En el hombre evolucionado son muy distintas el aura y la forma interna. Esta última es mucho más definida y reproduce el aspecto físico de la persona. En vez de una neblina entrelazada vemos una forma de configuración concretamente ovoide, que conserva su figura a pesar de las variadas corrientes que se arremolinan a su alrededor en el plano astral. Aunque la disposición del cuerpo astral se altera muchísimo después de la muerte

por la acción del elemental del deseo, no llega al punto de borrar el reconocimiento de la forma en el interior del ovoide, por más que según transcurre el tiempo las naturales alteraciones propenden en conjunto a dar a la forma un aspecto más vago y espiritual.

LOS COLORES DEL CUERPO ASTRAL

Todo color relativamente permanente del cuerpo astral denota la persistencia de una vibración que con el tiempo produce su efecto en el cuerpo mental y también en el causal, de modo que las cualidades superiores desarrolladas por la experiencia de la vida en los planos inferiores se van asimilando poco a poco al permanente cuerpo causal como cualidades propias del alma. Los colores pueden combinarse en determinada proporción; y así, por ejemplo, el rosa (afecto) combinado con el azul (devoción religiosa) dará un tono violeta claro. Únicamente los *buenos* pensamientos y sentimientos se asimilan al cuerpo causal, donde quedan permanentemente almacenados como parte integrante del carácter del hombre. Las demás clases de pensamientos y sentimientos no transponen los vehículos inferiores y son relativamente transitorios. El tamaño de la forma de pensamiento denota la viveza de la emoción.

EL CUERPO CAUSAL

Ningún número de cuerpos físicos podrían contener completamente el cuerpo causal, como tampoco cualquier número de líneas pueden formar un cuadrado ni cualquier número de cuadrados un cubo. El ego se infunde en sus diversos vehículos con el propósito de capacitar al cuerpo causal para responder a mayor número de vibraciones y también para aumentar su tamaño. La mayor parte de las gentes apenas tienen conciencia en el cuerpo causal. No es posible pulsar directamente las cuerdas de estos egos, pues se han de poner en vibración desde abajo por medio de sobretonos. La mayoría de los hombres sólo actúan en el presente en el tercer subplano del mental (la parte ínfima de sus cuerpos causales) y aun solamente la materia inferior de dicho subplano entra en acción. Al hallar el Sendero, se abre a sus pasos el segundo subplano. El adepto utiliza su cuerpo causal cuando actúa conscientemente en el plano físico. Para conocer en qué etapa de su evolución está un hombre, es un fácil aunque basto medio examinarle el cuerpo causal, que también denota cómo llegó el hombre a la

etapa en que se halla. El desarrollo de todos nosotros se efectúa regularmente y a todos nos falta desarrollarnos en algún aspecto. El cuerpo causal del animal que se individualiza es de mínimo tamaño, y desde entonces se ha de ir desarrollando en tamaño y coloración.

EL ELEMENTAL DEL DESEO

Gran porción de materia del cuerpo astral está vivificada por la esencia elemental substraída de la masa correspondiente a su plano y es la expresión del hombre en este plano. Es una esencia viva aunque no inteligente; pero posee cierto instinto llamado por Sinnett «inteligencia incipiente» que la guía para lograr sus deseos. Ciega e irracionalmente, pero con instinto, busca sus fines y demuestra mucha ingeniosidad en alcanzar sus deseos y proseguir su evolución que consiste en descender a la materia. Su propósito es convertirse en mónada mineral, y así tiene por objeto de su vida acercarse cuanto le sea posible al plano físico y ponerse en contacto con las más groseras vibraciones. Ni por asomo sabe nada del ego; pero conoce que está separada del común acerbo de la esencia elemental y le place la separación. No es de naturaleza demoníaca ni se la ha de odiar, porque también es parte de la vida divina como el ego, aunque con inclinaciones diametralmente opuestas. La esencia elemental involuciona y desciende; el ego evoluciona y asciende. La esencia elemental desea mantenerse en separada vida y por instinto conoce que esto sólo puede lograrlo por su relación con el ego. No ignora la

existencia de la mente inferior del hombre y comprende que apoderándose de ella podrá alucinar al ego y persuadirle a proporcionarle mayor suma de sensaciones y deseos. Cuando la esencia elemental logra identificar al ego con sus inclinaciones y apoderarse de la materia mental inferior, el ego no puede por entonces recobrarla y queda en gran parte perdida del todo en la vida de ultratumba.

Por lo tanto, vemos que el elemental del deseo sigue su natural inclinación sin saber que perjudica al ego al sofocar la mente inferior. Cuanto más la sofoque mejor será para el elemental del deseo, pues el período de la vida astral estará en proporción de la materia mental sofocada, hasta el punto de que todavía puede subsistir en forma de cascarón luego de haber pasado el ego al mundo celeste. Por lo tanto, el ego no ha de permitir el engaño, pues el elemental del deseo nada sabe de la evolución de él ni le importa otra cosa que seducirlo como instrumento para lograr sus fines. El ego ha de comprender la situación y rechazar todo atractivo, teniendo presente que el elemental del deseo es una entidad distinta de él en la que se levanta la concupiscencia.

Para mejor combatirlo en la lucha con él sostenida hemos de reflexionar diciendo: «Yo no soy eso; yo no deseo estas bajezas». Sin embargo, el ego es responsable de las lubricideces y libidinosidades del elemental del deseo porque en la vida pasada lo hizo tal cual es en la presente. No significa esto que entonces existiera el mismo agrupamiento de materia astral y esencia elemental, pues fue agregado nuevamente al reencarnarse el ego; pero es reproducción exacta de la materia

del cuerpo astral en el momento de terminar el período astral de la última encarnación. Sin embargo, el elemental del deseo no es el ego, y de esto se ha de acordar siempre el hombre y mucho más todavía durante el período astral de su vida porque entonces aumenta la posibilidad del engaño.

Acaso diga alguien que el ego estorbará o impedirá la involución de la esencia elemental si rechaza su influencia. De ningún modo, y aun al contrario. Mejor favoreceréis la involución del elemental dominando las bajas pasiones y manteniéndoos firmes en vuestra posición, porque si bien no estimularéis su parte inferior, en cambio desarrollaréis la superior. El animal puede dar mucho mejor que el hombre las vibraciones groseras, mientras que únicamente el hombre puede desarrollar el tipo superior de esencia elemental.

Después de la muerte física, el hombre vulgar que nunca oyó hablar de estas cosas se ve desconcertado al despertar en el mundo astral y más o menos se conturba, hasta que se conforma con aquellas para él incomprensibles condiciones de existencia, creyéndolas necesarias e inevitables. Algunas lo son en efecto, pero otras no y el conocimiento puede transponerlas.

El elemental se atemoriza entonces porque sabe que a la muerte física va a seguir con mayor o menor rapidez la astral, perdiendo después las coyunturas de gozar de intensas y vívidas sensaciones. En consecuencia procura hacer todo lo posible para retardar la desintegración del cuerpo astral, y como conoce las condiciones físicas de la materia astral y sabe que la más grosera dura más y resiste mejor al desgaste, dispone las capas

del cuerpo astral de modo que la más densa o grosera quede en la superficie. Al hacerlo así tiene razón desde su punto de vista, pues aunque durante la vida física las moléculas del cuerpo astral se muevan sin cesar como las del agua hirviente, en la vida astral queda la materia ordenada en capas según su densidad, de suerte que no pueden rebullir las moléculas.

Ahora bien, el cuerpo astral carece de órganos de percepción sensoria, aunque sí tiene órganos correspondientes a los sentidos corporales, por más que no sea posible ver, oír y oler con ellos. En aquel estado sé ve y oye por toda la superficie del cuerpo astral; pero sólo se perciben las vibraciones del subplano astral cuya materia sea de la misma densidad que la de la superficie del cuerpo astral, porque cada subplano tiene distinto grado de materia. Resulta de esto que en el hombre vulgar el elemental encierra al ego en una especie de cáscara, envoltura, caja o capullo de materia astral, que sólo le permite percibir las bajas y groseras vibraciones del ínfimo subplano astral. Si al ego le extraña aquella reclusión, el elemental le hará creer que de no aferrarse a la materia inferior, se perdería flotando en nebulosa vaguedad.

Pero si el ego protesta y se rebela contra el encierro, las partículas del cuerpo astral dejarán de formar capas superpuestas por orden de densidad, y entremezclándose unas con otras como durante la vida física, podrá percibir las vibraciones de todos los subplanos del mundo astral.

La decisiva batalla entre el ego y el elemental se libra al terminar la vida astral, cuando el ego procura recoger cuanto sembró al comienzo de aquella encarnación, es decir, retirar el capital

invertido con los intereses representados por las experiencias adquiridas y las facultades desarrolladas durante la vida física. En aquel punto tropieza con la hostilidad del elemental del deseo que él mismo engendró y nutrió.

Aunque no se le puede atribuir inteligencia, está el elemental del deseo dotado de un poderoso instinto de conservación que le mueve a resistir con todas sus fuerzas la aniquilación que le amenaza. En el hombre ordinario triunfa el elemental porque las facultades mentales estuvieron durante la vida física dominadas por el deseo y prostituídas a su servicio, es decir, que el deseo sofocó de tal modo la mente inferior, que le es imposible libertarse durante el período astral. Por lo tanto, el resultado de la lucha es que aun después de pasar el ego al mundo celeste, queda en el cascarón astral algo de materia mental y aun a veces de materia causal.

Pero cuando durante la vida física logra el hombre vencer por completo la concupiscencia y libertar del deseo la mente inferior, no hay lucha contra el elemental, y entonces el ego reclama firmemente el capital con los intereses. Desgraciadamente hay un extremo opuesto en que el ego no puede reclamar ni capital ni intereses. De lo dicho se colige que en nuestro interés está dominar durante las vidas física y astral al elemental del deseo sin dejarnos dominar por él. Consideremos que somos dioses en formación y a nuestro lado están todas las fuerzas y potestades del universo. El éxito es seguro. Obedezcamos a la ley y todo resultará sencillo.

Muy apetecible es el absoluto dominio de las pasiones, pero pocos lo consiguen. En el plano

astral habréis de conservar la presencia de ánimo, pues veréis cosas espantosas, y si no sois dueños de vuestros sentimientos y emociones arriesgáis hacer algo que os aflija. En el mundo suelen cometer las gentes muchas brutalidades sin saber lo que hacen, como cuando un rudo maestro de escuela abofetea a un niño sin darse cuenta de lo abominable de esta acción; pero en el plano astral se echa de ver al punto su odiosidad y aun a veces los tremendos horrores del karma que arrastra. En el plano astral se ven plenamente los efectos aun de una palabra áspera. Las pasiones violentas atraen con frecuencia entidades de abyecta índole que se infunden en las formas mentales para gozar de sus vibraciones. Estas formas mentales así animadas pueden subsistir durante muchos años y aun producir fenómenos poltergéísticos.

ALMAS PERDIDAS

Inefable consuelo es verse libre por las lógicas enseñanzas teosóficas de la horrible pesadilla de la eterna condenación en que todavía creen los más ignorantes cristianos que no comprenden el verdadero significado de ciertas frases atribuidas en el evangelio al Fundador del cristianismo. Pero algunos estudiantes de Teosofía, gozosamente entusiasmados por el glorioso descubrimiento de que toda entidad ha de alcanzar al fin la perfección, se descorazonan al saber que en ciertas condiciones puede perderse un alma y dudan de si el reino de la ley es en efecto universal o si hay posibilidad de que un hombre se substraiga al dominio del Logos y pierda su alma. Tranquilícense quienes así dudan, porque la voluntad del Logos es infinitamente más poderosa que toda voluntad humana y ni el mayor esfuerzo de perversa astucia puede prevalecer contra ella.

Cierto es que el Logos concede al hombre el libre albedrío, pero sólo en definidos límites, que se ensanchan cuando debidamente lo usa y entonces se le da mayor poder sobre su destino, al paso que si lo emplea en el mal, aumenta con ello sus limitaciones, de suerte que mientras su poder para el bien es ilimitado, porque lleva en

sí la potencialidad del progreso indefinido, su poder para el mal queda rígidamente restringido. No sucede así por desigualdad en la aplicación de la ley, sino porque en un caso obra en colaboración con el Logos y se mueve en la misma dirección de la corriente evolutiva, mientras que en el otro caso actúa contra esta corriente.

La frase «alma perdida» no expresa exactamente el concepto, porque se presta al error de darle más amplio significado del que en realidad tiene. En el lenguaje familiar la palabra «alma» es muy vaga, aunque en general denota el principio sutil y permanente del hombre, de modo que la pérdida, del alma equivale en términos vulgares a la pérdida del hombre. Esto es precisamente lo que nunca puede suceder, y así resulta errónea la expresión «alma perdida», por lo que conviene aclarar el concepto considerando los tres casos a que inadecuadamente se refiere.

1. Los eliminados de la evolución en el promedio de la quinta ronda. Esta eliminación es precisamente la condenación eoniana (no eterna) que Cristo señala como un peligro a sus empedernidos oyentes. Esta condenación significa tan sólo que los condenados son incapaces por entonces de seguir adelante en su evolución; pero no implica vituperio ni castigo, excepto cuando la incapacidad resulta de haber desaprovechado las ocasiones de adelanto. La Teosofía enseña que todos los hombres son hermanos, pero no que sean todos iguales, pues hay inmensas diferencias entre ellos. Entraron en la evolución humana en diversos períodos, de suerte que hay almas mucho más viejas que otras y están a muy distinto nivel en la escala de su desarrollo. Desde luego que las

almas viejas aprenden mucho más pronto que las Jóvenes, y como así aumenta rápidamente la distancia que las separa, llega un punto de la evolución en que las condiciones necesarias para las almas viejas son enteramente inadecuadas para las jóvenes.

Cabe poner por analogía lo que ocurre en las clases universitarias. El catedrático tiene todo el curso de tiempo para explicar la asignatura de modo que los alumnos se dispongan al examen. Divide la labor docente con arreglo a las lecciones del programa ordenadas de lo fácil a lo difícil. Pero los alumnos son de diversas edades y aptitudes. Unos adelantan rápidamente; otros se estacionan y algunos se atrasan. Además, si la clase es de matrícula continua, entran durante el curso nuevos alumnos que nada saben de la materia asignada, hasta que a mitad de curso el catedrático se ve precisado a cerrar la matrícula sin admitir a nadie más.

Cosa parecida ocurrió en el curso de la evolución en el promedio de la actual cuarta ronda, cuando quedó cerrado el paso del reino animal al reino humano, excepto en unos cuantos casos excepcionales que pertenecen al porvenir, de la propia suerte que hay ahora entre nosotros algunos adeptos noveles que no son restos rezagados de los adeptos lunares, sino hombres más adelantados que el resto de la humanidad.

De la misma manera, hay unos cuantos animales a punto de la individualización que los demás de su clase no alcanzarán hasta el fin de la séptima ronda. En el globo siguiente al nuestro podrán tener estas excepciones ocasión de tomar primitivos cuerpos humanos.

Prosiguiendo la analogía de la escuela, diremos que en el último tercio del curso ya sabrá el catedrático qué alumnos saldrán airoso del examen, cuáles tienen dudoso éxito y quiénes quedarán seguramente suspensos. Por lo tanto, muy puesto en razón estaría que les dijese a estos últimos:

"Hemos llegado a un punto en que de nada os aprovecharía cuanto explicase en adelante. Por más que os esforzaseis no podría prepararos debidamente en el tiempo que falta para el examen, y así no sólo serían inútiles para vosotros las sucesivas explicaciones porque no las comprenderíais sino que resultarían un estorbo para los más adelantados. En consecuencia, lo mejor que podéis hacer es ir a la clase inmediatamente inferior a ésta, repasar las lecciones preliminares que no habéis aprendido aún del todo y volver aquí el curso que viene para salir entonces airoso del examen».

Esto mismo sucederá en el promedio de la quinta ronda. Quienes por más que hagan no sean capaces de alcanzar durante el tiempo restante el nivel de la evolución señalado a la quinta ronda, habrán de retroceder a una clase inferior, y sino está todavía abierta el aula, esperarán en paz hasta la hora oportuna. De estas almas cabe decir que están perdidas *para nosotros*, es decir, que se separarán de nuestro lado por incapaces de seguir con nosotros en la corriente de evolución a que pertenecemos. No serán de «vuestro año» o de «vuestro curso» como se dice en las universidades; pero seguramente serán alumnos del «curso venidero» o del «año siguiente» y acaso sean alumnos sobresalientes por los estudios repasados y la experiencia lograda.

La mayor parte de los suspendidos o eliminados fracasan porque todavía son muy jóvenes para cursar aquellos estudios y demasiado viejos para ir a la cabeza de la clase inferior. Tuvieron la ventaja de asistir a la clase superior durante la primera mitad del curso, por lo que en el venidero aprenderán más pronto y mejor la asignatura, con posibilidad de auxiliar a sus más atrasados condiscípulos que no tuvieron tal ventaja. Para los demasiado jóvenes no es vergonzoso el fracaso; pero hay quienes podrían vencer si se esforzaran y fracasan por no esforzarse en el triunfo. Se parecen a los estudiantes que no pierden el curso por falta de comprensión sino por desaplicados y pìgres. El destino de unos y otros es el mismo; pero si los primeros no merecen vituperio porque hicieron cuanto estuvo de su parte, los otros son dignos de reprensión porque no lo hicieron y en consecuencia se acarrean un mal karma de que aquellos están libres. A los perezosos y negligentes que desaprovecharon las ocasiones de adelanto se dirigía la amonestación de Cristo.

A éstos se refiere Blavatsky al hablar de los «inútiles zánganos que repugnan cooperar con la Naturaleza y perecen por millones durante el ciclo manvantárico de la vida». ⁽¹⁾ Pero advirtamos que al decir que «perecen durante el ciclo manvantárico» significa aplazamiento y no total aniquilación. El aplazamiento o retraso es lo peor que puede sucederle al hombre en ordinario curso de evolución. Este retraso es indudablemente gravísimo; pero con todo no cabe nada mejor en tales

(1) «Doctrina Secreta», III 526, ed. inglesa.

circunstancias. Ya sea por demasiado jóvenes, ya por pereza o malicia, estas almas han fracasado y necesitan más lecciones, que se les habrán de dar por su bien aunque sea durante muchas vidas, algunas de ellas fatigosas y que pueden ocasionarles mucho sufrimiento. De todos modos han de llegar hasta el fin, porque es el único camino que puede conducirlos al nivel alcanzado por otras almas a través de análoga evolución.

Con objeto de salvar a tantas almas como fuese posible de este adicional sufrimiento, dijo Cristo a sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo: mas el que no creyere será condenado». El bautismo y sus correspondientes ritos indican en otras religiones que el hombre entrega su vida al servicio de la Fraternidad; y quien sea capaz de aceptar la verdad y encaminar derechamente sus pasos hacia ella se salvará o se librará de la condenación en la quinta ronda, mientras que quienes cierren su entendimiento a la verdad y desvíen de ella sus pasos quedarán seguramente condenados. Pero recordemos que «condenación», significa estrictamente la eliminación de este «eon» o cadena de mundos y el retroceso a la inmediatamente próxima oleada de vida.

Podemos llamarlas «almas perdidas» porque en efecto lo están para nosotros, aunque no para el Logos; pero más propio fuera llamadas almas temporalmente eliminadas.

Por supuesto que no hemos de creer que salve a las almas el conocimiento de la Teosofía ni tampoco el de su profesada religión, sino el anhelo de vida y su decisiva filiación en las huestes

del bien contra el mal y su inegoísta labor ascendente y progresiva.

2. Hay casos en que por el demasiado vigor de la personalidad está el ego casi desligado de ella. Comprenden estos casos dos variedades: quienes viven sólo en sus pasiones y quienes se abstraen en sus pensamientos; o sea exceso de vida emocional y exceso de vida mental. Como quiera que no son raros ambos tipos, conviene comprender exactamente lo que les sucede.

Hemos dicho repetidas veces que el ego se infunde en la materia de los planos inferiores, y sin embargo, muchos estudiantes no aciertan a comprender que esto no es mera figura retórica sino un hecho materialmente concreto. El ego habita en un cuerpo causal, y cuando además toma cuerpo mental y astral, queda con ello sofocada parte de la materia del causal por la más inferior de los mental y astral. Podemos considerar este infundimiento como una especie de inversión que de su capital hace el ego con esperanza de ganar más de lo que ponga; pero cabe el riesgo de perder algo de lo invertido o en casos extremos de perderlo todo y quedar en quiebra y sin capital efectivo.

Estudiemos esta analogía. El cuerpo causal del ego está formado de la materia de su propio plano o sea el constituido por los tres primeros subplanos del mental, que por esto se llama también plano mental superior para distinguirlo del plano inferior constituido por los subplanos cuarto al séptimo del mental. Sin embargo, la inmensa mayoría de las gentes no actúan más allá del tercer subplano mental o sea el inferior del causal y aun actúan en él muy parcialmente. Por lo tanto,

sólo puede infundirse en los planos inferiores algo de la ínfima gradación del causal y únicamente una corta fracción de dicha materia causal podrá entreverarse con las materias mental y astral.

El dominio del ego sobre sus adyecticias vestiduras es débil e imperfecto porque todavía está soñoliento; pero al paso que crece su cuerpo físico le acompañan en el crecimiento los mental y astral y los tres vibran con bastante intensidad para conmover la materia causal entremezclada con la mental y astral. Esta fracción de fracción de materia causal, completamente entreverada, vivifica, vigoriza y presta personalidad a los vehículos mental, astral y físico, que a su vez reaccionan poderosamente sobre el ego y lo mueven al penetrante conocimiento de la vida, que es precisamente lo que el ego necesita y para lo cual reencarna. El anhelo de adquirir este penetrante conocimiento de la vida se llama en sánscrito *trishná* o sea la sed de vida manifestada, el ansia de verse el ego intensamente vívido, la fuerza que lo impele a la reencarnación.

Pero por haber tenido esta pequeña fracción del cuerpo causal semejantes experiencias está aquella porción del ego mucho más despierta que el resto, pudiendo llegar al extremo de creerse todo el ego y olvidar entretanto su relación con el "Padre que está en el cielo». También puede identificarse con la materia por cuyo medio actúa y rechazar la influencia de aquella otra porción de materia causal infundida, pero no sofocada, en los planos inferiores, la cual es el lazo de unión con la mayor parte del ego siempre residente en su propio plano.

Para comprender del todo este asunto conviene

considerar dividida en tres *partes* la porción del ego que actúa en el tercer subplano del mental o sea en el inferior del causal. ⁽¹⁾ Estas partes son: (*a*) la que permanece en su propio plano (*b*) la infundida pero no sofocada por la materia inferior; (*c*) la completamente sofocada por la materia inferior de la cual recibe vibraciones. Estas tres partes están ordenadas en progresión decreciente, porque así como (*a*) es una corta porción de todo el ego, así (*b*) es una corta fracción de (*a*) y (*c*) es una corta fracción de (*b*). La segunda porción obra como enlace entre la primera y tercera. La porción (*a*) puede compararse con el tronco del organismo humano, (*b*) con el brazo extendido y (*c*) con la mano que agarra el objeto material, o mejor todavía, con las puntas de los dedos metidos en la materia.

Esta ordenación de las tres porciones de materia causal es delicadísima y puede alterarse de diversos modos. El propósito es que (*c*) prenda firmemente y manipule la materia con que está mezclada bajo la guía del tronco (*a*) por medio del brazo (*b*). En favorables circunstancias puede dimanar adicional fuerza y aun materia de (*a*) y transmitirse a (*c*) por medio de (*b*) con lo que el gobierno será más y más perfecto. Cuanto mayor sea el tamaño y fortaleza de (*c*) mejor será su actuación con tal que se mantenga firme el enlace por medio de (*b*) y (*a*) siga gobernando. Porque entonces la sofocación de materia causal simbolizada en (*c*) la despierta a más intensa actividad y la hace delicadamente respondiente a las finas modalidades vibratorias que no podría

⁽¹⁾ Recuérdese que esta porción del ego que consideramos dividida en tres partes es muy pequeña en comparación de todo el ego.

adquirir de otra manera, y que transmitidas a (a) por medio de (b) significan el desarrollo del ego.

Desgraciadamente no siempre la práctica de la vida se ajusta a este plan ideal que acabamos de esbozar. Cuando el gobierno de (a) es débil suele suceder que (c) se hunde en la materia hasta el punto de identificarse con ella, según dijimos, y que olvidada entretanto de su verdadera naturaleza se crea el ego completo. Si la materia en que se hunde (c) es el séptimo subplano mental, resultará en el plano físico un hombre groseramente materialista. Podrá tener mucho talento, pero no será espiritual y aun llegará al extremo de ser intolerante con todo cuanto trate del espíritu y sin embargo incapaz de comprenderlo ni estimarlo. Tal vez diga que es hombre práctico y positivista, enemigo de sensiblerías, cuando en realidad es duro como la piedra y a causa de su empedernimiento es su vida un fracaso y no progresa en modo alguno.

Si la materia en que tan fatalmente se hunde es astral, será en el plano físico uno de esos hombres que sólo piensan en satisfacer sus gustos, que nada les detiene cuando van tras algo que ardientemente desean y no reconocen otra norma que su brutal egoísmo. Un hombre así vive encenogado en sus pasiones, como el que se hunde en materia mental vive sumido en sus prejuicios.

En la literatura teosófica se llaman «almas perdidas» a las de los casos citados, aunque no estén irremisiblemente perdidas. De ellas dice Blavatsky:

«Sin embargo todavía hay esperanza, mientras permanece en el cuerpo, para quien con sus vicios ha herido su ego. Aún puede redimirse y subver-

tir su naturaleza material. Porque el contrito arrepentimiento o una ardorosa invocación al ego desligado, o mejor todavía el vigoroso esfuerzo para enderezar sus pasos, pueden atraer de nuevo al ego. El hilo de relación no está del todo roto.» (1)

Hay casos en que (c) se rebela contra (b) y lo rechaza hacia (a). El brazo se adormece y casi se paraliza, porque su fuerza y subsistencia se retraen en el tronco, mientras que la mano obra por sí misma y se estremece espasmódicamente sin que el cerebro la gobierne. Si la separación es completa parece como si la hubiesen amputado por la muñeca, aunque esto rara vez ocurre durante la existencia física, si bien sólo queda la indispensable relación para mantener viva la personalidad.

Como dice Blavatsky, un caso así no es del todo desesperado pues aun en el último instante puede reavivarse el paralizado brazo si se hace un esfuerzo suficiente, y así el ego recobra algo de (c) como ya había recobrado algo de (b). Sin embargo, la vida queda malograda, pues aunque el hombre esquive su ruina nada ha ganado y en cambio desperdició mucho tiempo.

Parece increíble que en casos como los descritos pueda el hombre evitar su total ruina; pero afortunadamente para nuestras posibilidades de progreso, las leyes que nos rigen son de tal naturaleza que resulta muy difícil la pérdida del alma, según demuestran las siguientes consideraciones. Todas las actividades que se compendian en el mal, ya sean egoístas pensamientos en el plano mental, ya egoístas emociones en el astral, se

(1) «Doctrina Secreta», III, 527, edición inglesa.

manifiestan invariablemente como vibraciones de la materia más grosera de dichos planos o sea la de los subplanos inferiores. Por otra parte, todos los pensamientos y emociones inegoístas ponen en vibración la más delicada materia de su respectivo plano, y como esta materia tiene mucha mayor plasticidad, toda energía empleada en buenos pensamientos y suaves emociones produce centuplicado rendimiento que el de la misma energía aplicada a la materia grosera. De lo contrario es evidente que no podría progresar el hombre ordinario.

No haríamos agravio alguno al hombre menos evolucionado del mundo si supusiéramos que el noventa por ciento de sus pensamientos y emociones son interesados, cuando no del todo egoístas; pero si tan sólo el diez por ciento fuesen de orden espiritual e inegoísta se elevaría sobre la vulgaridad. Desde luego que si estas proporciones diesen el mismo resultado, la inmensa mayoría del género humano daría nueve pasos atrás por uno adelante, de suerte que al cabo de pocas encarnaciones regresaría al reino animal de que procedió. Pero felizmente el resultado del diez por ciento de energía aplicada al bien es enormemente mayor que el del noventa por ciento aplicado a fines egoístas, de modo que en las proporciones puestas por ejemplo, adelantaría el hombre notablemente de una a otra vida. Aun el hombre que sólo hace el uno por ciento del bien progresa ligeramente, y por lo tanto se comprende sin dificultad que para estacionarse debe llevar muy mala vida, mientras que para regresar en la evolución ha de ser un empedernido y abyecto malvado.

Gracias a esta benéfica ley, el mundo progresa

firme aunque lentamente, por más que veamos a nuestro alrededor muchas miserias, y ni siquiera hombres como los descritos caen muy hondo, pues lo por ellos perdido es más bien tiempo y ocasiones que la posibilidad de seguir evolucionando; pero la pérdida de tiempo y ocasiones significa siempre añadidura de sufrimiento.

Para ver lo que han perdido y lo que dejaron de hacer, volvamos al simil de la inversión del capital. *El* ego espera recobrar lo que puso a interés en la materia inferior, o sea lo que hemos designado por (c) y espera recobrarlo mejorado en calidad y aumentado en cantidad. Su calidad es mejor porque estuvo más despierto y *fue* capaz de responder pronta y seguramente a una gama de vibraciones más nutrida que antes. Esta capacidad (c) se transfiere necesariamente a (a) al reabsorberse, aunque la energía almacenada que formó en (c) tan potente ola, levanta únicamente una rizada cuando se difunde por toda la substancia de (a).

Conviene advertir que aunque los vehículos pueden vibrar en consonancia con malos pensamientos y siniestras emociones, porque contienen materia de todas las modalidades delicadas y groseras de sus respectivos planos, y aunque la excitación de estas vibraciones pueda perturbar la sofocada materia causal (c) es imposible que esta materia (c) reproduzca dichas vibraciones ni las comunique a (a) o (b) porque la materia del plano causal (los tres planos superiores del mental) es incapaz de vibrar al tono de los subplanos inferiores, como tampoco la cuerda de un violín puede vibrar a tono inferior del en que está templada.

También aumenta (c) en cantidad, porque el

cuerpo causal, lo mismo que los demás vehículos, está cambiando constantemente su materia, y por el especial ejercicio de una parte de él, aumenta de tamaño y se vigoriza esta parte como sucede en los ejercitados miembros del cuerpo físico. Cada vida terrena es una oportunidad cuidadosamente calculada para este desarrollo en cantidad y calidad según las necesidades del ego; pero del desaprovechamiento de dicha oportunidad resulta el inconveniente y demora de otra vida análoga con sufrimientos tal vez agravados por el karma adicional en que ha incurrido.

Del incremento que el ego tiene derecho a esperar de cada encarnación, debemos deducir cierta cantidad de pérdidas que en las primeras etapas apenas pueden evitarse. Para que la entremezcla con la materia inferior sea efectiva debe ser muy íntima; y cuando así sucede, resulta difícilísimo recobrar las partículas causales, sobre todo de su conexión con el vehículo astral. Al tiempo de separarse de éste, queda casi siempre en el plano astral una sombra y no una envoltura de materia causal, lo que denota algo de pérdida. Excepto en el caso de una vida muy depravada, la pérdida ha de ser mucho menor que la ganancia por crecimiento, de suerte que resulta un saldo a favor.

Los tipos de hombres anteriormente descritos, que viven del todo entregados a sus pasiones o a sus ideas, nada ganan en cantidad ni en calidad, porque las vibraciones no se almacenan como pudieran en el cuerpo causal; y por otra parte, como la entremezcla ha sido tan íntima, habrá seguramente considerable pérdida al tiempo de la separación.

En el símil del brazo y la mano no hemos de incurrir en el error de que *(b)* y *(c)* son dos inalterables porciones del ego. Durante el período de la vida pueden considerarse separadas; pero al fin de cada período se resumen en *(a)* y el resultado de su experiencia se distribuye como si dijéramos por toda su substancia, de suerte que cuando el ego reencarna no extiende de nuevo los viejos *(b)* y *(c)* porque quedaron absorbidos inherentemente en él, así como el agua de una copa derramada en una cubeta se une al agua en esta cubeta contenida sin poderla separar de ella. Si el agua de la copa está teñida, el color se difunde por toda el agua de la cubeta. La materia colorante simboliza en este caso las cualidades desarrolladas por la experiencia. Así como fuera de todo punto imposible recobrar de la cubeta la misma agua derramada de la copa, así el ego no puede tener los mismos *(b)* y *(c)*. El procedimiento es idéntico al que estaba acostumbrado el ego antes de su completa individualización, o sea al seguido por el alma grupal, con la diferencia de que ésta ofrecía muchos tentáculos al mismo tiempo, mientras que el ego sólo infunde uno a la vez. Por lo tanto, la personalidad es distinta y el ego es el mismo en cada encarnación.

3. Caso en que la personalidad capta la porción infundida del ego y la arranca. Felizmente es, rarísimo este caso, pero los hay y denotan la más espantosa catástrofe que le puede sobrevenir al ego. Entonces, *(c)* en vez de rechazar a *(b)* y empujarlo gradualmente hacia *(a)* va absorbiendo poco a poco a *(b)* hasta desgajarlo de *(a)*. Esto sólo ocurre cuando hay deliberada persistencia en el mal, o sea en la magia negra. Volviendo al

símil, equivale esto a la amputación del brazo por el hombre o sea la pérdida de casi todo el capital del ego. Afortunadamente no puede perderlo todo, porque (b) y (c) en junto son tan sólo una corta porción de (a) y tras (a) está la mayor porción del ego, todavía no desarrollado, en el primero y segundo subplanos del mental. *Pero* por misericordia de la ley, aunque un hombre sea espantosamente insensato o malvado, no puede arruinarse del todo, porque la porción superior del cuerpo causal no entrará en actividad hasta que el hombre llegue a un nivel en que sea imposible semejante maldad.

Ahora que hemos transcendido el punto culminante de nuestra inmersión en la materia, todas las fuerzas del universo impelen hacia delante y hacia arriba, en dirección a la unidad, y quien voluntariamente dedica su vida a la inteligente cooperación con la naturaleza obtiene por parcial recompensa una cada vez mayor percepción de esta unidad. Mas por otra parte, es evidente que el hombre puede colocarse en oposición con la naturaleza, y en vez de trabajar inegoístamente por el bien de todos, puede envilecer sus facultades con fines egoístas. De estos se dijo: «En verdad os digo que ya recibieron su recompensa». Emplean sus vidas en luchar por la separatividad y al fin quedan aislados durante largo tiempo. Dícese que la sensación de hallarse completamente aislado en el espacio, es el destino más horroroso que puede caer sobre los hijos de los hombres.

El extraordinario incremento del egoísmo es la característica de los magos negros y únicamente entre ellos cabe hallar hombres condenados a tan

horrible destino. Muchas y *muy* odiosas son sus variedades, pero pueden clasificarse en dos grandes grupos que, si bien emplean ambos egoístamente las ocultas artes, es distinto su propósito.

El más frecuente y menos temible grupo es el de los nigromantes que sólo buscan la satisfacción de alguna concupiscencia, y el natural resultado de una vida dedicada exclusivamente a este siniestro objeto, concentra las energías del hombre en el cuerpo de deseos, de suerte que es incapaz de todo sentimiento afectuoso o inegoísta, de todo noble impulso, y sólo hay en él un impenitente e implacable monstruo de lujuria. Así es que al morir este hombre no quiere ni puede transcender el ínfimo subplano astral. La muerte de semejante hombre está empapada de bajos deseos, y como en la hora de la lucha no puede recobrar el ego ni una partícula mental, se debilita y mengua gravemente.

Por consentir en esto se elimina temporáneamente del curso de la evolución, o sea de la potente oleada de la vida del Logos, y así hasta que pueda reencarnar permanece a su parecer apartado de la vida divina en la condición de *avíchi*, es decir, en completa soledad.

Aun cuando reencarne no podrá convivir con quienes estuvo relacionado en la existencia anterior, pues carece de la energía necesaria para adquirir vehículos cuya tónica armonice con las de los de la vida precedente. Se ha de contentar con vehículos de grado inferior, como los pertenecientes a una raza primitiva, porque ha retrocedido en la evolución y debe subir de nuevo muchos peldaños de la escala. Probablemente renacerá en una tribu salvaje y será el cacique de

ella por la inteligencia que todavía conserve; pero también cabe, según se nos ha dicho, que su retroceso en la evolución sea tan enorme, que no halle en las actuales condiciones de la humanidad ningún cuerpo bastante grosero para las manifestaciones exigidas por la índole de su nueva vida, por lo que será incapaz de seguir tomando parte en el presente plan de evolución y habrá de esperar en estado inconveniente el comienzo de otro período evolutivo.

¿Qué es entretanto de la amputada personalidad? Ya no prosigue evolucionando, sino que permanece henchida de malicia sin remordimiento ni responsabilidad, y como está condenada a la desintegración en el siniestro ambiente de la llamada «octava esfera» procura prolongar todo lo posible en el plano físico su artificios a existencia por medio del vampirismo, y sino se apodera de un cuerpo humano a propósito para sus fines y en él se infunde después de expulsar a su legítimo dueño. Generalmente elige al efecto el cuerpo de un niño, tanto porque espera que dure más tiempo, como porque es más fácil expulsar al propietario que todavía no se ha posesionado por completo de su casa. Pero no obstante los frenéticos esfuerzos de esta desalmada entidad astral, acaba por agotarse su poder, y no creo que haya habido caso alguno en que lograra apoderarse de otro cuerpo luego de gastado el que hurtó primero. Esta entidad es un terrible demonio, un monstruo sin lugar apropiado en el plan de evolución a que pertenecemos.

Por lo tanto, su natural tendencia es eliminarse de esta evolución y quedar impelido por la irremisible fuerza de la ley hacia el abismo que en la

primera época de la literatura teosófica se llamó «octava esfera» porque quienes allí van quedan eliminados del ciclo de siete mundos y no pueden reingresar en el curso de evolución a que pertenecieron. Allí, rodeados de los aborrecibles residuos de la reconcentrada maldad de los pasados siglos, arden continuamente en el fuego de sus concupiscencias sin posibilidad de satisfacerlas, hasta que poco a poco se va consumiendo ⁽¹⁾ la monstruosa entidad, dejando libre la materia mental y causal que sofocaba. Sin embargo, estas materias no se restituyen al ego de quien se substrajeron sino que se incorporan a la masa general de sus respectivos planos para ir entrando en nuevas combinaciones y servir para mejores usos.

Consuela el saber que estas monstruosas entidades son tan raras, que muy pocos las conocen y sólo pueden obsesionar a quienes en su naturaleza inferior tengan señalados vicios de análoga índole.

Pero hay otro tipo de mago negro en apariencia no tan odioso y sin embargo más temible por lo más potente. Es el que en vez de encenagarse en la concupiscencia, se propone por no tan grosero aunque no menos inescrupuloso fin la egoísta adquisición de amplios e intensos poderes ocultos con que realizar sus ambiciones, establecer su predominio y cumplir sus venganzas.

A este objeto se somete al mas riguroso ascetismo por lo que toca a los placeres sexuales y elimina las partículas groseras de su cuerpo astral

⁽¹⁾ La «octava esfera» de los teósofos está simbolizada en el Apocalipsis por el «lago de fuego y azufre». El teósofo que guste de cumplir estrictamente con el segundo objeto de la Sociedad Teosófica puede cotejar las enseñanzas expuestas por Leadbeater con la interpretación razonada del Apocalipsis, 19:20; 20: 10, 14, 15; 21: 8. -N. del T.

con tanto cuidado como un mago blanco. Pero aunque su mente queda empapada en deseos no tan groseros como los carnales, también concentra enteramente su energía en la personalidad; y en la hora de la separación, al término de la vida astral, no es capaz el ego de recuperar ni un ápice del capital invertido. Por lo tanto, el resultado es el mismo que en el caso anterior, sin otra diferencia que el ego permanece mucho más tiempo relacionado con la personalidad y participará en cuanto le quepa de sus experiencias.

Sin embargo, el destino de esta personalidad es muy distinto, porque el relativamente sutil tegumento del cuerpo astral no consiente larga vida en este plano, y a pesar de todo ha perdido todo contacto con el mundo celeste que debió ser su morada, pues durante la vida terrena sofocó cuantos pensamientos hubiesen dado resultados devacánicos. Su único esfuerzo fue contrariar la evolución natural, separarse de la colectividad, guerrear contra ella, y esto logró en cuanto a la personalidad se refiere, porque queda separado de la luz y vida del sistema solar y su única sensación es de absoluto aislamiento, de estar solo en el universo.

Así vemos que en este segundo y más raro caso, la perdida personalidad comparte el destino del ego de quien está en vías de separarse. En cambio, para el ego es temporánea esta experiencia, aunque pueda durar un período que según los cálculos mundanos parezca larguísimo, y al terminar este período reencarnará el ego con nuevas oportunidades. De todos modos, la personalidad está condenada a la desintegración, como todo cuanto se aparta, desgaja o elimina de su

origen. Pero ¿quién podrá describir los horrores y tormentos por que ha de pasar la personalidad antes de su disolución? Con todo, bueno es recordar que ninguno de los referidos estados es eterno ni en ellos puede caer el hombre más que por deliberada pertinacia en el mal.

Besant habla de otra posibilidad mucho más remota de que yo no he conocido ningún caso. Dice que así como (c) puede absorber a (b) y rebelarse contra (a) separándose de él para actuar por su cuenta, cabe en lo posible o cupo en pasados tiempos que la mortal dolencia de separatividad y egoísmo inficione también a (a) y lo absorba en el monstruoso incremento del mal, hasta el punto de separarlo de la porción latente del ego y que arrastre también al cuerpo causal y no sólo, a la personalidad. Este caso correspondería a un tercer grupo de magos negros y su símil fuera no ya la amputación de la mano, sino la completa destrucción del tronco o cuerpo. Un ego así no reencarnaría en forma humana, sino que se hundiría en los abismos de la vida animal, necesitando por lo menos toda una cadena planetaria para recuperar el nivel perdido. Sin embargo, este caso, aunque teosóficamente posible, apenas puede concebirse en la realidad. De todos modos conviene advertir que aun *entonces* la porción latente del ego sigue siendo el vehículo de la mónada.

De cuanto queda dicho se infiere que millones de egos atrasados, todavía incapaces de soportar el esfuerzo necesario para más alta evolución, caerán en el promedio de la quinta ronda para ser de los más adelantados en la siguiente oleada evolutiva; que quienes vivan egoístamente en sus pensamientos o en sus emociones arriesgan aca-

rrearse con ello mucha tristeza y sufrimiento; y que quienes sean lo bastante insensatos para entregarse a la magia negra atraerán sobre sí horrores ante los cuales retrocede estremecida la imaginación.

Sin embargo, también se infiere de todo lo expuesto, que la expresión «alma perdida» es inadecuada, porque todo hombre es una chispa de la divina llama y por lo tanto jamás y en ninguna circunstancia puede perderse o aniquilarse. La voluntad del Logos es la evolución del hombre. En nuestra ceguera podremos resistirnos por un momento contra su voluntad, mas para él nada es el tiempo; y si hoy estamos ciegos, esperará pacientemente a que abramos los ojos. Pero en último término siempre se hará su voluntad.

EL FOCO DE CONCIENCIA

La conciencia del hombre solo puede enfocarse a la vez en un vehículo, aunque simultáneamente pueda tener vaga conciencia de los demás. Si os colocáis un dedo ante los ojos, podréis enfocar la vista de modo que lo veáis perfectamente; pero al mismo tiempo veréis la pared y los muebles fronteros, aunque no distintamente porque están enfocados. De pronto podréis alterar vuestro foco visual de modo que veáis perfectamente la pared y los muebles; pero entonces veréis el dedo vagamente porque a su vez está desfocado. De análoga suerte, si quien ha desarrollado su conciencia astral y mental se enfoca en el cerebro físico, como sucede en la vida ordinaria, verá perfectamente los cuerpos físicos de sus amigos y al propio tiempo, aunque vagamente, los mentales y astrales. En menos de un momento puede transferir el foco de conciencia al cuerpo astral, y entonces verá distintamente los cuerpos astrales de las gentes y tan sólo de una manera vaga los mentales y físicos. Lo mismo cabe decir de la visión mental y de los planos superiores.

Preguntan algunos si una entidad que actúe en el plano astral puede ver un accidente ocurrido

u oír un grito exhalado en el plano físico. No oiría precisamente el grito, porque si bien los sonidos físicos producen su efecto en el plano astral, no repercuten con vibración sonora, sino que si el grito entraña un intenso sentimiento o emoción producirá el mismo efecto emotivo en el plano astral. En caso de accidente, el sobresalto causado por el dolor o el espanto repercutirá en el plano astral como una vivísima luz que no dejará de llamar la atención del clarividente, si lo hay en las inmediaciones.

CENTROS DINÁMICOS

En cada uno de nuestros vehículos hay ciertos centros dinámicos, llamados en sánscrito *chakrams*, que significa rueda o disco giratorio. Son los puntos de conexión por los cuales se transmite la fuerza de uno a otro vehículo. Se ven fácilmente en el doble etéreo, donde aparecen como depresiones o vórtices en forma de salvilla. Suele decirse que corresponden a ciertos órganos físicos; pero conviene advertir que el centro dinámico etéreo no está en el interior del cuerpo, sino en la superficie del doble etéreo, qué sobresale unos seis milímetros del contorno de la materia densa. Siete son los centros dinámicos que generalmente se emplean en ocultismo y están situados en las siguientes partes del cuerpo: 1.º en la base del espinazo; 2.º en el ombligo; 3.º en el bazo; 4.º en el corazón; 5.º en la garganta; 6.º entre ceja y ceja; 7.º en la coronilla. Además de estos hay en el cuerpo otros centros dinámicos que no emplean los estudiantes de magia blanca.

Conviene recordar que Blavatsky alude a otros tres y los denomina centros inferiores. Algunas escuelas ocultistas se valen de ellos, pero son tan sumamente peligrosos que debemos considerar su excitación como la mayor desgracia.

Estos siete centros dinámicos se corresponden con los siete colores y las siete notas, y los tratados indos los relacionan con ciertas letras del alfabeto y determinadas modalidades de vitalidad. También se les da poética semejanza con las flores, asignándoles a cada uno de ellos cierto número de pétalos.

Preciso es recordar que son vórtices de materia etérea y están todos en rápida rotación. En cada uno de estos abiertos vórtices se precipita, en ángulo recto con el plano del disco giratorio, una fuerza del mundo astral, que podemos llamar primaria y procede del Logos. Esta fuerza es de naturaleza septenaria y todas sus variedades actúan en todos los centros, aunque sólo una predomina en cada uno de ellos.

El influjo de fuerza infunde la vida divina en el cuerpo físico que sin ella no podría subsistir, y por lo tanto, los centros dinámicos en que se precipita dicha fuerza son indispensables a la existencia del vehículo y actúan en todos, aunque giran a muy distintas velocidades. Sus partículas pueden estar en relativamente lento movimiento, de modo que sólo formen el necesario vórtice para la fuerza, o bien pueden resplandecer y palpar con vívida luz hasta el punto de dar entrada a una enorme cantidad de fuerza, de suerte que se le abran al ego nuevas posibilidades y se le añadan nuevas dotes cuando funcione en el respectivo plano.

Vienen después las fuerzas secundarias de movimiento ondulante, que se precipitan en el vórtice formando ángulos rectos consigo mismas, o sea en la superficie del doble etéreo, de la propia suerte que una barra imanada atravesada en una

bobina de inducción, engendra una corriente eléctrica que fluye alrededor de la bobina en ángulo recto con el eje director del imán. Una vez dentro del vórtice, la fuerza primaria irradia de él en ángulos rectos, pero en dirección rectilínea, como si el centro del vórtice fuese el cubo de una rueda y las radiaciones de la fuerza primaria sus radios, cuyo número difiere según el centro dinámico y determina el número de «pétalos» cuando se comparan con una flor. Cada una de estas fuerzas secundarias que ondulan alrededor de la depresión del disco tiene su característica longitud de onda y luz de cierto color; pero en vez de moverse en línea recta como la luz, se mueve en ondas relativamente amplias de varios tamaños, cada una de las cuales es múltiplo de las cortas ondulaciones de su interior, aunque todavía no se ha calculado su exacta proporción.

El número de ondulaciones se determina por el de radios de la rueda, y la fuerza secundaria ondula debajo y encima de las irradiaciones de la primaria, de la propia suerte que se puede entrelazar un tejido de mimbres alrededor de los rayos de la rueda de un carruaje.

Las oleadas son infinitesimales, y probablemente cada ondulación comprende algunos miles de ellas. Cuando las fuerzas se precipitan en el vórtice, estas ondulaciones de diversos tamaños se entrecruzan en la plantilla cestal, produciendo en apariencia lo que los tratados indos comparan con los pétalos de una flor y que todavía mejor pueden compararse con las salvillas de cristal irisado y ondulante que se fabrican en Venecia. Todas las ondulaciones o pétalos tienen reflejos nacarinos, aunque cada uno con su predominante color.

En el hombre ordinario, cuyos centros dinámicos no tienen más actividad que la necesaria para mantener su cuerpo vivo, los colores son pálidos, mientras que son muy refulgentes en los hombres que tienen los centros dinámicos en plena actividad y cuyo diámetro ha aumentado desde unos cinco centímetros al de una ordinaria salvilla de mesa. Brillan como soles en miniatura.

El primer centro dinámico, situado en la base del espinazo, tiene una fuerza primaria que emite cuatro rayos y ordena sus ondulaciones como si estuviera dividido en cuadrantes con huecos entre ellos, es decir, parecidamente al signo de la cruz. Por esta razón se ha simbolizado este centro con la cruz, y a veces una cruz ígnea representa la serpiente de fuego que en él reside.

En plena actividad tiene este centro color rojo anaranjado de tonalidad ígnea, en íntima correspondencia con la modalidad vital que se le transmite desde el centro bázico. En cada centro se echa de ver análoga correspondencia con el color de su vitalidad.

El segundo centro, situado en el ombligo, se llama plexo solar y recibe una fuerza primaria con diez radiaciones, de modo que vibra como si se dividiera en diez ondulaciones o pétalos. Está íntimamente relacionado con diversos sentimientos y emociones y su color predominante es una extraña entremezcla de varios matices del rojo, aunque también hay gran parte de verde.

El tercer centro, sito en el bazo, está destinado a especializar, subdividir y dispersar la vitalidad que nos llega del sol, pues del bazo vuelve a irradiar en seis rayos horizontales, quedando la séptima modalidad incluida en el cubo de la rueda.

Por lo tanto, este centro tiene seis pétalos de ondulaciones y es muy refulgente, brillante y parecido a un sol.

El cuarto centro está en el corazón y es de brillante color dorado. Cada uno de sus cuadrantes se divide en tres partes y tiene en conjunto doce radiaciones de la fuerza primaria.

El quinto centro, colocado en la garganta, tiene diez y seis radios, y por lo tanto, diez y seis aparentes divisiones. Hay en él mucho azul, pero en general es de color argentino brillante como el de la luna cuando riela en las aguas.

Entre ambas cejas está el sexto centro, que parece dividido en dos mitades, predominando en una el color rosa bordeado de amarillo y en la otra una especie de azulado purpúreo, ambos íntimamente armonizados con el color respectivo de las modalidades de vitalidad que reciben. Por tal razón dicen los autores indos que este centro sólo tiene dos pétalos, aunque si contamos las ondulaciones del mismo carácter que las de los centros anteriores, veremos que cada mitad se subdivide en cuarenta y ocho rayos o sean noventa y seis irradiaciones de su primaria fuerza.

El séptimo centro, en la coronilla, cuando está en plena actividad es acaso el más brillante de todos por sus indescriptibles efectos cromáticos y sus vibraciones de inconcebible rapidez. Los autores indos le asignan mil pétalos, y no exageran mucho en ello, pues su fuerza primaria emite 960 radiaciones. Además, su configuración difiere de la de los otros centros en que tiene una especie de subsidiario vórtice de color blanco brillante con el centro dorado. Este vórtice subalterno no es tan veloz y posee de por sí doce ondulaciones.

He oído decir que cada pétalo de estos centros dinámicos representa una cualidad moral cuyo desarrollo pone el centro en actividad. No he podido comprobar experimentalmente esta afirmación ni atino a comprenderla, porque el aspecto petálico está producido por fuerzas definidas y fácilmente reconocibles; y además, los pétalos de cada centro están o no activos según se hayan despertado o no dichas fuerzas, por lo que el desarrollo de los pétalos no tiene a mi modo de ver más relación con la moralidad que el desarrollo del bíceps.

En cambio he tratado a personas de no muy elevada moralidad, cuyos centros estaban plenamente activos, mientras que otras muy espirituales y de nobilísima conducta moral no los tenían vitalizados del todo. Por lo tanto, no me parece que haya relación entre ambos desarrollos.

Aparte de mantener vivo el cuerpo físico, los centros dinámicos tienen otra función que sólo desempeñan en plena actividad. Cada centro etéreo se corresponde con otro astral, aunque éste, por ser de cuatro dimensiones, tiene una extensión en sentido de todo punto distinta de las tres del etéreo, y en consecuencia no es exactamente homólogo, aunque en parte coincidan. El vórtice etéreo está siempre en la superficie del cuerpo etéreo; pero el centro astral está con frecuencia en el interior del vehículo astral. Ahora bien; la función de los centros etéreos, cuando están plenamente activos, es transferir a la conciencia física la peculiar cualidad del correspondiente centro astral; y así, antes de recopilar los resultados que cabe conseguir de poner los centros etéreos en actividad, conviene considerar la

función de cada centro astral, que ya están plenamente activos en todas las personas cultas de las razas superiores. Por lo tanto, ¿qué efecto produce en el cuerpo astral la excitación de los centros astrales?

El primero de estos centros, el de la base del espinazo, es la morada de la misteriosa fuerza que simboliza la serpiente ígnea y en *La Voz del Silencio* se llama la Madre del Mundo. Más adelante trataremos con mayor detención de esta fuerza. Por ahora limitémonos a considerar sus efectos en los centros astrales. Esta fuerza existe en todos los planos y su actividad excita los centros. Hemos de tener en cuenta que primitivamente fue el cuerpo astral una masa casi inerte, con muy vaga conciencia, sin poder de acción ni claro conocimiento del mundo circundante. Por lo tanto, lo primero que ocurrió fue la elevación de esta fuerza en el hombre hasta el nivel astral. Una vez levantada o puesta en acción, se transfirió al segundo centro, correspondiente al ombligo, y lo vivificó, despertando así en el cuerpo astral la aptitud de sentir todo linaje de influencias, aunque todavía sin nada parecido a la definida percepción de ver y oír.

Después se transfirió la fuerza al tercer centro astral, que corresponde al bazo físico, y por su medio vitalizó todo el cuerpo astral, capacitando al individuo para utilizarlo conscientemente como vehículo de locomoción, aunque tan sólo con muy vaga idea de lo que pudiese encontrar en sus viajes.

Al despertarse el cuarto centro, adquirió el hombre la facultad de recibir y simpatizar con las vibraciones de otras entidades astrales, de

modo que pudo comprender intuitivamente sus sentimientos.

La actividad del quinto centro, que corresponde a la garganta, facultó al hombre para oír en el plano astral, esto es, desarrolló el sentido que en el mundo astral produce en la conciencia el mismo efecto a que llamamos audición en el plano físico.

El desarrollo del sexto, correspondiente al etéreo entre cejas, produjo análogamente la vista astral, o sea la definida percepción de la naturaleza y forma de los objetos astrales, en vez de percibir vagamente su presencia.

El despertar del séptimo, o sea el de la coronilla, complementó acabadamente la vida astral del hombre y perfeccionó sus facultades.

Respecto del séptimo centro parece que hay alguna diferencia según la índole del hombre. En muchos de nosotros, los vórtices astrales del sexto y séptimo de estos centros convergen en el cuerpo pituitario, que en este caso es el único enlace directo entre el plano físico y los superiores. Sin embargo, hay otros hombres en quienes el sexto centro está todavía adherido al cuerpo pituitario, pero el séptimo se dobla o diverge hasta coincidir su vórtice con la atrofiada glándula pineal, que en este caso se vivifica y constituye una comunicación directa con el mental inferior sin pasar por el ordinario intermedio del astral. A este tipo de hombres se refería Blavatsky al insistir en la reavivación de la glándula pineal. Así vemos que estos centros astrales desempeñan en cierto modo funciones de sentidos de percepción astral, aunque sin lo dicho resultaría inadecuado el nombre de sentidos, pues conviene recordar que si bien para la mejor comprensión

del asunto hablamos de vista y oído astrales, queremos expresar con ello la facultad de responder a las vibraciones adaptadas a la conciencia astral del hombre, del mismo carácter que las correspondientes a sus ojos y oídos mientras actúa en el plano físico.

Pero en las del todo distintas condiciones del mundo astral no se necesitan órganos especiales de percepción para obtener este resultado. En todas las partes del cuerpo astral hay materia capaz de responder vibratoriamente; y por lo tanto, el que actúa en dicho vehículo ve por delante, por detrás, encima, debajo y a los lados sin necesidad de volver la cabeza. Así es que los centros no se pueden llamar órganos en la ordinaria acepción de la palabra, pues no percibe por ellos el hombre el mundo exterior, como sucede con los ojos y oídos. Sin embargo, de la vivificación de los centros depende la sensoria facultad astral, pues al desarrollarse cada uno de ellos le comunican al cuerpo astral la aptitud de responder a un nuevo orden de vibraciones.

Como quiera que todas las partículas del cuerpo astral están en continuo movimiento de translación, como las de una masa de agua hirviente, todas van pasando sucesivamente por cada uno de los centros dinámicos, de suerte que éstos despiertan a su vez en cada partícula astral que por ellos pasa la facultad de responder a nuevas vibraciones, con lo que el cuerpo astral es en conjunto un órgano de percepción que al fin resume todos los sentidos. De todos modos, aunque los sentidos astrales estén completamente despiertos, no por ello es el hombre capaz de transferir a su cuerpo físico la conciencia de su funcionamiento.

Los centros dinámicos del cuerpo astral se van despertando uno tras otro sin que el hombre físico lo advierta, y el único medio de advertirlo es despertar asimismo los centros etéreos. Esto se logra por el mismo procedimiento seguido para despertar los centros astrales, esto es, por la actualización de la ígnea serpiente que revestida en el plano físico de materia etérea, dormita en el centro dinámico de la base del espinazo.

Se la despierta o actualiza por el deliberado y perseverante esfuerzo de la voluntad en poner del todo activo este primer centro dinámico, cuya tremenda fuerza vivificará los demás centros, de suerte que cada uno de ellos transfiera a la conciencia física las facultades educadas por el desarrollo de sus correspondientes centros astrales.

Cuando el centro dinámico etéreo del ombligo está en actividad, empieza el hombre a ser consciente en el plano físico de toda clase de influencias astrales, y presiente sin conocer el motivo, que unas son amistosas, otras hostiles o que unos lugares son agradables y otros repulsivos.

Al despertar activamente el centro etéreo del bazo, el hombre recuerda, siquiera en parte, sus vagabunderías astrales, y un ligero y accidental estímulo de este centro semeja vagamente la deleitosa sensación de volar por los aires.

La actividad del cuarto centro, que está en el corazón, capacita al hombre para sentir intuitivamente las alegrías y tristezas de los demás, y a veces puede reproducir en sí mismo, por simpatía, los dolores y tormentos físicos del prójimo. ⁽¹⁾

⁽¹⁾ Esto nos da la explicación esotérica de los estigmas de San Francisco de Asís, y la verisimilitud de este hecho de la vida del santo.- N. del T.

Cuando despierta el centro etéreo de la garganta, oye el hombre voces que suelen hacerle toda clase de insinuaciones y también a veces oye deleitables músicas o placenteros sonidos. Al estar el centro en plena actividad es el hombre clariaudiente en el plano astral.

La vivificación del sexto centro, o sea el de entre cejas, despierta la visión astral, y en estado de vigilia puede ver el hombre lugares lejanos o personas ausentes. Al principio sólo permite la entrevisión de paisajes y nubes de color; pero una vez en plena actividad despierta la clarividencia.

También está relacionado de otro modo con la vista el centro de entre cejas, pues por su mediación se adquiere la facultad de agrandar los diminutos objetos físicos. Del punto medio de dicho centro sale un tenue y flexible tubo de materia etérea, parecido a una microscópica sierpe con un ojo por cabeza, que puede contraerse o dilatarse para agrandar el tamaño de los objetos diminutos y disminuir el de los colosales, de modo que se adapte a este órgano de clarividencia. Los tratados antiguos aludían a ello al hablar de la facultad de hacerse un hombre más grande o más chico a su voluntad. Así es que para examinar un átomo, el clarividente dispone de un ojo cuya potencia visual se acomoda al tamaño del átomo de suerte que éste parece agrandado. ⁽¹⁾

Al despertar el séptimo centro es capaz el hombre de salir y entrar conscientemente de su cuerpo físico sin romper el enlace, de modo que

⁽¹⁾ El tubo serpenteoso que sale del centro entre cejas estaba simbolizado en el capacete de los reyes de Egipto a quienes como jerarcas religiosos del país se les atribuía este poder entre otros ocultos.

su conciencia no se interrumpirá ni de noche ni de día. Cuando la ígnea serpiente ha pasado por todos estos centros, siguiendo un orden variable según el tipo del individuo, no se interrumpe la conciencia hasta que el hombre entra en el mundo celeste al terminar la vida astral. Hasta entonces no hay diferencia para él entre el sueño y la muerte. Sin embargo, antes de que esto suceda, puede tener el hombre algunos vislumbres del mundo astral, porque las vibraciones muy violentas pueden activar temporáneamente uno u otro de los centros sin que despierte del todo la serpiente ígnea, aunque también cabe actualizarla en parte y producir entretanto una clarividencia parcial. Porque este fuego dinámico consta de siete capas o grados de energía y puede ocurrir que cuando un hombre se esfuerza con toda su voluntad en actualizarlo, sólo consiga levantar una capa, y creído de haber realizado ya la tarea la juzgue ineficaz. Entonces ha de repetirla una y otra vez, excavando gradualmente más y más hondo, hasta que no sólo se conmueva la superficie sino que el núcleo de fuego se ponga en plena actividad.

LA SERPIENTE ÍGNEA

Ya sabemos que esta ígnea serpiente, llamada en sánscrito *kundalinî*, es la manifestación física de una de las grandes fuerzas del universo, una de las energías del Logos. También sabemos que la electricidad es otra energía del Logos, en sus diversas modalidades de calor, luz y movimiento. Otra energía del Logos es la vitalidad llamada *prana*, que no puede transmutarse en ninguna de las antes mencionadas modalidades energéticas. Por lo tanto, cabe decir que la vitalidad y la electricidad son los extremos inferiores de dos corrientes de energía del Logos.

La serpiente ígnea o kundalini puede considerarse como el extremo también inferior de otra corriente del Logos, como la manifestación en el plano físico de otro de los múltiples aspectos de su poder.

Al igual que el prana o vitalidad el kundalini existe en todos los planos conocidos; pero sólo trataremos de su expresión en la materia etérea. No puede transmutarse en vitalidad ni en electricidad, y ni una ni otra de ambas parecen afectarla. Yo he visto un cuerpo humano cargado nada menos que con 1.250,000 voltios, de suerte

que al extender el brazo hacia la pared brotaban llamas de sus dedos sin molestia alguna, ⁽¹⁾ y a pesar de ser tan enorme el potencial eléctrico, no produjo efecto alguno en la serpiente ígnea.

La Voz del Silencio llama al kundalini «fuerza ígnea» y «madre del mundo». Por extraños que parezcan estos nombres están justificados, porque en verdad es como líquido fuego que fluye por el cuerpo en dirección espiral a modo de movimiento serpentino. En cuanto al nombre de «madre del mundo» se le da porque vivifica nuestros diversos vehículos, de suerte que se nos abren uno tras otro los mundos superiores.

En el cuerpo del hombre, está localizada la serpiente ígnea en la base del espinazo, según ya dijimos; pero en el hombre vulgar permanece latente y dormida durante toda la existencia terrena; y en verdad vale más dejarla dormir hasta que la moralidad del hombre llegue a suficiente nivel y su voluntad sea lo bastante recia para gobernarla y sus pensamientos de sobra puros para arrostrar sin peligro su actualización. Nadie ose jugar con esta ígnea fuerza sin concretas instrucciones de un maestro experto en su manejo, porque entraña gravísimos peligros, algunos de ellos de índole física, y su desgobernada actuación produce íntimos dolores, desgarrar los tejidos y aun puede ocasionar la muerte. Sin embargo, este es el menor mal resultante de su imprudente operación, pues también puede estropear los vehículos superiores.

Uno de los más frecuentes efectos de la prema-

⁽¹⁾ Conviene advertir que por grande que sea el potencial eléctrico no perjudica al cuerpo humano con tal que esté *absolutamente aislado*; pero el más leve contacto con un objeto lo electrocutaría al instante. -N. del T.

tura actualización de la serpiente ígnea es que entonces fluye cuerpo abajo en vez de cuerpo arriba, excitando con ello groserísimas pasiones, con tal intensidad que no le cabe al hombre resistirlas porque se ha puesto en acción una fuerza contra la cual esta tan perdido como el nadador ante las fauces de un tiburón. Tales son los sátiros y monstruos de depravación que se hallan entre las garras de una fuerza incomparablemente superior a toda humana resistencia. Acaso adquieran algunos poderes supernormales; pero les pondrán en contacto con un bajo orden de evolución incompatible con la humana, y para emanciparse de tan horrible esclavitud necesitarán más de una encarnación. En verdad que no exagero el horror de semejante estado, como acaso hiciera quien de oídas lo contara sin testimonio personal. Yo mismo he tratado a individuos sujetos a tan espantosa suerte, y con mis propios ojos vi lo que les sucedía. Hay una escuela de magia negra que adrede emplea siniestramente el kundalini con objeto de vivificar los bajos centros dinámicos que jamás emplean los discípulos de la Buena Ley.

Aparte de este peligro capital, entraña otros muchos de siniestra índole la prematura actualización de la serpiente ígnea, porque intensifica en general la naturaleza del hombre y estimula las males y bajas cualidades mucho más fácilmente que las buenas. Por ejemplo, en el cuerpo mental se despierta muy luego la ambición y no tarda en hincharse extraordinariamente. Cabe en lo posible que también despierte poderoso talento, pero irá acompañado de un orgullo satánico como no se concibe en el hombre vulgar. No presuma el

hombre de poder habérselas con toda fuerza que en su cuerpo se levante, porque la serpiente ígnea no es una fuerza ordinaria, sino algo irresistible. Desde luego que ningún inexperto debe intentar siquiera despertarla, y si por acaso la despertara algún accidente, ha de consultar enseguida con un entendido en la cuestión.

Echará de ver el lector que de propósito he omitido la explicación del modo de actualizar la serpiente ígnea ni tampoco señalé el orden en que una vez actualizada pasa por los diversos centros dinámicos, pues no puede intentarse en modo alguno sin expreso mandato del Maestro, quien cuidará de su discípulo durante las diversas etapas del experimento.

Solemnemente prevengo a todos los estudiantes contra cualquier conato en el sentido de despertar esta tremendísima fuerza sin adecuada tutela, porque yo mismo he presenciado muchos casos de las terribles consecuencias de una ignorante y mal aconsejada intromisión en estas gravísimas materias. La fuerza ígnea es una tremenda realidad, uno de los fenómenos capitales de la naturaleza, y no es cosa de juego ni que se pueda manejar a la ligera, sino tan peligrosa en manos inexpertas como en las de un niño la dinamita. Verdaderamente se ha dicho de ella: «Libera a los yoguis y esclaviza a los insensatos.» ⁽¹⁾

En cuestiones como esta, se figuran algunos estudiantes que habrá para ellos particular excepción de las leyes naturales o que la especial intervención de la Providencia les libraré de los efectos de su locura. Seguramente que no sucederá

⁽¹⁾ *Hathayogapradipika*, III -107.

nada de esto, y quien insensatamente provoque una explosión es muy fácil que resulte su primera víctima. Muchas tribulaciones y desengaños se ahorrarían los estudiantes si comprendieran que en todo cuanto con el ocultismo se relaciona significamos exacta y literalmente lo que decimos, y que es aplicable a todos los casos sin excepción. Las leyes capitales del universo no conocen el favoritismo.

Muchos desean ensayar el mayor número posible de experimentos porque se creen aptos para recibir las más elevadas enseñanzas y adelantar cuanto quiera en su desarrollo; pero pocos se resignan a ir mejorando pacientemente su carácter, a dedicar tiempo y trabajo a una labor útil a la Sociedad, y esperar a que un Maestro le advierta que ya está en disposición de recibir cuanto otros anhelan. No pierde su perpetua oportunidad el viejo aforismo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura»

Hay casos, en que el fuego brota espontáneamente y se nota un pesado ardor; y otros casos, aunque raros, en que se actualiza por sí mismo. En este último caso arriesga ocasionar mucho dolor porque los centros dinámicos no están dispuestos a su paso y habría de abrírsele quemando gran parte de tegumento etéreo con el consiguiente dolor.

Cuando la serpiente ígnea despierta de por sí o accidentalmente, suele precipitarse por el interior de la columna vertebral en vez de seguir la dirección serpentina en que el ocultista está acostumbrado a guiarla. Si es posible, ha de ponerse en obra la voluntad para detener el flujo ígneo;

pero si no es posible, como suele ocurrir, tampoco hay que alarmarse, porque probablemente se escapará por la cabeza difundiéndose en el ambiente sin producir otro daño que una ligera debilidad. Lo peor que puede ocurrir es una temporánea pérdida de conciencia. El verdadero y más terrible peligro no está en que el fuego se precipite hacia arriba, sino que fluya hacia abajo e interiormente.

Respecto al desarrollo oculto, la principal función de la serpiente ígnea es que al pasar por los centros dinámicos, según dijimos, los vivifica y constituye en puertas de tránsito entre los cuerpos físico y astral. Dice *La Voz del Silencio* que cuando la serpiente ígnea llega al centro dinámico de entre cejas y del todo lo vivifica, confiere al hombre la facultad de oír la voz del Maestro, que en este caso significa la voz del ego o Yo superior. El motivo de esta afirmación es que el cuerpo pituitario, en ordenada actividad, forma un perfecto enlace con el vehículo astral, de modo que por él puede recibirse toda comunicación interna.

No es esto sólo. Todos los centros dinámicos superiores se han de despertar de suerte que respondan a cualesquiera influencias de los subplanos astrales; pero este desarrollo lo adquirirá cada individuo a su debido tiempo, aunque no en la presente encarnación si es la primera vez que estudia atentamente el asunto. Algunos indos podrán lograrlo porque sus cuerpos son más adaptables por herencia que otros; pero la mayoría habrán de esperar toda otra ronda.

El dominio de la serpiente de fuego se ha de intentar repetidamente en cada encarnación,

puesto que se renuevan los vehículos; pero lograda enteramente una vez, no cuesta gran cosa la reiteración del intento.

Conviene recordar que la serpiente ígnea actúa de distinto modo según el tipo del individuo, y así algunos verán al ego sin oír su voz. Además, la relación con el ego abarca varios grados, pues para la personalidad significa la influencia del ego y para el ego significa el poder de la mónada, mientras que para la mónada significa la consciente expresión del Logos.

No caerá fuera de propósito que exponga aquí mi experiencia individual en el asunto. Hace veinticinco años, la primera vez que residí en la India, no me esforcé en despertar el fuego ni en verdad sabía mucho acerca de él, pues opinaba que para ello era necesario haber nacido con un cuerpo físico especial que yo no poseía. Pero cierto día me insinuó un Maestro determinada clase de meditación para evocar la fuerza ígnea. Desde luego obedecí la insinuación y al cabo de tiempo obtuve éxito. Sin embargo, no me cabe duda de que el Maestro vigiló el experimento y me hubiera auxiliado en caso de peligro. Me han dicho que algunos ascetas indos enseñan esta práctica a sus discípulos manteniéndolos sin cesar bajo su cuidadosa vigilancia. Pero yo no conozco personalmente a ninguno ni debo tener confianza en ellos mientras no me los recomiende alguien de cuyo verdadero conocimiento esté yo convencido.

Me preguntan muchos lo que deben hacer para despertar esta fuerza. Les aconsejo que hagan lo que yo hice. Les recomiendo que se entreguen a la obra teosófica y esperen a recibir expreso mandato del Maestro, que se encargará de su des-

arrollo psíquico, prosiguiendo entretanto los acostumbrados ejercicios de meditación. No han de preocuparse en lo más mínimo de si lograrán dicho desarrollo en la presente o en la próxima encarnación, sino que deben considerar la materia desde el punto de vista del ego y no de la personalidad, con la absoluta certeza de que los Maestros están siempre a la mira de a quien pueden ayudar, de modo que es de todo punto imposible que nadie escape a su observación, y que indudablemente darán sus instrucciones cuando las consideren oportunas.

Nunca he oído decir que la edad del individuo ponga límite a su desarrollo psíquico mientras goce de perfecta salud, porque esta condición es necesaria a fin de que el cuerpo pueda soportar el esfuerzo, que es mucho más violento de cuanto les cupiera imaginar a quienes nunca lo intentaron.

Una vez levantada la fuerza debe gobernarse rigurosamente y pasar por los centros dinámicos en sucesión distinta para cada tipo de individuos. También es preciso que si la fuerza ha de tener eficacia se mueva de cierto modo que el Maestro explicará oportunamente.

Ya dijimos que los centros etéreos y astrales están en muy íntima correspondencia; pero entre ellos e interpenetrándolos de suerte no fácilmente descriptible hay una tupida tela compuesta de una capa de átomos físicos muy comprimidos y empapados en una peculiar modalidad de la fuerza vital. La vida divina que desciende normalmente del plano astral al físico está tonalizada de modo que pasa sin dificultad a través de esta tela, que no obstante opone infranqueable obstáculo al paso de cuantas fuerzas no pueden ser-

virse de la materia atómica de los planos físico y astral. Esta tela es la protección proporcionada por la naturaleza para impedir la prematura comunicación entre los planos dichos, que sería seguramente perjudicial.

Esta tela o membrana no consiente que en condiciones normales recordemos con toda claridad lo que nos ha sucedido durante el sueño y también ocasiona la momentánea inconsciencia que siempre acompaña a la muerte. Sin esta misericordiosa protección, el hombre vulgar que nada sabe de la fuerza ígnea y está desprevenido para habérselas con ella, podría ser víctima de alguna entidad astral que en cualquier momento le pusiera frente a fuerzas superiores a la suya, y estaría expuesto a su constante obsesión si tratara dicha entidad de apoderarse de sus vehículos.

Desde luego se comprende que todo daño sufrido por esta membrana es realmente desastroso. De varios modos puede sobrevenir el daño, lo que nos induce a prevenirlo por cuantos medios dispongamos. Puede sobrevenir el daño por accidente o por continuada torpeza en la práctica. Una violenta conmoción en el plano astral, como por ejemplo un repentino y terrible espanto, puede desgarrar este delicado organismo y producir la locura. ⁽¹⁾ El mismo efecto causará un violentísimo acceso de cólera, así como toda intensa emoción de índole siniestra que determine una especie de estallido en el cuerpo astral.

Los nocivos hábitos que mayor daño hacen a esta membrana protectora son: el alcohol, los narcóticos y el deliberado empeño en abrir por

⁽¹⁾ Por supuesto que hay otros casos en que también el miedo puede ocasionar la locura.

medio de comunicaciones espiritistas las puertas que la naturaleza mantiene cerradas. Algunos alcaloides y bebidas, sobre todo el alcohol y todos los narcóticos, incluso el tabaco, contienen ciertas materias volátiles que se transfieren del plano físico al astral. ⁽¹⁾

Estas volatilizadas sustancias atraviesan en contradirección los centros dinámicos, y si mucho se repite este paso dañan gravemente y acaban por destruir la delicada membrana.

Esta destrucción puede efectuarse de dos diferentes modos según el tipo del individuo y la proporción de los constituyentes de sus cuerpos etéreo y astral. En primer lugar, el roce de las sustancias volatilizadas quema la membrana y por lo tanto deja paso libre a toda clase de fuerzas anormales y malignas influencias. Por otra parte, al pasar las sustancias volatilizadas endurecen los átomos de la membrana de suerte que estropean grandemente su pulsación y los incapacitan para seguir vitalizados por la modalidad de energía que los cohesiona en la membrana, resultando de ello que ésta se osifica e impide la transmisión entre ambos planos físico y astral.

En los beodos habituales se observan los efectos de ambos modos de deterioro. Los afectados por el roce abrasador de las sustancias volatilizadas caen en el *delirium tremens*, en la obsesión o en la locura. Sin embargo, son casos relativamente raros. Más frecuente es el segundo modo de deterioro cuyos resultados son la debilitación general de las facultades, que se sumen en el grosero materialismo y la brutalidad, con pérdida

⁽¹⁾ También el té y el café contienen estas materias, aunque en cantidad tan infinitesimal que es necesario abusar mucho para sentir sus efectos.

de todo noble sentimiento y del propio dominio. El hombre así degradado carece de dignidad, olvida todos sus deberes, no tiene concepto de sus responsabilidades, hasta el punto de que si cuando sobrio amaba a su esposa e hijos, una vez beodo no reparará en disipar en la satisfacción de su apetito el dinero que debiera invertir en el sostén de su familia. El afecto y la dignidad se desvanecieron por completo.

La segunda clase de efectos se echan de ver en los esclavos del tabaco, quienes persisten en el vicio aunque saben perfectamente bien que molesta y repugna a sus convivientes. El deterioro de la membrana se nota asimismo en que es el único hábito vicioso de que un caballero no se abstiene, aunque comprenda que ofende a los demás, demostrando con ello grave mella en la delicadeza de sentimientos.

Según dijimos, todas las impresiones que pasan del plano astral al físico o viceversa se transfieren directamente por los subplanos atómicos; pero cuando el alcohol o los narcóticos debilitan o deterioran la membrana, no solo inficionan todas las materias atómicas sino también la materia astral de los segundo y tercero subplanos, inutilizándolas como medio transmisor, de suerte que la única comunicación remanente entre el astral y el físico es la producida por alguna fuerza del séptimo subplano astral cuya violenta vibración halla respuesta en el físico. Y sabido es que en el séptimo subplano astral sólo hay repulsivas y malignas influencias.

Pero aunque la naturaleza tome tales precauciones para proteger los centros dinámicos, no pretende en modo alguno que siempre estén vigo-

rosamente cerrados. Hay un medio a propósito para abrirlos. Acaso fuera más exacto decir que la intención de la naturaleza no es que las puertas se abran más de lo que están en su actual posición, sino que el hombre debe perfeccionarse hasta el punto de aumentar el flujo que pasa por la puerta según ya está.

Sin embargo, la conciencia del hombre ordinario no puede utilizar materia atómica pura en el cuerpo físico ni el astral; y por lo tanto, en condiciones normales es incapaz de establecer a voluntad comunicación consciente entre ambos planos. El procedimiento adecuado para lograrlo es purificar los vehículos astral y físico hasta que se vivifique por completo su materia atómica, de modo que sirvan de medio transmisor a las comunicaciones entre ambos. Entonces la membrana mantiene en el más alto grado su posición y actividad, y ya no es un obstáculo para la perfecta comunicación, al propio tiempo que continúa impidiendo el contacto entre los subplanos inferiores que darían paso a todo linaje de siniestras influencias.

Por estas razones aconsejamos siempre al estudiante que no provoque sino que espere el desarrollo de las facultades psíquicas hasta que en el natural curso de los acontecimientos las reciba en consecuencia del desarrollo de su carácter, como seguramente las recibirá según se infiere del estudio de los centros dinámicos.

Esta es la evolución natural; este es el único medio positivamente seguro para obtener todos los beneficios y evitar todos los peligros. Este es el Sendero que nuestros Maestros hallaron en el pasado, y por lo tanto es hoy nuestro sendero.

OBSESIÓN Y DEMENCIA

Debemos distinguir cuidadosamente entre obsesión y demencia. La primera es la suplantación del ego por otra entidad, y la segunda es la ruptura del enlace entre el ego y sus vehículos. Únicamente un ego débil, sin dominio alguno de sus vehículos, puede consentir la obsesión. No es cierto que por regla general estén los niños más expuestos a la obsesión que los adultos, pues aunque durante la niñez no es tanto el dominio que tiene el ego de sus vehículos, en cambio es mucho más probable que el adulto tenga cualidades a propósito para atraer repugnantes entidades que fácilmente le obsesionen. En el caso de un párvulo, la entidad que intente apoderarse de su cuerpecito habrá de afrontar la resistencia del elemental encargado de construirlo, y no es probable que logre suplantarlos. En la segunda infancia, cumplidos los siete años, cuando ya se ha retirado el elemental, puede ocurrir la obsesión si el ego es muy débil, aunque afortunadamente son raros estos casos.

La obsesión puede ser permanente o transitoria y la motivan diversas razones. A veces un muerto ansía ardorosamente ponerse en contacto con el

plano físico, por lo general para satisfacer deseos concupiscentes, y en su desesperada ansiedad se apodera del cuerpo que logra hurtar. Otras veces, la obsesión es un acto de premeditada venganza que no siempre va dirigida contra el obseso. Conozco el caso de un hombre que odiaba profundamente a otro y después de la muerte obsesionó a la hermana predilecta del odiado. Otro caso conozco todavía peor, que no es para dicho. Algunas veces la entidad obsesora no es humana, sino tan sólo un espíritu de la naturaleza deseoso de humanas experiencias. Pero en todo caso ha de resistirse la obsesión.

La demencia tiene muy distinto carácter. Examinémosla desde el punto de vista oculto. Toda célula del cerebro físico y toda partícula de la substancia cerebral está interpenetrada por la correspondiente materia astral, que en su interior contiene también la todavía más sutil materia mental. Desde luego que el cerebro es una masa de tres dimensiones; mas para el objeto de nuestro examen supongámosla extendida en superficie de modo que sólo tenga el espesor de una partícula. Supongamos también que de análoga manera sobreponemos en capas las materias astral y mental del cerebro; la capa astral algo encima de la física, y la mental algo encima de la astral.

Así tendremos tres capas de materias de diferentes grados de densidad recíprocamente correspondientes. Supongamos ahora que por medio de un canalículo cada partícula física está enlazada con su correspondiente astral y cada partícula astral con su correspondiente mental y cada partícula mental con su correspondiente partícula causal. Mientras los canalículos estén perfecta-

mente alineados habrá desembarazada comunicación entre el *ego* y sus vehículos; pero si uno o más canalículos se tuercen, obstruyen o doblan, es evidente que se interrumpirá total o parcialmente la comunicación.

Por lo tanto, desde el punto de vista oculto, dividiremos la demencia en cuatro *grandes* clases con varias subdivisiones en cada una de ellas.

1.º La demencia motivada por defecto de configuración del cerebro físico; accidentes como el de un fortísimo golpe; presiones sobre la masa cerebral; y reblandecimiento de los tejidos.

2.º Cuando el defecto está en la porción etérea del cerebro, de modo que sus partículas no se correspondan con las demás, y por lo tanto, no puedan transmitir las vibraciones de los vehículos superiores.

3.º Cuando es defectuoso el cerebro astral cuyos canalículos de comunicación están torcidos y las partículas astrales no ajustan con las físicas ni con las mentales y causales.

4.º Cuando, por estar de *algún* modo desconcertado el cuerpo mental, no puede transmitir las instrucciones y voluntades del *ego*

Hay muchísima diferencia entre los locos pertenecientes a cada una de estas cuatro clases. Los de la primera y segunda son muy lúcidos cuando están fuera del cuerpo durante el sueño y después de la muerte, de modo que el *ego* sólo es incapaz de manifestarse durante la vigilia física. Los de la tercera clase no recobran la razón hasta que entran en el devacán; y los de la cuarta hasta que actúan en el cuerpo causal. Para estos últimos la encarnación en sus tres períodos ha sido un fracaso. Afortunadamente, más del no-

venta por ciento de orates pertenecen a las primera y segunda clases.

Tres preguntas se me han dirigido sobre el ingrato asunto de la obsesión. Las responderé por orden.

1.º ¿Cuál es el mejor medio de expulsar a una pertinaz entidad obsesionante? Ante todo la escueta y absoluta resolución de no ser obsesionado. El mejor y más suave procedimiento sería ponerse al habla con la entidad preguntándole qué desea y por qué persiste en sus ataques, pues bien pudiera ser alguna alma ignorante que extrañada de su nuevo ambiente se esforzase frenéticamente en ponerse de nuevo en contacto con la única vida que comprende. Entonces, si se le explica lo que hace al caso, cabe la posibilidad de esclarecer su mente y persuadirle a que desista de su torcido intento. También puede ser lo que vulgarmente se llama un alma en pena, esto es, una infeliz entidad atormentada por haber dejado en la tierra alguna obligación incumplida o algún agravio insatisfecho. En este caso cabe arreglar la cuestión según sus deseos, de modo que se apacigüe su ánimo y no vuelva a molestar.

Pero si desatiende a todas las razones y a pesar de los argumentos y explicaciones persiste en su reprensible línea de conducta, será necesario resistirle firmemente aunque sin brutalidad. Todo individuo tiene inalienable derecho al uso de sus vehículos y no debe consentir usurpaciones. Si el legítimo propietario del cuerpo se resuelve a emplear el poder de su voluntad nadie logrará obsesionarle.

La obsesión proviene casi siempre de que la víctima cede desde un principio a la invasora in-

fluencia; y por lo tanto, lo primero que ha de hacer para emanciparse de la entidad obsesora es subvertir aquel acto de sumisión y determinarse firmemente a tomar en sus manos el gobierno y dirección de sus vehículos. Esta reivindicación de sí mismo es el requisito fundamental, y sin ella de nada servirá el auxilio prestado por prudentes amigos ni habrá medio de substituir por otro recurso el de la recia voluntad de la víctima. Desde luego que los pormenores del procedimiento variarán según la índole del caso.

2.º Pregunta, que mejor aire tiene de consulta: «Desde hace tiempo me conturban entidades, sugiriéndome de continuo malas ideas y dictándome groseras y violentas palabras. Me incitan a tomar bebidas espirituosas y a comer mucha carne. He orado fervorosamente sin éxito y estoy desesperado. ¿Qué hacer?»

En verdad, respondo yo, que quien así se lamente habrá sufrido muchísimo, pero no debe consentir mayores sufrimientos mentales. Ha de cobrar valor y resolverse firmemente a no temer a esas entidades astrales porque su potestad sólo está en el temor de quien las teme y que si las conociera comprendería que la voluntad de él es más poderosa que la de todas ellas juntas. Revolveos contra ellas con vigor y determinación y cederán ante vosotros. Tenéis inalienable derecho al uso de vuestros vehículos y debéis insistir en que os dejen en paz. Seguramente que no permitiríais que en vuestra casa entraran gentes de porte repugnante y modales groseros, ¿por qué habéis de consentir que entre en vuestro cuerpo la hez astral? Si un insolente vagabundo entrara a hurtadillas en una casa, el dueño no se entretendría en

arrodillarse y orar, sino que expulsaría a punta piés al vagabundo. Esto es precisamente lo que debemos hacer con los vagabundos astrales.

Quien haya experimentado sus ataques, tal vez diga al oír estos consejos que desconozco el terrible poder de las demoníacas entidades obsesoras. Pero valga advertir que su mayor empeño es alucinar a la víctima haciéndole creer que en efecto son muy poderosas. No caigamos en la insensatez de escucharlas. Las conozco perfectamente y sé que son ruines, despreciables, bravuconas y bellacas. Atormentarán durante meses enteros a una débil mujer y huirán cobardemente en cuanto una voluntad enérgica se revuelva contra ellas en justa indignación. Me reiré de ellas, pero las rechazaré sin darles ni un instante de parlamento. Desde luego que cuando alguien se sometió durante mucho tiempo a su dominio y por fin se determina a la ofensiva, harán el valiente como si osaran resistir, porque no se resignan dócilmente a la expulsión: pero manteneos firmes con férrea determinación, levantad contra ellas vuestra voluntad como incommovible roca y escaparán a toda prisa. Decidles: «Soy una chispa del fuego divino y por el poder de Dios que está en mí os conjuro a que os marchéis». Ni por un instante temáis la posibilidad de fracaso o rendición, pues Dios está en vosotros y no puede fracasar.

La sola circunstancia de incitar a comer carne denota cuán bajas y groseras son estas entidades. Es preciso abstenerse de carnes y alcohol porque estas sustancias vigorizarían las malignas entidades y sería más difícil resistirlas.

3.º Pregunta: «¿Es posible la obsesión durante el sueño o en un acceso de cólera en que el hom-

bre pierde momentáneamente el dominio de su cuerpo?»

Las circunstancias de uno y otro término de la pregunta son de todo punto diferentes. El sueño es una condición natural, y aunque el ego deja el cuerpo, no pierde la relación con él, de modo que en circunstancias normales volvería a infundirse rápidamente si alguien intentara arrebatarlo. Hay casos particulares, si bien muy raros y anormales, en que el ego no advierte enseguida el intento y puede ocurrir una especie de temporánea obsesión que se manifieste en el sonambulismo.

Por otra parte, un rapto de cólera es una infracción de las naturales leyes de la vida, y en este caso se insubordina el cuerpo astral; el elemental del deseo se rebela contra su dueño, desligándose del dominio que sobre él ejercía el ego por medio del cuerpo mental, que sólo se mantiene seguro como parte de un astral mecanismo. Desposeído el legítimo propietario, queda el cuerpo astral como buque con el timón abandonado del que puede apoderarse el primero que pase y ser luego muy difícil recobrarlo.

SUEÑO

Cuál es la verdadera causa del sueño? Para responder acabadamente a esta pregunta carezco de los necesarios conocimientos fisiológicos; pero siempre comprendí que el sueño proviene de que los cuerpos se fatigan uno de otro. En cuanto sabemos, el cuerpo astral es incapaz de cansancio en su propio plano, pues puede trabajar incesantemente durante veinte años sin señales de fatiga, al paso que muy pronto se cansa de la pesada labor de mover las partículas del cerebro físico y necesita separarse bastante tiempo de él para reponer las fuerzas y reanudar la fatigosa labor.

Por su parte, el cuerpo físico también se cansa, porque en vigilia gasta siempre algo más de energía de la que recibe. Cada pensamiento, cada emoción, cada esfuerzo muscular determinan ligeras alteraciones químicas que la vitalidad del cuerpo sano se esfuerza en contrarrestar, aunque no siempre con éxito completo, por lo que todo pensamiento y acción determinan una pérdida de energía casi inapreciable, pero cuyos acumulados efectos agotan el cuerpo físico de modo que ya no puede seguir actuando. En algunos casos, un poco de sueño bastará para restaurar las fuerzas

y, recuperando el terreno perdido, restablecer el equilibrio de la máquina humana que podrá seguir funcionando.

Los estudiantes suelen preguntar cuál es la mejor hora de dormir. Indudablemente la regla de la naturaleza es trabajar de día y dormir de noche y ninguna infracción de las leyes naturales puede ser cosa buena. Uno de los más graves errores de la artificiosa vida moderna es que ya no es mediodía la mitad del día: Si uno pudiera arreglarse las cosas a su gusto, sin duda que todos volveríamos enseguida a la natural división del tiempo; pero rodeados como estamos de una prepotente civilización en muchos aspectos torcida y artificiosa, no podemos seguir nuestras particulares inclinaciones en esta materia y hemos de adaptarnos a la costumbre general por mala que sea.

No cabe establecer reglas fijas respecto a las horas de sueño necesarias para el hombre, pues difieren según el temperamento de cada cual; pero siempre que sea posible convendrá dormir desde las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana. Habrá quienes necesiten dormir todas estas horas mientras que a otros les basten menos. Cada cual se portará en estos pormenores de la vida con arreglo a sus circunstancias.

Algunos preguntan si les sería posible dominar sus sueños. El que sueña no puede por lo general alterar el curso de sus sueños mientras sueña; pero sí le cabe condicionar la índole de los sueños cuando está en vigilia, es decir, que si sus pensamientos son puros y elevados mientras despierto, también serán puros y apacibles sus sueños. En este punto es importantísimo que su úl-

timo pensamiento al dormirse sea de índole elevada, puesto que servirá de nota fundamental de lo que sueñe. Un pensamiento impuro o siniestro atrae siniestras e impuras influencias y con ellas las groseras y repugnantes entidades que planean alrededor y que a su vez reaccionarán en sus cuerpos mental y astral conturbándole con todo linaje de bajos y terrenales deseos. En cambio, si el hombre se duerme con el pensamiento fijo en santas y elevadas ideas, atraerá los elementales que otros hombres hayan creado por análogos esfuerzos y descansará apaciblemente con el cuerpo mental abierto a las impresiones de lo alto y cerrado a las inferiores, porque actúa en buena dirección.

El soñar en sucesos de la vida ordinaria nada tiene que ver con el cuerpo astral, porque esta clase de sueños se enfocan en el cerebro físico mientras el ego está ocupado en otras atenciones. Por lo tanto, si el hombre cuando actúa en su cuerpo astral piensa en las cosas de su vida física, no podrá efectuar entretanto ninguna otra obra; pero esto es muy distinto del ordinario sueño físico, aunque al despertar por la mañana le sea al hombre muy difícil distinguir entre las dos clases de recuerdos. En realidad, no importa lo que el cerebro físico haga con tal de mantenerse libre de malos pensamientos, pero no conviene que el ego malgaste en la introspección de su vida física el tiempo que pudiera emplear trabajando en el plano astral.

SONAMBULISMO

Me preguntan algunos cuál es la causa del sonambulismo. No he tenido nunca ocasión de observar a un sonámbulo, por lo que no puedo responder con pleno conocimiento de causa, pero de los relatos oídos sobre el particular infiero que el fenómeno puede derivarse de causas muy distintas.

Hay ejemplos en que el ego parece más capaz de actuar directamente en su cuerpo físico durante la ausencia de los intermediarios vehículos mental y astral. En estos casos, el hombre durante el sueño puede componer poesías o pintar cuadros de que no sería capaz en vigilia.

Hay otros casos en que es evidente que la vaga conciencia peculiar del cuerpo físico actúa sin el gobierno del ego, de modo que ejecuta despropósitos o realiza más o menos la idea dominante en su mente al dormirse. A esta clase pertenecen los casos de criadas que a media noche se levantaron para encender el fuego y de mozos de cuadra que ensillaron los caballos.

También hay casos en que alguna entidad extraña, encarnada o desencarnada, se ha apoderado para sus propios fines del cuerpo de un hombre dormido. Esto es más frecuente en las perso-

nas de facultades mediumnómicas, es decir, que tienen sus vehículos más flojamente enlazados que el común de las gentes, y por lo tanto más fáciles de separar. Sin embargo, haya lo que parece un tipo de sonambulismo debido a las opuestas condiciones, o sea cuando los vehículos tienen más firme enlace que de ordinario, de modo que cuando el hombre visita algún paraje en cuerpo astral lleva también el físico porque no está del todo desligado de él.

Probablemente el sonambulismo se relaciona asimismo con el problema de los diversos grados de la conciencia humana que no pueden manifestarse en condiciones normales.

EL CUERPO FÍSICO

La inmortalidad física no es posible, porque cuanto tiene principio ha de tener fin, y el nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte son las normas del universo físico.

Ningún ser racional desearía tener perpetuamente el mismo cuerpo, pues fuera lo mismo que si un niño quisiera llevar durante toda su vida el mismo traje. Según progresa el hombre van siendo sus vehículos sucesivos más puros y nobles y más aptos para satisfacer las necesidades de su creciente capacidad, por lo que si pudiera conservar siempre el mismo cuerpo, entorpecería su adelanto como entorpecería el crecimiento del niño un rígido caparazón de hierro.

Al propio tiempo debemos cuidar lo mejor posible de nuestros cuerpos y mejorarlos cuanto podamos. Nunca maltratemos el cuerpo físico. Cuidémosle como el palafrenero de un valioso caballo, dándole suficiente alimento y descanso y manteniéndolo escrupulosamente limpio. Su potencia de actuación es limitada. Por ejemplo, un robusto andarín recorrerá cien kilómetros sin descanso, pero no podrá recorrer mil. En la meditación colocadlo en actitud cómoda y olvidaos después

de él. No podréis olvidarlo si lo dejáis en posición incómoda de que sin cesar se quejaría.

¿Cuál ha de ser nuestro régimen dietético? Con tal que evitéis el alcohol y las carnes de toda clase poco importa lo demás. ⁽¹⁾ Algunos vegetales son más groseros que otros, como las cebollas, setas y coles, y por lo tanto debemos abstenemos de ellos en caso de elección. El arroz es muy puro alimento, aunque los otros cereales son más nutritivos en igualdad de ración. Los huevos me parecen impuros, si bien no hay reparo en comerlos a falta de alimento mejor.

Es indudable que el vegetarianismo aventaja en todos conceptos a la sarcofagia o régimen carnívoro, por más nutritivo y menos propenso a enfermedades, porque da mayor fuerza, no excita la naturaleza inferior y en cambio favorece el desarrollo de las cualidades superiores. Sabido es que los Maestros conservan el cuerpo físico durante mucho más tiempo que el común de los hombres, porque viven siempre con sujeción a las leyes higiénicas y libres de tedio. Bajo este aspecto debemos imitarlos todo lo posible; pero teniendo en cuenta que los esfuerzos para retener indefinidamente el mismo cuerpo físico han sido siempre una característica de los que siguen el sendero del egoísmo.

Estos hombres emplean varios medios, todos reprobables, para prolongar la duración del cuerpo físico. Unas veces por vampirismo, absorbiendo la vitalidad ajena, y otros por la completa transferencia a su cuerpo de una serie de humanas vidas. Pero no hay necesidad de prevenir a los

⁽¹⁾ En las carnes se incluyen los pescados, mariscos y moluscos. -N. del T.

teósofos contra semejantes procedimientos, porque es evidente que quien los sigue no progresa; y aunque tenga éxito le sucederá lo que a quien se empeñara en remendar y ensanchar un gabán viejo que no dejaría de ser viejo a pesar de los remiendos.

TABACO Y ALCOHOL

Los nocivos efectos del tabaco se notan en los cuerpos físico, astral y mental. Empapa físicamente al hombre de partículas muy impuras de tan materiales emanaciones que con frecuencia las percibe el olfato. Astralmente, no sólo ensucia el cuerpo sino que debilita muchas de sus vibraciones y por esta razón se le ha llamado el «calmante de los nervios». Pero en el progreso oculto no han de estar amortiguadas las vibraciones ni el cuerpo astral recargado de dañinas y ponzoñosas partículas. Necesitamos la capacidad de responder instantáneamente a todas las vibraciones posibles, y al propio tiempo mantener nuestro perfecto dominio de modo que los deseos sean como caballos guiados por las riendas de la mente para llevarlos donde queramos que vayan y no que desbocados nos arrastren a una situación en que la naturaleza superior conozca que está donde nunca debió estar. Por lo tanto, el tabaco es indudablemente nocivo para quien anhele desarrollar sus diversos vehículos.

También tiene el tabaco deterioradora influencia en el cuerpo físico y es lo único de que un caballero no se abstendrá aunque conozca que molesta a los demás. Pero este nocivo hábito ava-

salla de tal modo a sus esclavos, que son de todo punto impotentes para resistirlo, hasta el extremo de que todos los sentimientos caballerosos quedan sofocados por tan insensato y horrible egoísmo. Asimismo es muy pernicioso el efecto del tabaco en el cuerpo astral después de la muerte, pues queda el hombre encerrado durante largo tiempo en un calabozo y no percibe las vibraciones de lo alto.

La principal objeción que los teósofos fumadores oponen a estas consideraciones es que también fumaba nuestra excelsa fundadora Blavatsky. Esto es verdad, pero no altera en lo más mínimo las razones expuestas corroboradas por mi prolongada observación personal. Blavatsky era tan *sui generis*, un caso tan extraordinario, que no podemos presumir de imitarla en cuanto hizo. A menudo la oí decir: «Únicamente el Maestro me conoce. Haced lo que os digo y no hagáis lo que hago». También me dijo una vez que fumaba incesantemente «para atenuar las vibraciones de su viejo cuerpo e impedir que estallara en añicos». Los efectos en el plano físico durante la vida y en el astral después de la muerte son precisamente los que he expuesto, y parece que no vale la pena de sobrellevarlos por un mezquino halago de la concupiscencia.

Creo que las observaciones de Besant en su obra *El hombre y sus cuerpos* están plenamente justificadas. No hay duda de que desde el punto de vista de los cuerpos astral, es siempre nocivo el alcohol y que atrae entidades repugnantes. Desde luego, que muchas personas muy estimables en otros conceptos, fuman, beben y comen carne; pero no por esto dejan de ser nocivos tales

hábitos. No son necesidades físicas, sino que el organismo se acostumbra a tal o cual droga o bebida, la desea y la echa de menos cuando no se le da. Sabemos que el mismo hábito puede contraerse con el opio y el arsénico, y sin embargo no consideramos saludables estas sustancias. Con todo, es por lo general completamente inútil discutir con un hombre acerca de sus hábitos viciosos, pues está apegado a ellos sin preocuparse de si le perjudican.

En cuanto a la reglamentación del tráfico de licores diré que en todos los países civilizados está condicionada la venta de sustancias venenosas, que sólo pueden expendirse según receta del médico; y como quiera que el alcohol es un veneno mucho más dañino que todos los otros juntos, debiera estar no menos estrictamente reglamentada por los gobiernos su expendición. Es innegable que cada cual ha de fortalecer el dominio de sí mismo, pero esto no altera nuestro punto de vista respecto de la legislación. Desde luego nadie admitirá que para enseñar a las gentes el respeto a la propiedad hubiéramos de poner en cada esquina un incentivo para el robo, con objeto de ver si eran lo bastante honrados para resistir a la tentación de robar.

Precisamente esto mismo es lo que ahora se hace respecto al consumo del alcohol. Damos permiso a cierto número de hombres para que en las calles abran establecimientos con el expícito objeto de inducir al público a que se degrade con el habitual uso del alcohol. Si el género humano evoluciona hasta el punto de tener conmiseración de los débiles, será mucho mejor estimularlos al adelanto que inducirlos al retroceso. Si conside-

ramos justo cuidar y asistir a los dementes hasta el extremo de recluirlos por su bien y el de la sociedad, igualmente justo sería tratar del mismo modo a las víctimas de esta locura llamada embriaguez.

Pero no olvidemos que la Sociedad Teosófica para nada interviene en las cuestiones políticas, aunque sus miembros sean perfectamente libres de militar como particulares en el partido de su predilección.

ÍNDICE

Págs.

Primera Sección: Los Grandes Seres y el camino hacia ellos.

Los grandes Seres.....	13
La obra del Cristo.....	31
La obra de los Maestros.....	34
Maestros y discípulos.....	38
El Sendero de Progreso.....	58
Los Misterios antiguos.....	86

Segunda Sección: Religión

El Logos.....	107
Buddhismo.....	112
Cristianismo.....	130
El Pecado.....	137
El Papa.....	139
Ceremonial.....	141
Oración.....	143
El Diablo.....	146
Induismo.....	149
Castas.....	154
Espiritismo.....	156
Simbología.....	159
Fuego.....	166

Tercera Sección: Actitud Teosófica

Sentido común.....	171
Fraternidad.....	172
Ayudar al mundo.....	184
El espíritu de crítica.....	187

Los prejuicios.....	191
Curiosidad.....	197
Conócete a ti mismo.....	200
Ascetismo.....	208
Las leves inquietudes.....	215
Extinción del deseo.....	223
El centro de mi círculo.....	225
Nuestro deber con los animales.....	231
Simpatía.....	235
Nuestra actitud hacia los niños.....	237
El temor a la muerte.....	238
Cooperación.....	240
Un día de la vida.....	242
Meditación.....	245

Cuarta Sección: Los Planos Superiores

Nirvana.....	259
El trino espíritu.....	264
Conciencia búddhica.....	268
Experiencia.....	270
Las esferas.....	272

Quinta Sección: El Ego y sus vehículos

El Ego y la personalidad.....	287
Contrapartes.....	300
Los colores del cuerpo astral.....	307
El cuerpo causal.....	308
El elemental del deseo.....	310
Almas perdidas.....	316
El foco de conciencia.....	338
Centros dinámicos.....	340
La serpiente ígnea.....	352
Obsesión y demencia.....	364
Sueño.....	371
Sonambulismo.....	374
El cuerpo físico.....	376
Tabaco y alcohol.....	379

